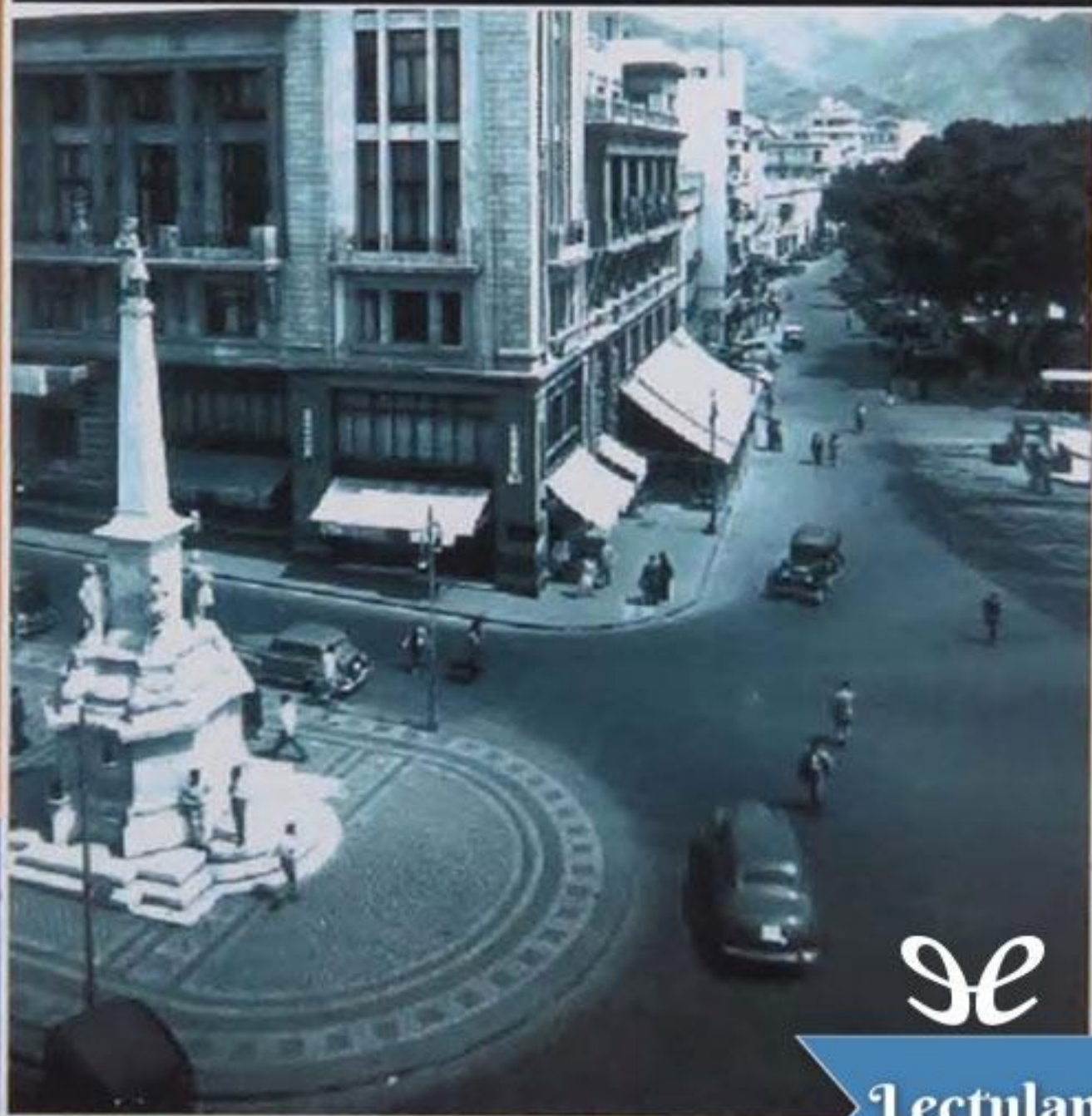


Leslie Charteris

El Santo en Tenerife

(El picnic de los ladrones)



Lectulandia

Difícilmente podía imaginar Simón Templar, el hombre que en el mundo del hampa y en las más altas instancias policíacas mundiales era especialmente conocido con el sobrenombre de «El Santo», que cuando aquella noche de diciembre de 1935 desembarcaba en el puerto de Santa Cruz de Tenerife estaba dando comienzo una de las aventuras más peligrosas de su arriesgada vida.

En aquella recoleta y animada ciudad iba a enfrentarse a la peligrosa banda de atracadores internacionales que venía persiguiendo hacía tiempo, pero también se involucraría en la búsqueda de un billete de lotería que podía devolver vida y libertad a un hombre castigado por las circunstancias y a su bella hija.

Y todo empezó en la carretera que desde Santa Cruz llevaba a La Laguna...

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo en Tenerife

El picnic de los ladrones

El Santo - 18

ePub r1.0

Titivillus 15.06.2019

Título original: *Thieves' Picnic*
Leslie Charteris, 1937
Traducción: Emilio Abad Ripoll
Prólogo: John A. Gaze
Introducción: José Luis García Pérez
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El Santo en Tenerife

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

NOTA DEL TRADUCTOR

CAPÍTULO I De cómo Simón Templar hizo un poco de ejercicio y Hoppy Uniatz calmó su sed.

1
2
3

CAPÍTULO II De la conversación de Simón Templar con un portero y la feliz reunión de una pareja de guardias

1
2
3

CAPÍTULO III De cómo Simón Templar leyó un periódico y Reuben Graner se puso su sombrero.

1
2
3

CAPÍTULO IV De cómo Simón Templar aprovechó una oportunidad y el Picnic de los Ladrones siguió su curso.

1
2
3

CAPÍTULO V De cómo Reuben Graner recuperó su pistola y un taxista no se acababa de convencer.

1
2

3

CAPÍTULO VI De cómo Simón Templar almorzó sin ganas y Mr. Uniatz también estuvo preocupado por su desayuno.

1

2

3

CAPÍTULO VII De cómo Mr. Palermo continuó en su estado de infelicidad y Hopyy Uniatz cumplió las órdenes recibidas.

1

2

3

CAPÍTULO VIII De cómo Mr. Uniatz no se aclaraba con respecto a quien debía o no golpear y Simón Templar fue cortés con una dama.

1

2

3

CAPÍTULO IX De cómo Simón Templar disfrutó una broma y Mr. Lauber no lo pasó muy bien.

1

2

3

CAPÍTULO X De cómo Simón Templar pagó su deuda y Christine Vanlinden recordó la suya.

1

2

3

Sobre el autor

Notas

PRÓLOGO

1936

OASIS-BRITISH BAR

BEST COCKTAILS SOUTH OF GIBRALTAR.
ENGLISH MANAGEMENT

Puedo imaginar que Leslie Charteris no se lo pensó mucho antes de decidir acercarse al pequeño bar de la Plaza de la República. Recién llegado a Tenerife para escribir una nueva novela de «The Saint», resultaba muy probable que el «English Manager» del Oasis fuera la persona más indicada para ayudarlo a resolver su principal problema logístico. ¿Dónde podría alojarse en condiciones óptimas de silencio y tranquilidad para escribir el libro previsto, sin que ello significase alejarse del centro de aquella recoleta y animada ciudad? En el peor de los casos, si no obtenía la información pretendida, siempre quedaba el consuelo de charlar con un compatriota en su propia lengua y confirmar la excelencia de alguno de los anunciados «best cocktails» (Gin Fizz, Port Flip, Old Fashion o White Lady, entre muchos otros, a 1 peseta, o los más caros de Amor de Novia y Sueño de la Viuda a 1,50 pesetas).

Sentado bajo el toldo que protegía del sol a los clientes que ocupaban las mesas situadas sobre la acera, Edgar John Gaze (Jack para los amigos), el «English Manager» del Oasis, observó al acicalado personaje que se acercaba al bar. Indumentaria de «dandy» y facciones orientales. No podía suponer que se trataba de uno de sus más admirados escritores, aunque ya tenía asumido que al «British», como también se conocía al bar, acudían personas y personajes inesperados y sorprendentes.



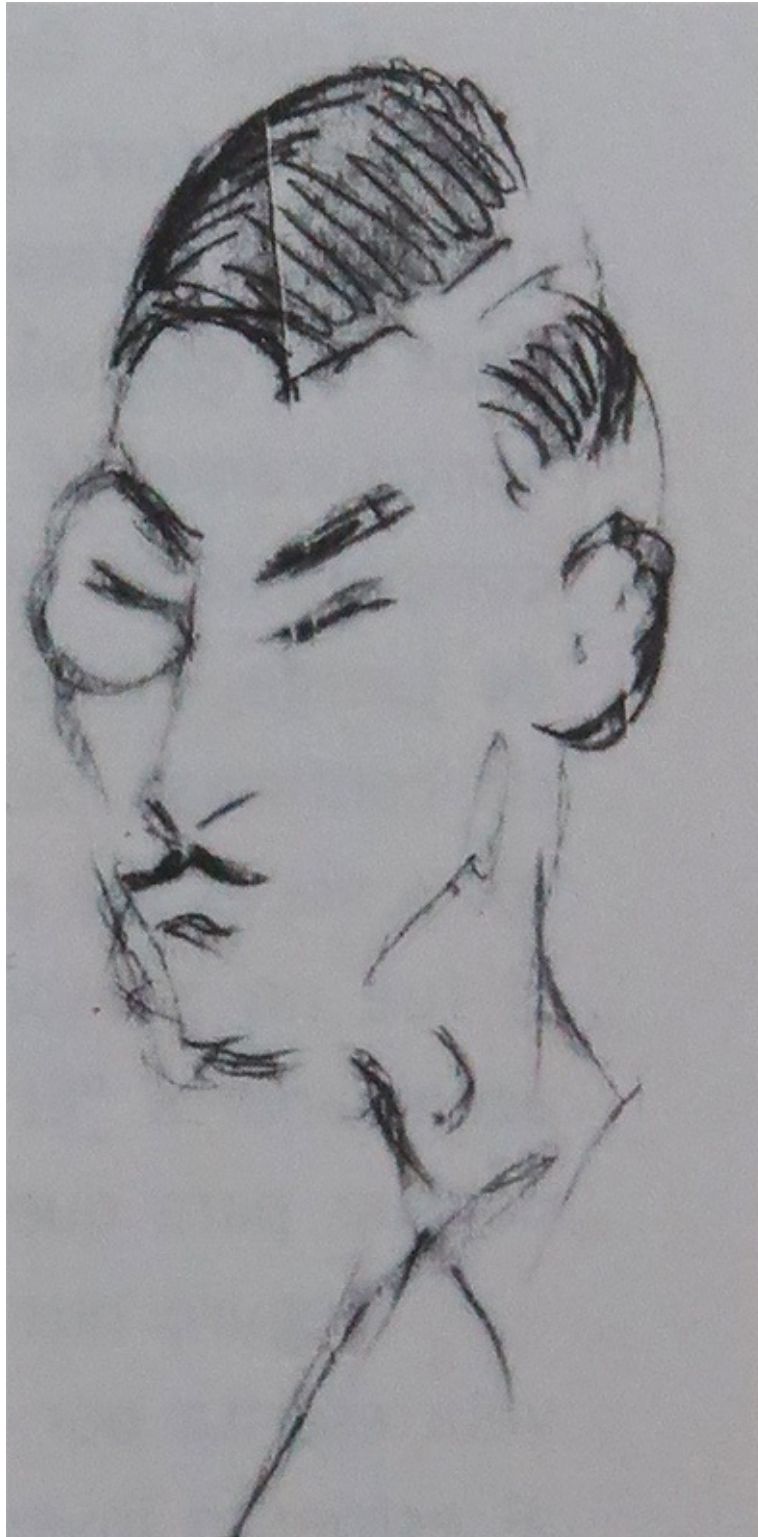
Fotografía de Edgar John Gaze, «Jack para los amigos», frente al Oasis, el bar del que era en 1935 el «English Manager» (Cedida por su hijo, Mr. John A. Gaze).

Jack había llegado a Santa Cruz de Tenerife en 1934. Su madre, Nellie Louis Gaze había enviudado joven de su segundo marido, Edgar Horace Gaze, y había hecho todo lo posible para pulverizar la sustanciosa herencia

que había recibido. Siempre con su hijo, se dedicó a viajar por toda Europa, alternando estancias más largas en París, Montecarlo y otras ciudades con retornos esporádicos a su casa de Southend-On-Sea. La atracción por los toros y por el estilo de vida español les condujo a Sevilla y Barcelona, donde finalmente «echaron el ancla». Años de vino y rosas que acabaron para Jack con la quiebra de su primer matrimonio. La huida le trajo a Tenerife, que había visitado anteriormente con Nellie. Un bar británico parecía una buena opción para ganarse la vida.

El Oasis se había convertido en uno de los puntos de reunión preferidos por los extranjeros residentes y por una parte de la «alta sociedad» de la capital. La otra parte, obviamente, iba al «Bar Alemán», situado unos metros más allá. Además su situación estratégica lo hacía visible, desde que ponían el pie en tierra, a todos los que llegaban en barco. No resultaba raro encontrar allí a un ruidoso grupo de marinos de la «Royal Navy». Alguna vez entraba el general bajito y circunspecto que ostentaba el mando de la plaza, acompañado de otros jefes y oficiales. Periodistas, policías, los cónsules de Estados Unidos y del Reino Unido, funcionarios, profesionales diversos y, como no, visitantes británicos incluyendo algún escocés con «kilt». También guapas turistas a las que solía invitar a recorrer la isla, como aquella preciosa rubia con la que pasó un día y que resultó ser Marlene Dietrich. Y, sobre todo, amigos de Jack. Este inglés elegante, educado y discreto, pícaro y algo licencioso para la moral de la época, se había integrado rápidamente en la sociedad santacrucera, muy acostumbrada a tratar con extranjeros. Amigos, muchos amigos, a los que, de vez en cuando, en un buen español con fuerte acento londinense, contaba sus andanzas en Montecarlo y Niza en compañía de príncipes rusos exiliados, o hablaba de sus vivencias con los campeones de boxeo Gironés y Flix o con los toreros Chicuelo y Villalta, en las épocas en que residió en Barcelona y Sevilla.

Muy pronto, Leslie Charteris vio confirmarse sus expectativas. Los «cocktails» del Oasis eran comparables a los que podía tomar en el Hotel Savoy de Londres. Jack Gaze le gestionó rápidamente el alquiler de la torre del céntrico Hotel Orotava, donde disponía de toda la comodidad y tranquilidad necesarias para poner mano a la obra con el nuevo libro. Por si fuera poco, el amigo Jack, que había leído la práctica totalidad de las novelas de «El Santo», y que sentía una indudable admiración por el personaje y por su autor, incluso le prestaba dinero cuando lo necesitaba. ¡Cosas de «gentlemen» que se encuentran en ultramar!



Retrato a lápiz del autor de la novela, Leslie Charteris, realizado por Jack Gaze en 1935 (Cedida por Mr. John A. Gaze).

Al cabo de algunas semanas la novela estaba terminada. Durante ese tiempo las visitas de Charteris al Oasis fueron frecuentes. Jack le informaba de las cuestiones de su interés y le gestionaba y organizaba los paseos por la isla. Resultó ser una buena idea entrar en el Oasis.

Jack Gaze pensaba, mientras se despedía de Leslie Charteris, en la suerte de que su escritor predilecto hubiese recalado por allí. Esperaba tener pronto la oportunidad de leer su nueva novela. Le miró mientras se alejaba. ¿Seguro que era el humo del cigarro el que formaba un aro sobre su cabeza? Parpadeó y volvió al trabajo.

Edgar J. Gaze nunca llegó a leer el libro escrito por Leslie Charteris en la torre del Hotel Orotava. La vida siguió y él mismo se convirtió en un personaje propio de una novela. Probablemente son muchos los que aún le recuerdan. Como su profesor de inglés, como contrincante de partida de frontón, como maestro de boxeo, como compañero en el centro de reclusión de Fyfess, como acompañante de juerga, como amigo. Inefable Mr. Gaze. Torero vocacional y espía sin confirmar, para sus propios hijos era un misterio sugestivo y dilecto. A veces me pregunto si efectivamente nació en Fulham en 1908 o si fue un personaje creado por Leslie Charteris que, cansado de acompañar a «El Santo» en sus aventuras, decidió salir de una de sus novelas para quedarse a vivir en su querida Santa Cruz.

Seguro que habría disfrutado leyendo «Thieves' Picnic», la novela escrita por Leslie Charteris en Tenerife que finalmente, gracias al esfuerzo investigador de José Luis García Pérez y a la magnífica traducción de Emilio Abad Ripoll, está ahora a disposición de todos nosotros.

JOHN A. GAZE

Las Palmas de Gran Canaria, 30 de Enero de 2001

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años veíamos con pasión, en el único canal que nos ofrecían por la televisión en las islas, las películas de «El Santo», cuyo protagonista, llamado Simón Templar, hacía las delicias del público desbaratando los sucios negocios de una sociedad corrompida. Quién nos iba a decir que, pasados tantos años, en esta obsesión por recopilar todos los libros extranjeros que hablan de Tenerife, descubriéramos que uno de los episodios de este personaje transcurriría completamente en las calles santacruceras.

Hemos localizado esta obra a raíz de un artículo de John A. Gaze —autor hoy del prólogo de este trabajo—, publicado en un matutino canario, en el que nos contaba las peripecias de su padre, un conocido personaje inglés radicado en estas tierras. En un apartado, relataba que su progenitor había conocido en Canarias no sólo a Marlene Dietrich sino también a un afamado novelista llamado Leslie Charteris, que había llegado a la isla en 1935 para escribir una novela ambientada en Tenerife. Mr. Gaze entabló con él una gran amistad, hasta el punto de conseguirle la estancia en una de las torres del Hotel Orotava, al tiempo que lo tenía como asiduo cliente en el bar que él regentaba en Santa Cruz, el Oasis Bar, más conocido como el British Bar. A partir de estos datos, y contando con el trabajo de otro gran amigo inglés, Ken Fisher, que nos asesora en estos menesteres, revisamos todas las novelas que, desde aquel año, Leslie Charteris había publicado y nos entregamos a ojearlas para ver si en algún capítulo aparecía la palabra Teide, Tenerife u Orotava, y cual fue nuestra agradable sorpresa al ver no sólo los típicos nombres de nuestra isla, sino que toda la trama transcurría en nuestras calles y hoteles, con la misma acción a la que nos tenía acostumbrados este singular personaje.

Leslie Charles Bowyer Yin había nacido en Singapore (entonces colonia británica) el 12 de Mayo de 1907. Más adelante, cuando contaba 19 años, cambió su nombre por el de Leslie Charteris por el que es actualmente conocido, aunque su fama se la deba a ese singular personaje de Simón Templar —más conocido por «El Santo»— del que sentimos una mágica

nostalgia al recordarlo en aquel Volvo P1800 a través de nuestras pantallas. Su madre era inglesa, pero su padre, S. C. Yin, era un destacado médico chino, descendiente directo de los emperadores. El joven Charteris tenía bien claro que, si quería triunfar, tenía que desplazarse a la tierra prometida, Norteamérica, a la que se dirigió cuando contaba 25 años sin apenas dinero en sus bolsillos pero muy confiado en su buena estrella. Aunque no empezó en esas tierras con mucha suerte, sin embargo, con el paso de los años, fue una figura conocida que llegó a los mismísimos estudios de la Paramount para convertir sus novelas al celuloide bajo la fuerza arrolladora de aquel personaje que le llenaría de gloria y fama: «El Santo», que en el cine sería interpretado por varios artistas a lo largo de diferentes generaciones, como Gary Grant, Douglas Fairbanks Jr. o finalmente Roger Moore, en obras como «El último héroe», «El Caballero Templar», «Alias El Santo», «El brillante bucanero», «El Santo en Nueva York», etc.

Fue tal el impacto de este personaje charteriano que en su época se decía, y posiblemente aún hoy se diga: «el hombre que no conoce al Santo es como el niño que nunca ha oído hablar de Robin Hood».

La obra que escribe en Tenerife se titula «Thieves' Picnic», que bien podría traducirse por «La merienda de los ladrones» o, quizás más acertado por el contenido de la obra, por «El botín de los ladrones». Editada por Hodder y Stoughton (Londres), en 1937, representa el volumen número 17 de la saga del Santo y ha llegado hasta su 8ª edición. Es un libro notable que habla de las escapadas, heroicidades y maravillosas aventuras de este gran bucanero del siglo xx, que Leslie Charteris elevó a las más altas cumbres.

El argumento es el típico de las obras que tienen como protagonista a Simón Templar «El Santo». Aquí el misterio y la acción se mezclan en esta ocasión con nuestras calles santacruceras, utilizando los vericuetos de los callejones que rodean a la Plaza de la República (hoy Plaza de Candelaria), lugar con el que se deleita Charteris narrándonos el diario acontecer de este espacio urbano. En sus personajes van apareciendo los comentarios que el autor le dedica a este lugar, como así dice en una ocasión: «La Plaza estaba ya casi desierta. Santa Cruz se va a la cama temprano, por la convincente razón de que no hay nada más que hacer».

La trama, además de tener como escenario la Plaza de la República y sus alrededores, está también centrada en los populares hoteles santacruceros, como el Orotava (situado en aquellos años en la esquina de la misma plaza) y el Hotel Quisisana, donde Charteris aloja a sus misteriosos personajes que acaban de desembarcar en el Puerto de Santa Cruz después de un largo viaje.

Desde esos hoteles nos va dando datos que pueden ser interesantes para un mejor conocimiento de estos establecimientos en aquellos primeros años del siglo xx. En los bancos de la Plaza el Santo se sienta y fuma sus cigarrillos, al tiempo que ve pasar la misma gente hacia el mismo lugar cada día, y en una agencia de viajes próxima ojea el periódico «La Tarde», simulando que no sabe español, aunque lo hable, según sus propias palabras «como un castellano».

Muestra Charteris, a través de su novela, la vida diaria de nuestra ciudad, con esa tranquilidad aparente donde se pueden ejecutar las mejores operaciones mercantiles y donde el tráfico de diamantes y joyas es fácil de realizar en un Puerto en el que todo está en calma y parece que nunca pasa nada. Al mismo tiempo, al contar en su obra con los taxistas canarios, a los que utiliza constantemente, nos va relatando la vida diaria de ese Santa Cruz de principios del siglo xx. Aprovecha los enormes deseos de charlar que estos personajes tienen, en una ciudad donde todo transcurre despacio, donde apenas llega el correo, y la gente pasa tranquilamente su vida haciendo lo que realmente tiene que hacer. A través de las ventanas de esos taxis, comenta con ellos las circunstancias de la vida de Santa Cruz y los ojos azules de Simón Templar no pierden ocasión para admirar la belleza de las mujeres canarias. Es anecdótico que un conductor, aunque no de taxis, sino a sueldo de los villanos, es uno de los que aparece asesinado casi al final de la obra por haberse metido muy a fondo en la trama y saber más de lo que tenía que saber.

Es curioso observar en la obra el nombre de tantas calles de Santa Cruz, donde siempre estaban apostados los guardias, o como bien dice el autor en alguna ocasión, «los guardias de asalto». Estas calles, en boca de los personajes, tiene distintos nombres, hasta que los propios taxistas le otorgan el verdadero, como así ocurre cuando «El Santo» le pide a uno de ellos que le lleve a la Calle del Dr. Allart, y el conductor «no se aclara» hasta descubrir, tras prolijas explicaciones, que se trata de la que «nosotros llamamos la Calle del Sol». Algo parecido ocurre con la Calle del Dr. Comenge, o de San Francisco, dando pie a un comentario sarcástico del autor sobre el conocimiento que los santacruceños tenían de los nombres oficiales de las calles. Calles y azoteas que «El Santo», en su peculiar estilo de perseguir a sus enemigos, utiliza constantemente, dándonos con ello una visión de nuestro «modus vivendi» a través de la novela.

Como era de esperar, y ha ocurrido así con casi todos los viajeros escritores, Leslie Charteris no sólo destaca el Teide en su novela, donde

naturalmente aparece como símbolo de nuestra isla, sino que también hace mención del buen tiempo que normalmente disfrutamos cuando dice que ha reservado una habitación en un hotel porque «aunque el clima aquí es bastante bueno, no me apetece dormir bajo un árbol». Y cuando Charteris pone en la boca o en el pensamiento de «El Santo» algún comentario sobre algo que no le gusta del entorno, no hace más que reflejar, quizás cargando un poco las tintas, la realidad social que se vivía en nuestra tierra en los momentos en que la acción se desarrolla.

Es tanta la relación de sus personajes con el ambiente canario que «El Santo» recuerda en la novela que solía lustrarse sus zapatos cada mañana en los alrededores del Casino y que, en un viaje anterior a Tenerife, llegó a trabar amistad con uno de los limpiabotas al que utilizaba diariamente no sólo para el embellecimiento de su calzado, sino para ir conociendo un poco más a ciertos personajes que veía entrar y salir de bares próximos, como el «Alemán» o el «British Bar». Es anecdótico que el lustrador canario, cuya esposa espera un hijo, cuando éste nace le pone por nombre Simón, en honor al Santo, y el orgulloso padre, cuando vuelve a encontrar a Templar en esta tierra le pide que vaya a su casa a conocer «Simonito».

Pero lo más curioso de esta novela es que está llena, con la propia grafía española, de una inmensa cantidad de expresiones, la mayoría de ellas canarias, que «El Santo» y sus acompañantes llegan a aprender después de tratar diariamente con los típicos personajes, como los limpiabotas y los taxistas. Así vemos frases como «señor, ¿me comprende?», «conque andando», «so loca», «oiga usted», «¿cómo que no?», «una perra chica», «está cerraó», etc.

Aparte de esas frases, también Charteris utiliza nombres de personajes que viven en Canarias, estando algunos relacionados con su trama, como ocurre con las familias apellidadas Benítez, Hernández Pérez, Galán, etc.

Ahí queda, pues, otra nueva obra descubierta en estas nuestras pequeñas investigaciones que, gracias al buen trabajo de Emilio Abad Ripoll, ha quedado traducida y sale a la luz pública para deleitarnos con «El Santo» en Canarias.

No queremos acabar nuestra introducción a esta obra sin destacar el valioso papel que ha llevado a cabo Emilio Abad Ripoll, pues, gracias al inmenso cariño que siente por estas islas, se entregó desde un primer momento a esta difícil tarea de la traducción, un trabajo elegante que se adentra en la jerga que suelen utilizar los personajes de Charteris, haciéndola jugosa y atractiva. Sin embargo, no queda ahí la labor de Abad Ripoll, sino

que nos ofrece, con total entusiasmo, unas notas a pie de páginas que son muy sugestivas e interesantes para seguir conociendo nuestra historiografía, aprovechando cualquier dato que el autor británico deja en el aire. Para culminar su labor, el traductor no duda en ilustrarnos a lo largo de toda la novela con excelentes fotografías de aquellos tiempos, haciendo con ello más realista la novela charteriana, realismo que llega a sus más altas cotas al introducirnos en la misma un añejo billete de lotería —«leit motiv» de la obra—, fruto de una incansable labor del amigo Emilio Abad Ripoll, al que auguramos un rotundo éxito y le animamos a seguir sacando de ese baúl de los recuerdos tantas otras obras inglesas que interesan a la historiografía canaria.

Estamos seguros de que el pueblo canario y todos los asiduos lectores de las novelas de Leslie Charteris encontrarán en esta obra unas páginas deliciosas escritas hace muchos años, al socaire de una plaza llena de añoranza e historia.

Vaya en nuestras últimas líneas nuestra más pura admiración por el trabajo de Abad Ripoll, hombre presente por afanes y directrices de su oficio en escenarios clave de la historia más reciente de Europa, y que ha sabido trasladar a la esencia de su trabajo la sensibilidad que ha atesorado y acrecentado en multitud de misiones humanitarias. A través de las miradas, del roce de las manos y de las voces de las personas que conoció en momentos de incertidumbre, sabe imprimir al texto ese matiz cálido y acogedor —propio de alguien acostumbrado a ofrecer seguridad y refugio a los que lo rodean— seguridad y refugio que el lector percibirá ampliamente a lo largo de estas páginas.

JOSÉ LUIS GARCÍA PÉREZ
Doctor en Filología Inglesa
Universidad de La Laguna

NOTA DEL TRADUCTOR

Esta novela, inédita hasta el momento en castellano, se publicó por vez primera en 1937 por «American Magazine», con el título de *Thieve's Picnic* («El picnic de los ladrones»). La primera edición en formato de libro apareció en Inglaterra ese mismo año y con igual título, publicada por «Hodder y Stoughton» y ha sido esa versión la utilizada para la traducción. También en 1937, y repitiendo el título de *Thieve's Picnic*, «The Crime Club» la editaba en los EE.UU. En ese mismo país, «Triangle Books» la reeditaba en 1942, cambiándole el título por el de *The Saint Bids Diamonds* («El Santo se arriesga por los diamantes») y éste era el título con el que «Hodder y Stoughton» volverían a publicarla en 1950. La edición de «Charter», en 1980, se llamó *The Saint at the Thieve's Picnic* («El Santo en el picnic de los ladrones»). Nosotros hemos preferido mantener la traducción directa del título original, anteponiéndole *El Santo en Tenerife* en correspondencia con la iniciativa que anima a «Editorial Idea» en esta colección.

Quiero resaltar que tanto las fotografías como las Notas a pie de página no figuran en el libro original en inglés y que su inclusión no ha tenido otro objetivo que el de recordar como era el Santa Cruz de 1935 y algunos otros aspectos sociales de la época, pues cuando la aventura se está desarrollando transcurren los últimos días de ese año. En concreto, y aunque no figure explícitamente en la novela, se puede deducir de lo que en ella se dice que el Santo arribó a la isla el viernes 27 de Diciembre de aquel año y sus peripecias tuvieron lugar en la noche de ese día y a lo largo del siguiente.

Quiero agradecer la confianza en mí depositada por D. José Luis García Pérez, propietario de la novela original, quien me informó de su existencia, me animó a traducirla al castellano y, en su calidad de profundo estudioso de los trabajos realizados por los viajeros ingleses a nuestras islas en los dos siglos pasados, mejora sustancialmente la importancia de la obra con la Introducción que ha escrito. Gracias, o *Thank you very much* a Mr. John A. Gaze, autor del Prólogo, enamorado de Canarias y cuya familia tuvo mucho que ver en la presencia de Leslie Charteris en Tenerife. Tampoco quiero

olvidarme de D. Daniel García Pulido, que me ayudó en la búsqueda de datos para la confección de las Notas a pie de página, D. José Delgado Salazar, que me proporcionó numerosas fotos de su archivo particular para poder mostrar algo de como era el Santa Cruz de 1935, D. Luis Cola Benítez, propietario de los billetes cuyas reproducciones se exponen en el libro y, en general, de todos los componentes de la Tertulia de Amigos del 25 de Julio que tantas cosas me desvelaron del viejo Santa Cruz y que es una pena no puedan ser incluidas en estas páginas.

Y para cerrar el capítulo de agradecimientos hay que citar al Cabildo de Tenerife y al Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, dispuestos siempre a apoyar a todo lo que contribuya a un mejor conocimiento de nuestro pasado, y a D. Francisco José Pomares, todo él facilidades para la publicación de la obra.

Finalmente sólo me queda informar a quienes quieran conocer en profundidad la vida y la obra de Leslie Charteris, o al personaje que le dio fama mundial, Simón Templar, «El Santo», que pueden consultar la página web www.saint.org.

CAPÍTULO I

De cómo Simón Templar hizo un poco de ejercicio y Hoppy Uniatz calmó su sed.

1

Apenas el enorme Hironde^[1] de colores crema y rojo sobrepasó el pequeño grupo de hombres enzarzados en la pelea, Simón Templar tiró del freno de mano hasta que alcanzó su tope y se incorporó, mientras las ruedas aún chirriaban aferrándose a los adoquines. El Hironde se estremeció y se detuvo, tembloroso, justamente detrás de otro coche que había sido apartado a un lado de la carretera; Simón se sentó sobre el respaldo de su asiento y pasó sus largas piernas, enfundadas en unos impecables pantalones, sobre el costado del coche. Bajo el ala graciosamente inclinada del sombrero, su mirada se dirigió de nuevo a la animada escena, con un brillo de temerario deleite empezando a percibirse en sus alegres ojos azules, lo cual debería parecer totalmente inapropiado en un hombre que era más conocido por «El Santo» que por cualquier otro nombre.

En el asiento contiguo, Hoppy Uniatz giró la cabeza sobre su grueso cuello y observó también la escena, mientras la tensión derivada de una profunda reflexión marcaba inconfundibles arrugas en las rudas superficies de lo que por su situación geográfica, más que por alguna otra circunstancia, podía ser llamada, con alguna relucencia, su cara. En algún lugar de su interior, una lúcida deducción, misteriosamente inspirada, estaba pugnando por salir a la luz.

—Jefe —dijo Mr. Uniatz con creciente convicción—, eso parece una pelea.

—Es una pelea —dijo el Santo alegremente—, y saltó con ligereza a tierra.

Había llegado a esa conclusión algunos segundos antes que Mr. Uniatz, y con mucha menor dificultad. Desde el momento en que las luces del Hiron del barrieron la curva y alcanzaron, por un instante, con su haz luminoso el grupo de figuras entrelazadas, había sido relativamente obvio deducir que la paz nocturna en la carretera que desde Santa Cruz de Tenerife sube a La Laguna estaba siendo alterada profundamente por un enfrentamiento físico con agresiones de todo tipo; tan obvio, de hecho, que apenas sus ojos percibieron la escena, el Santo estaba ya pisando el pedal del freno y poniendo en punto muerto la palanca de cambio. Se había detenido por un breve instante únicamente para decidir si la lucha era solo una riña vulgar y ordinaria o si presentaba alguna característica que pudiera hacerla interesante al ojo de un experto. Y, mientras estuvo encaramado en el respaldo de su asiento, había observado que la difusa masa de agitados cuerpos estaba dividida en dos núcleos. En un grupo, dos hombres corpulentos trataban, en apariencia, de vaciar a golpes a un tercero, cuyo cabello brillaba como la plata bajo la débil luz; y en otro grupo, que más o menos completaba el cuadro, una muchacha, que había estado tratando de ayudar al agredido, estaba siendo arrastrada, luchando como una gata salvaje, por otro tipo del equipo de los duros.

Bien porque los combatientes estuvieran tan inmersos en sus propios asuntos que no se dieran cuenta de la detención de su coche, o bien porque se proponían continuar las operaciones a pesar de cualquier interferencia casual, lo cierto es que la intensidad del conflicto no daba muestras de disminuir cuando el Santo se aproximó. Y una suave y, quizás, calculadora sonrisa apareció en sus labios. El hombre que forcejeaba con la chica tenía una mano sobre la boca de la muchacha y, justo en aquel momento, los dientes consiguieron encontrar uno de los dedos, por lo que la mano se retiró con rapidez, mientras que el hombre profería roncamente una obscenidad, ahogada por el agudo grito de la chica pidiendo socorro. La suavidad de la sonrisa del Santo se acentuó.

—No tan alto, señora —murmuró—. Ya ha llegado la ayuda.

Mientras el hombre colocaba a la chica como un escudo entre ellos, Simón se percató de que la muchacha tenía una cara por la que en verdad valía la pena inmiscuirse en una pelea; y la perfección artística de ese descubrimiento hizo que himnos de bendición resonaran alegres hasta su alma. La situación era tal como debía ser: una belleza en apuros y repulsivos captores a los que se les podía golpear con fuerza en un ojo...

Este último aspecto se presentaba como especialmente ideal a la imaginación de Simón. Simultáneamente, el deseo de comprobar si sería tan satisfactorio en la práctica como en la teoría se convirtió en casi irresistible, y el Santo no encontró razón alguna para reprimirlo. Lanzó un puño en plan exploratorio, que pasó silbando como una bala junto a la oreja de la muchacha, y sintió el tremendo choque de sus nudillos contra algo que era, a la vez, firme y suave, y que no podía ser otra cosa más que el objetivo elegido en el cráneo del hombre que estaba detrás de ella.

El golpe repercutió en su brazo, y sus ondas se extendieron por todo su cuerpo en un cálido estremecimiento de inefable bienestar. No se había equivocado. La sensación era inmejorable. Le levantaba a uno el espíritu y hacía del mundo un lugar más brillante y optimista. Era la actividad.

—Préstame tu otro ojo, hermano —dijo el Santo.

El hombre soltó a la chica y le lanzó con furia un puntapié, pero el Santo había adquirido la mayor parte de su destreza como luchador en lugares donde no había árbitros. Así, el pie, salvajemente impulsado y que probablemente hubiera dañado a cualquier otro, pasó silbando sin tocarle, ya que, con ligereza, se había hecho a un lado. El pie siguió levantándose como consecuencia de su propio impulso, y Simón, poniendo su mano bajo el talón, le ayudó con entusiasmo a continuar su trayectoria. La otra pierna resbaló y el pateador cayó de espaldas, golpeándose con fuerza; y para eliminar cualquier duda, el Santo le pisó la cara, contribuyendo a que la parte posterior de la cabeza martillease el pavimento por segunda vez.

Luego tomó por un instante, con un frío apretón, la mano de la temblorosa muchacha.

—Vaya a mi coche —le dijo—. El rojo y amarillo. Yo recogeré al viejo.

Ella le miró, dubitativa y, al parecer, temerosa, durante un par de segundos, como si todavía no se hubiera dado cuenta de que él la había ayudado y la aterrorizara caer en una trampa. El Santo giró la cabeza para que la luz incidiera directamente sobre su cara y la chica debió encontrar algo en su sonrisa que eliminó las dudas, porque asintió y, obediente, dio la vuelta y se alejó.

El Santo se movió de nuevo.

A tres o cuatro pasos de él, los otros dos componentes del grupo de matones habían aprovechado bien su tiempo. El anciano había perdido el conocimiento y estaba totalmente fuera de combate, como Simón había deducido que se encontraría tras soportar unos cuantos minutos el trato al que había sido sometido. Yacía sobre el suelo como un muñeco de trapo, su

cabeza desmayadamente apoyada en el borde de la carretera. Uno de sus adversarios se encontraba de rodillas sobre él y el otro abandonó el divertido entretenimiento de golpear al viejo en las costillas para enfrentarse a la aproximación del Santo con una oleada de salvajes puñetazos.

Simón se deslizó hacia uno de sus costados con la ligereza de un bailarín, bloqueó un golpe, esquivó otro y, aprovechando el mismo movimiento, golpeó a su oponente, en el centro exacto del estómago, con un puñetazo que le hizo doblarse sobre sí mismo, como si se hubiera puesto en el camino de un martillo pilón fuera de control. Después sucedió algo que la víctima, posteriormente, nunca pudo creer del todo, atribuyendo sus sensaciones al mareo producido por el dolor que sentía en su plexo solar. Pero, perdido en la niebla de la agónica náusea que nublaba su cerebro, sintió exactamente como si dos manos, de una fuerza increíble, lo elevaran cogiéndole por la cintura y lo balancearan en el aire, mientras una voz reía, suave y burlescamente, antes de que aquellas manos lo soltaran. Tras ello, tuvo la sensación de flotar grácilmente en el espacio durante uno o dos latidos del corazón, hasta que la tierra se levantó y le proporcionó un terrorífico golpe en la espalda que casi le quebró la espina dorsal...

Simón Templar relajó sus músculos y exhaló un profundo suspiro de total satisfacción. Aunque se contemplasen exclusivamente a la luz de la realización de un saludable quehacer, los aburridos y mecánicos ejercicios que almas menos aventureras utilizaban para desarrollar impresionantes protuberancias en cada uno de sus miembros no estaban en sintonía con los que él acababa de realizar. Sin duda lo suyo era, como siempre había estado convencido, lo que los doctores recomendaban. Esto era deporte de verdad^[2]. Y volvió a reír, suave y casi inaudiblemente, cuando el último hombre vino hacia él.

Era el más corpulento de todos, con unas espaldas como las de un buey, aunque el Santo era un par de pulgadas más alto; y no se le acercó de una forma directa, sino dándose tiempo y espacio para extraer bruscamente, de su bolsillo trasero, un objeto oscuro y centelleante. Al percatarse de ello, el Santo se abalanzó como un rayo hacia la muñeca del adversario. La encontró y la sujetó con una mano que parecía una garra de acero, desviando el arma de la dirección que llevaba hacia su cuerpo. El hombre trató de soltarse, impacientemente, como podía haber hecho ante la intromisión de un niño, pero una curiosa expresión de extrañeza se extendió por su ancha cara cuando su brazo permaneció inmóvil, en la misma posición en que era sostenido, como si hubiese sido clavado a una sólida roca. Los dientes del Santo

brillaron en la penumbra, mientras su puño libre se elevaba como un pistón y se estrellaba bajo la poca tranquilizadora mandíbula del otro. Aquello debería haber sido suficiente para tumbar al grandullón, pero éste solo emitió un gruñido, sacudió su cabeza y, como respuesta, lanzó un golpe. Simón no lo acusó y se entrelazaron, pecho contra pecho. Y entonces se oyó otro golpe seco y el hombre corpulento, inesperadamente, perdió el sentido.

Simón lo dejó caer al suelo y, tras hacerlo, descubrió, como si fuera un monumento, las familiares pero totalmente felices facciones de Hoppy Uniatz, que se encontraba junto a él con una pistola automática en la mano. Durante un momento la memoria del Santo recapituló, con una sensación de serena alarma, buscando una definición más precisa del timbre del duro y seco golpe que había precedido al colapso de su oponente.

—No le disparaste, ¿verdad? —preguntó ansiosamente.

—Claro que no, jefe —le aseguró—. Sólo le golpeé en la «azotea» con la culata de mi Betsy^[3]. No le he hecho daño.

Simón recuperó la respiración.

—No estoy seguro de que él esté de acuerdo contigo —señaló—. Pero supongo que es mejor que estar muerto... Aunque creí que íbamos a tener una buena pelea antes de que te entrometieras.

Algo apesadumbrado echó una mirada alrededor. El momento culminante de actividad en el incidente parecía haberse desvanecido, dejando tras de sí una cierta atmósfera de paz. El hombre de la cara dañada intentaba, aturdido, ponerse en pie. El que había efectuado el corto pero emocionante vuelo estaba apoyado en la parte trasera del sedán, apretándose el estómago y con el aspecto de alguien que desease morir. Y el hombre que había sido golpeado en la «azotea» con la culata de la Betsy de Mr. Uniatz parecía dormido. Entre unas cosas y otras, una capa de repulsiva tranquilidad había caído sobre la escena.

El Santo suspiró. Y luego sonrió ligeramente y palmeó a Hoppy en la espalda.

—De todas maneras —dijo—, vamos a ver lo que hemos pescado de la olla.

Se dirigió hacia donde se encontraba el anciano, que aún yacía con la cabeza en la cuneta, y lo levantó en brazos como si fuese un niño. Ocurriese lo que ocurriese, el primer movimiento adecuado era retirarse estratégicamente del campo de victoria. Simón llevó al viejo hasta el Hiron del y lo depositó en el asiento trasero, y mientras le decía a Hoppy que cuidase de él, abrió la puerta delantera para que entrase la muchacha.

Ella dudó cuando ya había puesto un pie en el estribo y de nuevo Simón percibió aquella sombra de sospecha oscureciendo sus ojos.

—En realidad... no es necesario que se molesten... Podemos ir andando...

—No con el viejo —dijo el Santo con firmeza—. No está como para andar. —Sin esperarla, se deslizó tras el volante y pulsó el arranque—. Además, sus compañeros de pelea podían empezar a moverse también; aún les queda algo de energía...

¡Crack!

La bala silbó sobre su cabeza y se aplastó, más allá, en una pared; y el Santo sonrió como si aquello le divirtiera. Cogió la muñeca de la chica, tiró de ella hacia el asiento contiguo al suyo, cerró la puerta y pisó el embrague, en menos tiempo del que se tarda en contarlo. Un segundo disparo se perdió, inofensivo, en la noche, mientras la Betsy de Mr. Uniatz respondía al fuego. El Santo se percató entonces de la existencia de un desvío lateral, giró el volante e hizo chirriar las ruedas del Hirondele, que, derrapando, se movió en ángulo recto hacia la derecha. Momentos después se encontraban descendiendo suavemente por la costa, otra vez en las afueras de Santa Cruz de Tenerife.

Un poco más tarde, Simón escuchó detrás de ellos, muy lejos, un rabioso tiroteo que le mantuvo intrigado las siguientes doce horas.

2

Sin embargo, el cariz general del asunto le satisfacía plenamente. No le encontraba ningún pero, aunque hubiese interrumpido temporalmente el urgente y fascinante trabajo que le había traído a las Islas Canarias. La aventura era siempre la aventura y siempre había sitio para otras; este era el artículo de fe básico que había marcado el camino de alegre rebeldía del Santo a través de todos los continentes y la mitad de los países de la Tierra. Por si fuera poco, en esta aventura había algunos puntos que estaban empezando a convertirla en más interesante que de ordinario...

Simón miró de nuevo a la chica mientras daban la vuelta en el amplio espacio abierto que había frente al puerto^[4].



—¿Dónde vive usted? —le preguntó, en un tono tan distendido como si la estuviese llevando a casa después de haber ido a bailar.

—¡En ninguna parte! —contestó ella rápidamente. Y luego, como si hubiese pronunciado esas palabras sin darse cuenta de lo ridícula que era su respuesta, ni de cuantas otras preguntas inevitablemente la seguirían, continuó —: Lo que quiero decir es que... no quiero causarles más problemas. Han

sido ustedes extremadamente amables... pero puede dejarnos en cualquier parte por aquí y ya nos arreglaremos nosotros.

Simón condujo el coche lentamente alrededor de la Plaza de la República^[5] y, con la cabeza, hizo un significativo gesto hacia el asiento trasero.



—Estoy seguro de que usted sola podría hacerlo —aceptó Simón pacientemente—, pero tengo que recordarle la situación del viejo. ¿O piensa llevarlo en brazos?

—¿Se encuentra bien?

La muchacha se giró rápidamente y también el Santo miró hacia atrás, mientras detenía el Hiron del frente a la entrada del Hotel Orotava^[6]. La única persona visible en el asiento trasero era Hoppy Uniatz, que no parecía haber comprendido del todo sus obligaciones como prestador de primeros auxilios. Mr. Uniatz estaba encendiendo un gran puro y todas las evidencias hacían presumir que se había sentado sobre su paciente.



—Seguro, señorita. El viejo pájaro está perfectamente —dijo Mr. Uniatz con jovialidad—. Le han dado un poco de masaje, pero no es nada. Tendría usted que haber visto lo que los «polis» me hicieron una vez en que me metieron en chirona.

Simón vio reflejarse la pena en los ojos de la chica.

—Debemos llevarle a un médico —dijo la muchacha.

—Desde luego, —asintió él amigablemente—. ¿Quién es su doctor?

Ella se pasó una temblorosa mano por la frente.

—Me temo que no conozco ninguno.

—Yo tampoco. Y por lo que sé de los médicos españoles, si aún no está muerto, ya encontrarán ellos alguna manera de acabar con él. Yo puedo atenderle mucho mejor. ¿Por qué no lo llevamos dentro y vemos como podemos recuperarlo?

—No quiero seguir molestándoles.

El Santo se rió entre dientes y se volvió hacia atrás para abrir la puerta trasera.

—Llévalo dentro, Hoppy —ordenó—. Hazles creer que ha perdido el conocimiento y súbelo a mi habitación... Y será mejor que, para completar el cuadro; simules que estás un poco borracho. Nosotros te seguiremos dentro de unos minutos para que esto no parezca una fiesta.

Mr. Uniatz asintió y cargó con el paciente como si fuese un saco. Cuando empezó a andar por la acera, elevó su poco melodiosa voz, entonando una

canción con una letra tan cruda que el Santo agradeció profundamente que ningún residente angloparlante se encontrase dentro del radio de audición.

De nuevo la muchacha hizo un movimiento involuntario de protesta. Simón la tomó por el brazo.

—¿Qué está usted pensando? —le preguntó suavemente. Y ella, desesperanzada, se encogió de hombros.

«... mientras detenía el Hiron del frente a la entrada del Hotel Orotava».

Bajo el toque de su mano, Simón podía sentir la tensión que la dominaba.

—Déjeme que le mire —pidió la chica.

Simón se quitó el sombrero y se volvió hacia ella. Los ojos de la muchacha escudriñaron su cara y él descubrió que eran marrones y que, bajo la luz de una farola, su cabello parecía del color del cobre oscuro. Se dio cuenta de que, cuando su boca sonriese feliz, toda su cara se llenaría de alegría; una boca de carnosos labios, de un suave color rojo, que hubiera atormentado la imaginación de cualquier hombre con masculinos impulsos.

Por su parte, ella contempló una cara cálidamente bronceada en espacios abiertos e iluminada por unos ojos del azul más claro que nunca había visto. Era una cara que podía haber vuelto a la vida desde el retrato de algún bucanero del siglo XVI; un rostro en el que, entre la firme barbilla y los delicadamente cincelados labios y la ancha frente de artista, se armonizaban una docena de extrañas contradicciones que se mezclaban en un conjunto, tan despreocupado y feliz, que las obviaba y las hacía parecer insignificantes. Era la cara de un poeta con el osado humor de un caballero, el rostro de un bandido impenitente con la tranquila honradez de un idealista. Era el tipo de cara que ella creía que podía haber tenido Robin Hood, aunque no supiera por entonces que miles de periódicos habían bautizado unánimemente a su poseedor como el Robin Hood del delito moderno.

Simón Templar había dejado que la chica inspeccionara su cara, en la principal Plaza de Santa Cruz, sin la menor inquietud, ni siquiera ante la presencia de dos *guardias*^[7] que patrullaban en las proximidades, aunque sabía que reproducciones fotográficas de ese rostro se encontraban en los archivos policíacos de casi todos los países civilizados del mundo. Pero sucedía que, en aquellos determinados momentos, el Santo no era oficialmente buscado por la policía de ningún país, hecho que muchos ciudadanos que le habían conocido en tiempos pasados contemplaban con profunda indignación.

—Únicamente estoy algo trastornada —dijo ella, como si hubiese quedado satisfecha del resultado de su atento examen.

—Es natural —dijo el Santo despreocupadamente—. Que un puñado de bestias te golpeen no es lo que se recomienda normalmente para calmar los nervios. Vamos a ver ahora lo que podemos hacer por el viejo.

Se apeó del coche y le abrió la puerta. Y la música, que aún sonaba alegremente en su interior, creció en intensidad y envió vibrando sus entusiastas diapasones hacia la luna. Sabía ahora que su intuición había sido acertada.

En alguna parte de las cercanías de Santa Cruz había materia para mucho mayor entretenimiento y diversión que lo que, de un modo optimista, había esperado, y eso que había llegado con una definida esperanza en que aquel sería un buen trabajo. Y se lo había encontrado de lleno unas pocas horas después de desembarcar. Lo que, por otra parte, no constituía para él más que el normal desarrollo de cualquiera asunto. Si había un problema fraguándose en cualquier lugar, él se involucraría en el mismo: era su destino, la sublime compensación por tantas otras cosas que su rebeldía podía haberle hecho perder.

No había dudado, ni por un instante, que el incidente no era un hecho aislado. Si no, ¿*por qué* estaban tan decididos los tres matones a machacar al viejo que él había conseguido rescatar? ¿Y *por qué*, cuando él intervino, lucharon hasta el último hombre por mantener el privilegio de acabar el trabajo? ¿Y *por qué*, tras finalizar su pelea con ellos, habían puesto en funcionamiento su artillería, en un intento de proseguir de nuevo la lucha? ¿Y *por qué* estaba aún la chica tan asustada, incluso de su salvador, todavía sospechando de él, pese a que de una forma inequívoca le había demostrado de que parte se encontraba? ¿Y *por qué*, y este era el aspecto más extraño de todos, no había ella pronunciado, de forma voluntaria, como hubiera hecho cualquier otra persona, ni una sola palabra para explicar la forma en que empezó la lucha? El incidente completo aparecía erizado de preguntas, y ninguna de ellas podía ser contestada satisfactoriamente si se contemplaba el asunto bajo el prisma de considerarlo un vulgar robo en una carretera.

—Mire —continuó charlando cordialmente Simón—. Estas cosas hacen que siempre me pregunte por unos instantes si será seguro mirar a la cara a un policía en los próximos días. Recuerdo la última vez que me pasó algo parecido; fue en Innsbruck, pero sucedió casi lo mismo que aquí. Un amigo y yo nos entrometimos en una pelea en la que un individuo bajito, de aspecto inofensivo, estaba siendo casi despellejado por tres criminales de feroz catadura. Los dejamos para el arrastre y los arrojamos al río, y ese fue el inicio de un interminable problema... Porque resultó que el pequeñajo de

aspecto inofensivo llevaba una bolsa llena de joyas robadas, y los tres tipos de tan feo aspecto eran respetables policías que estaban tratando de detenerlo. Esto te enseña lo cuidadoso que tienes que ser en estos asuntos propios de caballeros andantes... ¿Le ocurre algo?

La cara de la chica se había vuelto blanca como la leche y, mientras se apoyaba en la pared del ascensor, le miraba fijamente.

—No es nada —contestó—. Solo que... todas estas cosas...

—La comprendo.

El ascensor se detuvo en el piso en el que se encontraba la habitación de Simón, quien abrió las puertas y salió tras la chica.

—Tengo una botella de limonada de la última cosecha que la pondrá en forma enseguida —observó mientras avanzaban por el pasillo—. Eso si Hoppy no se la ha bebido entera mientras se encargaba de cuidar y recuperar al herido.

—Espero que, si lo ha hecho, haga que la devuelva —contestó ella. Simón se sorprendió por el repentino cambio en su voz.

La chica estaba aún pálida, pálida como la muerte, pero el terror había desaparecido de sus ojos, como si un antifaz hubiera caído sobre ellos. Ella le sonrió (era la primera vez que la veía sonreír) y él se reafirmó en el pensamiento que había tenido en lo referente a su boca. El hecho le impactó de tal manera que en cualquier otro momento hubiese llenado su cabeza de ideas irresistibles. La muchacha acarició su brazo con una mano mientras llegaban a la puerta del cuarto. Sus pequeños dedos se movieron sobre su bíceps.

—Tiene usted que ser terriblemente fuerte —dijo—. Y el Santo se encogió ligeramente de hombros.

—Normalmente me las apañó sin ayuda para llevarme un vaso a la boca.

Sintió un extraño y fantasmal cosquilleo en la base de su columna vertebral mientras le abría la puerta y le franqueaba el paso a la habitación. No era por lo que ella había dicho; su última observación, viniendo de la mayoría de las mujeres, le hubiera hecho dar un respingo, pero su joven y fresca voz la había convertido en algo perfectamente natural. Ni siquiera era por la nueva personalidad que había empezado a mostrarse en la chica, porque encajaba tan perfectamente en ella que era difícil imaginarla de otra forma de ser. El sentimiento era casi subconsciente, un ramalazo de incompleta intuición que le producía la extraña sensación de estar andando, con los ojos vendados, por el borde de un precipicio; y, de nuevo, se daba cuenta, más allá

de toda duda, que no estaba, ni con mucho, cerca del final de las consecuencias que podían derivarse de su trabajo nocturno.

El viejo yacía inmóvil en la cama, exactamente como Mr. Uniatz debía haberlo dejado. El propio Hoppy, como el Santo había temido, había empezado la labor de recuperarse a sí mismo, ya que la mitad del contenido de una botella de Haig, que Simón dejó intacta sobre la mesa al salir, había desaparecido. Llegó justo a tiempo, porque Mr. Uniatz tenía la botella en su mano y se encontraba a punto de repetir su anterior experiencia. Simón se la quitó y volvió a colocarle el tapón.

—Gracias sean dadas a Dios —dijo con fervor—, por la existencia de botellas irrellenables, pues dejan salir el líquido muy lentamente. Si esta hubiera sido de las de tipo normal, en estos momentos no quedaría ni una gota.

Se acercó a la cama y desabotonó la chaqueta y la camisa del anciano. Su pulso era correcto, teniendo en cuenta su edad, y no tenía ningún hueso roto, pero el cuerpo estaba terriblemente magullado y la cara arañada e hinchada. Si tenía otras heridas internas y cuales podrían ser los efectos del shock eran cuestiones que habría que determinar cuando recobrase la consciencia. Respiraba a estertores, con la boca colgando y abierta y, por el momento, no parecía encontrarse en inminente peligro de muerte.

Simón fue al cuarto de baño y mojó una toalla en agua fría. Comenzó a lavar y a limpiar la cara del viejo lo mejor que podía, pero la muchacha lo detuvo.

—Déjeme que lo haga yo. ¿Se pondrá bien?

—Apueste lo que quiera —dijo el Santo con convicción.

La dejó con la toalla y volvió a la mesa para verter en un vaso un poco del whisky que había rescatado. Ella levantó la cabeza del anciano y la sostuvo, mientras Simón le obligaba a tomar algo de líquido entre sus hinchados y ensangrentados labios. El hombre gruñó y se agitó débilmente.

—Esto debería mejorarle —murmuró Simón—. Será mejor que usted se tome el resto. Le sentará bien.

Ella asintió y él le dio el vaso. Había lágrimas en sus ojos y, mientras Simón la miraba, siguieron brotando y corrieron por sus mejillas. Bebió rápidamente, sin hacer un gesto, y dejó el vaso antes de volverse hacia el viejo. Se sentó en la cama y, manteniéndolo con la cabeza apoyada en su pecho y su brazo rodeándole, lo meció un poco, como si estuviera acunando a un niño, refrescando su desfigurada y dañada cara con la toalla húmeda, mientras las lágrimas descendían libremente por su rostro.

—Joris —murmuró—, Joris, querido. Despiértate. Ya no hay ningún problema... Te encuentras bien, ¿verdad? Joris, Joris, cariño...

El Santo estaba regresando a la mesa para servirse un trago y se detuvo tan de repente que si ella lo hubiese estado mirando se habría percatado de ello. Durante un par de segundos Simón permaneció casi inmóvil, como si se hubiese convertido en piedra y, otra vez, el misterioso y sobrenatural estremecimiento depositó su frío toque en la base de su columna vertebral. Pero esta vez no se fue tan rápidamente como había venido. Trepó por la espalda hasta que el frío se introdujo en su cerebro; y luego bajó bruscamente al estómago y dejó su corazón palpitando con fuerza, como para recuperar el tiempo que había permanecido detenido.

Al Santo le pareció que había transcurrido un siglo desde que se había quedado petrificado, pero, en realidad, no sabía el tiempo que había pasado. Y, por fin, se movió de nuevo, alargando su mano muy lenta y deliberadamente hacia la botella que casi había alcanzado. Con absoluta calma se sirvió el whisky y, sin prisas, le añadió algo de soda.

—Joris —repitió, con una voz que, milagrosamente, resultó ser la suya propia—. Es un nombre algo extraño... ¿Quién es ese hombre?

El miedo que relampagueó en los ojos de la muchacha fue tan rápidamente suprimido que si él no hubiese estado observándola atentamente, casi con seguridad le habría pasado desapercibido.

—Es mi padre —contestó ella en un tono casi desafiante—. Pero yo siempre le he llamado Joris.

—Un nombre holandés, ¿no? —comentó el Santo de forma casual—. Vaya... parece que empieza a despertarse.

El anciano se estaba moviendo un poco más, sacudiendo su cabeza de lado a lado, de una forma mecánica, y quejándose como una persona que se recuperase de la anestesia. Simón volvió a acercarse a la cama, pero la joven le hizo un ademán para que se apartara.

—Por favor... déjeme un momento con él.

El Santo asintió, comprensivo, y se encaminó pausadamente hacia una silla. Los efectos del choque emocional ya habían desaparecido y, de nuevo, su mente funcionaba tan fría y clara como un riachuelo de los Alpes. Sólo la fuerte tensión de sus excitados nervios y un latido de intensa esperanza, localizado muy dentro y tan infinitesimal en su vibración que únicamente podía percibirse por sus propios sentidos, permanecían como testigos del rayo de comprensión que había iluminado su cerebro.

Sacó un cigarrillo de su paquete, lo golpeó ligeramente en un extremo, lo colocó entre sus labios, sin que sus manos temblaran, y lo encendió sin prisas. Luego abrió su cartera y extrajo de ella un papel doblado, de color azul.

Era un telegrama español que volvió a leer, lo menos por vigésima vez desde que había llegado a sus manos, aunque se sabía de memoria su contenido. Había sido enviado desde Santa Cruz el 22 de Diciembre e iba dirigido a un tal Mr. Rodney Felson, alojado en el Hotel Palace de Madrid. El mensaje decía:

“ *Joris debe ser reemplazado inmediatamente.
Asegúrate de sustituirlo con urgencia.* GRANER.

Simón dobló el telegrama y, cuidadosamente, lo volvió a guardar, pero las palabras bailaban aún ante sus ojos. Inspiró profundamente, hasta el fondo de sus pulmones, el humo del cigarrillo y dejó luego que saliera lentamente hacia el techo.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó como si conversara únicamente por pasar el rato.

Ella dejó transcurrir unos segundos antes de contestar.

—Vanlinden —dijo, de aquella manera algo desafiante. Y entonces el Santo supo que había obrado correctamente al confiar en la extraña corazonada que había tenido hacía cinco tardes en Madrid y que le llevó, precipitadamente, a conducir toda la noche hasta Cádiz para abordar el barco que al día siguiente debía zarpar para Tenerife.

3

Simón levantó la vista para darse cuenta de que la estrafalaria figura de Mr. Uniatz estaba empezando a convulsionarse, con la misma expresión que podría haberse encontrado en la cara de un volcán, si los volcanes tuvieran cara, a punto de entrar en erupción. Sus ojos, como los de un cangrejo, se le salían de las órbitas y toda su cara se estaba poniendo de color púrpura, congestionándose de tal manera que cualquiera que no lo conociese bien podría pensar que lo estaban estrangulando. El Santo, que no se encontraba entre ese grupo de inocentes, supo enseguida que aquellos aparatosos síntomas no eran más que las superficiales y visibles señales del

alumbramiento de un pensamiento en alguna parte de los oscuros e insondables recovecos de la mente de Mr. Uniatz. Sus ojos relampaguearon, transmitiendo un aviso que habría paralizado a un hombre más sensitivo; pero toda la sensibilidad de Mr. Uniatz hubiese hecho que un rinoceronte le pareciese una gacela asustada. Además, las manifestaciones de Hoppy habían ya alcanzado tal grado que no podían suprimirse: tenía que expulsarlas de su sistema o asfixiarse.

—¡Jefe! —explotó—. ¿Oyó eso? ¡Joris Vanlinden! ¿No es aquel tipo...?

—Si, Hoppy, naturalmente que es él —dijo el Santo con suavidad.

Se dirigió hacia la cama y se sentó mirando a la chica frente a frente. En aquel momento tenía que actuar con inimaginable rapidez, antes de que los torpes pies de Hoppy borrarán todas las pistas en el frágil puente que él había estado tratando de levantar. Tendió la mano hacia la muchacha y sonrió apaciguadoramente hacia sus ojos.

—Señora —dijo solemnemente—, este es un gran momento. ¿Quiere usted estrechar mi mano?

—Pero ¿por qué? —dijo ella.

—Sólo para sostenerme hasta que yo pueda hacer lo mismo con la del propio Joris. Siempre he deseado encontrarme con uno de los tipos que hizo aquel trabajo de Troschman's. ¡Fue una de las obras maestras del siglo!

—Creo que no sé de lo que me está usted hablando.

Él siguió sonriendo.

—Yo creo que sí lo sabe. Comenté que su padre tenía un nombre poco común, pero estaba convencido de que lo había oído antes. Ahora lo he recordado todo. Sabía que nunca lo olvidaría.

Y lo que estaba diciendo no era más que la pura verdad, aunque ella pudiera no comprenderlo.

Cuando una lluviosa noche de Abril unos desconocidos entraron en la productora de diamantes Troschman's, en Maiden Lane^[8], y vaciaron una caja fuerte que contenía piedras talladas y en bruto valoradas en unos doscientos mil dólares, la policía fijó su interés en el hecho de que el asalto difícilmente podía haber estado mejor coordinado en el tiempo sin que los ladrones fueran socios del negocio.

Y esto era imposible, porque Mr. Troschman no tenía socios. Era una pequeña empresa, con un solo tallador, que contrataba otros trabajadores cuando era necesario. De hecho, ese tallador, considerado como uno de los mejores artesanos del gremio, era lo más parecido a un socio que Mr. Troschman tenía, ya que había trabajado en la casa desde los inicios del

negocio. Por tanto era natural que se depositara en él más confianza que si se tratara de un empleado normal; y cuando se reunieron las piedras que completaban el mayor pedido que jamás había hecho Mr. Troschman en toda su carrera, el tallador fue la única persona, aparte del propietario, que sabía el momento en que la colección estaría completa. Su nombre era Joris Vanlinden.

La razón de que no fuese detenido inmediatamente estribó en que la policía confiaba en que, manteniendo sobre él una adecuada vigilancia, se podría cazar a la banda completa en una redada. Pero, tres días después, Vanlinden desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra y, tras el escándalo y los gritos subsiguientes, se le buscó en vano durante cuatro años. Únicamente algunas comisarías de policía conservaban en sus archivos su nombre y su descripción, junto a las instrucciones adecuadas al caso. En algunas comisarías de policía... y en la casi igualmente implacable memoria del Santo.

Simón Templar podía concentrarse y relacionar los autores de todos los delitos importantes cometidos en los últimos quince años; y esa lista hubiera incluido algunos nombres que no figuraban en los archivos policiales y algunos delitos que ninguna comisaría de policía había reconocido como tales. Él podía referir cuando, donde y cómo se habían cometido, el valor exacto del botín y, muy a menudo, lo que había sucedido con el mismo. Podía describir a los participantes, sus hábitos, guaridas, especialidades, vulnerabilidades, alias, delitos anteriores y «modus operandi». La memoria que tenía para aquellos detalles hubiera valido para que a cualquier agente de policía se le reconociera una antigüedad de treinta años, pero para el Santo suponía más que eso. Representaba la mitad de lo más esencial de su profesión, los fuertes cimientos en que se basaba su carrera, el conocimiento y la investigación en los que se fundamentaban los planes para efectuar sus asombrosas correrías contra los bajos fondos. Y, por ello, una y otra vez, los más inteligentes rufianes se habían considerado a salvo con su botín y despertado demasiado tarde, cuando aquel inigualable corsario del siglo xx estaba ya atacando su fortaleza para despojarles de todo lo conseguido, hasta el punto de que eran incontables los hombres que le temían más que a la policía e innumerables los lugares donde era sabido que su justicia era más rápida y mortal que la de la ley.

El Santo no dijo nada de eso, aunque la modestia natural no formase parte de su habitual forma de ser. Miró a la chica a los ojos y mantuvo aquella franca y amistosa sonrisa en sus labios.

—No se asuste —dijo—. No tiene por qué preocuparse. Yo trabajo por mi cuenta.

—¿No tiene nada que ver con la policía?

—Bueno, tengo mucha relación con ellos. Por una cosa o por otra, siempre están tratando de arrestarme, pero, hasta el momento, no han tenido mucha suerte.

Ella se rió de una forma ligeramente histérica, en claro y casi brusco contraste con el pánico que se reflejaba en su cara hacía solo unos momentos.

—Entonces no hace falta que mantenga por más tiempo mis buenos modales. —Movi6 su cabeza y se frotó los ojos con una mano, con la respiración algo entrecortada; y, repentinamente, se puso seria de nuevo, desesperadamente seria, con aquella clase de extraño sollozo en su voz—. ¡Pero no es verdad! ¡No es verdad! Joris no obtuvo ningún beneficio de aquello. Él no era ninguno de ellos, digan lo que digan.

—Eso no parece muy lógico.

—Él... él no era uno de ellos. Sí, les ayudó. Les dijo lo que ellos querían conocer. Se encontraba en apuros. Había perdido todos sus ahorros en la Bolsa... y más dinero que no podía devolver. Y estaba yo... Ellos le ofrecieron una parte y él sabía que el seguro de Troschman's cubriría las pérdidas. Pero lo engañaron... Se lo llevaron cuando pensaron que se derrumbaría si era arrestado. Además, aún les podía ser útil. Lo trajeron aquí. Pero nunca le dieron su parte. Siempre había algún pretexto: que se tardaba mucho en deshacerse de las piedras, o que no encontraban comprador, o cualquier otra cosa. Y todo este tiempo ha tenido que seguir trabajando para ellos.

—Uno era Graner, ¿verdad?

Simón seguía teniendo cogida la mano de la chica y podía sentirla temblar.

—¿Lo conoce usted?

—No personalmente.

—Sí, uno era Reuben Graner —se estremeció—. Pero si no lo conoce, no podrá entenderlo. Él es... no sé explicarlo. Algunas veces creo que no es humano... Pero ¿cómo lo sabe usted?

Simón sacó su cajetilla de cigarrillos y le ofreció uno. Cuando él le dio fuego, la mano de la muchacha temblaba aún de tal modo que le era difícil mantener el cigarrillo sobre la llama. Simón sonrió y le sujetó la mano con sus fríos y fuertes dedos.

—De todas formas, Reuben no está aquí ahora —dijo tranquilamente. Y si entrase en esta habitación, Hoppy y yo le tiraríamos el armario a la cabeza. De modo que vamos a calmarnos un poquito.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? —repitió.

—Más o menos, por accidente. Verá, vine aquí procedente de Madrid —vio un principio de comprensión en sus ojos—. Rodney Felson y George Holby estaban allí.

—¿Los conoce usted?

—Nunca he hablado con ellos. Pero conozco mucha gente con la que no he cruzado una palabra. Los vi accidentalmente. ¿Conoce el bar de Chicote?

—No he estado nunca en Madrid.

—Si va alguna vez, dese una vuelta por allí y dele recuerdos míos a Pedro. «Chicote» es uno de los mejores bares del planeta. Todo el mundo lo visita. Y eso hicieron Rodney y George. Rodney tenía en las manos un telegrama. Comentó su contenido con George, pero yo no estaba suficientemente cerca para oír lo que decían; finalmente, Rodney lo arrugó y lo tiró bajo la mesa. Lo cual fue un descuido por su parte, porque, cuando se marcharon, yo lo recogí.

—¿Usted lo recogió?

Él sonrió descaradamente.

—Ya le dije que trabajo por mi cuenta. Puede que exista el honor entre los ladrones, aunque no lo he comprobado en demasía. Sabía que Rodney y George eran una de las seis parejas de ladrones de joyas más inteligentes que en la actualidad operan en Europa, así que se me ocurrió pensar que aquello en lo que estuvieran interesados también podría interesarme a mí. Y me interesó.

Sacó de nuevo el telegrama y se lo dio. La observó mientras lo leía y vio como una pincelada de color se encendía momentáneamente en sus mejillas... calor que desapareció para dejarlas otra vez blancas.

—Lo envié tan pronto como lo supo —musitó—. Pensé que sucedería así. Podía sentirlo. Nunca se propuso dejarnos marchar a Joris y a mí. ¡Oh, lo sabía!

Simón hubiera calculado que tenía escasamente veintiún años, pero cuando ella levantó otra vez los ojos, había tantos años de cansancio en ellos que sintió un extraño nudo en su propia garganta. Tomó el telegrama que ella le devolvía y lo guardó de nuevo.

—¿Querían ustedes marcharse?

Ella asintió sin hablar.

—Supongo que Joris seguía trabajando en su antiguo oficio —dijo Simón.

—Sí. Le hacían trabajar para ellos. Él cortó y talló todas las piedras que se llevaron de Troschman's. Algunas veces se ausentaban y robaban más, y cuando las traían Joris tenía que volverlas a cortar, de modo que no pudieran ser identificadas. Tenía que hacer cuanto le dijeran, porque siempre podían entregarlo a la policía. Y también estaba yo... aunque le decía que eso no importaba, pero no me hacía caso.

—Y ahora quieren sustituirle.

Ella asintió de nuevo.

—Así es como Graner lo llamaba. Creíamos que podríamos irnos lejos, a cualquier parte, como Sudamérica, donde nadie nos conociera y pudiéramos vivir y ser felices. Pero yo sabía que no sería posible. Graner nunca tuvo ese propósito respecto a nosotros. Mientras Joris siguiera trabajando para ellos, todo iba bien. Pero no le podían dejar marchar, con todo lo que él sabe. Joris nunca diría nada, pero ellos no podían estar seguros de eso. Yo sabía que no le permitirían marchar con vida. Tenían pensado matarle... ¡Oh, Joris!

Sus brazos rodearon con fuerza los frágiles hombros del viejo, y el Santo vio que sus ojos brillaban otra vez.

—¿Eso era lo que estaban tratando de hacer cuando me entrometí? —preguntó el Santo dubitativamente—. No me dio esa sensación. Después de todo, ellos podían haber empezado por pegarle un tiro, en lugar de mantener las pistolas en sus bolsillos hasta que nos alejábamos.

—No lo sé. No sé si querían matarlo entonces...

—Pero, sí ellos no les permitían tener ningún dinero, ustedes no podían haber ido muy lejos.

Ella le miró mientras le temblaban los labios; y él vio otra vez aquella duda, extrañamente alerta, insinuarse en su mirada. Supo enseguida que estaba calibrando su respuesta, y también supo que iba a mentir.

Entonces se le ocurrió echar una mirada al viejo. Joris Vanlinden había permanecido hundido en tal inmovilidad, y durante unos minutos ellos habían estado tan distraídos por otras cosas, que habían dejado de observarle. Pero Simón vio ahora como los ojos del anciano se habían abierto del todo, tranquilamente, como si se hubiera despertado de un profundo sueño. Simón tocó el brazo de la muchacha.

—Mire —le dijo.

Se levantó y fue a servir un poco más de whisky, mientras Mr. Uniatz observaba pensativamente el desarrollo de los acontecimientos, masticando la apagada colilla de su puro. La mayor parte del diálogo había pasado sin dejar

huella por su cabeza, equipada únicamente para asimilar frases breves y concisas, dirigidas a él de forma muy cuidadosa y utilizando las palabras de una sílaba de más frecuente uso; y hacía ya un largo tiempo que había empezado a debatirse con dificultades en la profundidad del diálogo, hasta que, finalmente, abandonó el esfuerzo al no encontrar razón para agotarse en ese agónico trabajo mental cuando, en su momento, todo lo que le interesara conocer le sería convenientemente explicado por el Santo. Además, había un problema mucho más urgente que había estado ocupando su atención desde hacía un rato.

—Jefe —dijo Mr. Uniatz lastimeramente, como si hiciera notar una incomprensible descuido—, ha dejado usted un resto en la botella.

—De acuerdo —dijo el Santo con resignación—. Ya encontrarás donde guardarlo.

Volvió junto a la cama. El viejo estaba tocando la cara y el cabello de la joven, con débiles y temblorosos dedos, mientras hablaba con voz débil y ronca.

—¿Dónde estamos, Christine?... ¿Cómo hemos llegado aquí?... ¿Qué pasó?

—Todo está bien, querido. Cariño, todo está perfectamente. Sólo tienes que descansar.

Los ojos del anciano se volvieron hacia el Santo y su mano se aferró al brazo de la chica.

—¿Quién es esta gente, Christine? Nunca los había visto antes. ¿Quiénes son?

—Descansa tranquilo, cariño. —Ella lo calmaba con una especie de ternura maternal, como si fuese un niño con fiebre—. No te harán daño, Joris. Llegaron y te salvaron cuando los otros te estaban atacando.

—Sí, me estaban atacando. Lo recuerdo. Nunca fui un buen luchador. ¿Te acuerdas, Christine... de la otra vez? ¿Te hicieron daño, Christine?

—No, cariño. Ni un rasguño.

Los ojos del viejo se cerraron de nuevo y, durante unos momentos, se relajó, como si el esfuerzo de hablar le hubiese supuesto un duro trabajo. Y entonces, de repente, sus ojos volvieron a abrirse.

—¿Me lo quitaron? —preguntó con ronca voz.

—Silencio, Joris. Debes tranquilizarte.

—Pero ¿se lo llevaron?

La voz de Vanlinden se elevó y sus ojos brillaron. La chica trató de mantenerlo tendido, pero él se escapó de sus manos. Empezó a buscar en el

bolsillo interior de su chaqueta, con inseguridad al principio y luego con furia; luego registró todos sus bolsillos, dándoles la vuelta, una y otra vez, en un penoso frenesí.

—No, no —murmuraba incoherentemente—. No está aquí. No. ¡Ha desaparecido! —Su voz se elevó para quebrarse en algo parecido a un alarido—. ¡Ha desaparecido! —Miró fijamente al Santo—. ¿Lo cogió usted?

—Coger, ¿qué? —inquirió el Santo con perplejidad.

—¡Mi billete!

—Ah, un billete. No, no lo he visto. ¿Se refiere a un billete para marcharse de aquí? Yo no me preocuparía por eso. Con ir y explicar lo sucedido a la naviera o la compañía que sea...

—¡No, no, no es eso! —La voz de Vanlinden había alcanzado tal punto de desesperante agudeza que el Santo sintió un escalofrío recorrer su piel—. ¡Mi billete de lotería!

—¿Qué?

Christine se levantó bruscamente de la cama y encaró al Santo como una tigresa, aún cuando su cabeza apenas alcanzaba el hombro de Simón.

—Sí —dijo con fiereza—. ¿Lo ha cogido usted?

—¿Yo? —replicó, desconcertado, el Santo. Extendió sus brazos—. Regístreme y desnúdeme si quiere. Hágame pedazos y vuelva a juntarme. No he visto en mi vida su billete de lotería.

Ella se dio la vuelta y señaló a Hoppy Uniatz.

—Él estuvo sentado todo el tiempo con Joris en el asiento de atrás. ¿Lo cogió él?

—¿Lo tomaste tú, Hoppy?

Mr. Uniatz, nerviosamente, tragó saliva.

—Sí, jefe.

—¿Tú lo tomaste? —estalló incrédulo Simón.

Hoppy se atragantó.

—Sí, jefe —dijo en tono de excusa—. Yo creí que había dicho que me lo podía tomar —y señaló a la mesa—. De todas formas, no quedaba mucho en la botella.

—¡Perfecto idiota! —se encolerizó el Santo—. ¡No estamos hablando del whisky!

Se volvió hacia la chica.

—Hoppy no lo cogió —dijo—, ni yo tampoco. Y si no nos cree, puede seguir adelante y ponernos del revés. Yo no sabía que Joris tenía un billete de lotería. ¿Cuánto valía?

CAPÍTULO II

De la conversación de Simón Templar con un portero y la feliz reunión de una pareja de guardias

1

El Santo la miró y luego volvió de nuevo la vista a Joris Vanlinden. Sentía algo que podía ser su propio estómago y no el recipiente de piel endurecida que ejercía la misma función orgánica para Mr. Uniatz, que había absorbido todos los efectos de las dos terceras partes de una botella de whisky escocés. Lo conocía todo sobre la Lotería de Navidad, e incluso había jugado en ella en algunas ocasiones y compartido las ilusiones de casi todos los españoles, hasta que los resultados del sorteo se hacían públicos. Existe una Lotería Nacional española con tres sorteos mensuales^[10], pero el de *Navidad*^[11] es el gran evento del año, el momento en que casi tres millones de libras esterlinas se distribuyen en premios. Simón había leído en los periódicos que existían personas que, al despertar, se encontraban con que se habían convertido en millonarias durante la noche, pero nunca había conocido a ninguna de ellas y, como la mayor parte de la gente, en su interior no podía convencerse del todo de que tales cosas sucedieran en la realidad. La presente prueba de que eso ocurría hizo que, como si hubiera recibido una bofetada, la cabeza le diera vueltas.

—¿Poseía Joris el billete completo? —dijo, mientras trataba de superar la sorpresa—. ¿No tendría sólo alguna participación?

La chica negó con la cabeza. El desconcierto de Simón, que estaba perplejo y pasmado, era tan obvio que ella se tuvo que convencer de que estaba diciendo la verdad.

—No. Imagino que tenía que estar loco. Pensé que lo estaba. Pero Joris dijo que era la única solución. Fue ahorrando, de aquí y de allá, una parte del poco dinero que nos daban, hasta que pudo comprarlo. ¡Y le ha tocado!

Simón hizo un rápido cálculo mental.

—¿Por qué no lo había cobrado ya?

—Porque estamos en Tenerife.

Él sonrió débilmente, medio distraído.

—Naturalmente. Lo había olvidado.

—El sorteo fue el día 21 —Ella hablaba de una forma casi mecánica, pero con marcadas ganas de hacerlo, como si el hablar mantuviese su mente alejada de otras cuestiones—. Los resultados, comunicados por telegrama, se conocieron aquí el día siguiente, es decir, cuando Graner telegrafió a Madrid... Pero los premios no se pagan sólo por haberse recibido esa notificación. Hace unos pocos días se publicó una reproducción fotográfica de la lista oficial de premios. Pero eso tampoco sirve. Uno podría ir a un Banco y solicitar un anticipo a cuenta, aunque te cobran una comisión del dos por ciento, pero no creo que te pudieran pagar íntegro uno de los premios importantes. De forma que hay que esperar hasta que la Administración decida enviar una copia de la lista oficial.

—Una clara muestra de la organización española, ¿verdad? —dijo el Santo despreocupadamente.

—Las listas deben venir en el barco que llega hoy —terminó ella.

Simón la miró un poco más detenidamente, y luego encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior y empezó a recorrer, inquieto, la habitación, mientras Hoppy lo observaba con una especie de perruna complacencia.

Sería injusto decir que las primitivas circunvoluciones que, como consecuencia de las limitaciones del lenguaje, se podían denominar como el cerebro de Mr. Uniatz eran incapaces de registrar más de una idea simultáneamente. Para ser precisos hay que aclarar que eran capaces de hacerlo con dos, aunque debe admitirse que una de ellas era un trasfondo, más o menos habitual e inconsciente, ajeno a lo que estuviera sucediendo. Y ese trasfondo, permanente y penetrante, era su sublime fe en la infalibilidad y la divina inspiración del Santo.

Porque el Santo, como Mr. Uniatz había descubierto, podía *Pensar*. Podía concentrarse en los problemas, y analizarlos, sin signos perceptibles de sufrimiento. Podía producir *Ideas*. Podía preparar *Planes*. Mr. Uniatz, un ciudadano de elemental inteligencia, cuyos horizontes intelectuales habían

estado delimitados, hasta el momento, por la lógica de las pistolas y los subfusiles, había observado con perplejidad y respeto, en sus primeros contactos con el Santo, esas manifestaciones sobrenaturales. Cuando años después volvieron a encontrarse en Londres, Mr. Uniatz, que desde hacía tiempo había meditado confundido sobre ello, acabó de llegar a la conclusión de que, con sólo enganchar su vagón a tan rutilante estrella, el resto de su vida se desarrollaría sin preocupaciones.

Dado que en aquellos determinados momentos esa asociación encajaba a la perfección con sus planes, Simón permitió que lo hiciera. A partir de entonces Mr. Uniatz se le unió, en una ciega e incommovible alianza de la que, si no se empleaba la violencia física, era imposible desligarse durante más de unas pocas semanas seguidas. Abandonado a su suerte, Hopyy erraría caprichosamente por la Tierra, como un Ismael espiritual, hasta que pudiera de nuevo colocar su destino en las manos de este superhombre, de este genio invencible que podía encontrar su camino, con tan aparente facilidad, a través de los terroríficos y tenebrosos laberintos del *Pensamiento*. Cualquiera que fuese el problema que, en el presente o en el futuro, tuvieran entre las manos, Hopyy Uniatz sabía que el Santo lo resolvería.

Se inclinó hacia delante y tocó ligeramente a Christine en el hombro.

—Tranquila, señorita —dijo animadamente—. El jefe lo solucionará. Con un coco como el suyo podía haber sido un pez gordo en los Estados Unidos.

—Yo era un pez gordo —replicó el Santo—. Pero hay límites para todo.

Estaba a empezando a colocar en un cierto orden los detalles más importantes que habían ido apareciendo en la situación, pero sin que eso implicase mucha diferencia, dada la vertiginosa confusión en que su cabeza había estado girando. Cuanto más pensaba en el asunto, más fantástico le parecía.

Porque un billete de la lotería española es un *documento del portador* (sic), un cheque tan legal e indiscriminatorio como no hay otro en el mundo. A falta de una evidencia total e irrefutable que indique lo contrario, junto a certificados, órdenes judiciales y sabe Dios cuántos muchos otros requisitos, el billete en sí es el único justificante legal que existe bajo el cielo para cobrar cualquier premio que le haya correspondido. Ni siquiera existen matrices que puedan conservarse en poder del vendedor del billete; sin esa normativa la organización de la lotería sería imposible. En otras palabras, el papel que Joris Vanlinden había perdido, una hoja doblada, de poco más de quince centímetros de longitud por diez de anchura, con el grosor correspondiente a las veinte participaciones^[12] en que se divide un billete del sorteo de *Navidad*,

era el recibo más eficaz para el cobro de quince millones de pesetas, dos millones de dólares o cuatrocientas mil libras esterlinas, al más moderado de los cambios^[13]; unas ciento veinte libras o quinientos cuarenta dólares por centímetro cuadrado, si el billete se desplegabá totalmente, lo que le convertía en una de las concentraciones de riqueza más compacta, disimulable e imposible de rastrear que el mundo haya visto. El Santo había conocido botines de casi todos los tipos y formas existentes bajo el sol, y había puesto sus manos sobre lo que todo el mundo, excepto él mismo, hubiera considerado que era una participación demasiado grande en las ganancias, pero había algo en este nuevo, y, hasta el momento, no considerado sistema, que le quitaba la respiración.

Dejó de pasear y miró de nuevo a Vanlinden. El viejo se había derrumbado, exhausto, sobre la almohada, temblando por la excitación nerviosa y aferrándose de forma patética a la mano de su hija. Sus débiles y cansados ojos miraban sin brillo al Santo, puesto que incluso él mismo debía haberse convencido de que Simón no sabía nada, y el fuego había desaparecido de ellos, dejando, únicamente, angustia en su lugar.

Simón se volvió hacia la muchacha.

—Si la idea de Graner es la que usted cree, ¿por qué los dejó marchar?

—No nos dejó ir. Dijo que lo iba a hacer, pero yo nunca le creí. Pasaba los días aterrorizada, pensando en que algo... algo le sucediera a Joris. Cuando supe que las listas oficiales llegarían esta noche, estuve... estuve segura de que ellos... se las apañarían para que algo le ocurriera a Joris antes de que se despertase mañana.

—Y entonces decidieron huir.

Ella asintió.

—Dijimos que nos íbamos a acostar pronto y nos escapamos por una ventana. Graner aún no había soltado los perros...

—Hay perros, ¿verdad?

La oyó contener la respiración.

—Sí. Pero no estaban fuera... Salimos y corrimos. Pero debieron notar nuestra falta. Vinieron tras nosotros y nos cogieron en la carretera. Entonces fue cuando llegaron ustedes.

El Santo exhaló, con sumo cuidado, dos anillos de humo, haciendo que el segundo pasara a través del círculo formado por el primero.

—Entonces ellos cogieron el billete —dijo—. Pero no tenían la intención de matar a Joris. ¿O sí? —Sus ojos se clavaron de nuevo en ella, tan claros,

azules y brillantes como zafiros—. ¿No encuentra algo chocante en este punto?

Ella pasó los dedos entre sus desordenados cabellos.

—Dios mío —dijo—. No puedo pensar nada.

—Bien, ¿no le extraña? Ellos podían haber querido quitar de enmedio a Joris porque sabía demasiado. Pero también podían tener más razones. Si él hubiese quedado libre después de que le robaran el billete, podía haber armado un buen lío. No sería fácil, pero supongo que se podría organizar un follón. La gente no gasta muy a menudo dos mil pesetas en un billete completo de lotería del sorteo de *Navidad*, especialmente en un sitio como éste, por lo que es muy probable que en la Administración donde lo vendieron se acordaran de Joris. Si estaba muerto, cualquiera podía decir que se lo había comprado, pero si estaba vivo y armando escándalo...

—Pero ¿cómo iba a hacerlo? Joris no podía acercarse a la policía...

—Eso es discutible. Naturalmente que, a la vez, él se metería en problemas, pero cualquiera que proporciona pistas a la Justicia cuenta normalmente con una buena dosis de atenuantes; además, Joris tiene mucho menos que perder que los otros. Mirándolo únicamente desde un punto de vista teórico, cuando un tipo está en la situación de Joris y un milagro lo ha puesto a un dedo de distancia de conseguir todo lo que más desea en el mundo, y entonces, en el último momento, alguien se lo arrebatara y lo empuja de nuevo para atrás, es lógico que se vuelva lo suficientemente loco como para cometer algún acto de venganza. No sé si Reuben Graner será un buen psicólogo, pero si yo estuviera en su lugar me inclinaría a mirar el asunto de esta forma. ¿Qué opinas tú, Hoppy?

Las poco decorativas facciones de Mr. Uniatz se pusieron, por sí mismas, en orden, con una expresión angustiosa llena de reproches. Incluso en sus momentos de más impasible serenidad tendían a componer algo que un aficionado a la escultura habría retocado con un fuerte golpe de martillo dado al cincel, con la vana esperanza de que sus amigos más corteses aseguraran que se asemejaba a un rostro humano; pero cuando se apartaban del reposo, se parecían más a un desafortunado proyecto de arte ultrafuturista y, posiblemente, un museo vanguardista habría pagado un alto precio por ellas. A Mr. Uniatz, sin embargo, no le preocupaba su belleza. Para un hombre de gustos elementales y primitivos, el mero sonido de la palabra «pensar» le producía una reacción que le hacía acobardarse.

—¿Qué... yo? —dijo trabajosamente.

—Sí, tú.

Mr. Uniatz masticó otro pedazo de la colilla de su puro, e inadvertidamente se lo tragó.

—No sé, jefe —comenzó débilmente; y luego, con los claros y acusadores ojos del Santo clavados en él, se enfrentó valientemente a su martirio.

—Ese tipo, Graner, —dijo— ¿es uno que poseía unas joyas extraordinarias?^[14]

—Confiemos en que aún le queden algunas.

—¿El tipo que tiene los diamantes?

—Correcto.

—¿El tipo del que me habló en Madrid?

—Exactamente.

—¿El tipo que vinimos a cazar aquí?

—El mismo.

—El tipo de la lotería —dijo Hoppy, no dejando piedra sin levantar en su ansiedad por asegurarse del terreno que pisaba antes de comprometerse.

Simón asintió aprobadoramente.

—Bueno, parece que te has enterado de algo —dijo—. Creo que, por el momento, podrías seguir llamando a Graner «el tipo de la lotería». Al fin y al cabo, él es quien se ha apoderado del billete. Y la pregunta es: ¿Qué va a pasar ahora?

—Eso está chupado, jefe —dijo Mr. Uniatz alegremente, con lo que el Santo se dejó caer en una silla.

—Por vez primera en tu vida te ha ocurrido una de estas dos cosas —dijo seriamente—: O el whisky te ha hecho algún efecto, o en tu cabeza ha nacido una idea.

—Le aseguro que es muy sencillo, jefe. Todo lo que tenemos que hacer es ir a ver a ese individuo y decirle: «Mira, ladronzuelo: o nos dejas participar en tu negocio o te llevamos a la policía». Seguro que acepta. Está chupado —concluyó Mr. Uniatz reiterando su opinión.

El Santo le miró con conmiseración.

—Pobre cabezón —dijo—. No estamos hablando de ningún negocio ilegal. Se trata de la lotería oficial española. Es absolutamente legal. Graner no la controla, sino que, simplemente, ha llegado a sus manos el billete premiado.

Mr. Uniatz pareció sentirse infeliz. Consideraba que el Gobierno español le había ofendido personalmente. Volvió, de mal humor, a pensar en el asunto.

—No lo sé, jefe —dijo finalmente, volviendo a su anterior situación.

—Pues a mí me parece totalmente claro —dijo el Santo.

Se levantó de nuevo. Para Christine Vanlinden, que lo observaba fascinada, una atmósfera de poder, vivaz e invencible, como ella nunca había sentido alrededor de un hombre, lo envolvía. Se podría o no confiar en él, de acuerdo con los sentimientos y recelos que despertaba, pero su personalidad llenaba la habitación y absorbía a quién estuviese en ella. Mientras tanto, Simón seguía sonriendo y sus gestos tenían la ligera y semidivertida arrogancia que era inherente a cada uno de sus movimientos.

—Graner tiene el billete —dijo—. Pero nosotros tenemos a Joris. Mientras Joris esté fuera de la circulación, creo que Graner temerá arriesgarse tratando de hacer efectivo el billete. Intentará apresar de nuevo a Joris para saber exactamente como se encuentra. Puede permitirse esperar unos pocos días y, mientras tanto, posiblemente estará pensando otra forma de resolver el problema. Pero no pienso que la primera cosa que haga esta mañana sea ponerse a la puerta de la Administración de Loterías para cobrar el premio. Así que tenemos cada uno la mitad de las posibilidades. Y, mientras Graner trata de aumentar las suyas, también podemos nosotros intentar incrementar las nuestras. Por tanto, el siguiente paso por nuestra parte será ir a charlar con Reuben.

Simón vio la inmediata presión de sus blancos dientes sobre el labio inferior.

—¿Hablar con Graner? —dijo asombrada—. No puede hacer eso.

—¿Que no puedo? —contestó el Santo frunciendo el ceño—. ¡Me está esperando!

2

Los ojos de la chica se abrieron de asombro.
—¿A usted?

—Es la pura verdad. Ayer atracamos con retraso y nos encontramos con que no tenían en el muelle los aparejos necesarios para bajar el coche del barco. Cada vez que montaban algún artilugio, las maromas se rompían y todos se reunían, gesticulando y explicándose unos a otros por qué aquello no funcionaba. Cuando por fin lo desembarcaron, perdimos la otra mitad del día dando vueltas para conseguir el visado de entrada. Lo de siempre en Tenerife. Cuando por fin estuvo todo en regla, nos aseamos un poco y, por unas y otras

causas, nos pareció que nos hacían falta unas cuantas copas y comer un bocado antes de involucrarnos en algo más emocionante. Y así lo hicimos. A la vez indagamos algo sobre Graner y, después que seis personas nos dieran dieciséis direcciones distintas, íbamos a intentar localizarle cuando nos encontramos con ustedes. —El Santo sonrió—. ¡Pero seguro que Reuben me está esperando!

—¿Por qué?

Simón miró su reloj.

—¿Sabe que es casi medianoche? —dijo—. Creo que tenemos que hacer unas cuantas cosas antes de seguir hablando. Joris necesita descansar, y quizás no es el único. Dio otra rápida vuelta por la habitación y continuó: —Y, además, no creo que debamos airear que lo tenemos aquí, pues la primera cosa que hará la gente de Graner será husmear por los hoteles. Hoppy lo trajo como si estuviese borracho y el portero de noche desconoce quién está alojado en el hotel. De forma que lo mejor es que Hoppy lo cuide esta noche sin comunicarlo a Recepción y, a lo mejor, mañana se nos ocurre algo más con respecto a él. ¿De acuerdo, Hoppy? Tú puedes dormir en el suelo, o hacerlo en la bañera, o lo que sea.

—Seguro, jefe —dijo Mr. Uniatz complaciente—. No hay ningún problema por mi parte.

—Estupendo. —Simón sonrió otra vez a la muchacha—. Entonces voy a bajar y le conseguiré una habitación.

Salió del cuarto y bajó rápidamente las escaleras. Tras hacer más ruido que media docena de ladrones tratando de entrar al hotel por el procedimiento de romper la puerta de entrada con un ariete, finalmente consiguió despertar al portero de noche de sus sueños y le expuso su petición.

El hombre le miró inexpresivamente.

—*Mañana*^[15] —contestó, dando con la ingeniosa solución nativa—. Mañana, cuando haya alguien de los que llevan el asunto de las habitaciones, podrá usted solucionarlo.

—Mañana, —dijo el Santo— el Teide podría entrar en erupción, y todos los habitantes de este lugar abandonado de Dios podrían tener que moverse con rapidez, por primera vez en sus vidas. Quiero una habitación esta noche. ¿Qué le parece si va a la oficina y mira el libro de reservas?

—*stá cerraó*^[16] (sic) —dijo el otro con tono pesimista.

El Santo suspiró.

—Es para una señora —explicó, intentando apelar al conocido espíritu caballeresco de los españoles.

El hombre siguió mirándole extrañado. Si se trataba de una *señorita*^[17] parecía pensar, ¿qué necesidad había de montar este lío para conseguirle alojamiento?

—Usted tiene una habitación —observó.

—Lo sé —dijo el Santo pacientemente—. La he visto. Pero quiero otra. ¿No tiene usted una relación de las habitaciones ocupadas para saber si están todos los clientes en el hotel antes de cerrar?

—Hay una lista —admitió el portero con relucencia.

—Bueno. ¿Y dónde está?

El hombre rebuscó tras su mostrador y, por fin, extrajo una sucia hoja de papel. Simón le echó una ojeada.

—Entonces —dijo—, ¿no se le ocurre pensar que las habitaciones que no figuren en esta lista estarán libres?

—No —dijo el portero—, porque no siempre incluyen todos los números de las ocupadas en la relación.

Simón respiró profundamente.

—¿Está usted esperando el regreso de alguien más?

—Sólo al número 51 —dijo el hombre, que, al parecer, tenía su propio y lúcido sistema para comprobar que los residentes estaban ya en el hotel.

—Entonces, las demás llaves de esos casilleros se corresponden con habitaciones vacías —insistió el Santo, cuya sociedad con Hoppy Uniatz le había hecho adquirir una inusual maestría para explicar sus ideas con diáfana claridad.

El portero, de malas ganas, reconoció que probablemente era así.

—Entonces, cogeré una —dijo el Santo.

Se dobló sobre el mostrador y tomó la llave que colgaba del casillero número 49, que correspondía a la habitación contigua a la suya. Abrió luego las puertas del ascensor y penetró en él. Pulsó el botón correspondiente al último piso. No pasó nada.

—*No funciona*^[18] —dijo el portero con satisfacción un tanto morbosa; y Simón le oyó roncar de nuevo antes de que hubiese alcanzado el primer rellano.

Recobró su buen humor en el camino de vuelta, en parte porque su mente estaba muy ocupada en otras cosas como para rumiar mucho tiempo sobre las deficiencias del carácter canario. Tenía más cosas en que pensar que las que hubiera deseado y ya empezaba a sentir los prolegómenos de un extraño temor al momento futuro en que ciertas preguntas no podrían ser aplazadas por más tiempo...

—Deberías quedarte y residir aquí, Hoppy —observó mientras volvía a entrar en el dormitorio—. Comparado con los naturales pareces tan inteligente que, probablemente, te harían alcalde. Pero lo importante es que conseguí una habitación.

Se inclinó sobre la cama y comprobó de nuevo el pulso de Vanlinden.

—¿Cree usted que podría andar un poquito? —preguntó al anciano.

—Lo intentaré.

Simón le ayudó a levantarse y lo sujetó con un brazo.

—Necesito cinco minutos para desvestirlo y acostarlo —dijo a Christine — y luego que Hoppy la acompañe a su cuarto.

La habitación de Hoppy estaba dos puertas más allá, con lo que la que Simón había conseguido para Christine, quedaba entre ambas. Casi todo el ligero peso de Vanlinden descansaba en el fuerte brazo de el Santo.

—¿No cree que podría valerme por mí mismo? —dijo el viejo cuando llegaron a la habitación; y el Santo, con algunas dudas, lo dejó momentáneamente solo.

El anciano comenzó a quitarse la chaqueta. Sacó un brazo de la manga y se quedó quieto, mientras una extraña e infantil perplejidad arrugaba su cara.

—Quizás no estoy muy bien —dijo roncamente y se sentó de golpe en la cama.

Simón lo desvistió. Una vez desnudo era poco más que piel y huesos. Donde no estaba magullada o empezando a ponerse de un color violáceo, su piel era muy blanca y casi transparente, con unas características y pequeñas arrugas alrededor del cuello y de los hombros que contaban su propia historia. Simón lo examinó de nuevo y cuidó sus heridas más superficiales con sus hábiles y asombrosamente delicados dedos. Luego lo embutió en uno de los electrizantes pijamas de seda de Mr. Uniatz y apenas acababa de arroparlo cuando llegaron Hoppy y Christine. Simón regresó a su propia habitación y volvió junto a la cama del anciano con un par de pequeñas pastillas blancas y un vaso de agua.

—Tómese esto. Le ayudará a descansar.

Sujetó su cabeza mientras bebía el agua y, con mucho cuidado, volvió a acostarlo. Vanlinden le miró.

—Ha sido usted muy amable —dijo—. Estoy cansado.

—Mañana estará cantando como un gallo de pelea —le dijo el Santo.

Tomó a Hoppy por el brazo y lo sacó de la habitación; y tan pronto como se separó de la cama, la ternura desapareció de su rostro. No había duda de que Joris Vanlinden era un viejo, no sólo de cuerpo, sino también de mente. Y

Simón sabía que, en ese sutil proceso que se denomina envejecimiento, la desesperación de los últimos cuatro años debía haber influido más que el resto de su vida. ¿Cuál sería el efecto de la paliza de esta noche sobre la menguante vitalidad del anciano? ¿Y cuantas fuerzas más se llevaría el golpe final del billete robado?

Simón se sentó sobre el pretil de la galería y consumió algo más de un centímetro de su cigarrillo, mientras consideraba en silencio esas preguntas. Aún no había alcanzado a responderlas cuando las apartó de su mente y señaló a la habitación.

—Cuando vuelvas ahí dentro, Hoppy —dijo—, cierra la puerta, guarda la llave en tu bolsillo y manténla allí. No permitas que nadie entre o salga hasta que yo me dé una vuelta por la mañana; ni siquiera tú, a menos que tengas que avisarme durante la noche.

—De acuerdo, jefe.

Mr. Uniatz tomó una cerilla y volvió a encender la parte del puro que aún no se había comido. Después miró al Santo con una expresión que, en cualquier otro, podría haberse considerado reflexiva.

—Ese billete de lotería —dijo— debe valer un montón de dinero.

—Sí, Hoppy. Vale dos millones de dólares.

—Cáscaras, jefe... —Mr. Uniatz contó con sus dedos—. ¡Lo que yo podría hacer con quinientos de los grandes!

Simón le miró intrigado.

—¿Qué quieres decir con eso de quinientos de los grandes?

—Pensé que usted me daría mi parte, jefe. La última vez me dio veinticinco centavos por dólar^[19]. Por tanto sería medio millón para mí y un millón y medio para usted. ¿O eso es demasiado? —contestó Hoppy pensativamente.

—Ya lo pensaremos cuando los tengamos —dijo el Santo secamente; y entonces se abrió la puerta y Christine salió del cuarto.

Ella asintió respondiendo a su pregunta.

—Ya está dormido —dijo. Y continuó—: No veo la razón por la que tenga que quitarle la cama a su amigo. Puedo dormir en una silla y echarle un ojo a Joris.

—No, por Dios —dijo el Santo animadamente—. Hoppy puede dormir en cualquier parte; de hecho, duerme de pie durante casi todo el día. Hasta que no se le conoce bien, no puedo uno notar la diferencia. Si Joris necesita algo, Hoppy lo arreglará; y si no pudiese solucionarlo, me llamará; y si se trata de

algo serio, yo la llamaré a usted. Pero tanto usted como Joris necesitan descansar todo lo que puedan.

Empujó a Hoppy suave, pero firmemente, hacia su puesto de vigilancia y abrió el otro cuarto con la llave que había cogido en Recepción. Encendió las luces y entró en la habitación después de ella, cerrando la puerta tras de sí y extrayendo la llave para entregársela.

—Manténgala en su poder... únicamente para prevenir accidentes. No es tanto por esta noche como por mañana, no vaya a ser que Graner y su gente madruguen. Puede usted cerrar por su lado la puerta que comunica nuestras habitaciones.

Abrió esa puerta, entró en su propio cuarto y sacó una bata de su maleta. Cuando se dio la vuelta, encontró que ella lo había seguido. Simón colgó la prenda del brazo de la chica.

—Es todo lo que puedo dejarle —dijo—. Me temo que mis pijamas le caerán un poco grandes, pero si quiere puede coger uno. ¿Se le ocurre algo más?

—¿Le queda algún cigarrillo en reserva?

Simón tomó una cajetilla del tocador y se la dio.

—Bueno, si esto es todo lo que podemos hacer por ustedes...

Ella no hizo el menor movimiento para marcharse. Permaneció frente a él, con las manos en los bolsillos de su fina chaqueta y la bata colgada de su brazo, mirándolo con unos ojos que Simón descubrió repentinamente que podrían ser traviosos. La luz se reflejaba sobre el cobre quemado de los rizos de su cabello. La chaqueta estaba ceñida a su cintura mediante un cinturón, y luego colgaba abierta; el ligero vestido que usaba bajo ella se ajustaba sin problemas a unas esbeltas curvas que hubiera sido perturbador observar desde demasiado cerca.

—No me contó por qué le está esperando Graner —dijo la chica.

Él se sentó en los pies de la cama.

—Es fácil. Verá, yo contesté a su telegrama.

—¿Usted?

—Naturalmente. Yo sabía que Felson y Holby eran ladrones de joyas. Reconocí el nombre de Joris como... Bueno, francamente, estaba ligado a un trabajo bastante famoso que consistió en pedir prestadas unas joyas. Y un tal Mr. Graner parecía estar en relación con el equipo completo. Por eso pensé que valdría la pena echar una ojeada al camarada Graner. Le telegrafíé diciendo: «Conozco al hombre adecuado. Le he telefoneado. Dice que saldrá inmediatamente».

Y lo firmé «Felson».

—¿Me está diciendo que iba usted a trabajar para él?

—No he cortado ni un diamante en mi vida, querida. Y no trabajo con nadie. Sólo pensé que me podría proporcionar algún beneficio el conocer a Reuben un poco mejor. Al final, Reuben pagaría los dividendos, pero no por los servicios prestados.

—Entiendo. —Había una brizna de humor en sus serios ojos marrones—. Usted pensó que podría chantajearlo.

Las finas cejas del Santo se curvaron hacia arriba, en una mueca de poco escrupulosa alegría.

—Yo no lo llamaría así. Probablemente, ni siquiera hubiese sido literalmente verdad. Yo soy un idealista. Me puede calificar como un corrector de injustas diferencias. ¿Por qué habría de tener Graner tal cantidad de diamantes cuando yo no tengo ninguno? Y si él se asemeja algo a como usted me lo ha descrito, es casi un sagrado deber corregir la desigualdad. De ahí mi telegrama.

—Pero suponga que Rodney le telegrafió otra cosa distinta.

El Santo sonrió.

—No creo que Rodney o George estén como para enviar telegramas en estos momentos —dijo suavemente—. Tras recoger el telegrama, salí de «Chicote» y los seguí para observarlos. Tan pronto como estuvieron fuera del local, un par de pájaros, vestidos de paisano, les enseñaron unas placas y luego todos juntos tomaron un taxi y se alejaron. Por las decentes fisonomías de los tipos de las placas y el preocupado aspecto de Rodney y George deduje que lo que estuviesen preparando en Madrid había comenzado a hacer agua. Por tanto, aquello suponía una buena oportunidad que había que aprovechar.

—Pero los otros lo reconocerán.

—Lo dudo. Estaba muy oscuro en la carretera. Yo no estaría tampoco seguro de reconocerles, si no fuera por las señales identificativas que les marqué... y, además, tenía el sombrero cubriéndome los ojos. También es otra oportunidad bastante buena para aprovecharse de ella.

Dejó el cigarrillo y se levantó. El movimiento le llevó a colocarse frente a la chica; y puso sus manos sobre los hombros de ella.

—Deje de preocuparse por esta noche, Christine —dijo—. Sé que es muy difícil que pueda apartar su mente del asunto, pero debe intentarlo. Por la mañana seguiremos trabajando un poco más en el problema.

—Joris lo ha dicho —contestó ella—. Ha sido usted muy amable.

—¿Por hacer únicamente la mitad del trabajo? —preguntó Simón a la ligera.

—Por ser tan seguro y práctico. Me hacía falta recuperarme. Ahora, con su ayuda, todo parece completamente distinto. Hay algo en usted...

Su cara se levantó hacia la de él y estaban tan cerca que Simón casi podía sentir el calor de su cuerpo. Sus sienes latieron con mayor rapidez, de una forma casi insoportable, pero su mente estaba fría. Sonrió a la chica y, de repente, ella dio la vuelta y salió de la habitación sin mirar hacia atrás.

El Santo tomó otro cigarrillo y lo encendió con minuciosa y lenta precisión. Durante casi medio minuto permaneció inmóvil donde ella lo había dejado, antes de acercarse al espejo del armario y examinarse con desapasionado interés.

—Te están seduciendo —dijo.

Entonces recordó que el Hiron del estaba aún aparcado en la entrada del hotel. No debía permanecer en aquel lugar toda la noche, y arrugó levemente la frente al pensar que, quizás, ya había estado demasiado tiempo allí fuera. Pero eso ya no tenía solución y había muchas otras cosas en que pensar. Afortunadamente, durante la tarde había localizado un garaje. Abrió sigilosamente la puerta de la habitación y volvió a bajar las escaleras.

La Plaza estaba ya casi desierta. Santa Cruz se va a la cama temprano, por la convincente razón de que no hay nada más que hacer. Simón entró en el coche y condujo en sentido ascendente por la Calle Castillo^[20]. Lo hacía lentamente, sintiendo que el suave ronroneo del poderoso motor tranquilizaba y suavizaba su mente, con un cigarrillo colgando entre los labios y las yemas de sus dedos acariciando ligeramente el volante. El profundo zumbido de la máquina se diluía en sus sentidos, apoderándose de él, hasta que pareció que el coche lo gobernaba, sin ninguna intervención de su propia voluntad. No había tenido esa intención cuando salió del hotel para alejar el coche... pero había un desvío a la derecha que debía tomar para dirigirse al garaje... Pasó sin mirarlo. El Hiron del vibraba, subiendo por la carretera de La Laguna... en dirección a la casa de Reuben Graner.



3

Simón Templar empezó a cantar un leve fragmento de una melodía casi inaudible que armonizaba con los suaves ruidos del motor. El frío aire de la noche le refrescaba la cara. Estaba sonriendo.

Posiblemente estaba completamente loco. En caso afirmativo, siempre lo había estado y ahora era demasiado tarde en su vida para preocuparse por ello. Pero su credo era que la aventura no se regía por cuadros horarios, y todo lo que había hecho, e incluso lo que hiciera en el futuro, se basaba en esa temeraria fe. En algún momento sería obligado visitar a Reuben Graner. Ahora estaba tan fresco y despierto como si acabara de tomar un baño frío, y el breve pero animado incidente ocurrido hacía una par de horas en aquella carretera le había abierto el apetito. ¿Por qué debería esperar a que llegase un *mañana*^[21] para realizar un buen trabajo?

No es que tuviera ni un sencillo plan de campaña en su cabeza. Su mente era como una pizarra limpia en la que, en busca de diversión, un impulso, una circunstancia o el destino podían escribir cualquier hecho que sucediera. El Santo tenía una mente ampliamente predispuesta a cooperar en asuntos de animada naturaleza...

Un destello de evocador humor apareció en sus ojos mientras reconocía el lugar en el que Joris Vanlinden se había incorporado, de una forma tan adecuada, al desarrollo general de los acontecimientos, y entonces tuvo que frenar bruscamente para salvar las vidas de una *pareja de guardias de asalto*^[22] que aparecieron en el haz luminoso de sus faros y le hicieron indicaciones para que se detuviera. Mirando a su alrededor descubrió que la carretera estaba repleta de *guardias* de todos los aspectos y tamaños. Vio el brillo de los negros sombreros napoleónicos de charol de los *guardias civiles* y el oscuro brillo de sus carabinas. En España hay varias especies de *guardias* que intentan, entre todas, llevar a cabo las diversas funciones que entraña el trabajo policial, y es popularmente creído que la palabra no tiene singular, ya que únicamente se ve a los agentes por *parejas*, tan inevitables como malhumoradas. Aún teniéndolo en cuenta, aquella parecía una concentración inusual; y los ojos del Santo se estrecharon ligeramente mientras la *pareja* que le había ordenado detenerse se le acercó, uno por cada lado del coche. Una linterna iluminó su cara.

—¿Dónde va usted? —preguntó secamente en español una mitad de la pareja—. Simón contestó en el mismo idioma.

—A visitar a un amigo. Me está esperando.

—*Baje usted.*

Simón así lo hizo. El otro *guardia* dio la vuelta al coche y se juntó de nuevo con su compañero. Era como una reunión de siameses gemelos. La mitad de la pareja le vigiló, mientras la otra mitad le registraba con rapidez. El Santo recordó que, dado que había dejado el hotel sin ninguna aviesa intención, no se había ni preocupado de coger una pistola. Sólo llevaba un arma, un agudo cuchillo, afilado como una navaja de afeitar, sujeto bajo la manga con una banda de goma a su antebrazo izquierdo, pero no lo hubiera cambiado por ningún arma de fuego del mundo. El registro no fue tan meticuloso como para descubrirlo.

—¿*Su documentación?*

Simón enseñó su pasaporte, que fue examinado y devuelto.

—¿*Turista?*

—Sí.

—*Bueno. Siga usted.*

El Santo se rascó la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con curiosidad.

—Algo que no le importa —replicó de forma poco comunicativa la mitad parlante de la pareja mientras se alejaba.

Simón volvió a subir al coche y, pensativo, reanudó la marcha. Desde luego, ahora que recapacitaba sobre ello, el rescate de Joris Vanlinden no se había desarrollado en absoluto silencio y, de hecho, recordaba que en los últimos momentos se habían producido algunos disparos, que, sin duda, habrían podido ser oídos a una cierta distancia. Pero la cantidad de agentes reunidos en la zona parecía a todas luces desproporcionada en relación al incidente, aún bajo una Administración que siempre ha estado convencida de que el situar una multitud de policías en la escena donde ha tenido lugar la comisión de un delito es un método infalible para evitar que se cometa otro en cualquier otra parte. Durante unos momentos pensó intrigado sobre ello, tratando de traer a la mente cualquier otro factor que pudiera haberse borrado de su memoria, hasta que vio la larga pared blanca que le habían dicho que localizara y su aparición apartó temporalmente el curso de sus pensamientos de otros problemas.

Condujo lentamente a lo largo de ella y, tras sobrepasarla en casi cien metros, encontró un estrecho desvío en el que introdujo marcha atrás el coche. Paró el motor, apagó las luces y deshizo el camino a pie. Hacia la mitad de la tapia había una ancha entrada, suficientemente amplia como para permitir el paso a un coche grande, la cual era posiblemente su función, pues, frente a ella, la acera estaba cortada. Las puertas, construidas de sólida madera, guarnecidas de hierro y con pasadores metálicos, ocupaban la anchura total del arco de entrada, por lo que era imposible echar una ojeada al jardín interior. En la parte inferior de una de las puertas existía otra puerta más pequeña. Simón la inspeccionó con el amortiguado haz de una linterna no mayor que una pluma estilográfica, y deletreó el nombre grabado en la enmohecida placa metálica: «*Las Mariposas*». Era la casa de Graner.

Siguió andando junto a la pared y, al llegar a su final, saltó sobre una alambrada que limitaba un campo adyacente y comenzó a inspeccionar su parte lateral. De esta manera dio la vuelta completa a la propiedad y volvió finalmente a encontrarse otra vez en la carretera. La tapia rodeaba la finca sin solución de continuidad y se elevaba hasta más de medio metro por encima de su cabeza en todo su recorrido, lo que hizo sonreír al Santo con satisfacción profesional. Dadas las circunstancias, la propiedad parecía tener el sello de una delincuencia bien organizada, y a Simón Templar le gustaban los delincuentes bien organizados, ya que hacían que la vida fuera mucho más emocionante.

La casa en sí se levantaba en un ángulo del cuadrilátero, de modo que un rincón de la tapia que la rodeaba estaba formado en realidad por las paredes

de la propia casa; pero las únicas aberturas en esas paredes las constituían dos o tres ventanas enrejadas a la altura del piso superior. Las paredes se elevaban hasta unos diez metros del suelo, sin que, aparte de las ventanucas, existiesen hendiduras o resaltes que pudieran servir de apoyo ni a un reptil. No existía ninguna esperanza de poder introducirse subrepticamente en la casa por ese camino.

Volvió al campo al que había entrado al principio e inspeccionó de nuevo la pared por aquel lado. Tocó la parte superior de la tapia y sintió, bajo sus dedos, una maraña de alambre de espino; una persona un poco más baja que él hubiese necesitado dar un salto para encaramarse, y hubiese resultado, como compensación, con sus manos seriamente dañadas.

Simón se agachó y se quitó los zapatos. Los colocó, uno junto al otro, en lo alto de la tapia, engarfió sus dedos en ellos y se izó a pulso. Y de esta forma descubrió algo más.

Un fino cable de cobre recorría la parte superior de la pared, sujeto a la misma por pequeños piquetes, de tal manera que se levantaba unos veinte centímetros de la propia tapia, a la vez que se inclinaba ligeramente hacia la parte exterior. No lo vio hasta que casi tropezó con su cara, por lo que hubo de izarse un poco más. Si hubiera sido un poco descuidado al colocar sus zapatos en la parte superior de la pared, hubiera podido tocarlo. Tras estudiar el cable con interés durante unos segundos, bajó cuidadosamente al suelo, recuperó sus zapatos y volvió a ponérselos.

Desconocía cual sería la función exacta que desempeñaba aquel cable, pero no le gustaba su aspecto. Desde luego, no parecía suficientemente resistente como para impedir la entrada de alguien que lo intentase y ni siquiera era de espino. Pero estaba colocado de tal forma que, sin tocarlo, nadie podía izarse lo suficiente por encima de la pared. Incluso utilizando una escalera apoyada contra la tapia también se tocaría.

Podía estar conectado a algún sistema de alarma; podía, incluso, ser portador de una corriente eléctrica de alto voltaje; podía haber disparado armas, o lanzado cohetes, o tocado música militar, pero el Santo estaba profundamente convencido de que, con toda seguridad, no lo habían colocado por gusto. Estaba empezando a sentir un profundo respeto por Reuben Graner, lo que, sin embargo, no hacía que su ánimo decayese.

—La vida —musitó el Santo para su ángel guardián—, empieza a parecer cada vez más entretenida.

Y, mientras permanecía al pie de la tapia, permitiendo que el sabor de la diversión se extendiera por su paladar, percibió un sonido que nacía al otro

lado de la pared. Era poco más que un débil susurro, como el que podía hacer un árbol mecido por la brisa... y se le erizaron los cabellos de la nuca al constatar que no existía tal brisa.

Escuchó, permaneciendo tan inmóvil que podía sentir el golpeteo de la sangre en sus arterias. El susurro continuaba y, ahora que podía analizarlo con lógica, sabía que era demasiado brusco e irregular para ser causado por el viento. Estaba producido por un ser vivo, por algo pesado y, a la vez, furtivo, que se deslizaba entre arbustos al otro lado de la tapia. Oyó el sonido de un sofocado olisqueo y, de golpe, las palabras de Christine Vanlinden iluminaron su mente: «No habían sacado aún los perros...».

Continuó sin moverse, esperando oír en cualquier momento como el silencio de la noche se rompería por el fiero clamor de los ladridos, pero no sucedió nada. Escuchó el amortiguado sonido de la sirena de un barco, allá abajo, a lo lejos, en el puerto y el gemido de un coche subiendo la carretera y desvaneciéndose en un decreciente rumor; pero, entre ellos, no hubo otro sonido más que el producido por el tamborileo en sus propios oídos. Cuando por fin se aventuró a moverse, tampoco se oyó el rugido. Nada rompió el silencio, excepto aquel ocasional y débil roce que se producía, paralelo a su propio desplazamiento, al otro lado de la tapia. En el antinatural silencio de aquel seguimiento invisible había algo fantástico y horrible que le alteraba los nervios.

De nuevo frente al arco de entrada, encendió un cigarrillo y estudió la situación. Pocas cosas parecían ser más ciertas que la de que era prácticamente imposible entrar en la propiedad sin causar alarma. Había descubierto un buen número de razones para que ella se produjera, lo cual proporcionaba argumentos adicionales para creer que podrían existir otros mecanismos, igualmente ingeniosos, esperando en el interior del recinto al habilidoso intruso que hubiera conseguido pasar la primera línea defensiva. Y todavía quedaban los perros, que, con su absoluto y extraño silencio, hacían sentir al Santo la rara y heladora intuición de que la misión de los animales no consistía tanto en dar la alarma, como en resolver, a su manera, el problema de los intrusos...

Sin embargo, uno de los artículos principales de la filosofía de Simón Templar era que cuando los problemas difíciles se convertían en más intrincados e insolubles, más meridianamente simple llegaba a ser la única solución para resolverlos, si uno era capaz de encontrarla. Y en el presente caso la solución era tan asombrosamente elemental que el Santo, durante más de medio minuto, quedó paralizado de sorpresa.

Y luego, muy deliberada y cuidadosamente, colocó la punta de su dedo índice sobre el timbre que había junto a la puerta de entrada y lo pulsó.

Hubo un intervalo de silencio antes de que oyera el sonido de unos pasos que, deslizándose sobre losas, se dirigían hacia la entrada de la finca. Una mirilla se abrió en la puerta más pequeña, pero estaba demasiado oscuro para poder ver la cara de quien miraba tras de ella.

—¿Quién es?

Por el momento, el Santo no vio la necesidad de dar a conocer el hecho de que hablaba español tan bien como un castellano.

—Mr. Graner me espera —dijo.

—¿Quién es? —repitió la voz, ahora en inglés.

—Vengo de parte de Mr. Felson.

—Espere un momento.

Hubo otra pausa. Simón oyó un leve silbido, el sonido de pezuñas sobre la piedra y el tintineo y arrastrar de cadenas. Luego alguien giró una llave, varios pasadores se desplazaron y la puerta pequeña se abrió.

—Entre.

Simón se encogió para pasar por la pequeña abertura y volvió a estirarse ya en el interior. El hombre que le había franqueado el paso se había inclinado para cerrar la puerta y asegurar los pasadores. El Santo observó que había por lo menos cinco: dos en el lado de la puerta en que se encontraba la cerradura, uno en el lado de los goznes y otros dos, uno arriba y otro abajo, centrados en la puerta.

Y todos ellos estaban conectados por unos curiosos contactos de brillante metal.

Miró detenidamente a su alrededor. Los perros habían sido atados a un poste junto al enlosado sendero, con unos cortos pedazos de cadenas enganchados a anillas que llevaban en sus collares. Eran unas grandes bestias de erizado pelaje gris, de mayor tamaño que los perros de la policía, aunque no sabía a qué raza pertenecían. Las cadenas se tensaban y rechinaban por el roce mientras los animales hacían intentos para abalanzarse sobre él, con sus babosas mandíbulas entreabiertas y sus labios recogidos hacia atrás mostrando unos amenazadores y brillantes colmillos blancos; pero, ni siquiera en esos momentos, dejaron escapar ningún sonido. Simplemente intentaban dirigirse hacia él, sus patas resbalando en el pavimento y estremecidos por una potente fuerza de salvaje ferocidad, más malévolas que cualquier otra de su clase que el Santo hubiese visto antes. Y una sonrisita de preocupación

apareció en sus labios mientras mentalmente anotaba el hecho de que, si era bastante difícil entrar en el jardín, no lo sería menos salir de él.

—Venga por aquí —dijo el hombre que le había dejado entrar; y anduvieron a lo largo del adoquinado sendero que corría alrededor de la casa —. Yo soy Graner. ¿Cómo se llama usted?

—Tombs —dijo el Santo.

Durante años había mantenido un excéntrico afecto por este alias tan morboso^[23].

A la débil luz de la lámpara colocada sobre el porche exterior de la puerta central de la casa, pudo, cuando Graner lo miró, inspeccionar a su anfitrión por primera vez. Desde el punto de vista de Simón, el resultado tuvo algo de impresionante.

Reuben Graner era, por lo menos, una cabeza más bajo que él y tan delgado como una lámina de hojalata. Su flacura se acentuaba porque vestía un traje malva de rayas que se le ajustaba tanto al cuerpo que parecía que se lo habían estrechado expresamente. Entre sus grises zapatos de piel sueca y el final de sus ajustados pantalones aparecían un par de polainas de color amarillo brillante, y lo que se podía ver de su camisa, escondida tras una corbata que parecía hecha de retales, era de un tono rosa pálido. Coronándolo todo, una pálida cara, tan dura y delgada como el filo de un hacha. A ambos lados de su anormalmente larga y delgada nariz bajaban unas líneas, profundamente grabadas, que como un paréntesis encerraban la boca, una simple incisión horizontal en la tensa y fatigada piel, la cual se ajustaba tan suavemente a su frente y a sus altos pómulos que parecía que no hubiera ninguna carne entre ella y el cráneo. En esa primera impresión, sólo los ojos bastarían para justificar el incontrolable horror con que Christine Vanlinden había hablado de él: miraban con una extraña e imperturbable intensidad desde detrás de unas grandes gafas de concha de tortuga, inescrutables y negros y pequeños como guijarros húmedos.

—Pase —dijo de nuevo Graner.

Abrió la puerta que conducía a un pequeño y desnudo recibidor, más allá del cual Simón pudo ver unas palmeras en un patio escasamente iluminado. En cada lado del recibidor había sendas puertas y una de ellas estaba entreabierta, pues Simón vio un hilo de luz a lo largo del borde del marco. Y, mientras cruzaba el umbral, el Santo oyó algo que le hizo sentir como si hubiese sido lanzado repentinamente al aire y dado tres o cuatro vueltas antes de ser depositado nuevamente en la puerta, con un choque que puso su corazón a galopar. Era la voz de un hombre, elevándose como consecuencia

de una violenta furia, pero con una sutil nota de miedo latiendo en ella. Simón oyó cada una de las palabras tan claramente como si el que las pronunciaba estuviese junto a él.

—¡Te digo que nunca tuve el maldito billete! Estaba registrando los bolsillos de Joris para cogerlo cuando aquel cerdo saltó sobre mí. ¡Si alguien lo ha cogido, es él quien lo tiene!

CAPÍTULO III

De cómo Simón Templar leyó un periódico y Reuben Graner se puso su sombrero.

1

Mediante algún esfuerzo sobrehumano que, de forma inconsciente, su voluntad ordenó, el cuerpo del Santo se movió siguiendo el paso que había comenzado a dar. Nunca supo como lo hizo, pero, sea como fuese, continuó su camino hacia el interior de la casa sin que se produjera la menor vacilación en la secuencia natural de sus movimientos; y dado que Graner le había cedido el paso, le fue imposible a éste detectar algo en su rostro. Cuando se encontró en el recibidor, se dio la vuelta y Graner pudo verle de nuevo, pero el momento de confusión ya había pasado. Se detuvo a encender un cigarrillo, consciente del súbito y profundo examen a que estaba siendo sometido por los pequeños y brillantes ojos de Graner, pero sin dar muestra alguna de que lo sabía. Quizás había escuchado únicamente un fragmento sin sentido de una conversación normal. Sólo el vertiginoso torbellino en que aún giraba su mente era testigo de la impresión que había recibido.

Graner pareció satisfecho de que las palabras oídas no le hubiesen causado una impresión particular. Se dio la vuelta y pulsó un interruptor situado junto a la puerta. El Santo quedó momentáneamente perplejo porque no se encendió o apagó ninguna luz; y entonces oyó unas silenciosas carreras en el exterior, un ligero golpe en la puerta y los arañazos de las pezuñas y comprendió por completo la razón por la que Graner pulsó el interruptor y el porqué de la pequeña longitud de las cadenas con que los perros eran sujetos al poste. Seguramente, la señal, activando algún mecanismo electrónico,

permitía que los perros quedasen sueltos tras la entrada en la casa de cualquier visitante.

No se oyó ninguna otra voz en el cuarto y el mortal silencio continuó mientras Graner, contoneándose en su afectada forma de andar, se acercó a la puerta y la empujó para abrirla.

—Estos son unos amigos míos, Mr. Tombs.

Simón examinó la habitación con una despreocupada mirada. Estaba decorada en un estilo moderno, pero con tan mal gusto que causaba más daño a la vista que si estuviera cubierta de estampados y brocados. Las sillas, de sólido y confortable aspecto, se combinaban con mesas cuya parte superior era de cristal y con unas patas tan delgadas y puntiagudas, que hacían pensar que un estornudo podría volcarlas; y todas las superficies horizontales a la vista estaban cubiertas por una colección de baratos e indefinibles vasos y piezas de porcelana de escaso gusto, que podían haber sido trasladados desde el cuarto de estar de una familia de clase media chapada a la antigua. Era una habitación en la que Reuben Graner encajaba tan perfectamente que, después de haberlo visto en ella, era imposible imaginárselo en otro escenario.

Pero Simón Templar no observaba tanto al cuarto como a los hombres que se encontraban en él. Eran tres, y contuvo una sonrisa de malévolos deleite cuando notó que, al menos dos de ellos, mostraban inconfundibles señales de haber estado en una fiesta.

—Mr. Palermo —dijo Graner con su remilgada y aguda voz.

Señaló a un caballero moreno y delgado, de tostada piel y elegante bigotito, cuya hermosura estaba un tanto paliada por los efectos de un espectacular oscurecimiento que rodeaba su ojo derecho y la hinchada huella de un tacón en el otro lado de la cara.

—Mr. Aliston...

Mr. Aliston era alto y de pelo rubio, con saltones ojos de color azul pálido y una flexible dejadez. Parte de su tez era blanca y rosada, como la de un escolar recién lavado, pero la mayor parte de ella estaba oscurecida por una rozadura, de aspecto reciente, que empezaba en su mejilla y terminaba en un gran chichón, de colores negro y azul, cerca de la sien izquierda.

—... y Mr. Lauber.

El tercer miembro de la reunión era un hombre de amplia osamenta y fuerte mentón, a quién Simón reconoció, sin dificultad, como su último adversario en el intercambio de galanterías con que había empezado el picnic. A primera vista parecía que era el menos dañado del trío, pero Simón sabía

que llevaría, en la parte posterior de la cabeza, un recuerdo de la Betsy de Mr. Uniatz que difícilmente pasaría desapercibido a un frenólogo^[24].

—Encantado de conocerle —dijo Lauber amistosamente; y apenas habló supo también Simón que era el hombre cuya voz había escuchado al entrar en la casa.

Los ojos del Santo escudriñaron con interés al grandullón, pero sin que pareciera que le prestaba más atención que la que había dedicado a los demás. Lauber había sido, con toda seguridad, el último guerrero que voló al combate; había estado arrodillado junto a Joris Vanlinden, ocupado en buscar algo en su pecho, hasta que la falta de gladiadores le había obligado a tomar parte en la diversión. Y un lento serpenteo de alegría comenzó a desplazarse por el interior de Simón Templar, conforme una mejor comprensión de la vehemente protesta de Lauber se iba enraizando en su cerebro.

—Mr. Tombs —explicó Graner— es el amigo del que nos habló Felson en su telegrama.

Los otros guardaron silencio. Estaban agrupados al final de la mesa, con Lauber en medio, y permanecieron allí, sin moverse, como si los otros dos aún estuvieran intentando mantener a Lauber arrinconado. Únicamente sus ojos se dirigieron al Santo y permanecieron, con fría intensidad, fijos en él. Incluso Lauber, cuya aislada salutación de bienvenida hacía presumir que había sido motivada más por la interrupción de una pasajera diversión que por una cordialidad connatural, quedó silencioso tras pronunciar su única frase y le miraba con idéntica observadora expectación. Parecían un grupo de animales salvajes estudiando a su nuevo domador.

—Siéntese —dijo Graner.

Palermo extendió un pie, sin mover nada más del resto de su cuerpo, y empujó una silla hacia el Santo. Graner tomó otra silla. Se sentó muy tieso en el borde y cruzó las piernas, movimiento que hizo descubrir una importante porción de calcetines de seda azul brillante sobre la parte superior de sus polainas.

—Felson nos decía muy poco acerca de usted. —Graner rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar el telegrama. Lo releyó mientras se pellizcaba el largo labio superior—. ¿No le dio una carta u otra cosa?

Simón movió la cabeza.

—No llegué a verlo. Me telefoneó a Londres y me puse en marcha inmediatamente.

—Ha llegado usted muy rápidamente.

—Viajé en avión a Sevilla. Telefoneé a Madrid tratando de contactar con Rodney, pero fue imposible. No podía esperar más, pues tenía que coger el barco, ya que me había dicho que el asunto era urgente.

—¿No llegó el barco ayer por la mañana?

El Santo asintió despreocupadamente.

—Hice algunos amigos a bordo y quisieron que fuera con ellos a La Orotava para un almuerzo de despedida. No sabía que estaba tan lejos y, una vez allí, no me pareció correcto marcharme hasta que ellos no estuvieran dispuestos a irse. Y tenían muchas ganas de diversión. Luego tuve que buscar un hotel y fuimos a cenar. Tomamos algunas copas más y los acompañé al barco para despedirlos... —Se encogió de hombros como pidiendo excusas—. Ya sabe usted como son esas reuniones. Supongo que es algo tarde para presentarme, pero pensé que quizás sería mejor hacerlo antes de ir a la cama.

Graner puso mala cara.

—¿Tomó habitación en un hotel?

—Naturalmente —contestó el Santo de manera inocente—. El clima aquí es bastante bueno, pero no me apetece dormir bajo un árbol.

Graner le observó fijamente, sin sonreír, durante unos segundos.

—Dejaremos eso por el momento —dijo por fin—. ¿Qué experiencia tiene usted en el trabajo?

—Estuve catorce años con Asscher's, en Amsterdam.

—No parece tan mayor como para haber trabajado tanto tiempo.

—Empecé muy joven.

—¿Por qué lo dejó?

—Se perdieron algunas piedras —contestó socarrón el Santo, sonriendo significativamente.

—¿Le detuvo la policía?

—No. Todo quedó en sospechas.

—¿Qué ha hecho usted desde entonces?

—Algunas chapuzas, cuando han surgido.

Reuben Graner sacó un pañuelo de seda de color verde manzana del bolsillo superior, lo dobló cuidadosamente y empezó a abanicarse con él con suma delicadeza. Un aroma de perfume caro se extendió por el aire.

—¿Le contó Felson lo que esperamos de usted?

—Deduje que me necesitan para cortar algunas piedras sin ser demasiado curioso con respecto a su procedencia.

—Más o menos es correcto.

El Santo se acomodó más confortablemente en la silla.

—Por lo que a mí se refiere, no tengo ningún problema —observó—. Pero ¿qué me dice del grupo de los forzudos?

Los finos dedos de Graner tamborilearon sobre el borde de la mesa.

—No le entiendo.

—Me refiero al coro de la Bella Durmiente, a los Tres Cerditos. —Simón movió su mano en un cansado gesto explicativo—. Parece como si hubieran estado trabajando en algo más violento que cortar diamantes o hacer punto.

De nuevo el intenso silencio se extendió por la habitación. Palermo se movió ligeramente en su silla, y el crujido de la piel del asiento sonó de forma ensordecedora en la quietud. Simón podía sentir los ojos, sin pestañear y fijos en sus cuencas, taladrándolo desde cuatro direcciones, pero dejó pasar, con lánguida despreocupación, una bocanada de humo entre los labios.

—Nosotros también perdimos algunas piedras —dijo Graner tranquilamente—. Su predecesor había empezado a... presentar dificultades. Fue necesario negociar con él.

Simón volvió a mirar a los otros tres y levantó sus cejas admirativamente.

—De cualquier forma, debe ser muy diestro utilizando sus manos —murmuró—. Parece que se llegó a un buen acuerdo por su parte.

El rosado rostro de Aliston se coloreó un poco más, pero ninguno de los hombres contestó o se movió. Permanecieron sentados en silencio y observándole fijamente.

Graner desplegó el pañuelo y lo volvió a colocar en su bolsillo, ocupándose en arreglarlo para que la mayor parte quedase asomada al exterior. Y al momento, como si no se hubiera enterado del comentario del Santo, dijo:

—Es mejor que deje el hotel, Tombs. Aquí hay suficiente espacio para usted.

—Muy hospitalario por su parte —dijo Simón dubitativamente—, pero...

—No es necesario discutir el asunto. Es una precaución simple, elemental y aconsejable. Si vive en un hotel está obligado a registrarse en la policía, lo que, para nuestros propósitos, puede resultar inconveniente. La policía de aquí solicita a los hoteles relaciones de sus residentes y si uno no está registrado puede tener problemas. Pero no me pueden pedir una lista de mis invitados, de forma que nadie puede saber si está residiendo aquí o no.

El Santo asintió comprensivamente, y su movimiento fue totalmente espontáneo. Unas pocas horas antes hubiera dicho que conocía todo lo que hubiera que saber sobre el mundo del hampa, pero éste era un aspecto en el que nunca había pensado. Santa Cruz de Tenerife era el último lugar de la

tierra en el que se hubiera empeñado en la búsqueda a ciegas de un botín, si no hubiese sido por la pista que, de forma accidental, había caído en sus manos. Y, sin embargo, cuanto más lo pensaba, más le parecía que era un lugar perfecto para ese trabajo. Un puerto franco, donde podía desembarcarse cualquier cosa que la banda trajera con ellos de sus correrías por Europa, sin ninguno de los previsibles riesgos de una inspección aduanera. Una provincia española muy alejada del resto del país y situada en algunas de las principales rutas marítimas del mundo, donde cualquier persona procedente de la Península podría desembarcar sin que, en el momento de hacerlo, ni siquiera se le pidiera que mostrara algún documento identificativo. Un lugar donde la policía no solo compartía la incompetencia y la característica inercia de sus camaradas peninsulares, sino que las combinaban con otras deficiencias de origen canario. Y, finalmente, el último lugar del globo en que a alguien se le ocurriría pensar si intentaba localizar el cuartel general de una banda de ladrones internacionales, como le había sucedido al propio Santo.

—Desde luego, ha pensado usted en todo, ¿verdad? —dijo a la ligera—. Da igual. Si me alojo aquí mañana a primera hora...

—Usted se quedará aquí esta noche.

Simón frunció el entrecejo.

—Resulta que hay un par de chicas que conocí en el barco y que están alojadas en el hotel y a las que he invitado a comer mañana —observó—. Pensarán que puede haber sucedido algo raro si no aparezco.

—Puede excusarse.

—Pero...

—Usted se quedará aquí esta noche.

El tono de Graner era categórico e inexpresivo, pero, a pesar de todo, insinuaba una escondida insolencia que hizo que la sangre se le subiese al Santo a la cabeza. Se levantó y Graner también lo hizo.

—Ya está bien, mi querido amigo —dijo Simón con suavidad—. Pero ¿qué es esto?... ¿un lugar de trabajo o una cárcel? Ni siquiera con su hermosura...

Sin tiempo para pestañear, Graner levantó su mano izquierda y abofeteó con dureza el rostro de Simón. Casi simultáneamente una pistola apareció en la derecha, apuntando firmemente al pecho del Santo.

Simón sintió como si un violento torrente de fuego líquido corriese por sus venas, y todos los músculos del cuerpo se pusieron en tensión. Las uñas se le clavaron en las palmas de las manos por la violenta contracción de sus

puños. Pero la virtud de poder mantener siempre la calma era un milagro que escapaba a su comprensión.

—Será conveniente que se haga a la idea de que existen una o dos cosas que debe comprender —estaba diciendo Graner con el mismo tono de categórica arrogancia—. En primer lugar, que no me gustan las faltas de respeto... ni las familiaridades.

Hizo un ligero movimiento con la pistola.

—Y también que, además de por esto, es imposible para cualquier habitante de esta casa salir de ella sin mi permiso.

Su mirada no se apartaba de la cara del Santo, donde las marcas dejadas por sus dedos aparecían impresas en rojo oscuro sobre la bronceada piel.

—Si quiere trabajar para mí, deberá aceptar, sin preguntas, cualquier orden que le dé.

Simón bajó la vista al arma. Sin conocer como sería de rápido el otro apretando el gatillo, estimó que tenía un porcentaje bastante alto de probabilidades de poder desviarla y hacer que su puño de acero impactara en algún punto donde apagaría los últimos rastros de belleza que Graner pudiera haber tenido alguna vez. Pero quedaban los otros tres hombres, que ahora estaban detrás suya... además de los perros en el exterior y cuántos muchos otros artilugios descorazonadores pudieran estar instalados también fuera de la casa.

La brevedad de su reacción y la instintiva valoración de sus posibilidades probablemente contribuyeron a salvarle. Y entonces se forzó a reconocer que el fugaz placer de sacarle a Graner los dientes delanteros por el cogote hubiese bajado el telón de la única esperanza que le quedaba de llegar a cumplir lo que había venido a realizar aquí.

El fuego líquido se enfrió tanto en sus venas que su temperatura bajó de lo normal y se convirtió en hielo derretido. La neblina roja desapareció de delante de sus ojos, y fue absorbida, invisible pero indeleblemente, por los más recónditos manantiales de su voluntad. Reuben Graner viviría lo suficiente como para tener tiempo de ocuparse de aquello. El Santo podía esperar, y la espera serviría, únicamente, para disfrutar mejor del ajuste de cuentas cuando llegase el momento.

—Si lo expresa de esa manera —dijo, con tanta sumisión como pudo infundir a su voz— presumo que tiene usted razón.

Lentamente, la tensión que había llenado la habitación comenzó a desaparecer. Simón casi aseguraría que pudo oír respirar a los otros tres por primera vez desde que el incidente comenzó. Graner fue el único que no

necesitó relajarse, puesto que no había estado, en ningún momento, dominado por esa tensión. Apartó la pistola y se abanicó de nuevo con el perfumado pañuelo, como si no hubiese sucedido nada, pero con sus fríos e imperturbables ojos aún clavados en el Santo.

—Le mostraré su cuarto —dijo—. Por la mañana le bajaré en coche al hotel para recoger su equipaje.

2

Lo que, mirado desde arriba, desde abajo, o desde cualquier lado, era una complicación tan divertida como uno pudiera imaginar, pensó el Santo cuando lo dejaron solo.

Se sentó en el borde de la cama y encendió otro cigarrillo mientras estudiaba la situación.

Al fin y al cabo, él se lo había buscado. Si hubiera dedicado un poco más de tiempo a reflexionar sobre adonde podía llevarle su repentino impulso, habría concluido que era posible que le sucediera algo parecido. Podía comprender con toda claridad el punto de vista de Graner. Dejar que un nuevo e inexperimentado recluta deambulara por Santa Cruz, hablando con quién quisiera, era, obviamente, un claro error que era necesario evitar. Y, recapacitando sobre su conversación con Graner, el Santo temía no haber dado la impresión de ser un hombre en el que se podría confiar que mantuviese quieta la lengua.

Pero aquello ya estaba hecho y su situación no mejoraría por lamentarse. Por lo menos estaba dentro de la casa, que era donde había querido estar, aunque lo había conseguido con unas doce horas de anticipación. Ahora sólo quedaba decidir qué era lo que iba a hacer.

Inmediatamente se levantó y se acercó a la ventana. Tenía unas persianas de estilo español, pero, por lo que pudo descubrir, no se podían abrir. Las tablillas podían girarse hacia arriba o hacia abajo para permitir que entrasen el aire y la claridad que el ocupante de la habitación deseara, pero esa persona tendría que cortarse en lonchas para poder pasar a través de las pequeñas aberturas.

Simón echó una ojeada al cuarto. Estaba amueblado de una manera bastante confortable, aunque la estética quedaba destrozada por el idéntico y terrible conflicto de colores que caracterizaba la habitación del piso inferior.

Pero no contenía nada que pudiera servir para abrir las persianas, a no ser que se arrojase la cama contra ellas, lo que sería difícil de llevar a cabo sin causar un cierto alboroto.

Se acercó cuidadosamente a la puerta y giró el picaporte sin hacer el menor ruido. Se sorprendió al descubrir que no estaba cerrada; se abrió sin que rechinaran los goznes y Simón se deslizó silenciosamente hacia la galería que rodeaba el patio. Se podía escuchar, procedente de abajo, un apagado rumor de voces, pero era tan débil que parecía imposible que los hombres que allí estaban hablando pudieran oír a alguien moviéndose en el piso superior, incluso aunque anduviera normalmente. Sin embargo, el Santo no quiso arriesgarse. Podía moverse tan sigilosamente como un gato y, además, el enlosado piso eliminaba la posibilidad de cualquier crujido que pudiera delatarlo. Comenzó a estudiar la galería. Estaba cerrada, desde el techo al suelo, con un mosquitero de muy fina malla, lo que constituía un obstáculo casi tan eficaz como las persianas de las ventanas. Si pudiera abrir una abertura con su cuchillo...

—¿Necesita algo?

La voz le hizo dar la vuelta. No había oído a nadie subir las escaleras, pero Aliston estaba allí, de pie, con las manos en los bolsillos, en el comienzo de las mismas.

—Sólo intentaba localizar el cuarto de baño —contestó con calma el Santo.

—La segunda puerta.

El Santo se dirigió hacia ella y entró. Estuvo dentro el tiempo suficiente para cerciorarse de que la ventana del cuarto de baño estaba también cerrada con una persiana similar a la de su habitación. Se sentía dispuesto a creer que todas las ventanas de la casa eran iguales y tomó nota de que, además de hacer difícil la salida, las persianas eran también una dificultad añadida en el camino de entrada.

Cuando salió del cuarto de baño, Aliston permanecía aún en el mismo lugar. El Santo le deseó buenas noches y el otro contestó de forma convencional.

Simón se sentó de nuevo en la cama y miró, malhumorado, las paredes pintadas de un color azulado. Estaba dentro, de acuerdo... no tenía que preocuparse por nada más. Y ahora conocía la razón por la que Graner no había cerrado su habitación. No había nada en la puerta que lo indicase, pero estaba seguro de que existía un dispositivo que, al abrirla, enviaba una señal a alguna parte. Graner parecía tener una cierta debilidad por los artilugios

eléctricos, y el Santo debía admitir que resultaban muy eficaces. También sabía por qué Aliston le había hablado, en lugar de permanecer callado, observándole. Le habían permitido utilizar la única excusa plausible para salir del dormitorio, de modo que cualquier otra excursión futura tendría que ir acompañada de una explicación más detallada.

Y eso le hizo preguntarse si no estarían únicamente esperando una oportunidad para cazarlo. Simón encaró la posibilidad con frialdad. Desde el principio sabía que estaba jugando favorecido por el secreto, pues tanto el sombrero encajado hasta los ojos durante la pelea, como el factor psicológico de meterse en la guarida del león inmediatamente después, le proporcionaban la mejor coartada que podía desear. Pero alguno de los tres hombres podía sentir sospechas, aunque no se hubieran traslucido durante su estancia en la planta baja. Incluso ahora mismo podían estar hablando sobre el tema. De nuevo apartó con firmeza de su mente ese pensamiento. Si sospechaban de él, bien. Pero si hubiese habido algo más que simples sospechas no lo hubiesen enviado tan pacíficamente a la cama. Y, si existía alguna sospecha, aún podían suceder muchas cosas antes de que se convirtiera en certeza.

Mientras tanto, había otras temas en que pensar con más urgencia. Joris y Christine Vanlinden seguían en el hotel y no podía hacer nada por ellos. El único apoyo que tenían era el de Hoppy Uniatz, y el Santo sonrió, un poco forzosamente, al considerar la ayuda que Mr. Uniatz podía suponer.

Se desvistió lentamente estudiando la situación desde todos los ángulos que se le ocurrían.

Iba a meterse en la cama cuando oyó el ruido de un coche que pareció detenerse muy cerca de la casa, por lo que volvió a acercarse a la ventana y miró al exterior. Pero se encontraba en la parte de la casa que estaba más alejada de la carretera y no pudo ver nada. Le llegó el sonido de una puerta al cerrarse, casi con seguridad desde dentro de la propiedad. Se quedó junto a la ventana escuchando y momentos después el coche volvió a arrancar. El vehículo se movió lentamente dando la vuelta a la esquina de la casa y pasó bajo su ventana camino del garaje, pero, aunque esperó varios minutos, no pudo descubrir nada más. Las voces se seguían oyendo abajo, y aún estaban hablando cuando se quedó dormido.

Sus problemas seguían sin resolver cuando le despertó la apertura de la puerta de la habitación. Lauber asomó una cara sin afeitarse.

—Hora de levantarse —dijo secamente, y se marchó.

En el exterior, el cielo, que aparentemente no había sido informado de lo que de él se decía en los folletos turísticos, estaba encapotado y plomizo, y en

el ambiente se percibía una fría humedad que olía a lluvia inminente. Pero, con todos sus defectos, era un nuevo día y el Santo estaba preparado para encararlo con esperanza. Fue al cuarto de baño, donde encontró, y utilizó, la maquinilla de afeitar de algún otro, y acababa de vestirse cuando Lauber entró de nuevo.

—Le mostraré donde está el comedor.

—¿Es normal este tiempo? —preguntó Simón mientras bajaban las escaleras.

La única reacción del hombre al intento de conversación fue un vago murmullo, y Simón se preguntó si su sombrío humor se debería únicamente al dolor de cabeza que habría sufrido o si existiría alguna otra causa.

Graner ya se encontraba en el comedor, sentado junto a la cafetera, con su afectado y pudoroso estilo, y leyendo un libro. Levantó la vista y le dio los buenos días, volviendo de inmediato a su lectura. Palermo y Aliston no estaban a la vista.

Dado que, obviamente, no existía ninguna invitación a participar en una despreocupada charla, Simón tomó un periódico de la mesa y lo ojeó, mientras intentaba, sin éxito, desayunar con la insípida ración de bollitos y mantequilla que en los países latinos se considera como suficiente aporte alimenticio para una mañana de trabajo, lo que era la causa más probable de que nunca pudieran completar el trabajo matutino.

Apenas cogió el periódico, sus titulares le llamaron la atención. La prensa de Tenerife acostumbra a dedicar tres o cuatro columnas en las páginas interiores de los diarios a las inexplicables contradicciones de los políticos españoles; una guerra europea puede contar con dos o tres párrafos en la sección de «Noticias del Extranjero»; las galeradas de la primera página están invariablemente dedicadas a una seria discusión sobre la defensa militar de las Islas Canarias, puesto que todos los buenos canarios están convencidos de que algunas naciones sólo están esperando la oportunidad de apoderarse de ellas; y la noticia local caliente, la excitante sensación de la jornada, se presenta en media columna bajo el clásico encabezamiento de «El suceso de la pasada noche», puesto que no hay más de un suceso al día, y normalmente se refiere al estremecedor relato de que un par de ciudadanos empezaron una pelea en cualquier taberna y fueron expulsados de ella. Pero, por una vez, la defensa militar de Canarias y las perspectivas de atraer más turistas descarriados a Tenerife habían sido desplazadas de su acostumbrado lugar de honor.

Bajo los titulares de «La sorprendente violencia de la pasada noche» y «Actuación sin precedentes del gansterismo en Tenerife» se desvelaba una

escalofriante historia. Sucedió que una *pareja de guardias de asalto*^[25] se encontraba la noche anterior patrullando por las afueras de Santa Cruz cuando se escucharon algunos disparos. Al dirigirse rápidamente en busca del teléfono más cercano para dar la alarma, se topó con dos siniestros individuos que introducían a un tercero, al parecer inconsciente, en un coche. Dado que las circunstancias les parecieron sospechosas, los *guardias*^[26] les dieron el alto, a lo que los delincuentes respondieron abriendo fuego. Uno de los *guardias*^[27], Arturo Solsona, domiciliado en la calle de la Libertad^[28], e hijo de Pedro Solsona, el propietario de la popular carnicería de la calle Ortega^[29] y cuya hermana más joven, como todo el mundo recordará, contrajo recientemente matrimonio con D. Luis Hernández y Pérez, hermano de D. Francisco Hernández y Pérez, gerente de las servicios de alcantarillado, cayó a tierra gritando «¡Me han matado!» (cualquiera que recibe un disparo en un periódico español, casi siempre cae a tierra gritando al azar «¡Me han matado!»). Pero en este caso tenía razón, lo habían matado). El otro *guardia*^[30], Baldomero Gil, sobrino de Ramón Galán, que en un reciente concurso hortofrutícola ganó el primer premio con un plátano de tres kilos de peso, se dirigió valerosamente hacia un cercano montón de piedras, tras el cual continuó el intercambio de disparos con los fugitivos, vaciando dos cargadores, pero sin que, al parecer, alcanzara a ninguno de ellos.

Al mismo tiempo, una *pareja de guardias civiles*^[31], José Benítez y Guillermo Díaz, habiendo oído el tiroteo, se dirigía a su cuartel a informar del suceso cuando se encontró también con los criminales, que huían en un coche. De igual manera, hicieron muchos disparos, aparentemente sin consecuencias; pero, tras la respuesta de los gangsters, Benítez cayó a tierra, contribuyendo a mantener la reputación adquirida por su Unidad en el diagnóstico rápido, pues gritó «¡Me han herido!». Ciertamente una bala había atravesado su oreja, y el periódico se tomaba el trabajo de señalar que únicamente un milagro hubiera podido salvar su vida, porque la bala llevaba claramente la dirección de su cabeza.

Desgraciadamente, el milagro no se produjo, porque en las noticias recibidas al cierre de la edición se informaba que había muerto en las primeras horas de la mañana; lo que convertía a Arturo Solsona en líder indiscutible en el campo de las profecías, después de que los doctores descubrieran que había sufrido otra herida en el estómago que, en los primeros momentos había pasado inadvertida. Tras los hechos, la noche se había tragado a los delincuentes, aunque la policía proseguía su búsqueda.

—¿Entiende el español, Mr. Tombs?

La atiplada voz de Graner interrumpió el curso del pensamiento del Santo. Simón levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Graner fijos en él.

—Aprendí unas seis palabras cuando venía en el barco —dijo con indiferencia— pero no entiendo ni jota de esto. Me imagino que tendré que aprender un poco si voy a permanecer aquí...

—Eso no será necesario...

Pareció que Graner iba a decirle algo más, pero el estridente timbre del teléfono le interrumpió. Se levantó, dobló cuidadosamente la servilleta y salió al recibidor. Simón podía oírle hablar fuera.

—Sí... ¿no?... ¿Habéis preguntado? —Hubo una pausa más larga—. Ya. Bueno. Será mejor que volváis. —Otra pausa más breve y luego un seco—: De acuerdo.

El aparato volvió a su horquilla y Graner regresó al comedor. El Santo vio como Lauber lo miraba con curiosidad, e intentó, sin éxito, interpretar la mirada. No había nada en lo que había escuchado, ni siquiera un cambio en el tono de voz de Graner, que pudiera darle una pista; y trató de desentrañar, en vano, la sutil tensión que creía sentir en el interrogador silencio de Lauber.

Graner tampoco dijo nada y su amarillento rostro era tan poco comunicativo como el de una momia. Se sentó de nuevo y acarició mecánicamente con sus delgados dedos el encaje del mantel, mirando con fijeza a su frente, sin una brizna de expresión en sus ojillos.

Casi inmediatamente se dirigió al Santo.

—Si está usted listo —dijo— le enseñaré su cuarto de trabajo.

—Cuando usted quiera —contestó el Santo.

Terminó de beberse el contenido de su taza, un líquido marrón y amargo mezclado con leche hervida, que en Canarias creen fervientemente que es café, y se puso en pie mientras Graner se levantaba de la mesa.

Subieron por las escaleras hasta la galería que rodeaba el patio, y, tras recorrer la mitad de la misma, llegaron a otro tramo de escaleras que conducía al piso más alto de la casa. Lo subieron y alcanzaron un estrecho rellano con una puerta a cada lado. Graner abrió una de ellas y entraron.

La habitación era poco más grande que un ático y el Santo se dio enseguida cuenta de que su iluminación procedía de una de aquellas pequeñas ventanas enrejadas que había visto en lo alto de la pared exterior de la casa. Una pesada caja de seguridad se encontraba en un rincón, mientras que, ocupando toda la longitud de una de las paredes, había un banco de trabajo atestado de curiosas herramientas. En uno de los extremos se encontraba lo que parecía ser un pequeño horno eléctrico y en el otro había una reluciente

máquina, totalmente distinta a cualquier otro aparato con que el Santo se hubiera tropezado antes, y que consideró que sería el principal instrumento para el cortado y pulido de las piedras. Recorrió con su vista el banco con la que confiaba fuese la mirada aprobadora de un profesional.

—Encontrará todo lo que necesite —estaba diciendo Graner—. Todo se adquirió de acuerdo con lo que solicitó su predecesor. Le mostraré lo que tiene que hacer.

Se dirigió a la caja fuerte y, mientras se inclinaba y tocaba el dial de la combinación, Simón oyó un débil lamento, como el de una sirena de la policía americana, procedente de algún lugar de la casa.

El cuerpo de Graner ocultó sus movimientos mientras movía el dial en uno y otro sentido. Luego se enderezó, tomó la manija de la puerta y la giró; y, mientras lo hacía, el sonido de la sirena, que se había mantenido al mismo nivel hasta entonces, se elevó súbitamente para convertirse en un alarido que se mantuvo durante unos treinta segundos. Luego cesó tan repentinamente como había empezado, dejando el aire en vibración por el abrupto contraste; y entonces Simón encontró la explicación. Idéntico aviso de alarma sonaría en el caso de que alguien tocara la combinación de la caja fuerte, y si no era molestado durante el tiempo que necesitara para abrirla, el mero hecho de girar la manija haría que la alarma alcanzara el «crescendo» final que alertaría de la urgencia de la situación.

Graner dejó que la conclusión llegara por sí misma y no se volvió hasta que la puerta estuvo totalmente abierta.

—Su predecesor hizo casi todo el trabajo que teníamos entre manos —dijo—. Pero dentro de pocos días habrá bastante más para usted.

Simón Templar miró la caja y casi se atragantó. En toda su altura estaba dividida en compartimentos horizontales por bandejas forradas de terciopelo; y en esas bandejas la luz brillaba y llameaba de hilera a hilera de centelleantes joyas, cuidadosamente ordenadas por su tipo y su color. Un estante refulgía con el reflejo rojo sangre de los rubíes, otro ardía con el frío verde de las esmeraldas, otros se iluminaban con el blanco brillante, el azul pálido y el violeta de los diamantes. En aquel asombroso tesoro, los colores del arco iris bailaban, chocaban y se entremezclaban en un deslumbrante torrente de vivo colorido. De repente parecían muy naturales y justificadas las estudiadas precauciones que Reuben Graner tomaba para proteger su casa. En aquella caja había suficiente riqueza como para que a cualquier ladrón le pareciera que había descornado los cerrojos de las puertas del cielo.

3

Simón echó una mirada a la bandeja que Graner le mostraba y tocó ligeramente una o dos piedras.

—Es un excelente trabajo —dijo cuando recuperó la voz.

—Fue realizado por uno de los mejores hombres que hay en el negocio —dijo Graner complaciente—. Pero esperamos que sea usted capaz de igualarlo.

Volvió a colocar la bandeja en su lugar y sacó una caja de madera del fondo de la de seguridad. Contenía entre veinte y treinta diamantes, ninguno de los cuales pesaría menos de diez quilates y todos perfectamente tallados.

—Estos hay que modificarlos —dijo—. Es una pena tener que hacerlo, pero pertenecían a una colección que, hace tiempo, fue bien conocida.

Entregó la caja al Santo, quien la llevó al banco de trabajo y la colocó encima. Graner cerró la caja fuerte y dio varias vueltas a la combinación. Sacó luego del bolsillo una trabajada purera de piel, extrajo un largo puro y lo encajó en una boquilla de ámbar. No demostraba tener ninguna prisa.

Simón cogió algunos de los instrumentos que había en el banco y empezó a agruparlos en las que le parecían diferentes clases, aunque no tenía ni la más ligera idea de lo que era cada uno de ellos.

En ese menester hizo todo lo que se le ocurrió y luego se quedó indeciso. Graner estaba pavoneándose paseando por el cuarto con las manos entrelazadas a su espalda.

—No se preocupe por mí —dijo—. Estoy interesado en ver como trabaja.

Simón volvió a repasar los instrumentos y sintió como si le apretasen una cincha alrededor del pecho.

—No encuentro un chascador.

Graner dejó de pavonearse y le miró.

—¿Qué es eso?

—La mejor herramienta que existe para hacer los primeros cortes —dijo el Santo, que acababa de inventarla—. Nosotros siempre cortábamos las piedras con un chascador.

—Su predecesor no pareció encontrarlo necesario.

Simón pareció sorprenderse.

—¿No usaba un chascador? ¿Cuánto tiempo llevaba sin ejercer el oficio cuando usted lo contrató?

—Ha trabajado para mí durante unos cuatro años —dijo Graner. Y el Santo asintió comprensivamente.

—Naturalmente... eso lo explica. El chascador se empezó a emplear hace solamente unos tres años, pero ahora todo el mundo lo utiliza. Evita muchas pérdidas.

Graner se quitó el puro de la boca, sacudió la ceniza con la uña del pulgar y volvió a llevárselo a los labios.

—Pediremos un chascador a Inglaterra en el próximo correo —dijo—. Pero, si ha estado en el negocio durante catorce años, sin duda será capaz de utilizar, mientras tanto, los instrumentos antiguos.

El Santo cogió uno de los diamantes y lo examinó a la luz, observándolo desde diferentes ángulos. Y a la vez, calculó la situación de Graner en la habitación. Sabía que Graner tenía un arma, y ya había visto la rapidez con que podía sacarla; él no tenía más que su cuchillo pero, estando preparado, ya había vencido antes en otros duelos contra pistolas, aunque fuera por fracciones de segundo. Aún así, quedaban el resto de la casa y las fortificaciones exteriores...

La base de la máquina cortadora, pulidora, o lo que fuese, consistía en una especie de alvéolo de cobre en el que, presumiblemente, se colocaba el diamante que se fuese a trabajar. Simón tomó la piedra y empezó a moverla nerviosamente, tratando de encajarla en su lugar.

—Por cierto —dijo—, ¿qué hay de mi equipaje?

No hubo respuesta inmediata y, tras unos instantes, Simón levantó la vista. Graner estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera y dándole la espalda.

Simón buscó, bajo su manga izquierda, el puño del cuchillo. Sus nervios estaban ahora totalmente en calma: sabía con exactitud las posibilidades que tenía y todo lo que podía perder. Pero no parecía haber otro remedio.

Entonces comprendió la razón por la que Graner permanecía junto a la ventana. Se oía el sonido de un automóvil maniobrando en el exterior y Graner debía haber estado mirándolo. En aquel momento, el ruido del motor creció, para morir de nuevo rápidamente, por lo que Simón pensó que había entrado en la propiedad.

Graner dejó la ventana y se dirigió hacia la puerta.

—Continúe con su trabajo —dijo—. Volveré dentro de unos minutos.

La puerta se cerró tras de él y Simón Templar se relajó en el banco y se secó la frente.

Unos segundos después, con la irreprimible sonrisa burlona que era la cristalización de toda su filosofía, sacó la cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo.

Mientras el humo descendía agradablemente hacia los pulmones, volvió a estudiar su situación. Y cuanto más la consideraba, menos le gustaba. El Santo era inmune al pánico, pero no vacilaba en reconocer la realidad. Y en este caso la realidad era que, aún aceptando la más optimista de las dos teorías posibles, Reuben Graner no era un tipo que dejara mucho al azar. Por el momento su atención estaba dividida entre la desaparición de Joris Vanlinden y su billete de lotería y las misteriosas idas y venidas a la propiedad, indudablemente relacionadas con aquel hecho; pero eso no lo distraería eternamente. Tal y como se habían desarrollado las cosas en el inicio del día, no deberían pasar más que unas horas antes de que Graner encontrara treinta minutos libres para examinar a su recién contratado Mr. Tombs, tiempo más que suficiente para lo que necesitaba saber.

Simón miró de mal humor la caja fuerte y se preguntó si sería conveniente dar rienda suelta a sus emociones sollozando sobre ella. Dentro de sus insensibles paredes de acero había suficiente botín para satisfacer al bucanero más ambicioso, una colección de robos selectos que merecía parangonarse con el billete de lotería de Vanlinden; pero dado lo que podía hacer, hubiera resultado lo mismo que fuese una colección de botellas de cerveza vacías.

Se acercó a la ventana y la examinó. Las barras estaban sólidamente encajadas en el cemento de las paredes y aunque podía ser posible su extracción la labor le llevaría una buena cantidad de tiempo. Y, de todas maneras, ya sabía que había una caída libre de diez metros bajo ella. Así y todo, la carretera pasaba por debajo... Desde que entró en la casa, era la primera vez que vislumbraba un rayo de esperanza. En sus anteriores visitas a Tenerife había hecho varios amigos ocasionales que podían serle útiles, aunque si se encontraba con alguno de ellos en presencia de Graner podían resultar más peligrosos que aprovechables. Pero a eso habría que enfrentarse en su momento...

Sacó de su bolsillo una hoja de papel y la dividió en dos mitades. En una de las partes escribió rápidamente en inglés:

“ Ven y espera bajo la ventana de Las Mariposas, en la carretera de La Laguna, a las cuatro en punto. Te dejaré caer un mensaje por la ventana. Si no pudiera hacerlo en el plazo de media hora, márchate y regresa a las siete. Espera el mismo tiempo. Si no sucede nada vuelve a las nueve y treinta y espera hasta que sepas algo de mí. Es un asunto de vida o muerte.

No digas nada a nadie.

Releyó el mensaje y sonrió tristemente. Parecía formar parte de un melodrama, pero no podía hacer otra cosa. Pudiera ser que realmente fuera cierto, porque su estancia en Tenerife estaba empezando a parecer un melodrama.

Firmó con su nombre y escribió lo mismo, pero en español, en el segundo trozo de papel. Envolvió cada mitad en un billete de veinticinco pesetas y los guardó en bolsillos distintos. Apenas hecho esto oyó de nuevo las pisadas de Graner en la escalera.



Reuben no prestó la más mínima atención a sus intentos de ajustar el diamante al receptáculo de cobre de la parte inferior de la máquina.

—Puede dejar eso por ahora —dijo—. Vamos a bajar y recogeremos su equipaje.

Su voz era más dura de lo que lo había sido antes, y Simón se preguntó que podría haber sucedido para que apareciese en ella aquel áspero timbre. Durante todo el tiempo estaban ocurriendo cosas de las que no sabía nada, y el esfuerzo de intentar deducirlas se llevó la mitad del alivio que le había producido el anuncio de esta segunda tregua. Graner no pronunció una palabra mientras bajaban las escaleras, y todo lo que el Santo podía deducir de su estado de ánimo no era muy satisfactorio, pues tenía que basarse más en la intuición que en la lógica.

A través de la puerta del cuarto de estar pudo ver ligeramente la ancha espalda de Aliston, mientras Graner, frente al espejo del recibidor, se colocaba con ademanes femeninos su sombrero morado. Presumiblemente Aliston, y quizás también el elegante Mr. Palermo, habían salido con el coche que acababa de regresar hacia unos minutos. Posiblemente uno de ellos había sido quien telefoneó a Graner durante el desayuno. Era claro y obvio deducir que habían estado recorriendo la ciudad en busca de una pista que les condujera a Joris Vanlinden y, en ese caso, el significado de lo que había podido oír de la conversación telefónica y de la agitación de Graner eran más fáciles de comprender. Pero el Santo tenía la extraña sensación de que había fallos en algún punto de su teoría, un sentimiento que provenía de una especie de sexto sentido, en el que no tenía participación la inteligencia, y que le advertía de que, aunque las piezas del rompecabezas parecían encajar perfectamente, había algo incorrecto en el cuadro general que componían.

—¡Tombs!

La agria voz de Graner le hizo abandonar bruscamente sus meditaciones y juntos salieron al exterior, donde el coche los estaba esperando. El chófer, que permanecía junto al vehículo, era inconfundiblemente español, y parte de su rufianesco aspecto podía deberse al hecho de que aún era la mañana del sábado y las tradiciones de su país sólo le exigían que se afeitase los sábados por la tarde, aunque el Santo tenía sus dudas. Se preguntó cuántos componentes más del zoológico de Graner le faltarían aún por conocer.

—¿En qué hotel se alojó?

—En el Orotava —contestó el Santo; y los desapasionados ojos negros de Graner se detuvieron un momento en él, antes de dar órdenes a su chófer.

Este era otro de los desconcertantes y bruscos ángulos en el suave perfil de la teoría del Santo.

Simón se concentró con un duro esfuerzo. Se dijo a sí mismo que sus nervios le estaban gastando una mala pasada, pues empezaba a imaginar sospechas y amenazas en cada incidente que ocurría, por trivial que fuese. Después de todo, sólo había tres hoteles en Santa Cruz que pudieran considerarse atrayentes^[32], y el Orotava, uno de ellos, era el más cercano al puerto y la elección más sencilla para un hombre que buscase, indeciso, un lugar donde alojarse. ¿Por qué, entonces, su simple mención le causaba un efecto especial?

Sabía que ello se podía deber a una única razón, y, un momento antes de que intentara convencerse de que aquello era absurdo, sintió como si un viento frío le recorriera suavemente el espinazo.

Aún había una pareja de *guardias de asalto*^[33] y otra de *guardias civiles*^[34] montando vigilancia en el escenario del brote de gangsterismo de la noche anterior, aunque no detuvieron el coche, y la mente del Santo recapituló sobre la historia que había leído en el periódico. Por lo menos, esa lectura le había aclarado muchas cosas, sin que hubiera introducido nuevos interrogantes en el estudio de la situación. Explicaba el porqué había sido detenido en la carretera cuando se dirigía a casa de Graner y, de paso, aclaraba también la causa del tiroteo que había escuchado, amortiguado por la distancia, un poco antes, cuando se alejaba llevando a Joris Vanlinden. Aún tenía que pensar adónde más podía dirigir aquella historia, pero cruzó por su mente el jocosos pensamiento de que probablemente iban montados en el mismo coche que todo el genio policíaco de Santa Cruz estaba buscando en aquel momento. Claro que, naturalmente, la investigación estaría considerablemente limitada por el hecho de que ninguno de los *guardias*^[35] habría recordado el número de la matrícula...

El coche se detuvo en el hotel y descendieron del mismo. Mientras se dirigían al mostrador de recepción, que se encontraba ahora a cargo de un bello muchacho con la más dulce de las ondas en su cabello, Graner se volvió hacia Simón.

—Tiene que acordarse de cancelar su compromiso para el almuerzo — dijo.

—Naturalmente —contestó el Santo, que no lo había olvidado ni por un momento desde que dejaron la casa—. ¿Le importaría pedirle a la Reina de las Hadas si me puede poner con la habitación número 50? No creo que hable inglés.

Graner hizo de intérprete y el Santo se apoyó indolentemente contra el mostrador mientras el joven se dirigía al tablero de la central telefónica.

Su pulso latía con la precisión de un reloj. Bueno, si por algún milagro pudiera hacer que Hoppy comprendiera la idea... No podía decir una sola palabra sin que Graner no la oyera, y la atención de Mr. Uniatz a las sutilezas e indirectas era aproximadamente tan despierta como la de una rana ligeramente imbécil. Era una posibilidad bastante remota, pero era una posibilidad. Le hubiese gustado llamar a Christine, pero no se atrevía a correr el riesgo de atraer la atención sobre una habitación tan cercana a la suya... El chico parecía tardar mucho tiempo...

Regresó por fin y lo que dijo hizo que el Santo sintiera como si le hubiesen golpeado en el mentón.

—*No contestan*^[36].

Simón no se movió. Sin que la menor muestra de emoción se reflejase en su cara, miró inquisitivamente a Graner.

—No contestan —tradujo Graner.

El Santo puso el cigarrillo entre sus labios e inhaló una bocanada con parsimonia. Era consciente de que Graner estaba observándole, pero, por una vez, no sentía preocupación por su propia reacción. Sabía que no podía revelar nada, por la sencilla razón de que no tenía nada que revelar. Una oscura niebla parecía haber invadido su cerebro y, a través de ella, una o dos obvias preguntas surgían confusas en su conciencia. ¿Habría únicamente sucedido que Hoppy estaba dormido como un tronco, como en él era normal? Sin embargo, el muchacho parecía haber insistido en la llamada durante bastante tiempo. Además, en la misma habitación se encontraba Joris Vanlinden, y era muy difícil que hubiera dos personas en el mundo que tuvieran el sueño tan pesado como Hoppy Uniatz. ¿Qué otra cosa podía haber sucedido? Graner había estado inquieto un rato antes, pero su inquietud no le había parecido, ni por un instante, que emanara de un exceso de regocijo. Además de eso, ni había pestañeado cuando el Santo mencionó el número de la habitación, lo que estaba seguro que hubiese hecho si... Y, en aquellos momentos, no había ni el más leve indicio de triunfo en su actitud. También estaba la llamada a la hora del desayuno. Y, además...

—Sería mejor que escribiera una nota —estaba diciendo Graner.

Simón asintió y se encaminó, como un autómatas, hacia uno de los pupitres que tenían recado de escribir. Su mente estaba inmersa en tan desordenada avalancha de preguntas que ninguna de ellas le dejaba una huella especial. Cuando pasaran unos momentos sería capaz de restablecer una especie de

orden y estudiarlas una por una, pero la maligna primera confusión lo había dejado aturdido.

Se sentó y tomó un hoja de papel, consciente de que Graner le había seguido y de que se encontraba de pie, junto a él, mientras escribía. Desenroscó su pluma estilográfica y ganó unos segundos de respiro mientras dirigía un sobre a Miss H. Uniatz, deseando que el conocimiento que tuviera del idioma inglés el joven del pelo ondulado fuera tan completo como él sospechaba. Luego escribió:

“ *Querida Miss Uniatz:*

Siento terriblemente tener que cancelar nuestro compromiso para almorzar juntos hoy. Como usted sabe, no estoy aquí en viaje de placer y la firma para la que trabajo insiste en que debo comenzar inmediatamente.

Lamento también no tener tiempo para ayudarla a encontrar un apartamento, como le había prometido, aunque creo que esa sería la mejor cosa que puede usted hacer. Lo más aconsejable es que se informe sobre el tema en Camacho's Excursions (son los agentes de Cook y muy eficaces)^[37]. Espero que pronto tenga suerte, porque comprendo que no quiera permanecer en el hotel más tiempo del que ya lo ha hecho.

*Con más disculpas y mis mejores deseos.
Sinceramente suyo.*

S. Tombs.



Cerró el sobre y lo entregó al chico de recepción con una silenciosa plegaria en solicitud de que alguna de sus insinuaciones perforara el globo de marfil endurecido sobre el que colocaba su sombrero Mr. Uniatz, o, caso contrario, preguntase a Christine lo que ella sacaba en claro de la carta.

—El caballero deja hoy el hotel —explicó Graner en español—. ¿Quiere preparar su cuenta y enviar alguien arriba a que recoja su equipaje?

—*Enseguida*^[38].

Graner subió con Simón en el ascensor que, al parecer, desde la noche anterior, había sido inducido a funcionar de nuevo. El puro se quemaba lentamente en la boquilla de ámbar aprisionada entre sus dientes. Templar lo estudió disimuladamente, y llegó a la conclusión de que era increíble que en el caso de que existiera algún motivo secreto de júbilo en la mente de Reuben Graner no apareciese la menor señal de ello en su rostro. Además, si las sospechas de Graner hubiesen aumentado, ¿correría el riesgo de subir sólo a una habitación donde tan fácilmente podía ser silenciado y eficientemente golpeado en la cabeza? ¿O habría permitido al Santo llegar hasta allí, donde podía fácilmente decidir que quería continuar en el hotel sin que Graner pudiese hacer nada por evitarlo? Pero aún estaba el inexplicable fallo de Mr.

Uniatz al no contestar al teléfono... El Santo notó como si su cerebro se estuviera haciendo pedazos por culpa de las incontestables preguntas.

Llegaron a la puerta de su habitación, giró el picaporte y entró, pues ni siquiera se había preocupado de cerrarla con llave cuando salió la noche anterior para alejar el Hironde. Y estuvo dentro del cuarto antes de ver que Christine Vanlinden estaba sentada en la cama.

CAPÍTULO IV

De cómo Simón Templar aprovechó una oportunidad y el Picnic de los Ladrones siguió su curso.

1

Fue tan inesperado que el Santo no tuvo la menor oportunidad de hacer algo. Ya se encontraba demasiado dentro de la habitación para intentar retroceder y Graner estaba detrás suya, tan próximo a él, que sin duda tenía que haberla visto. Se preguntó si aún tendría tiempo para simular que se había equivocado de cuarto, aunque en éste se encontraba su equipaje, pero Graner no le dejaría salir, tanto si ésta era su habitación como si no.

Simón miró desconcertado a la chica.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Fue, simplemente, la primera cosa que se le vino a la cabeza, pero un instante después estaba convencido de que su instinto había funcionado con mayor rapidez que su cerebro.

—Creo que se ha confundido de habitación —dijo fríamente.

Oyó como la puerta se cerraba con suavidad y notó que Graner se había situado a su lado. Sintió algo redondo y duro que se clavaba en su cintura y supo con exactitud lo que era. Pero, por el momento, simuló no darse cuenta.

Christine había dejado de mirarle. Sus ojos estaban fijos en Graner y se abrían aterrorizados.

—Sí, Christine. —Había como el ronroneo de un gato en la cuidada forma de hablar de Graner—. Te equivocaste de habitación, ¿verdad?

Simón se volvió hacia él.

—¿La conoce?

El otro apenas le miró.

—Una pregunta excesivamente estúpida —dijo secamente.

—Bueno, ¿a qué jugamos? —replicó Simón irritado—. ¿Fue usted quien la hizo venir?

Graner volvió a mirarle, balanceando su fino bastón malayo en la mano izquierda. En el bolsillo exterior de la chaqueta se notaba el bulto que formaba su mano derecha agarrando algo. Pero en esta ocasión, sus negros y redondos ojillos no se apartaron tan rápidamente. El Santo leyó algo en ellos que ni siquiera el autocontrol de Graner pudo esconder, y supo al instante que nadie más que su propio y atareado ángel guardián podía haberle puesto en la cabeza la extraña inspiración bajo la que había actuado. Su decidida réplica había desequilibrado totalmente a Graner. Por primera vez desde que se habían conocido, el otro se encontraba en desventaja.

Simón amplió la brecha que su contraataque había abierto en la guardia de Graner.

—¿Se suponía que ella tenía que husmear en mi equipaje, o qué estaba haciendo? —insistió furioso—. Le aseguro Graner que hay demasiadas malditas cosas raras en este trabajo como para que me agrade. ¡Soporto lo que sea, pero si no está jugando limpio conmigo, hemos terminado!

El bastón de Graner se movió un poco más bruscamente.

—No tiene por qué preocuparse —replicó agriamente, como si intentase descartar el asunto, pero el gesto carecía de fuerza.

—Bien, pero ¿qué está haciendo esta chica aquí?

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que se ha equivocado de habitación?

—Eso no le importa.

—¿Y por qué me clavó la pistola en los riñones cuando la encontró aquí?

—¡Tranquílcese!

Simón apoyó un hombro en la pared y miró despectivamente el bulto de la pistola en el bolsillo de Graner.

—¿Para qué juega con eso? —dijo en son de mofa—. Si quiere dispararme sabe como apretar el gatillo. Pero, naturalmente, ahora no está en su casa, de forma que el hacerlo podría resultar un poco peliagudo para usted.

—Estoy intentando evitar que arme usted un escándalo —dijo Graner, aunque ahora su voz no era tan segura como antes—. Si deja de hacer ruido podremos aclarar este asunto.

Se dio la vuelta bruscamente y los ojos de Christine Vanlinden se movieron de uno a otro como los de un animal acorralado. Sus labios estaban

entreabiertos y apretaba una mano contra el pecho, como si le doliera.

Graner empezó a andar hacia ella.

—Es una suerte que te hayamos encontrado tan pronto —dijo con suavidad—. Santa Cruz no es un lugar adecuado para que andes por ahí sola. Confío en que estés lista para venir ahora mismo a casa.

Ella se incorporó vivamente.

—¡No!

—¡Mi querida Christine! No debes ponerte histérica. ¿Dónde está Joris? Quizás también podamos llevarlo a él.

—¡No! —dijo sollozando—. ¡No volveré! Nunca volveré. Usted no puede llevarme...

La mano de Graner, como una garra, la cogió por la muñeca.

—¿A lo mejor resulta que tú tienes el billete de Joris? —gruñó.

La chica retrocedió hasta tropezar con la pared, mirándole como si hubiera sido hipnotizada por una serpiente y respirando con dificultad. Y en aquel momento sonó un golpe en la puerta.

Involuntariamente sus ojos se dirigieron hacia el lugar donde se había producido el sonido. Simón la vio tomar aire, lo que sólo podía significar una cosa, y saltó desde la pared en la que había estado apoyado como si hubiera sido impulsado por un resorte.

En tres zancadas cruzó la habitación y se situó entre Graner y la chica. Colocó una mano sobre la boca de ella y le hizo dar la vuelta. Con el otro brazo le rodeó la cintura y la levantó limpiamente del suelo. La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta y se dirigió hacia ella sin detenerse.

—Dígale a quien sea que vuelva dentro de un rato —dijo abruptamente por encima de su hombro.

Un segundo después estaban dentro del cuarto de baño y Simón cerró la puerta con el pie.

Aún sujetaba a la chica, pero el contacto de su brazo en la cintura y su joven y esbelto cuerpo apretado contra él le hicieron mantener una lucha contra su resolución de la que ella nunca fue consciente. Inclino la cabeza hasta que sus labios rozaron la oreja de Christine y el olor de sus cabellos saturó su olfato.

—¡Por el amor del Cielo, confíe en mí! —susurró—. Esto no es más que una farsa, ¿no entiende?

Simón no tenía la menor idea de lo que ella entendía o pensaba, pero no tuvo oportunidad de añadir nada más. Oyó cerrarse la puerta de la habitación y un momento después se abrió la del cuarto de baño.

—Sin problemas —dijo Graner.

Simón volvió a llevar a la chica al dormitorio y la soltó. Se estiró la chaqueta y abrió un paquete de cigarrillos.

—Ahora, Graner —dijo—, oír lo que tenga que decirme.

Graner le miró sin pestañear. Su mano derecha aún permanecía en el bolsillo de la chaqueta, pero los alertados sentidos del Santo registraban cada fracción de cambio en su actitud. El hombre continuaba siendo intrínsecamente el mismo, pero, sea como fuere, en aquel momento había perdido una baza en el juego. El truco del Santo de contragolpear cuando se encontraba en una situación catastrófica, con una réplica de tan increíble audacia que su adversario no podría pensar que era nada más que el último y desesperado recurso de un hombre acorralado, había funcionado una vez más, la última de incontables ocasiones a lo largo de su vida. Y, así y todo, en realidad sólo suponía que tendría que cruzar sobre el abismo andando sobre un débil hilo de telaraña. Pero había funcionado, y la rápida y decidida acción para conseguir que la muchacha guardara silencio había remachado el clavo.

—No hay nada más que decir —le contestó secamente Graner—. Nos llevaremos a la joven con nosotros... Eso es todo.

—¿Por qué?

—Creí que había quedado bien claro anoche —contestó Graner con dureza—. Mientras trabaje para mí, deberá obedecer todas mis órdenes... sin discutir las.

El Santo le sonrió.

—Suponga que no lo hago.

La mano de Graner salió de su bolsillo.

Simón miró la pistola con sus ojos azules llenos de burla. Encendió su mechero y mantuvo plácidamente la llama bajo la punta del cigarrillo.

—Creí que habíamos arreglado todo —murmuró—. Pero si quiere seguir adelante, me imagino que no puedo impedirlo. —Pausadamente se acercó a la cama, se tendió en ella y se acomodó confortablemente—. Me colocaré bien y así no me haré daño cuando caiga —explicó—. Pero antes de que haga funcionar ese juguetito y atraiga a todo el hotel a esta habitación, debe decirme el nombre de su sastre. No podría soportar el morirme sin saberlo.

Graner le miró inexpresivamente.

—Se está comportando de una forma ridícula.

—Nací así —dijo el Santo en el tono de quien pide excusas.

—Si va a seguir comportándose de esa manera —dijo Graner con brusquedad—, será mejor que pensemos que nuestro acuerdo ha terminado.

El Santo cerró los ojos.

—De acuerdo, Reuben. Pero deje a la damisela aquí cuando se vaya. Me podría ser útil.

Graner devolvió la pistola al bolsillo. El bastón amarillo bailó entre sus dedos durante unos segundos de mortal silencio. Sus ojos, tras los cristales de las gafas, refulgían como el mármol mojado.

—No estoy acostumbrado a contestar preguntas impertinentes —dijo con voz rechinante—, pero, con objeto de ahorrar problemas innecesarios, haré una excepción en esta ocasión. Le dije anoche que su predecesor había enloquecido. Podía haberle explicado que los otros no habían tenido éxito en su intento de hacerle volver a casa. Aún tiene algunas cosas que nos pertenecen y, por eso, todavía lo estamos buscando. Esta chica es su hija y ella puede ayudarnos a encontrarle. Esta es la historia completa.

—¿Sí? —dijo el Santo arrastrando las palabras—. ¿Y cuánto vale el billete?

Un nuevo silencio se extendió por el cuarto, tan intenso que el Santo, que tenía las manos unidas tras la cabeza, podía oír el tictac de su reloj a la vez que la respiración de la muchacha y el débil roce de los dedos de Graner deslizándose por el bastón. Simón siguió inmóvil y permitió que el silencio se expandiera mientras continuaba disfrutando. Parecía poder quedarse dormido.

—¿Qué billete?

La voz de Graner chirrió rompiendo la quietud, y Simón abrió un ojo para mirarle.

—No lo sé. Pero usted lo mencionó hace un rato.

—Ese es un tema absolutamente distinto. En realidad, no tiene nada que ver con lo que le he contado.

—¡Pues anoche, cuando Lauber hablaba de él, parecía ser muy importante!

El silencio volvió a caer, casi tangible en su intensidad, como si la habitación se hubiera llenado de algún material insonorizante, a través del cual sólo pudieran penetrar unos débiles e insignificantes sonidos que provinieran de muy lejos. Y entonces, como para deshacer esa ilusión, fue horriblemente turbado por el taladrante silbido de la locomotora del tren que atraviesa Santa Cruz, desde las canteras al muelle, transportando rocas que son arrojadas al mar para formar un dique que nunca parece próximo a completarse^[39].



—Según se mire, puede ser verdad —la retardada respuesta de Graner llegó en un momentáneo alto del estruendo—. Cuando se escapó, Joris también se llevó consigo un billete de lotería que habíamos comprado entre todos...

—¡Eso es mentira!

Christine gritó su acusación mientras él estaba aún hablando, y la mirada de Graner se volvió hacia ella con heladora maldad.

—Mi querida niña...

La locomotora, ahora más cercana, dejó escapar otro horrísono alarido que parecía provenir de un alma en pena, atormentada concienzudamente cerca de un poderoso micrófono. El Santo se tapó los oídos.

Graner siguió diciendo: —El billete fue agraciado con un pequeño premio, pero, naturalmente, no queremos perderlo...

—¡Está mintiendo!

—Mi querida Christine, debo advertirte que debes ser más cuidadosa con tu lengua...

—¡Está mintiendo, está mintiendo! —La chica comenzó a sacudir a Simón por los hombros—. No debe creerle. Joris consiguió el primer premio... ganó quince millones de pesetas...

La máquina parecía estar bajo la ventana, y el maquinista, sin duda enamorado de su trabajo, dejó escapar una serie de cortas pitadas, separadas entre sí por intervalos inferiores a un segundo. Si los diseñadores de la sirena hubieran intentado crear una reproducción sintética del sonido «rompe

nervios» que se produce al raspar un plato metálico con la hoja de un cuchillo, y luego amplificarlo cincuenta mil veces, no podrían haber alcanzado un éxito más brillante. Era una chillona, torturante, agoníaca e indescriptiblemente perversa cacofonía que parecía arañar la carne e introducir agujas a través de los tímpanos. Quizás fuera lo suficientemente potente como para llamar la atención de algún canario y hacer que se apartara del camino del tren.

—No hablen a la vez —dijo el Santo—. No puedo oír la música.

—¡Está mintiendo! —La voz de Christine sonaba quebrada e incoherente—. ¡Dios mío! ¿No se da cuenta? ¡Engañaría a cualquiera!

El Santo abrió los dos ojos.

—¿Está usted mintiendo, Graner? —preguntó con toda tranquilidad.

—El valor exacto del premio no tiene importancia...

—En otras palabras, está mintiendo.

Graner se humedeció los labios.

—Desde luego que no. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo creería que es más obvio que es ella quien miente para tratar de ganar sus simpatías.

Simón se sentó. La locomotora resoplaba alejándose hacia el muelle y, afortunadamente, atenuados por la distancia, sus ensordecedores alaridos se hacían cada vez más débiles.

—Le diré lo que creo —dijo—. Oí en el barco cuando venía hacia aquí que la lotería de Navidad había tocado en Tenerife, y, mientras deambulaba ayer por la ciudad, alguien me contó que había sido imposible localizar al poseedor del billete. Eso hace que la historia de Christine me parezca más plausible que la suya... y, además, hay que tener en cuenta que no entiendo la razón por la que todo el mundo anda tan preocupado por el billete, si éste no vale mucho dinero. La primera cosa que quiso usted saber de ella cuando entramos en esta habitación fue el paradero del billete. No parecía usted ni la mitad de preocupado por las piedras que, supuestamente, se ha llevado mi predecesor. Tampoco Lauber estaba inquieto por ellas, y es más, el tema de la conversación de anoche era el billete. Y los otros también tenían que estar muy interesados, o Lauber no hubiera estado hablando en un tono de voz tan elevado. De hecho, usted me quiere hacer creer que ese billete, en el que todos desean poner las manos, no representa más que calderilla. Lo que me huele a una mentira muy elaborada. En resumen, todo le hace aparecer como un mentiroso.

Graner lo miró con maldad, pero no pudo encontrar una respuesta. La inexorable lógica del Santo le había clavado en un rincón en el que,

sencillamente, no existía ninguna puerta de escape. Y Simón Templar lo sabía.

—¿Bien?

La seca pregunta del Santo introdujo otro clavo que hizo que Graner levantara la cabeza.

—Pude haber minimizado un poco el valor del billete...

—O hablando claro, ¡que usted es únicamente un maldito embustero! De forma que vamos a ver donde nos encontramos. Ese es el primer punto... Segundo punto: Este predecesor mío... ¿cómo lo llamó?... ¿Joris?... ese tipo tiene el billete. Eso puedo creerlo por la forma en que usted se ha comportado. Y no me importa mucho a quién perteneció en un principio. Una vez que alguien lo tenga en su poder, el botín es suyo; por lo que es conveniente apoderarse del billete antes de que el otro pueda sacarle rendimiento. Eso es lo que usted y su preciosa banda están tratando de hacer. ¡Y querían dejarme fuera del reparto!

2

La mano de Graner fue al bolsillo del pecho y sacó el pañuelo perfumado.

—Usted no participó en la compra del billete.

—Tampoco he visto ninguna prueba de que ustedes lo hicieran —replicó el Santo—. Pero ya le he dicho que eso no es lo importante. Ahora no sabemos donde está el billete y le va a costar trabajo probar que no pertenece a quién lo tenga. Lo importante es que usted y sus muchachos lo están buscando y que querían quedarse con mi parte.

—Este asunto no guarda ninguna relación con su trabajo.

—Tampoco la tiene el abrir cajas fuertes. Pero Felson me dijo que yo tendría una participación en todos los beneficios que se obtuvieran y necesito saber por qué razón estaba usted siendo tan hábil y astuto en este tema.

Fue un disparo a ciegas que Simón tuvo que hacer, aunque sabía que era tirar sobre seguro. Graner ni pestañeó.

—Es por algo que sucedió antes de que usted se nos uniera —dijo.

—Pero recuperar el billete no lo es —replicó el Santo—. Eso aún no ha sucedido.

Graner se meció sobre los talones. Las perversas líneas que rodeaban su boca se habían hecho más profundas, y si sus ojos hubiesen tenido un poder

letal, el Santo ya habría quedado reducido a cenizas.

—A su debido momento —dijo—, probablemente se hubiera mencionado el tema.

—Oh, mi querido Reuben...

Graner hizo un brusco gesto.

—Yo tenía la intención de hacerlo —dijo—, pero los demás se opusieron.

—Creía que todas sus órdenes tenían que ser obedecidas sin rechistar.

—Se trataba en este caso de una cuestión relacionada con un plan a seguir, no con la organización del equipo.

—De modo que usted les permitió expresar sus opiniones.

—Tuve que admitir que parecían tener razón en sus argumentos.

—Apostaría que no le costó mucho trabajo. —El Santo rodó sobre la cama, apoyándose en un codo, para apagar el cigarrillo en un cenicero. Luego, sus implacables ojos volvieron a la cara del otro.

—Entonces ya sabemos otra vez donde estamos. Ya ha dejado de esforzarse intentando demostrar que no es un embustero. Y ahora va a abandonar la pretensión de convencerme de que no es un repugnante traidor.

Un oscuro rubor coloreó las hundidas mejillas de Graner. Dio un paso hacia la cama y el bastón se movió en su mano.

Simón le observó sin pestañear.

—Si vuelve a golpearme —dijo gentilmente—, le puedo asegurar que le va a doler a usted más que a mí.

Sus miradas se cruzaron como espadas. La cara de Graner estaba retorcida de rabia, pero el Santo estaba sonriendo. Era únicamente la sombra de una sonrisa, pero hacía juego con la permanente mofa que había en sus ojos.

Aunque había algo más. Algo que insuflaba aire al resoplido de loco éxtasis que se estaba formando en su interior y que crecía hasta un punto que las costillas le dolían al intentar mantenerlo bajo control. Tuvo que utilizar la mitad de sus músculos para evitar reírse en la cara de Graner. Habían cambiado las tornas. El Santo se había tirado un farol, sin cartas importantes en la mano, contra un oponente del que sabía contaba con tres ases, y estaba recogiendo lo apostado bajo la larga nariz de Graner. En quince o veinte minutos había conseguido que Reuben Graner descendiese de una posición dominante a otra en que trataba débilmente de excusarse. Las impredecibles brusquedad y violencia de su ataque habían hecho que el otro cayera en el primer intercambio, y desde entonces el Santo no le había permitido ni un instante para recuperarse. Su voz continuó colocando golpe tras golpe, con el

crepitante ritmo de una ametralladora, sin darle a Graner ni un segundo para recuperar el resuello.

—Usted creyó que se le presentaba la oportunidad de quedarse con mi parte y se aferró a ella. Esa es la verdad, ¿no? Y esta es mi primera participación en los privilegios derivados de juntarme a su asqueroso equipo. Se supone que recibiría mi parte y la pondría en el banco. No podía usted haber pensado nada mejor, Reuben. Así, la próxima vez que tuviéramos que repartir un botín, sólo me tendría que decir a mí mismo que no tenía por qué preocuparme. Reuben es un buen chico. Siempre ha sido un tipo honrado. Lo demostró el primer día que estuve a su lado. No tengo nada más de qué preocuparme. ¡Y un infierno!

El acaloramiento desapareció lentamente de las mejillas de Graner, que volvieron a su habitual palidez. La mano que sostenía el bastón cayó a su costado y dejó descansar su peso sobre los talones.

Aclaró su garganta.

—Está en su derecho de tener alguna queja —dijo de forma confusa—. Pero ya le he dicho... que yo lo intenté, pero fui derrotado. Los otros llevan conmigo muchos años y, naturalmente, tienen alguna influencia...

—Eso sigue siendo una mentira —dijo el Santo desapasionadamente—, pero ya lo hemos discutido. La pregunta que tiene usted que contestar es la siguiente: ¿Qué vamos a hacer a partir de ahora?

—Naturalmente, lo comentaré con los otros tan pronto como volvamos a la casa...

—Y, naturalmente, se inventará usted unas cuantas mentiras más tan pronto como tenga la oportunidad. Vamos a buscar más verdades antes de que pierda la costumbre. ¿Dónde está ese tipo, ese tal Joris?

—No tengo ni idea.

—Bien, ¿y qué piensa?

—No acabo de ver...

—Pues, para ver mejor, pásele a sus mortecinas luces un paño por encima. ¿Estamos juntos en esto, o no?

El bastón de Graner tableteó sobre el suelo, interpretando un nervioso tamborileo en las baldosas.

—Estoy empezando a pensar si esa sería la mejor solución.

—Como quiera. —El Santo se levantó—. Ya le he dicho lo que pienso del asunto. La puerta está detrás de usted y nadie le impide marcharse. Pero la chica se queda aquí. Si hay un billete de lotería que vale quince millones de pesetas circulando por Santa Cruz, y ella es una de las pistas para encontrarlo,

me quedo con ella. De todas formas, yo la vi primero... Y puede sacar otra vez esa mano del bolsillo. Si vacía dos de esas pequeñas píldoras sobre mí, antes de irme me sobrará tiempo para retorcer su pellejudo cuello.

El dedo de Graner estaba engarfiado en el gatillo y Simón Templar no se hizo muchas ilusiones. Pero no se movió ni un centímetro. Sencillamente, siguió de pie en el mismo sitio, sus manos en las caderas y los hombros perfilándose, anchos y robustos, contra el oscuro cielo que se veía en el exterior de la ventana, mirando a Graner con despreocupados e inexpresivos ojos azules y la sombra de una sardónica sonrisa en sus labios. Sabía con exactitud el valor de las nuevas cartas que jugaba y, mientras continuase la partida, estaba dispuesto a mejorarlas.

—No quiero hacer nada de eso —dijo Graner finalmente—. Si me lo permite, puedo aclarar este malentendido.

—Ya. —La respuesta de Simón salió como un disparo—. De modo que tiene alguna buena razón para, si puede, seguir contando conmigo.

—Si usted se considera imprescindible...

—Si no lo fuese, ¿por qué no me disparó hace diez minutos?

—Naturalmente que quiero contar con usted, si podemos llegar a un acuerdo. Esa fue la razón por la que lo enviaron.

—¿Y por qué era tan urgente mi presencia?

La oportunidad de una salida dio lugar exactamente a lo que el Santo buscaba. Graner se agarró a ella como un pez a un anzuelo ofreciendo una succulenta carnada.

—La respuesta es fácil. Como usted sabe, Felson y otro de mis hombres, Holby, están en Madrid en viaje de negocios. La esposa del Embajador norteamericano tiene algunas joyas en las que llevamos cierto tiempo interesados. Si todo se desarrolla de acuerdo con el plan, llegarán aquí con ellas el domingo, cuando, por tanto, le necesitaremos.

El Santo expulsó silenciosamente el aire de sus pulmones. Así se explicaban algunas cosas más. Era como extraer con un palillo de dientes trocitos de oro de la grieta de una roca, pero continuamente se estaba consiguiendo algo. Pensó en el asunto por un momento, pero enseguida dejó de hacerlo pues parecía que se le iba la cabeza. Primero, un billete de lotería que valía quince millones de pesetas; luego, la asombrosa colección de joyas que guardaba Graner; y por último, para completar el cuadro, las joyas de la esposa del Embajador norteamericano en Madrid, aunque su última visión de los señores Felson y Holby le hacía presumir que la fecha de su llegada sería algo distinta a la que Graner, con total confianza, esperaba. El montante total

de aquel botín empezaba a hacerle creer que se había involucrado en un picnic de unos ladrones que hacían que Alí Babá y sus cuarenta compinches parecieran otros tantos rebuscadores en cubos de basura vacíos.

Encendió otro cigarrillo y se sentó de nuevo.

—De todas formas, esto ya parece un buen comienzo —murmuró—. Vamos a continuar el partido. Cuénteme el resto de la información confidencial sobre ese Joris y el billete de lotería... y, esta vez, de manera exacta.

Graner dejó el bastón sobre el aparador y sacó su purera. Colocó un nuevo puro en la boquilla. Simón sabía que se estaba tomando un respiro, sopesando la situación, y ahora permitió que Graner preparara su propia línea de acción, que sólo podía conducir al resultado que él esperaba.

—Si eso ayudara a modificar su desafortunada impresión sobre nuestros métodos —dijo Graner—, lo mejor sería ser sincero con usted. No sé donde está Joris. Huyó de la casa la pasada noche, llevándose a su hija y el billete de lotería. Pronto descubrimos su ausencia, y Lauber, Palermo y Aliston salieron tras ellos para hacerlos regresar. Probablemente lo hubieran conseguido si unos compinches de Joris, de los que no sabíamos absolutamente nada, no hubiesen llegado en el momento preciso para impedirlo. Joris y sus cómplices escaparon, pero Palermo se fijó en el coche en que huyeron, que es fácilmente identificable. Tan pronto como me informaron, envié a mi chófer, Manuel, a buscar el coche en Santa Cruz. Lo encontró en la puerta de este hotel, pero tuvo una avería en el camino de vuelta y no regresó hasta después de que usted se fuera a la cama. A esas horas era ya demasiado tarde para intentar algo, pero lo primero que hice esta mañana fue enviar a Palermo y a Alison aquí para ver lo que podían hacer. Me telefonearon diciendo que habían descubierto que Joris y otro hombre, probablemente uno de sus cómplices, habían pasado la noche en el hotel, pero que lo habían abandonado muy temprano sin dejar ninguna dirección donde pudieran ser localizados.

Simón se echó hacia atrás y envió volutas de humo en dirección al techo mientras le daba vueltas a la historia en su mente. Desde luego, explicaba la llegada de un coche a la casa cuando ya se había desvestido. También aclaraba la ausencia de Aliston y Palermo a la hora del desayuno. Y, a su manera, explicaba lo que el propio Simón había oído, mientras desayunaba, de la conversación telefónica mantenida por Graner, así como la oportuna interrupción que había impedido que el Santo tuviera que demostrar su pericia como cortador de diamantes y la agitación de Graner cuando regresó al cuarto de trabajo. Todo encajaba de forma adecuada y precisa.

Pero, al mismo tiempo, desataba una catarata de nuevas preguntas. No explicaba por qué la banda de Graner no había encontrado a Hoppy y a Joris, cuando habían avanzado tanto en su investigación. Tampoco aclaraba la causa de que Hoppy Uniatz no hubiese contestado al teléfono hacía poco más de media hora. La historia de Graner suponía una cosecha completa de enigmas y dejaba tras de sí hileras enteras de misterios recién germinados y que empezaban a brotar, lo que hacía que el Santo se sintiera como si el Universo se hubiera puesto del revés.

Sus ojos, como estoques desde debajo de los perezosamente semicerrados párpados, atravesaron a Graner, dejando intacto su cuerpo y sacando su alma al exterior. Pero, por vez primera, estaba convencido de que Graner estaba diciendo la verdad, al menos en la parte que él conocía. No podía haberse inventado, sin tiempo para reflexionar, un cuento de hadas como aquel, que encajaba tan perfectamente con todas las circunstancias... o, si había podido hacerlo, era un genio inmortal a quién el Santo se encontraba dispuesto a erigir un altar. Graner no podía estar tirándose un farol. No era humanamente lógico. Después del aplastamiento que acababa de sufrir, no podía haber resucitado a una velocidad tan sobrenatural. La lucha le había vaciado exactamente igual que si el Santo, desde el mismo momento en que empezaron a hablar, hubiese estado utilizando su plexo solar como un saco de boxeo. Más tarde sí, dándole sólo media hora para recomponerse y sellar las heridas en su elaborado y vengativo cerebro... sí, entonces volvería a ser tan falso y escurridizo como siempre, o incluso más. El Santo no se hacía ilusiones a ese respecto. El ajuste de cuentas entre ellos ni siquiera había comenzado. Pero, en aquel momento, Graner no estaba en condiciones de empezar a engañar al auditorio. Simón hubiera apostado su vida en ese sentido.

Como consecuencia, debía haber otra explicación alternativa. Y esa única explicación llegó a la cabeza del Santo. Vino volando, como un cometa, desde los grandes vacíos del espacio, penetrando irresistible a través de todas las rigurosas y matemáticas órbitas de la lógica, deslumbrándole con un repentino haz de luz que explotó como una bomba en la oscuridad a través de la que Simón había estado intentando encontrar el camino. Y, pese a ello, la explicación era tan asombrosamente simple que se hubiera abofeteado a sí mismo por no haberla descubierto antes.

Si Graner no mentía, sólo cabía una conclusión. Algún otro sí lo estaba haciendo.

3

Simón Templar se sentó y a duras penas pudo sofocar un grito de admiración dirigido a su propio genio. Se merecía el calificativo por la intuitiva deducción a la que había llegado limpiamente a través de su concienzudo razonamiento. Luego su cerebro tuvo que asimilarlo, afanándose trabajosamente en recorrer paso a paso lo que la inspiración había traído en veloces zancadas. Pero todas las piezas estaban encajadas allí, y no podían ser desplazadas por ninguna comprobación que se le ocurriera, por meditada que fuese. La solución completa era una estructura sólida y articulada, que se adaptaba a todos los hechos conocidos y salvaba todas las brechas que, de forma tan irritante, le habían estado confundiendo.

El cigarrillo se consumía entre sus dedos mientras su mente volaba.

Sabía que Aliston y Palermo tenían en su poder a Hoppy y Joris. Era el perno fundamental para que todo encajase. Aún habría que descubrir como lo habían hecho, aunque se le ocurrían varias formas. Pero estaba convencido del resultado. Lo sabía con tanta seguridad como que Lauber había cogido el billete.

Así es como todo había empezado. La idea debía haber nacido en la cabeza de Lauber, cuando se despertó en el coche, en el camino de vuelta a la casa, con el cerebro aún confuso por los efectos derivados del tratamiento al que le había sometido Mr. Uniatz. Lauber habría hecho los esfuerzos normales en un hombre que recobra la consciencia para reconstruir los hechos que le habían llevado a perder el conocimiento. Hubo una lucha, recordaría, y alguien le golpeó en la cabeza. ¿Qué le había pasado a los otros? Naturalmente, ellos también habían sido puestos fuera de combate. Habían estado luchando contra los intrusos mientras él estaba aún ocupado con Joris... Había estado registrando los bolsillos de Joris en busca del billete... Había encontrado el billete, ¿no?... Bien, ¿qué más habría sucedido? Los otros se lo contarían después y Lauber reuniría las piezas dispersas. Pero él tenía el billete, ¿verdad? Lo debería sentir en su bolsillo. Sí, allí estaba... Y probablemente en ese momento se le había ocurrido la brillante idea. Él, Lauber, había cogido el billete, pero ninguno de los demás lo sabía. Habían estado demasiado ocupados peleando. Y la lucha había finalizado con los intrusos alejándose con Joris y Christine. ¿Por qué no podían haberse llevado también el billete? La aplastante sencillez de la trama tuvo que convencer enseguida a Lauber. Todo lo que tenía que hacer era permitir que los otros

siguieran creyendo que Joris tenía el billete... y cuando la cabeza hubiera dejado de dolerle lo suficiente para aprovechar una adecuada oportunidad, él, Lauber, se perdería en el ancho mundo, con dos millones de dólares que no tendría que repartir con nadie.

Todo estaba tan claro que el Santo podía analizar el proceso mental de Lauber con tanta precisión como si hubiese estado grabado en la pared que tenía frente a sus ojos. Y lo evidenciaba, lo probaba hasta la saciedad, la declaración que oyó hacer a Lauber al entrar anoche en casa de Graner, cuando estuvo a punto de perder su habitual calma.

Lo que sucedió es que los otros no habían sido tan crédulos como Lauber esperaba. La declaración de Lauber llegó, con toda seguridad, en la mitad de una discusión en la que estaría siendo acusado de traición, discusión que, probablemente, se había prolongado hasta altas horas de la noche. Al final, Lauber se las habría arreglado para que, al menos de momento, lo consideraran inocente, pues de otra forma hubiese sido dudoso que hubiera estado desayunando esa mañana. Casi con certeza le habrían registrado, pero seguro que antes de que llegara ese momento había conseguido esconder el billete, lo que llevaría a posponer un veredicto definitivo en su contra. De manera que, por el momento, había conseguido que lo dejaran en paz, aunque en su interior podría sentirse menos seguro que cuando lo planeó acerca de la elección del instante en que desaparecería...

Pero la idea que nació en él no se detuvo allí. La semilla debió arraigar tanto en la imaginación de Palermo como en la de Aliston, y aquella mañana, en la bajada hacia la ciudad, uno de ellos habría hecho una propuesta. Si empezaban las traiciones, lo mejor es que ellos se preocupasen de sí mismos. Joris era aún un hombre clave en la situación, estuviese donde fuere el billete. Si lo localizaban, ¿por qué iban a tener prisa en que lo supieran los demás, sin antes conocer como se desarrollaba el resto del asunto? Aún había tiempo para encontrar el billete, hubieran o no tenido razón con respecto a Lauber... y, en cualquier caso, unos beneficios del cincuenta por ciento eran dos veces preferibles a dividir el premio entre cuatro...

El resplandor de gozo que el Santo sentía se hacía más profundo al ir tomando forma los detalles y los colores del cuadro. Cuando unos momentos antes había calificado interiormente la fiesta como un picnic de ladrones, no se había dado cuenta del perfecto resumen de la situación que ese título representaba.

—En ese caso, supongo que Joris y su camarada habrán ido a cobrar el billete —comentó, especialmente porque creía que tenía que decir algo tras el

largo silencio.

—Si han hecho eso serán interceptados —respondió Graner—. He situado a uno de mis criados, desde que abrieron esta mañana, en las cercanías de la Administración donde se adquirió el billete. Y no pueden cobrarlo en ningún otro lugar.

Las brillantes complicaciones del enredo continuaron dibujando sus fantásticas revueltas en la mente del Santo.

Lauber sabía donde estaba el billete, pero desconocía lo que le habría sucedido a Joris y Christine y tenía que ser consciente de que, para él y por el momento, no era nada seguro intentar cobrar el premio. Palermo y Aliston sabían donde estaba Joris, pero desconocían lo que habría acontecido con el billete y con Christine. Graner sabía donde estaba Christine y podía tener la esperanza de sonsacarle alguna otra información, pero no tenía idea de lo que le habría pasado a Joris y al billete. Cada uno tenía algunas buenas cartas, pero todos se encontraban totalmente a oscuras sobre las que estaban en manos de los demás. Y, presumiblemente, cada uno de ellos estaba dispuesto a cortarle la garganta a otro para llenar sus manos o conservar lo que en ellas mantenían. La intromisión de aquel trozo de papel, valedero por dos millones de dólares, había hecho añicos el *esprit de corps*^[40] de la banda y abierto el camino para lo que podría ser una de las más salvajes y falta de escrúpulos lucha de perros, en la que todo estuviese permitido, que la historia del hampa hubiese vivido nunca.

—Su criado no conoce el aspecto de Joris —observó Simón—. ¿O sí?

La rendija que era la boca de Graner casi sonrió.

—No le hará ninguna falta. Si alguien presenta el billete al cobro, la calle entera lo sabrá enseguida.

Simón reflexionó sobre el hecho de que tampoco él podía cacarear mucho. Tenía en sus manos exasperantes partes de todas las cartas, pero no poseía ni una sola completa. Sabía que Lauber tenía el billete en su poder, pero desconocía donde lo escondía; sabía que Palermo y Aliston habían cogido a Hoppy y Joris, pero no lo que habían hecho con ellos; sabía que tenía a Christine allí, a su lado, pero también Graner se encontraba junto a él. Y dentro de algo así como los próximos diez segundos tenía que bosquejar un plan de campaña bien definido y que tuviera en consideración todos esos puntos.

—Joris no estará allí, y usted lo sabe —dijo Christine—, porque no tiene el billete.

—¿Estás insinuando que lo tienes tú? —dijo Graner lentamente.

—Ya le dije que ninguno de nosotros lo tiene. Estaba...

—Espere un minuto —la interrumpió el Santo—. Vamos a ir por orden. ¿Cuál es su versión de lo que sucedió anoche?

Ella le miró con tristeza.

—Usted debería saberlo.

—No, querida —dijo el Santo despreocupadamente—. Yo soy un recluta novato. No estuve en la fiesta.

—¿Quiénes eran aquellos dos hombres que os ayudaron? —preguntó Graner.

Ella guardó silencio y Graner se volvió hacia el Santo.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí —espetó—. El coche está fuera... lo mejor sería que nos la llevemos a casa inmediatamente. Conseguiremos que responda a todas las preguntas cuando estemos allí.

—Intente llevarme —le desafió ella.

La chica había tenido tiempo para recuperarse del primer momento de terror y su fuerte y viva personalidad, de la que el Santo había percibido un destello la noche anterior, estaba empezando a imponerse de nuevo. Era como si se encerrase en una fría concha que escondiera las demás facetas de su naturaleza, que el Santo sabía que existían porque las descubrió mientras sollozaba abrazada a Joris. Pareció recogerse sobre sí misma, esforzándose por repeler el hechizo de los inmisericordes ojillos de Graner. De repente dio un paso separándose de la pared, pero la mano de Graner saltó y la aprisionó por una muñeca.

—Si trata de detenerme —dijo ella con firmeza—, haré bastante ruido como para que acuda aquí todo el hotel.

Graner miró al Santo. Simón comprendió exactamente lo que aquella mirada intentaba concertar. Ya había demostrado antes su aptitud para encontrar una solución en una situación similar, y le apetecía repetir la actuación. Y así como entonces supo lo que tenía que hacer, ahora también sabía lo que haría.

Se levantó de la cama, pero la muñeca que sujetó fue la de Graner, cerrando sus dedos alrededor de ella, como un anillo de acero que aplastaba nervios y tendones. Puso la palma de su otra mano en la cara de Graner y le hizo retroceder hacia la pared.

—Ocúpese de sus propios asuntos, Reuben —dijo en tono paternal. Con el movimiento había dado su espalda a Christine, y mientras hablaba su párpado izquierdo se cerró en un claro guiño.

—Y cogeré su pistola... no vaya a ser que todavía se encuentre de mal humor —añadió.

Sacó el arma del bolsillo de Graner y la trasladó a uno de los suyos, y, una vez hecho eso, le miró en señal de aviso y volvió a guiñarle. Graner le devolvió la mirada sin el menor cambio en el venenoso brillo de sus ojos, pero el Santo no se dio por enterado. Cerró la puerta con llave, la extrajo de la cerradura y se la entregó a Christine.

—Escuche —le dijo—. No tiene nada de que preocuparse. Este gusano no volverá a ponerle una mano encima mientras yo esté presente. Le mantendré alejado de la puerta y le daré el tiempo que usted necesite para marcharse. Pero desearía que se quedara y habláramos unos pocos minutos más. Se me está ocurriendo una propuesta que podría interesarle.

Ella dudó. El Santo daba ahora la espalda a Graner, y dirigió a Christine el mismo animoso guiño, para luego empujarla con delicadeza hacia la cama.

—Siéntese y tome un trago —dijo—. Tiene aspecto de necesitarlo. Y déjeme hablar sólo durante tres minutos. Cuando termine, puede gritar lo que quiera si alguien trata de impedirle que salga de la habitación.

—Usted no tiene nada que decir que yo quiera escuchar.

—No esté tan segura, querida. A veces tengo unas ideas estupendas.

La dejó y cruzó el cuarto para rebuscar en una de sus maletas. Sacó una botella de whisky... y algo más que ninguno de los otros le vio coger.

—La situación está así —dijo el Santo mientras servía whisky en tres vasos. Usted asegura que perdieron su billete de lotería. Bien, a veces suceden cosas así. La gente extravía sus joyas y otras cosas. No se pierde con frecuencia, y de golpe, algo que vale dos millones de dólares, pero eso no modifica el principio general. Cuando la gente pierde algo y pretende recuperarlo, la mayoría de las veces ofrece una recompensa.

—Nadie ofrece una recompensa a los ladrones que les robaron.

—Se sabe que hasta eso ha sucedido.

El Santo vertió soda en los vasos y tomó dos de ellos. Le llevó uno a Graner y, al dárselo, volvió a guiñar. Entregó el otro a Christine. Luego regresó a la mesa y tomó el suyo.

—En cualquier caso —continuó—, aún no hemos terminado la cuestión. Yo no he robado su billete; si lo hubiese hecho no estaría merodeando por aquí. No me irá usted a decir que si yo se lo devuelvo no merecería una comisión...

La chica tomó otro sorbo del vaso observándole perpleja.

—Entonces, si ha escuchado mi reciente charla con Reuben —siguió Simón—, se habrá percatado de que él no ha jugado limpio conmigo. De forma que si él está dispuesto a traicionarme, yo estoy también totalmente preparado para hacer algunas trampas. Por lo que he deducido, tenemos a Reuben y otros tres tipos en la casa esperando repartirse el billete. Luego hay una pareja más en Madrid que, probablemente, confía en ser incluida en el reparto. Y por lo menos un par de delincuentes de menor monta que podrían esperar compartir a medias una participación. De modo que lo máximo que puedo esperar del dinero del billete, si no tratan de dejarme a un lado, es una octava parte del total. Y usted no obtendría nada.

Se movió ligeramente hacia ella. La muchacha volvió a beber y apoyó su cabeza contra el tablero de los pies de la cama. Una o dos veces sus ojos se cerraron y pareció hacer un esfuerzo para mantenerlos abiertos.

—Usted es una buena chica, Christine, y no me importaría hacer algo para ayudarla... si yo también obtengo algún beneficio de ello. Por lo que entiendo sólo hay otras tres personas en su equipo: Joris y sus dos camaradas. Bueno, si me incluye en el reparto, contándola a usted me tocaría un quinto, lo que me parece mucho mejor. Si esta propuesta le agrada, dígame una palabra y agarraré por el cuello a este sinvergüenza de Graner...

La cabeza de la chica se inclinó repentinamente hacia un lado y el Santo cogió el vaso antes de que cayese al suelo.

Lo puso en la mesa y acomodó cuidadosamente a Christine hasta que estuvo totalmente echada en la cama. Yacía inerte y relajada, respirando acompasada y suavemente, como si se encontrara sumida en un sueño natural. Simón la observó durante unos momentos y luego se dio la vuelta hacia Graner con un destello triunfal en sus ojos.

—Lo que le hacía mucha falta en su equipo, Reuben —dijo amablemente—, era un poco menos de melodrama y un poco más de mi cerebro.

CAPÍTULO V

De cómo Reuben Graner recuperó su pistola y un taxista no se acababa de convencer.

1

Reuben Graner dio con delicadeza unos pasos hacia la cama y miró inexpressivamente a la chica por unos momentos, golpeándose suavemente en los labios con el puño, revestido de oro, de su bastón.

Por fin, volvió la vista al Santo.

—Eso estuvo muy bien —dijo complaciente—. De otra forma podía habernos causado algunos problemas.

Se acercó al teléfono y lo descolgó.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó el Santo.

—Llamar a los otros para que vengan a llevársela.

Simón estiró su largo brazo y puso un dedo en la horquilla. Ni hablar —dijo sucintamente—. ¿Aún quiere revolucionar el hotel o está usted chiflado?

—No habrá ningún alboroto —dijo Graner—. Cuando esta mañana envié a Palermo y Aliston, trajeron consigo dos grandes baúles para transportar el equipaje con el que pensaban regresar. Pueden volver otra vez con un solo baúl. Hemos dicho que iba usted a abandonar el hotel y un baúl de más no les llamará la atención.

Así era como lo habían hecho, reflexionó Simón. Se había estado preguntando acerca de este punto, pues era difícilmente concebible que dos hombres inconscientes pudieran haber sido sacados del Hotel Orotava, en la principal plaza de Santa Cruz y a plena luz del día, sin despertar un mar de especulaciones que Palermo y Aliston serían los últimos en desear. No conocía mucho a Joris, pero hubiera apostado lo que fuese a que Hoppy

Uniatz nunca habría salido por su propio pie. La explicación de Graner había aclarado otro pequeño misterio.

El Santo se guardó la satisfacción para sí mismo. Le quitó el teléfono de la mano a Graner y volvió a colgarlo.

—Como iba diciendo —remachó—, todavía le hace mucha falta mi cerebro.

Los duros ojos de Graner se clavaron en su rostro.

—¿Por qué?

—¿Qué cree usted que pasaría si la llevara a la casa?

—Que la persuadiríamos para que nos dijera lo que sabe.

—Eso es lo que usted cree.

—Le puedo asegurar que no tengo la menor duda en ese aspecto —dijo Graner significativamente.

La mirada de Simón lo diseccionó de manera despreciativa.

—Si lo que está usted pensando es lo que yo creo —dijo—, puede olvidarlo de nuevo. Es algo que no tolero. Pero, en cualquier caso, está usted hablando como un imbécil y un rastrero. ¿Ha inventado usted alguna forma de comprobar si alguien está diciendo la verdad mientras soporta sus métodos de persuasión?

—En su momento se sabría.

—Y esa es la guinda que corona el pastel. ¿Por qué esperar a «su momento», cuando quiera que éste llegue? ¿No se le ha ocurrido pensar que Joris no abandonaría a su hija aquí? Si hay algo en todo este jaleo que me parezca seguro es que, más pronto o más tarde, Joris se pondrá en contacto con ella. A lo mejor lo hubiera hecho ya, si no hubiese visto su coche ahí fuera.

La cara de Graner se endureció por el esfuerzo de concentración. Sus pensamientos no se podían leer detrás de aquella máscara, pero al Santo no le hacía falta. Podía suponer muy aproximadamente cual sería la nueva reacción de Graner... y no se equivocó.

—Hay un fondo de razón en lo que usted dice. Quizás fuese mejor, de momento, dejarla aquí. Le diré a Palermo que baje y la vigile y nosotros volveremos a la casa.

Intentó coger el teléfono, pero el Santo rió amigablemente y apartó su brazo del aparato.

—No tan rápidamente, Reuben —murmuró—. Parece haber olvidado que usted y yo aún tenemos unas cuantas cosas que aclarar.

La mirada de Graner volvió a clavarse en él. El Santo lo notó sin necesidad de levantar la vista para encontrar sus ojos. Estaba ocupado golpeando un cigarrillo sobre la uña de su pulgar.

—Creí que ya todo había quedado aclarado —dijo finalmente Graner.

—¿Admite entonces que me estaba traicionando?

—Eso se aclarará tan pronto como regresemos a la casa.

—¿Con la pistola de alguien o posee usted alguna otra?

—Obviamente, debemos confiar el uno en el otro.

—Pues para empezar, ¡vaya una confianza tan grande que me ha demostrado!

Los ojos del Santo, muy claros, fríos y despreciativos, saltaron repentinamente a la cara de Graner. Este era el instante crucial del plan de campaña que la urgente necesidad del momento había extraído de su cerebro, la razón por la que había hecho que Christine se tomase una bebida con la adecuada cantidad de somnífero, el único motivo que le había impedido adoptar la solución más elemental: golpear con precisión a Reuben Graner en la nariz y llevarse a Christine, lo que hubiese constituido una abierta declaración de guerra.

Media docena de soluciones habían bailado en su cerebro durante los pocos segundos en que había sido capaz de permitirse pensar, pero las había descartado todas. Christine seguía siendo el único obstáculo que había que superar. Si hubiese aceptado llevarla a la casa mientras ella estaba consciente, la reacción de la chica le habría descubierto. Si al final la llevaran a casa, y una vez allí tuviera que contestar algunas preguntas, sus respuestas, en cualquier caso, también lo delatarían. Y finalmente, para remachar el clavo, el Santo no tenía la menor intención de dejarla a merced de la pandilla de Graner: si ya una vez la habían tenido secuestrada con Joris en aquella fortaleza que era la casa, el Santo estaba fríamente convencido de que ahora la situación tomaría un derrotero distinto. Pero de todas maneras, tenía que encontrar la forma de garantizar la seguridad de Christine, y la suya propia, sin poner sus cartas sobre la mesa; porque si lo hacía perdería irremisiblemente la posibilidad de entrar en contacto con Aliston y con Palermo, que sabían donde se encontraban Joris y Hoppy, y con Lauber, que conocía lo que había pasado con el billete. Era como salvar un abismo andando sobre una tensa cuerda, con la posibilidad de una caída fatal por ambos costados; pero el Santo tenía que hallar la forma de cruzar.

Se puso el cigarrillo en la boca y encendió el mechero sin desviar la mirada.

—Esta chica es mi póliza de seguros —dijo—. Porque mientras esté en mi poder usted se comportará correctamente conmigo. Y si no fuese así, no tendría tanta maldita prisa por encerrarme de nuevo en su casa.

—Pero es que tenemos que interrogarla...

—Ya se lo he dicho. No lo hará. Pero hablará sin que nadie la obligue, lo cual tiene doble valor.

Graner seguía observándole.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Écheme una mirada. Y luego mírese en el espejo. —El Santo se pasó una mano por el oscuro cabello—. No hay comparación, Reuben, aunque esté feo que lo diga yo mismo. Pudiera ser que un ciego le abriera su corazón, pero nadie más lo haría. Y lo mismo ocurre con esas otras beldades que tiene usted en su casa. Además, ella los conoce a todos demasiado bien. Pero ¿no se ha fijado usted en lo que he hecho?

Graner no respondió, lo que, de todas maneras, tampoco esperaba Simón. El Santo continuó en el mismo tono, tranquilo y confidencial:

—Cuando la dormí le estaba hablando de que usted me engañaba y de la posibilidad de unirme a su equipo. Cuando despierte seguiré en la misma línea. Le puedo contar que la hice dormir nada más que para tener la oportunidad de hablar con usted y le explicaré que le he contado un cuento de hadas para que usted se sintiera feliz y se marchara de aquí.

Las palabras salían de la boca del Santo sin la oscilación de una inflexión, sin una vacilación, sin una sombra de duda en el uniforme candor de su mirada. Y, durante todo el tiempo, se sujetaba con ambas manos para no caer y sentía en su garganta como el corazón le saltaba arriba y abajo. A lo largo de su carrera de increíbles aventuras, se había arriesgado más que cualquier otro hombre contemporáneo, pero se sentía inclinado a dudar si alguna vez había hecho una apuesta tan absolutamente descarada como esta. E incluía en el repaso su reacción al encontrar a Christine en su propia habitación y lo que había hecho cambiar la situación con respecto a Graner.

Pero sabía que volvería a funcionar, sencillamente porque Graner, o cualquier otro, no hubiera nunca creído que un hombre bajo sospecha fuese capaz de encontrar la forma de eliminarla antes de que alguien pudiera confirmarla. Y es que, simplemente, cosas así no sucedían, porque estaban más allá de los límites de la psicología y de la insolencia humanas. Lo que los adversarios del Santo nunca podían adivinar era que el propio Santo estaba también fuera de reglas y límites. Era el único aventurero de su época para quien la inexistencia de audacia era algo demasiado fantástico; y nueve de

cada diez de sus atrevidas ideas no podían ser contrarrestadas porque nadie, con una imaginación menos osada, podía creer que fueran posibles.

Graner, ya totalmente calmado, dijo: —De todas formas, no sabemos si usted se sentiría tentado a unirse a ellos en el caso de que Christine hubiese aceptado la propuesta que le estaba haciendo.

—Usted sabe que no, por un montón de razones. ¿Cuál es la diferencia entre la quinta y la octava parte de dos millones de dólares? Ciento cincuenta mil. Bueno, usted me ha enseñado lo que guarda en su caja fuerte. Si esa es la escala a la que ustedes trabajan, ¿iba a ser tan idiota como para desperdiciar mi parte en sus proyectos por ciento cincuenta mil dólares? ¿Durante cuánto tiempo podría resistir sólo, sin ayuda? No conozco esta ciudad, no conozco a nadie en ella y no sé hablar español. ¿Y como podría salir de aquí si le hubiese traicionado? Por lo que sé solo hay un camino para dejar Tenerife: el puerto que tenemos ahí abajo. ¿Y piensa que soy tan bobo como para creerme que podría coger un barco si le hubiera traicionado y su equipo estuviera buscándome?

Graner inspeccionó la punta del puro; no estaba tirando de una manera uniforme, y ensalivó la yema de un dedo para humedecer la parte que quemaba demasiado deprisa.

—Estoy a su lado —dijo el Santo—, y estoy dispuesto a continuar ahí, porque sé que usted tiene algo más que ofrecerme que una participación en las ganancias de un billete de lotería. Pero vista la forma en que usted inició esta relación, necesito asegurarme, antes de dar el siguiente paso, de que también está usted a mi lado. Si esto termina bien, olvidaremos y seguiremos juntos. Y todo depende del hecho de que puedo obtener mucho más de esta chica, enamorándola y haciéndola creer que estoy de su parte, de lo que usted nunca conseguiría con sus ideas de persuasión... De modo que este es el trato que le ofrezco; si no le complace, puede coger la llave y marcharse tan pronto como guste.

En la calle, la locomotora anunció su viaje de vuelta con una nueva serie de horribles y paralizantes silbidos. Una motocicleta, a escape libre, petardeaba y tableteaba como una incansable ametralladora, mientras su conductor enviaba saludos a algunos amigos situados a dos manzanas de distancia, que gritaban en respuesta con un entusiasmo no menor que el del motorista. Un par de viejos autobuses gemían, mientras atravesaban la plaza, con un ruido similar al que harían mil latas taladradas simultáneamente en un taller de remaches. Unos cuarenta taxis mantenían una intermitente confusión con sus peculiarmente aborrecibles bocinas. Un tranvía rechinaba y tronaba

subiendo la pendiente, mientras su conductor hacía sonar continuamente la campana. Un afilador de cuchillos tañía su fúnebre silbato. Un burro levantó la cabeza y lanzó al aire su grave y asmática canción. Aparte de estos ecos que llegaban de la paradisíaca tranquilidad de Santa Cruz, durante unos momentos reinó un silencio total en la habitación.



Simón no trató de apresurar la decisión. En realidad, sólo había una solución posible. Pero lo que de verdad importaba era la atmósfera.

Graner le miró otra vez.

—Si aún quiere comprobar algo con respecto a mí, supongo que no pondrá ninguna objeción a que yo también obtenga alguna prueba de su

lealtad.

—¿Cómo?

—Permitiéndome custodiar su pasaporte.

Sin un instante de vacilación, el Santo lo sacó del bolsillo. Era un pasaporte totalmente legal, expedido a nombre de Sebastian Tombs. Graner le echó una ojeada y lo guardó cuidadosamente en su cartera. La posesión del documento produjo un sutil cambio en su actitud, y el Santo supo que, a partir de ese momento, Graner estaba convencido. El inmortal goce producido por el vuelco de la situación le produjo dolor de costillas. Debía hacer años que nadie se había enfrentado de esa manera a Graner, desde que alguien lo había acorralado y dejado exhausto con tan sublime perfección; y, al pensar Simón en como lo había conseguido, le entraron ganas de revolcarse en la cama, en un rapto de cósmica alegría, demasiado profunda y estremecedora para convertirse en una vulgar carcajada. Pero no lo hizo. En su lugar, coronó el monte de su inspiración con la última y más soberbia nota de osadía.

Sacó la pistola de Graner y se la devolvió, despreocupadamente, con la culata hacia delante.

—Será mejor que también tenga usted esto —dijo con seriedad.

Fue la culminación. El hombre que hubiera permanecido impasible ante un gesto como ese hubiera sido sobrehumano. Dejó a Graner desprovisto de cualquier otra objeción.

Graner guardó la pistola y cogió su bastón. Miró de nuevo, por un instante, a Christine.

—¿Durante cuánto tiempo estará tranquila?

—Le di lo suficiente para media hora. —Simón cogió la llave y abrió la puerta—. Será mejor que se marche.

Acompañó a Graner hasta abajo. Aún había que atravesar el hall, donde el chico del pelo ondulado podía estropearlo todo con dos o tres palabras. El Santo envió al cielo una silenciosa plegaria mientras descendían el último tramo de peldaños.

Cuando su pie bajó del último escalón dijo:

—Tan pronto como algo salga a la luz le llamaré. ¿Figura su número de teléfono en la guía?

—Sí.

—Y si a usted o a alguno de los muchachos se les ocurre una idea brillante, aquí me encontrarán. —El aparentemente cansino andar del Santo era una farsa, pues cubrió la distancia entre las escaleras y la puerta sin

desperdiciar ni un segundo, aunque en su interior le pareciera que andaba demasiado despacio—. De todas formas, seguiremos en contacto.

—Sí. —Graner se detuvo en la puerta—. Por cierto, ¿qué va a pasar con su habitación?

—Les diré que he decidido quedarme; aquí hay alguien que habla inglés. —Simón tomó por el brazo a Graner y se lo apretó ligeramente—. Lo importante ahora es que quite su coche de aquí antes de que Joris y sus amigos se alerten, si es que no lo están ya.

Desde la puerta principal hasta la acera había unos peldaños. El Santo permaneció en lo alto observando a Graner alejarse mientras su respiración recobraba el ritmo normal.

2

Se dio la vuelta y entró en el hotel, con el humor danzando otra vez en sus ojos. Pero no se dejó arrastrar por una simple ilusión demasiado optimista. Sólo había ganado el primer asalto y todavía quedaba una gran cantidad de cosas por hacer. Pero la alegría se encontraba en la lucha, en su solitaria participación en el juego más peligroso que había en el mundo, en ese juego que significaba para él más que la propia vida.

Se dirigió al mostrador de recepción y tomó por la solapa al chico de la onda.

—No me marcho hoy —dijo en perfecto español—. De modo que no tienes que preocuparte de preparar la factura... Y hay algo más. Es posible que venga alguien haciendo preguntas sobre mí. Y si no son sobre mí, puede que sean acerca de la señora para la que anoche tomé una habitación.

—Sí, señor^[41]. Le diré que están aquí.

—Eso es exactamente lo que no harás. Si alguien hace preguntas, recordarás que no tengo nada que ver con la señora que ocupa la habitación contigua a la mía. No la conozco. Nunca he oído hablar de ella. No la traje aquí. ¿Comprendes?^[42]

Sí, señor.^[43]

—Y además de eso, no deberás contar nada sobre mí. Únicamente, si alguien lo menciona, puedes decir que no hablo español.

—Pero usted...^[44]

—Lo sé. Hablo español mejor que tú, pero no quiero que nadie lo sepa.
¿Estamos?^[45]

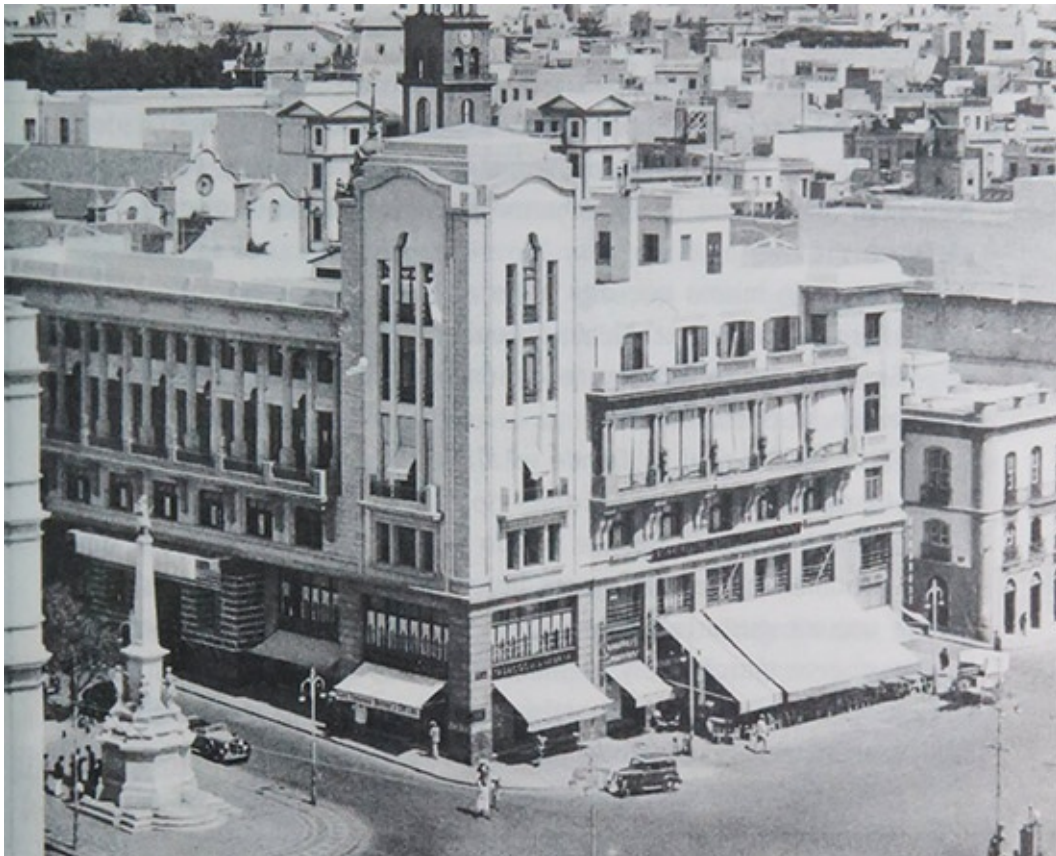
—Sí, señor^[46].

Simón depositó sobre el mostrador un billete de cien pesetas.



—Quizás esto te ayudará a recordar —dijo, y se dirigió hacia las escaleras.

En su habitación, Christine aún dormía; pero Simón sólo le lanzó una rápida mirada. Cruzó el cuarto hacia la ventana y miró hacia abajo, a la plaza, a través de las persianas. El coche de Graner estaba empezando a marcharse y Simón observó que el propio Graner debía estar al volante, puesto que el chófer se encontraba en la calle y miraba alejarse el vehículo. Después se movió hacia la parte opuesta de la plaza, se apoyó contra la pared del edificio del Casino^[47], entre otros desocupados que allí se encontraban, sacó un periódico del bolsillo y empezó a leer.



Simón volcó el remanente del vaso de Christine en el lavabo y tomó el de Graner, que no había sido ni tocado.

Entonces recordó que había confiado tan plenamente en su deducción de lo que le había sucedido a Hoppy y Joris, que ni se había tomado la molestia de comprobarla. Dejó el vaso y salió otra vez de la habitación.

La puerta del cuarto de Hoppy no estaba cerrada con llave. Simón entró y la encontró en la cerradura, por la parte interior. La habitación estaba vacía, como había esperado. Un pijama de Mr. Uniatz dibujaba una palpitante mancha de color sobre la cama en que Joris había dormido, y las ropas del anciano habían desaparecido. Simón inspeccionó el resto del cuarto sin encontrar ninguna otra pista. Ni siquiera había indicios de una ligera trifulca,

y el único hecho misterioso residía en una bandeja con dos desayunos colocada sobre la mesa. Nada de lo que contenía había sido probado. Simón pensó en ello durante unos momentos hasta que encontró la explicación. Se inclinó sobre la cama y tocó el timbre que avisaba a la camarera.

Después de intentarlo tres veces, apareció presurosa.

—¿Vio usted a mi amigo cuando le trajo el desayuno?

—No, *señor*^[48].

—¿*Cómo que no?*^[49]

—Porque otro caballero se lo trajo. Vestía una chaqueta blanca, como un *camarero*^[50] y dijo que quería servírselo él mismo para gastarle una broma. Le di la bandeja y me fui cuando estaba llamando a la puerta.

—¿Se trataba de un hombre bajito, con bigote y un ojo morado?

—No, era alto y elegante, parecía inglés. Tenía una cara muy agradable.

El Santo asintió lentamente. En realidad fue bastante sencillo... y después lo hicieron.

—¿Me puedo llevar la bandeja? —preguntó la mujer.

—Adelante. Y también puede arreglar la habitación.

Al fin y al cabo no se ganaba nada diciéndole algo que pudiera parecerle extraño.

Volvió a su propio cuarto y cuando abrió la puerta Christine se estaba incorporando. Su mente estaba aún embotada por los efectos de la droga que él había puesto en el whisky, pero vio la comprensión aumentar gradualmente en sus ojos mientras le miraba. Cerró la puerta tras de sí y le sonrió.

—Le debo una explicación —dijo—. Es la primera vez en mi vida que le ofrezco a una chica un trago parecido.

Ella movió la cabeza como si quisiera barrer la niebla que aún quedaba en su cerebro.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó hoscamente.

—Había que elegir entre eso o darle un puñetazo en la barbilla, y pensé que el método de la bebida sería más agradable.

Se acercó a la cama y se sentó junto a ella.

—¿Se encuentra muy mal?

La muchacha se frotó los ojos torpemente.

—Me parece que tengo la cabeza hecha pedazos.

—Eso lo podemos arreglar enseguida.

Fue a su maleta y tomó otro frasco, del que extrajo una cucharada de polvo que vertió en un vaso con agua.

—Tengo esto para cuando Hoppy se empieza a quejar como consecuencia de lo bien que lo pasó la noche anterior —explicó—. Pero también servirá para lo suyo.

Ella miró el vaso sin moverse.

—No es nada que le pueda hacer daño —dijo Simón—. Si hubiera querido quitarla de enmedio, le hubiese dado algo más fuerte la primera vez.

La chica se encogió de hombros.

—No creo que me importe lo que sea —dijo—. Preferiría dormir otra vez antes que tener que soportar este dolor de cabeza.

Simón tomó el vaso cuando ella terminó de beberse el líquido y lo puso sobre la mesa. Christine se echó y cerró de nuevo los ojos, haciendo una mueca de dolor; el Santo encendió un cigarrillo y la dejó sola. Cuando la bebida hiciera su efecto, el abatimiento y el dolor de cabeza se le pasarían con bastante rapidez.

—Fui una idiota al beberme aquel whisky —murmuró—, pero espere a que me sienta un poco más fuerte. Armaré un buen jaleo... si no me ha dado otra cosa para volver a dormirme.

—¿Se siente ya mejor?

—Quizás no vaya a morirme, si eso es lo que pregunta.

—Entonces aguarde hasta que esté segura del todo y seguiremos hablando. Si se cansa de escucharme puede gritar hasta que se caiga el techo.

—Eso es lo mismo que dijo antes.

—Pero entonces estaba aquí Reuben.

Sus ojos se abrieron y recorrieron rápidamente el cuarto. La respiración se aceleró.

—Sí... estaba aquí... ¿Dónde está?

—Le mandé a su casa.

—¿Le dio el mismo tipo de bebida que a mí?

—Si hubiese tenido las manos libres, no le habría dado a usted la bebida que me gustaría haber preparado para Reuben —dijo—. No, sólo le dije que se marchara, y se marchó. Como un corderito. En realidad, es totalmente dócil cuando uno sabe como tratarlo. ¿No me estuvo usted observando todo el rato, antes de dormirse?

Ella se incorporó apoyándose en un codo.

—Pero volverá... volverá con los otros...

—No lo creo. O, por lo menos, no de momento. Nos hemos despedido como hermanos. Incluso le he devuelto su pistola.

La chica se apartó de la cara un mechón de su cobrizo cabello, mientras fruncía las cejas esforzándose por intentar comprender lo que oía.

—Comencemos por el principio —dijo Simón—. Después de que la dejara anoche fui a alejar el coche. Una vez en él, descubrí que el maldito vehículo me llevaba a casa de Graner. No pude evitarlo. Es un coche de esa clase. Está loco. Puede ser que se le contagiara de mí, no lo sé. De todas formas, cuando llegué a la casa pensé que valdría la pena echar una ojeada y así lo hice. Desde luego, se lo han puesto difícil a cualquier tipo que quisiera saltar la tapia.

—Yo podía habérselo dicho...

—Pero no lo hizo. No importa. Lo descubrí por mí mismo. De modo que, como no podía pasar por encima de la tapia, tuve uno de mis golpes de genio. Después de haber llegado hasta allí, parecía una idiotez regresar al hotel sin haber hecho nada. Así que llamé al timbre. ¿Ha oído alguna vez algo más brillante?

—Creo que tenía usted que estar loco.

—Eso es lo que yo pensé. Pero Graner me dejó pasar. Y justo en el momento en que entrábamos en la casa, oí a Lauber que discutía con los otros dos. En aquel momento decía, se lo puedo repetir con sus mismas palabras: «Yo nunca tuve el maldito billete. Estaba registrando los bolsillos de Joris cuando aquel cerdo saltó sobre mí. Si alguien lo ha cogido, ha sido él».

—¿Oyó a Lauber decir eso? —balbuceó incrédula—. Pero usted sabe...
Simón asintió.

—Naturalmente que sé. Pero esa era la historia de Lauber, y, por lo que acababa de oír, estaba mintiendo. ¿No oyó a Graner decir que había colocado un hombre para vigilar la Administración donde se había comprado el billete por si alguien trataba de hacerlo efectivo?

Al hablar de Graner, el Santo recordó que había dejado sobre la mesa su vaso cuando fue a la habitación de Hoppy. Lo alcanzó y regresó a la cama.

—¿Qué más dijeron? —preguntó ella.

—Nada. El asunto se dejó de lado cuando entré en la habitación. Reuben me hizo un montón de preguntas y concluyó diciéndome que no regresaría al hotel. No creo que sospechara de mí, pero no me quería dando vueltas por Santa Cruz, donde podía oír o hablar demasiado. Me opuse, pero me tuve que quedar en la casa.

Le contó el resto de sus experiencias de la noche anterior, la historia que había leído en el periódico durante el desayuno y lo que a continuación había sucedido con el inicio de sus trabajos, hablando con frases tan ajustadas y

vívidas que restallaban como balas contra los detalles vitales. Terminó al llegar al momento en que entró con Graner en aquella habitación y la encontró allí.

—Y el resto ya lo conoce —añadió.

—Pero ¿dónde está Joris?

—Cuénteme lo que usted sepa.

—Me desperté bastante tarde —dijo ella—. Sobre las diez me acerqué a la puerta del cuarto donde habían dormido Joris y Hoppy, pero no pude oír nada, por lo que no quise molestarles si aún estaban descansando. Tampoco escuché nada en este cuarto. Me vestí, pedí algo para desayunar y enseguida volví a acercarme a la puerta del cuarto de ellos. Todavía no se oía nada, de forma que llamé. No contestaron. Seguí llamando hasta que me asusté y abrí la puerta. Allí no había nadie. Volví corriendo aquí y, como usted tampoco respondía, entré. Vi que su cama estaba sin deshacer y me derrumbé. Eso ocurrió únicamente unos segundos antes de que llegase usted. Esa es la razón por la que estaba sentada en la cama. Se me doblaban las rodillas y no podía permanecer de pie ni un momento. No sabía qué pensar ni qué hacer.

—¿Y tampoco sabe lo que pensar ahora? —dijo el Santo un poco malhumorado.

Notó que ella le rozaba la mano.

—Pero Graner dijo que no habían encontrado a Joris.

—Por lo que él sabe... no lo han encontrado —dijo el Santo—. Pero recuerde lo que le dije acerca de Lauber. Una cosa como esa, una vez iniciada, se extiende.

—Pero ¿usted sabe dónde está?

—Yo sé lo siguiente: Hoppy pidió el desayuno esta mañana, antes de que usted se despertara. Le dije que no abriera la puerta a nadie, pero supongo que no creyó que eso implicara la muerte por inanición. La camarera trajo el desayuno, pero otro tipo, que responde a la descripción de Aliston, la detuvo en la puerta de la habitación y le dijo que quería servirlo personalmente para gastar una broma. Probablemente le daría algún dinero para hacer que el juego fuera más divertido. Y ella le permitió hacerlo. Llevaba una chaqueta blanca, como la de los camareros, y Hoppy no sospecharía nada. Aliston pudo fácilmente golpear con algo a Hoppy en la cabeza y, una vez que lo tuvieran fuera de combate, Joris no pudo haber supuesto ningún problema para ellos.

Los dedos de la chica se cerraron sobre los de Simón.

—Debía de haber permitido que me quedara con él —suspiró.

—No habiéramos adelantado gran cosa si los hubieran cogido a los dos a la vez.

—Yo podría haber cuidado de él... pero ¿por qué no me cogieron a mí?

—Porque no sabían que estaba usted aquí. Joris entró con Hoppy la pasada noche, y usted lo hizo conmigo algún tiempo después. Ellos preguntarían primero por usted, pero el portero de noche es tan torpe que no la relacionaría con Joris. Ni siquiera sabía que había alguna relación entre Hoppy y yo. Sea como fuere, probablemente esperaban encontrarlos a los dos juntos. Como no fue así, posiblemente no quisieron perder más tiempo buscándola. Graner estaba esperando su llamada telefónica y, por lo que a ellos concernía, Joris y Hoppy eran la gente que les interesaba. De modo que presumo que se conformaron con lo que tenían.

Ella permaneció en silencio un largo tiempo, pero ya no aparecieron más lágrimas en sus ojos. Simón podía imaginar lo que sentía, pero Christine no dejaba traslucir ninguna muestra. Aún no había valorado en su justa medida la fortaleza interna de la muchacha. Cuando la miró de nuevo, estaba absolutamente tranquila.

—¿De manera que cree usted que Aliston y Palermo se han unido a Lauber para traicionar a Graner?

—Ni por un momento. Creo que lo que sospechaban de Lauber introdujo la idea de la traición en sus mentes. Y si ellos iban a cometerla, ¿por qué incluir a Lauber? ¿Por qué no quedarse con todo el botín para los dos? De momento tenían a Joris y empezarían por tratar de sonsacarles algo a él y a Hoppy. Y si las pistas conducían de nuevo a Lauber, sería el momento de ir tras de él.

—¿Y qué me dice de Graner?

—Puede empezar a sospechar por sí mismo y, si es así, hará algo con respecto a ellos. Se trata sólo de una competición abierta para ver quien es capaz de hacer la traición más rápida e ingeniosa.

—¿Y qué es lo que está usted haciendo?

El Santo la miró con fijeza a los ojos por encima de su cigarrillo.

—Ahora está llegando a la explicación del trago que le ofrecí —dijo.

Le hizo un amplio resumen de su conversación con Graner mientras ella estaba dormida, no olvidándose de ningún punto importante. La chica le estudió todo el tiempo mientras él hablaba, pero no hubo la menor vacilación en su relato.

—No podía haber contado ni la cuarta parte de esa historia delante de usted —dijo—. Lo entiende ahora, ¿verdad? Por lo que a Graner se refiere,

usted no tiene más razón para confiar en mí que la que tendría para hacerlo con cualquiera del resto de su banda; de manera que, aparte de cualquier otra consideración, yo tenía que ponerla fuera de combate antes de que él se empezara a preguntar el motivo por el que se mantenía usted tan silenciosa mientras yo hablaba.

—Entonces usted le dijo que me iba a contar exactamente lo mismo que me ha dicho ahora, para tratar de convencerme de que está de mi parte.

Simón asintió sin vacilar.

—Sí.

3

—**C**reo que me encuentro suficientemente bien para fumar un cigarrillo —dijo Christine.

Simón le ofreció uno y se lo encendió. Ella continuó mirándole con desapasionados y escudriñadores ojos marrones. Sabía que lo estaba colocando en la balanza y conocía cuanto había contra él en el otro platillo. Era incluso más de lo que había tenido que superar cuando hizo la original propuesta a Graner, pero encaró el juicio sin una muestra de ansiedad. Cualquiera que fuese el veredicto que se iba a pronunciar, lo aceptaría.

—¿Piensa que Graner le creyó? —preguntó ella fríamente.

—Eso espero. Durante todo el rato se comportó como si lo hiciera. Y no hay razón para que no fuese así. Cree que estoy intentando trabajar para él; cree que me interesa más mi parte en el otro botín que la diferencia en mi participación en lo del billete; no conoce nada que pueda perjudicarme; tiene mi pasaporte...

—¿Su pasaporte?

—Sí. Me lo pidió, sólo como medida de seguridad, de forma que se lo di. Es absolutamente legal, pero tengo otros pasaportes, aunque él no lo sabe... Quizás albergue algunas sospechas acerca de mí, no lo sé, pero no se las puede calificar más que como simples sospechas. Mientras no tenga alguna prueba, lo anterior no importa mucho. Le llevo ventaja.

La chica añadió: —¿Y piensa usted que yo le creo?

Simón movió sus hombros en una débil insinuación de encogimiento.

—Espero que me lo diga usted, Christine.

Ella apagó el cigarrillo en un cenicero, trazando distraídamente figuras sobre la ceniza. Durante unos momentos no le dio ninguna respuesta.

La muchacha lo miró de nuevo y Simón se percató de que el despego había desaparecido de sus ojos. Le hubiese gustado tener un pincel y una paleta y un lienzo y el tiempo suficiente y el talento para perpetuar la curva de su mejilla y el expresivo arco de sus cejas. Se había dado cuenta de su belleza desde el primer momento en que la vio, pero no la había sentido tan profundamente como ahora. Y aún así, el consciente alarde que ella hacía de su hermosura tenía algo de la patética simplicidad de la niñez; y fue con esa misma sencillez infantil con la que dijo: —¿No crees que yo podría darte más de lo que Graner pudiera jamás ofrecerte?

Simón trató de no mirar demasiado la suave curva de sus labios y la esquiva tentación en sus ojos.

—Él no es muy guapo, ¿verdad? —dijo bromeando.

—Yo sí lo soy.

La fina seda del vestido dibujó las líneas de sus largas y esbeltas piernas mientras las bajaba de la cama. Se puso de pie frente a él, sus manos descansando en las caderas, la seda ciñéndose a la cintura y moldeando la forma de sus jóvenes y firmes pechos. Toda ella era deseo joven, aparecía infinitamente deseable... Simón no quería ni pensar en ello.

—Lo debo ser —continuó con la misma inocente modestia—. ¿Sabes que sólo tenía dieciséis años cuando me trajeron aquí? Los he visto como me observaban mientras crecía. Los he visto desearme. Algunas veces lo intentaron, pero Joris me pudo ayudar un poco. Aprendí a mantenerlos a distancia, pero sabía que no podría conseguirlo eternamente. Tú puedes ser como ellos, pero no lo pareces. No me importaría demasiado que fueras tú. Y si eso pudiera ayudar a Joris... Si le ayudaras te daría lo que quisieras...

—Eso no es necesario —dijo Simón bruscamente. Se levantó rápidamente, sin mirarla y fue hacia la ventana. Sin hablar permaneció allí durante algún tiempo, mirando la plaza sin verla, hasta que consideró que podría enfrentarse a ella de nuevo. Cuando se dio la vuelta, todo había desaparecido de los ojos de Simón, excepto la preocupación de la aventura.

—La primera cosa que tienes que hacer es salir de aquí —dijo—. A Graner lo hemos enviado a casa por el momento, pero no sabemos lo que sucederá más tarde. Y preferiría que no estés cerca cuando ocurra.

—Pero ¿dónde puedo ir?

—Es lo que estoy tratando de decidir. —Pensó unos momentos—. La última vez que estuve aquí hice un amigo... Espera un minuto.

Buscó rápidamente en la guía telefónica y poco después, tras haber conseguido que el operador del hotel le atendiera y lograra despertar de sus dulces sueños al centralista, y que el centralista hubiese llevado a cabo cuidadosas investigaciones para asegurarse de que el número solicitado existía, consiguió la conexión.

—*Oiga, ¿está allí el señor Keena?*^[51]... ¿David? Bien, alabado sea el nombre del Señor. Soy Simón... Sí... desde luego. Sí, ya sé que dije que no me verías otra vez en este agujero olvidado de Dios mientras hubiera otro lugar adónde ir en la Tierra, pero no tengo tiempo para explicártelo ahora. Escucha. Necesito que me hagas un favor. ¿Conservas aún tu apartamento?... Bien, ¿qué te parecería abandonarlo para prestárselo a una dama?... Sí, estoy seguro de que tú no ves la razón, ¿pero cómo sabes que tú le gustarías a ella?... Mira es una de las cosas de mi trabajo, David. Y es importante. Te lo contaré todo más tarde. Ella no puede ir a un hotel... ¡Es un detallazo por tu parte!... ¿Nos encontramos allí dentro de cinco minutos?... De acuerdo, amigo. Hasta luego.

Colgó el teléfono y se volvió alegremente.

—Bien, arreglado. Ahora tenemos que encontrar la forma de sacarte del hotel. Joris y Hoppy lo hicieron en baúles, de modo que supongo que habrá que descartar ese método. Aguarda un minuto...

—¿Están vigilando el hotel?

—Graner dejó a Manuel ahí fuera; cuando lo vi por última vez estaba abrillantando la espalda de su chaqueta con la pared del Casino. Pero podremos arreglarlo. ¿Estás preparada para que nos vayamos?

—Cuando tú quieras.

Ella puso una mano en su brazo y, por un instante, Simón dudó. Había tantas otras cosas que le hubiera gustado hacer en aquel momento... Y entonces, con breve y suave risa, rozó los labios de la chica con los suyos y abrió la puerta.

Una vez abajo consiguió alejar al chico de la onda del mostrador, donde algunos repulsivos especímenes de la joven sangre de Inglaterra, ataviados con sus viejas chaquetas escolares, reían ante el irresistible chiste que suponía el haber descubierto que los españoles tenían un idioma propio, totalmente diferente del inglés.

—¿Tiene el hotel una salida trasera? —le preguntó.

—¿Una salida trasera, *señor?*^[52]

—Una salida trasera —insistió el Santo.

El muchacho estudió el problema y cautamente admitió que había una puerta trasera a través de la cual se sacaban los cubos de basura.

—Queremos ser cubos de basura —dijo el Santo.

Y reforzó el deseo con otro billete de cien pesetas.

Pasaron a través de puertas cada vez más extrañas, anduvieron a tientas por oscuros pasillos, circunnavegaron alrededor de una cocina y, por fin, alcanzaron otra puerta que se abría a la que parecía ser una calle trasera. Un camarero ocioso, con quien tropezaron al pasar, los miró boquiabierto.

—Vas aprendiendo —dijo el Santo agradecido, y el chico empezó a sonreír—. Pero entiende esto —añadió—. Si el camarero o cualquier otro dice una sola palabra sobre nuestra salida por esta ruta, será tu cabeza la que arrancaré. Tienes cien pesetas. Utilízalas.

—Claro^[53] —dijo el joven con menos entusiasmo. El Santo le revolvió su bonito pelo ondulado y lo dejó.

David Keena les estaba esperando cuando el taxi se detuvo frente al edificio en que vivía.

—Después de todo hay algo de entretenimiento en Tenerife —dijo cuando el Santo bajó del coche.

—Y no sabes la mitad de la historia. —Simón esperó a que estuvieran dentro del portal para presentarle a la chica—. Esto es complicar hasta el infinito tu pacífica vida, lo sé. Pero algún día haré lo mismo por ti.

Subieron al apartamento. Simón lo recorrió aprobadoramente. Si por casualidad la organización de Graner, corporativa o individualmente, empezaba a buscar a Christine, comprobaría primero los hoteles. Podía estar segura en este apartamento por un tiempo indefinido.

Cogió la mano de Christine.

—Hasta luego —le dijo. Y le sonrió.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Te vas?

—Debo hacerlo, querida. No me atrevería a estar fuera del hotel ni un momento más de lo necesario, no vaya a ser que Graner me llame para que regrese. Pero estaré trabajando. Ahora que sé que estás a salvo, dedicaré todo mi tiempo a encontrar a Joris y Hoppy. Quédate tranquila y no te preocupes. No tardaré mucho en encontrarlos.

—¿Me contarás lo que suceda?

—Naturalmente. Aquí tienes teléfono y te llamaré en cuanto tenga algo que decirte. O en cualquier otro momento, si dispongo de unos cuantos segundos para charlar. Desearía tener ese tiempo libre ahora, Christine.

Mantuvo su mano un momento más, y había algo en la sonrisa de Simón que le pareció que no formaba parte de la única forma de vivir que, hasta ese momento, ella había conocido de él. El alegre deleite de la aventura todavía estaba allí, y también la semi-humorística bienvenida al peligro y la despreocupada confianza en sus propios medios ilícitos que constituían gran parte de su fascinación; pero había algo más, algo parecido a un extraño pesar que Christine era demasiado joven para entender. Y antes de que ella pudiera preguntarle algo más, Simón se había ido.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó Keena mientras le acompañaba escaleras abajo.

—Por quince millones de razones que no puedo detenerme a contarte. Pero sabes algo sobre mí y el tipo de problemas en que me meto. No saber nada más que eso te puede resultar saludable.

—Leí algo en la prensa sobre un brote de gangsterismo...

—Yo también, pero era la primera vez que oía algo de ese tema.

Simón se detuvo al pie de las escaleras y le sonrió:

—Por ahora tienes que contentarte con eso hasta que tenga tiempo de contarte la historia completa. Ahora puedes volver a subir el tiempo suficiente para que la chica se acomode y sepa donde está todo. Luego regresa rápidamente a tu oficina y compórtate como si nada hubiese sucedido. Ella no va a asomar la cara a la calle y tú no tienes que actuar como si tuvieras un inquilino; de modo que puedes dejar de preguntarte adónde la vas a llevar a cenar. Te alojarás en un bonito y respetable hotel, y si hay preguntas puedes contestar que están pintando el apartamento. No digas ni una sola palabra sobre Christine o sobre mí. ¿Cogiste la idea?

—Creo que es una idea asquerosa —dijo Keena sombríamente.

El Santo se echó a reír y abrió la puerta delantera del taxi.

—Te gustará cuando conozcas mejor el asunto —dijo—. Nos veremos más tarde y te lo contaré.

Había hecho esperar al mismo taxi que los trajo, y un momento después estaban de nuevo en marcha. Mientras se aproximaban al edificio del Casino, se encogió en el asiento hasta hacerse invisible a cualquiera que pudiera estar vigilando por la plaza y le dijo al conductor que le llevara a la esquina de la Calle Doctor Allart, pues había tomado nota del nombre de la calle existente en la trasera del hotel cuando lo abandonó con Christine.

El conductor se volvió a mirarle extrañado, lo que provocó que el taxi estuviera muy cerca de colisionar con un tranvía.

—¿Dónde está?^[54]

Simón explicó en detalle la situación de la calle y la comprensión brilló gradualmente en la cara del taxista.

—Ah —dijo—. Usted quiere decir la Calle del Sol^[55].

—En la placa pone Calle Doctor Allart —aseguró el Santo.

—Es posible —contestó flemáticamente el taxista—. Pero nosotros la llamamos la Calle del Sol.

Se detuvo en la esquina en cuestión y Simón se apeó del taxi y pagó al conductor. Echó a andar hacia la puerta trasera del hotel. Había un coche aparcado frente a ella, en el lado opuesto de la calzada; por lo demás, la calle estaba desierta. El coche parecía vacío y Simón se dio cuenta enseguida que no guardaba ningún parecido con el resplandeciente Buick de Graner. Era curioso que hubiera pasado por alto la posibilidad de que hubieran dos coches en el garaje de la casa de Graner. El Santo acababa de poner su mano en la puerta cuando oyó una pisada detrás suya y, antes de que pudiera darse la vuelta, sintió la firme presión del cañón de una pistola bajo su omoplato izquierdo.

—No haga ninguna tontería —dijo una suave voz—. El Santo giró la cabeza. Era el elegante Mr. Palermo.

CAPÍTULO VI

De cómo Simón Templar almorzó sin ganas y Mr. Uniatz también estuvo preocupado por su desayuno.

1

La lluvia, amenazante a lo largo de toda la mañana, estaba empezando a caer de forma continua y molesta, y bajo su deprimente influencia, la calle, que jamás en su existencia había sido una vía muy transitada, nunca estremecida por el rumor de apresuradas pisadas, había tomado un aspecto aún más triste y solitario. Simón miró cautelosamente en ambos sentidos. Aproximadamente a una manzana y media de distancia un único transeúnte arrastraba los pies en dirección contraria a la que ellos se encontraban, fiel a la tradición local de no detenerse ante la perspectiva de un remojón; con esa única excepción, no se veía ni un alma, si no se contaba a Aliston, que se había hecho visible en el asiento del conductor del coche.

—Olvídalo —dijo Palermo leyendo sus pensamientos—. No tienes la menor esperanza.

Simón no estaba tan seguro, pues, debido a su experiencia en el asunto, no compartía las creencias populares sobre la rapidez con que puede ser apretado un gatillo, y alguna vez incluso había apostado alegremente contra aquellas exageraciones que la medían en fracciones de segundo. Pero también habían venido a su mente otros pensamientos que no permitió que Palermo leyera.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó indignado.

—No tienes que preocuparte por ello. Ven y entra al coche.

La llovizna se estaba convirtiendo paulatinamente en un fuerte aguacero, y el solitario peatón visible dobló la siguiente esquina y desapareció. No había

nada que impidiera a Palermo utilizar su arma, pero ese no fue el factor determinante que influyó en la decisión del Santo. En alguna parte, Palermo y Aliston tenían a Hoppy y Joris, y al Santo le pareció que le estaba siendo cursada una invitación para descubrir dónde. Podía hacer un cálculo bastante exacto del riesgo que estaba aceptando al permitir aquella compañía, pero el pensamiento sólo sirvió para animarlo. Además, se estaba mojando.

Siguió desempeñando su papel de receloso e indignado.

—¿Por qué tengo que entrar en el coche?

—Porque te puedes hacer daño si no obedeces. Sólo vamos a dar un paseíto.

—Parece que volvemos a los viejos y buenos tiempos —comentó el Santo.

Cruzó la calle y entró en el coche, con la pistola de Palermo aún presionando su espalda. Aliston miró hacia atrás desde el asiento del conductor.

—Dos setenta y siete —dijo, de forma enigmática, con su deje de Oxford—. A siete. Se trataba sin duda de la identificación del taxi que había traído a Simón.

—Perfecto. Lo localizaremos después. Vámonos.

Palermo se acomodó mientras el coche arrancaba. Se ocupó en acicalarse el fino bigotito, pero la pistola, desde su bolsillo, seguía apuntada al Santo. Simón continuó mirándole hoscamente.

—Oye, Palermo —protestó—. ¿Dónde vamos?

—Adonde podamos charlar un poco.

—¿Y qué tiene de malo el hotel?

—Demasiada gente —dijo Palermo sucintamente.

El Santo tenía un aspecto amenazador.

—¿Os ha enviado Graner? —preguntó con creciente furia.

Los verdosos ojos de Palermo le estudiaron cuidadosamente mientras meditaba su respuesta. Aliston decidió por él. Habló sin volver la cabeza.

—Deja ya de hacer tantas preguntas. Te enterarás muy pronto.

El Santo se encogió de hombros y se relajó en su rincón. Si no podía hablar, al menos aprovecharía el tiempo para reflexionar y obtener sus propias conclusiones.

Graner habría vuelto a la casa y hablado con los otros: obviamente ese era el punto de partida. Los resultados de esa conferencia aún tendrían que deducirse, aunque Simón podía presumir algunas de las consecuencias que los miembros de la banda, de forma individual, habrían evitado astutamente que

se hicieran públicas. La buena noticia de la que era portador Graner, si era así como la había presentado, debía haber producido tres diferentes y personales sentimientos de abatimiento en los estómagos de Lauber, Palermo y Aliston, que les habría costado heroicos esfuerzos mantener ocultos. Para Palermo y Aliston, la captura de Christine significaría que si la chica sabía algo, también podría decirlo, lo que haría saltar por los aires el secreto del rapto de Joris. Para Lauber significaría que quizás ella podría ser capaz de convencer a un interrogador de que, en realidad, el billete había sido robado la noche anterior, lo que, inevitablemente, volvería a atraer las sospechas, y en el más alto grado, sobre él. Para todos habría sido un golpe que hacía vacilar la seguridad de sus planes individuales, lo que enviaría caóticas señales de peligro relacionadas con sus tambaleantes futuros. También para todos ellos la noticia habría representado una llamada urgente a la acción, que les habría hecho sentir como si las sillas se pusieran al rojo vivo bajo sus posaderas. Y Simón tenía la sensación de que la aparición de Aliston y Palermo había sido motivada por una de esas desesperadas reacciones.

El coche estaba dando vueltas por las sórdidas y estrechas calles de lo que es eufemísticamente conocido como el Barrio Francés^[56]. Finalmente se detuvo en una de ellas, a la puerta de una casa de dos plantas de sombrío aspecto, levantada entre media docena de otros edificios igualmente miserables. La pistola de Palermo se clavó otra vez en las costillas del Santo.

—Vamos. Y no hagas ninguna idiotez.

Simón salió del coche. La calle, como la de antes, había quedado vacía por culpa de la lluvia, y el Santo tenía mejores ideas que malgastar su energía en idioteces. Además, sus planes se desarrollaban de manera muy satisfactoria.

Aliston abrió la puerta y entraron en un pequeño y oscuro portal que malolía a comidas antiguas y recientes y a humanidad sucia y desvalida. Subieron una escalera pobremente iluminada y llegaron a un rellano de piedra. Una rendija de grisácea luz lo cruzaba, inmisericorde, mostrando los sucios y descarnados tonos de un suelo que una vez fue blanco, mientras Aliston abría otra puerta.

—Entra aquí.

Simón entró en el piso y recorrió su geografía de una sola mirada. A la derecha de la habitación en que se encontraba había una pequeña ventana, herméticamente cerrada, según la costumbre española, y casi opaca por la acumulación de la suciedad de años. A la izquierda había una puerta, también cerrada, que presumiblemente conducía a un dormitorio. A su frente y a la

izquierda había otra puerta que estaba abierta y por la que salió una chica con delantal mientras ellos entraban en el piso. Tras ella, Simón vio lo que parecía una pequeña cocina en la que diversas prendas femeninas colgaban como gallardetes de una cuerda. La muchacha tenía el pelo pintado de color cobre, aunque las raíces de sus cabellos eran negras; era bonita pero vulgar, y su rostro parecía tosco y enfermizo bajo una espesa capa de maquillaje. Tenía anchas caderas, amplio estómago y grandes y caídos pechos, como piden las inclinaciones nacionales.

—*Trae la comida*^[57] —dijo Palermo arrojando su sombrero a un rincón; y la chica salió del cuarto sin pronunciar una palabra.

Simón metió una mano en su bolsillo en busca de la cajetilla de cigarrillos, pero Aliston lo detuvo.

—Espera un momento.

Mientras Palermo lo cubría, Aliston le registró cuidadosamente, pero no se le ocurrió buscar debajo de la manga izquierda del Santo. Lo que esperaba encontrar tenía que estar en lugares muy definidos, y al no suceder así se rascó la cabeza.

—Debe estar loco —dijo—. No lleva nada.

—¿Por qué tendría que llevar algo? —preguntó el Santo en tono ingenuo—. Reconozco que el lugar parece bastante insalubre, pero no pienso quedarme aquí mucho tiempo.

Palermo sacó la mano de su bolsillo por vez primera desde el encuentro en la puerta trasera del hotel. Señaló al Santo un lugar a la mesa, en el puesto más alejado de la puerta por la que habían entrado.

—Siéntate.

Simón se acomodó tan confortablemente como pudo en una sencilla silla de madera y abrió su cajetilla de cigarrillos.

—¿Cuándo voy a saber qué diablos significa todo esto? —preguntó cortésmente.

Palermo le quitó el papel transparente a un puro local, lo mordisqueó por un extremo y lo encendió. Olía a paja quemada.

La chica volvió y colocó un cubierto más a la mesa, y Aliston y Palermo se sentaron. Aliston jugueteó con uno de los botones de su chaqueta y miró al suelo, al techo, a las diferentes paredes, a sus pies y a sus uñas. Palermo parecía estar absorto en su deleznable puro, como si no hubiera oído la pregunta del Santo.

—Me imagino que sabréis que vais a tener que aguantar una buena cuando Graner se entere de que la chica se ha quedado todo este tiempo sola

en el hotel —dijo finalmente el Santo.

—Christine no está en el hotel —contestó Aliston bruscamente.

Simón arqueó las cejas.

—Bueno, ¿entonces dónde está?

—Eso es lo que estamos esperando que nos cuentes —dijo Palermo.

El Santo se puso el cigarrillo entre los labios e inhaló una bocanada sin modificar su expresión. La chica volvió con una sartén de *paella* y la puso en la mesa, frente a Palermo. Simón se dio cuenta de que regresó a la cocina y cogió otros dos platos mirando a Palermo con una expresión dubitativa, pero éste le lanzó una silenciosa mirada y ella dejó los platos y se sentó; pero el Santo ya sabía todo lo que tenía que conocer: que Joris Vanlinden y Hoppy estaban en el cuarto al que se accedía por la puerta cerrada de su derecha.

No dio muestras de haber observado nada, pero la dulce excitación de la lucha empezó de nuevo a extenderse por sus nervios. Un puñetazo bien dirigido al ojo sano de Mr. Palermo, reflexionó, produciría un agradable efecto de simetría. ¿O debería uno dejarse llevar por un estilo menos monótono de composición y trabajar hacia abajo, a la zona de la nariz? Era un dilema interesante desde el punto de vista de la estética práctica, pero no quería decidir con apresuramiento. Se sirvió el arroz cuando la paellera pasó frente a él y cogió su tenedor.

—¿Por qué esperáis que lo haga? —preguntó con calma.

Palermo mantenía su puro en la mano izquierda y comía con la derecha, sin que se equivocara en el orden de llevarse alternativamente aquel y la comida a la boca. Simón no podía determinar si al comer se anularía el sabor del puro, o si al fumar se disimularía el gusto de la comida.

—Porque tú te la llevaste —dijo directamente.

—¿Yo?

Palermo asintió. Tomó una bocanada de arroz, una de humo y otra de arroz.

—Te vi en un taxi cuando estábamos bajando; circulábamos por una calle de dirección única y no pudimos dar la vuelta a tiempo, pues de lo contrario te hubiésemos parado. Le dije a Graner que posiblemente el hotel tenía una salida trasera. ¿Qué te parece la gallina?

—Confío en que tuviera una vida muy provechosa hasta que dejó de poner huevos —dijo cautamente el Santo.

—Aquí no las matan hasta que no pasa eso —dijo Palermo afablemente—. Ponte más. —Rebuscó en la paellera y cargó el plato del Santo con un trozo de molleja, una parte del cuello y unos trocitos de hueso cuya

procedencia anatómica era imposible determinar, teniendo en cuenta que el pueblo español no ha aprendido como trinchar un ave. Lo cortan, sencillamente, con un hacha en pequeños fragmentos, y luego, a la hora de comer, uno tiene que apañárselas por sí mismo. El Santo suspiró. Era sólo su cuarta comida en Santa Cruz, pero se acordaba de su anterior visita, y ya estaba empezando a sentir las deliciosas alucinaciones que sufre un hombre hambriento.

—De todas formas, creo que actué correctamente.

—¿Por qué?

El Santo lo miró fijamente.

—Le dije a Graner que vuestro grupo es una pandilla de traidores. Y me parece que ese calificativo os cuadra perfectamente. Y en ello pensaba cuando quité a Christine de la circulación.

—Seguro. —Palermo introdujo más comida en su boca y bebió un poco de vino—. ¿Tú nunca has traicionado a nadie?

Él tenedor de Aliston repicó contra el plato.

—¡Por el amor del cielo, Art! —estalló—. ¡No disponemos de todo el día para malgastar tanto tiempo!

—Tranquilo, tómatelo con calma —dijo Palermo con dulzura—. Tombs y yo estamos empezando a sintonizar. Tombs es un buen camarada, lo que pasa es que no nos entiende del todo. ¿No es cierto, Tombs?

Simón se llevó a la boca un trozo de calamar de su *paella* y lo masticó trabajosamente. Sabía exactamente igual que un neumático de primera calidad.

—En eso estás equivocado —dijo con frialdad—. Creo que os comprendo muy bien. Cuando has conocido a un sinvergüenza, reconoces el olor de otros, estén usando una vieja corbata colegial o luzcan un bigotito de *gigoló*.

El refinado rostro de Mr. Aliston enrojeció, pero Palermo mantuvo su morena impavidez. Miró al Santo con la cabeza inclinada hacia un lado, como un gorrión.

—Hablas demasiado rápido —dijo.

—Me pasa lo mismo con el pensamiento —dijo el Santo despreocupadamente—. No me costó mucho descubrir que no sólo me estabais traicionando a mí, sino que también lo hacíais con Graner.

Hubo un cierto período de silencio, durante el cual el tenedor y el cuchillo de la chica se oían rozar suavemente, pues ella continuaba comiendo con una total concentración. La silla de Aliston crujía con un nervioso ritmo, mientras

su ocupante se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Palermo siguió mirando al Santo algunos segundos más y luego continuó comiendo.

—Graner no te ha apoyado mucho, ¿verdad? —dijo—. Yo no hubiese aguantado que me golpeará como hizo contigo anoche.

—Hubieras tenido que tragarlo si hubieses estado en mi lugar.

—Así y todo, ¿te gustó Graner?

El Santo se encogió de hombros mirándolo pensativamente.

Palermo continuó, con un aire de amistosa decisión.

—Voy a ser franco contigo, Tombs. Dado que eres un buen tipo será mejor que lo enfoque así. Estamos engañando a Graner, tienes razón. Ha tratado de hacernos cosas como la que te hizo a ti, y Cecil y yo nos hemos cansado. De acuerdo, Graner es un gran organizador y ha hecho mucho por nosotros, pero es demasiado autoritario. Cecil y yo somos del tipo que podrías calificar de independientes. Cuando surgió este asunto del billete de lotería pensamos que era el momento de romper. De modo que teníamos que dejar a Graner a un lado. ¿Lo entiendes?

—Y también a mí —añadió el Santo con calma.

Palermo no pareció avergonzarse. Siguió rebañando su plato con concienzuda determinación.

—Cierto. Estoy siendo franco contigo, ¿te das cuenta? Así es como fue: por entonces no te conocíamos mucho y pensábamos dividir el billete únicamente entre nosotros. Bien. Ahora parece que tienes a Christine y que has estado hablando con ella. Y queremos saber lo que te ha dicho. Así que, quizás, tengamos que pagar por esa información. No estoy diciendo que me guste, pero los negocios son los negocios y tenemos que resolverlo de la mejor manera para todos. Debes mirarlo desde este punto de vista: si siguieras con Graner no obtendrías, y eso con mucha suerte, más de dos millones de pesetas, pero si te juntas a nosotros, y nos dices lo que sabes, haremos un equitativo reparto, lo que te reportaría cinco millones de pesetas. Creo que es bastante justo, ¿no?

—Pienso que es una buena idea —dijo el Santo lentamente.

Palermo se recostó en la silla y se aflojó el cinturón con un gesto de satisfacción.

—Estupendo —dijo—. Veamos entonces, ¿dónde llevaste a Christine?

Simón apartó su plato y le sonrió no menos complacientemente.

—Oh, no —dijo—. No creo que sea tan estupendo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Palermo abruptamente—. Ahora somos socios, ¿no?

—De momento.

—Bien, ¿qué estás escondiendo?

—Si nos ponemos así, ¿qué estáis escondiendo vosotros?

Palermo señaló con un dedo la puerta cerrada.

—Tú sabes lo que escondemos y eso es lo que buscabas. Christine te lo dijo, ¿verdad? No tienes que hacerte el inocente por más tiempo.

—¿Los trajisteis aquí?

—Cierto.

El Santo depositó un pequeño cilindro de ceniza en el borde de su plato.

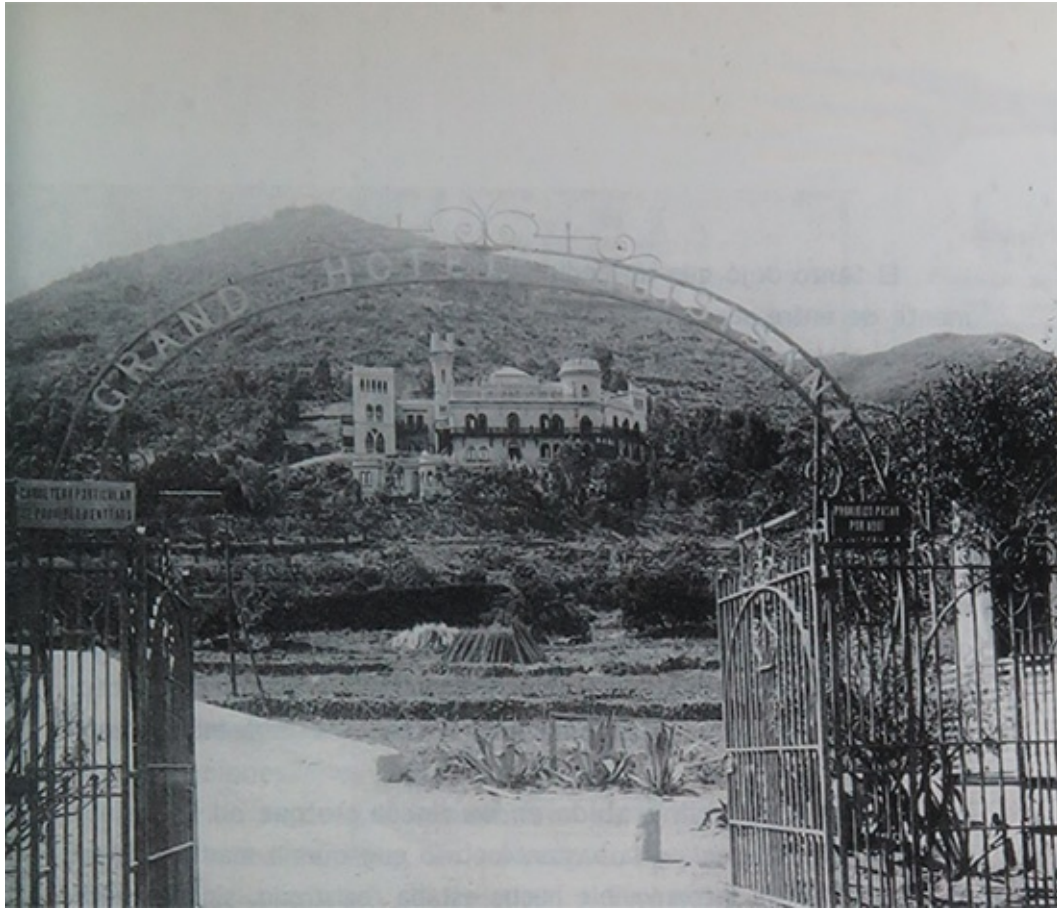
—Y yo tengo a Christine... donde la tengo —dijo en el mismo tono—. De modo que estamos igualados. Yo no quiero llevarme a Joris y vosotros no queréis quitarme a Christine. Ya me has dicho que estáis haciendo un doble juego para ganáros la vida, y tampoco sabéis mucho sobre mis principios morales. Así que, si cada uno conserva lo que tiene, podríamos trabajar juntos sin temor a que nos traicionáramos mutuamente. De cualquier manera, parece suficiente para empezar. Además, ¿por qué poner todos los huevos en la misma cesta? Si Joris se las apañara para largarse, se llevaría a Christine; o si Graner localizara este sitio, los tendría a los dos; o si los amigos de Joris os cazan...

—Ya le contaste a Graner una historia como esa —dijo Palermo fríamente—. Pero no es suficiente. Si vamos a seguir juntos, tienes que incorporarte sin tapujos. ¿Dónde está Christine?

—La llevé a otro hotel.

—¿A cual?

—Al Quisisana^[58].



Palermo hizo una seña a Aliston, quien se levantó y se dirigió hacia la puerta. Parecía sentirse feliz al tener la oportunidad de dejar la silla.

—Veré si también puedo localizar el taxi —dijo.

Simón jugó con el cigarrillo entre los dedos.

—¿Adónde va?

—A ver si es cierto que Christine está en el Quisisana —contestó sencillamente Palermo—, y a buscar el taxi en el que regresaste al hotel para descubrir que es lo que recuerda el taxista. Si estás diciendo la verdad, perfecto. Si no es así...

No se molestó en terminar la frase.

—Estáis perdiendo el tiempo —dijo el Santo con indiferencia—. Cambié de taxi dos o tres veces. Y si Christine ve a Aliston, sólo conseguiremos que huya asustada.

—Entonces, ¿por qué no vas tú y la traes? —sugirió Palermo, con sus verdes ojos clavados permanentemente en el Santo.

—Ya te he dicho porqué —replicó el Santo acaloradamente—. Sois un par de embaucadores que estáis haciendo lo imposible para echar a perder todo el negocio. Trabajando de esa manera, no me interesáis demasiado. ¿Qué importa dónde está Christine? Está suficientemente segura donde la dejé.

Sería mucho mejor que empezárais a hablar sobre la forma de localizar el paradero del billete.

Palermo se inclinó ligeramente hacia delante.

—También yo te he dicho cuales son nuestras condiciones. Si traes a Christine y nos cuentas lo que ella te dijo, el acuerdo será en firme. De otro modo, olvídale. ¿No crees que es lo justo?

El Santo dejó que un ondulado penacho de humo saliera lentamente de entre sus labios, abiertos en una media sonrisa. De modo que eso es lo que quería Palermo. Al Santo le hubiera gustado hacerlo feliz, ofrecerle el mismo cebo que, con tanto éxito, Graner había engullido. Tenía menos fe en la seguridad de la asociación con Palermo que la que albergaba trabajando con Graner, y, si hubiese sido posible, habría tenido menos escrúpulos en engañarlo; además la situación podría haber reportado algunas ventajas prácticas y habría estado en concordancia con su sentido del humor. Era una lástima que no hubiera podido organizarse de esa manera, pero Palermo estaba en un estado mental diferente al que tenía Graner cuando aceptó la propuesta del Santo; y Simón sabía cuando estaba malgastando su tiempo.

Palermo lo había sentado en un rincón, lo que no le dejaba espacio para escapar, y era bastante obvio que quería mantenerlo en el mismo sitio. El inmovible hecho estaba registrado, sin equivocación posible, en cada destello de los atentos y brillantes ojos de Palermo y en la misma atmósfera de su expectante inmovilidad. Y Simón era consciente de que cada nuevo segundo de duda servía sólo para endurecer las sospechas de Palermo, acercándolas un grado más a la cristalina dureza de la convicción... Todo era muy triste, pero la filosofía del Santo no dejaba sitio a vanos pesares.

—Tal como me lo presentas, creo que apesta —dijo agradablemente, y se encontró mirando la boca de la pistola de Palermo.

2

E—stás loco —dijo Palermo de una forma gutural.

—No todo el mundo puede tener tu cerebro —dijo el Santo conciliador—. Además, con una cara como la tuya, necesitas unas cuantas compensaciones.

El brillo verdoso se oscureció en los ojos de Palermo, pero no respondió inmediatamente. Sin volverse, con la mano libre se dirigió a Aliston.

—Átale las manos a la espalda.

Aliston se separó de la puerta del piso y entró en la pequeña cocina. Simón le oyó moverse y le pareció que estaba quitando la ropa tendida de la cuerda. El Santo siguió fumando despreocupadamente y midió la distancia hasta la mejilla de Palermo. Desde donde estaba sentado había como un metro y medio, pero era necesario tener en cuenta que tendría que salvar la esquina de la mesa. Deslizó una mano bajo el tablero y comprobó su peso, pero Palermo notó su infinitesimal movimiento.

—Mantén las manos sobre la mesa.

Aliston regresó de su encargo y Palermo se quitó el puro de la boca para volvérselo a colocar enseguida.

—Pon tus manos detrás del respaldo de la silla —dijo.

Simón tomó una última calada de su cigarrillo y lo depositó cuidadosamente en el plato antes de obedecer. Aliston trabajó en silencio, atando juntas sus dos muñecas. Utilizó toda la cuerda y los nudos parecían seguros. Cuando hubo terminado, Palermo guardó la pistola, se situó a la espalda de Simón y comprobó las ataduras.

—¿Qué te parece, Art? —preguntó Simón alegremente—. Creo que lo ha hecho muy bien; debió de aprender algunos truquitos en la escuela de tricotar.

La muchacha, sentada al otro lado de la mesa, los observaba con una mirada estúpida. Palermo volvió a pasear y le hizo una señal con la cabeza.

—Pon a calentar una cuchara en el fuego —dijo—. Hasta que se ponga al rojo, ¿tú comprendes?^[59]

La chica le miró como si no entendiera nada y Palermo dio un puñetazo en la mesa.

—¿Tú has oído?^[60] —bramó.

Mientras la muchacha se apresuraba a obedecer, la cara de Aliston se estremecía nerviosamente. En la escala de colores había empalidecido varios grados, con lo que la rozadura que afectaba a su mejilla izquierda destacaba con mayor viveza sobre el enfermizo color de su piel. Abrió la boca una o dos veces, y pareció a punto de protestar, pero la cerró de nuevo sin decir una palabra, como si ya hubiese escuchado las inevitables respuestas.

—Yo... creo que será mejor que vaya a localizar el taxi —dijo por fin—. No hace falta que perdamos más tiempo.

—De acuerdo —dijo Palermo desdeñosamente—. Le sacaré a este tipo todo lo que necesitamos saber.

Aliston enrojció y volvió a ponerse blanco. Su boca, una vez más, se abrió y se cerró como la de un pez; luego tragó saliva y se dirigió rápidamente

hacia la puerta. Palermo observó como la cerraba y se volvió al Santo con una risita.

—Cecil es un buen chico —dijo—. Pero tiene el corazón muy blando. Ese es su problema. Sentimentalismo.

—Creo que es una enfermedad que tú no padeces, Art —dijo el Santo suavemente.

Palermo masticó su puro y le miró.

—¿Yo? No. No soy en absoluto de esa forma de ser. No te engañes a ti mismo, Tombs. Obtengo lo que quiero, y me da igual quien resulte dañado mientras lo consiga. Podrás chillar todo lo que desees cuando te queme, pero no me importará un pimiento. No soy un sentimental. Pero ¿por qué no tienes algo de seso y me cuentas lo que quiero saber antes de que tenga que hacerte mucho daño?

—Te has equivocado de método —murmuró el Santo con un buen humor que no había decrecido pese a la situación—. Lo hubiese pensado dos veces con que sólo me hubieras amenazado con permanecer aquí y hacer que te mirara ese horrible bigotito que tanto te gusta, preguntándome que diría tu padre si supiera lo que eres.

Mientras hablaba retorció sus muñecas, tratando de alcanzar el mango del cuchillo que llevaba unido a su brazo izquierdo. Las cuerdas le cortaban la carne debido a la tensión ejercida, pero la punta de los dedos rozaban el final del tallado puño de marfil. Se relajó durante un segundo y volvió a tensar los músculos, sin permitir que ni una muestra del agónico esfuerzo apareciera en su rostro...

Luego oyó a la muchacha regresar. Llevaba una cuchara cogida por el mango, protegido por un trapo que lo rodeaba. La otra parte brillaba con un color rojo oscuro. Palermo cogió la cuchara cuidadosamente y la mantuvo cerca de la palma de su otra mano, pareciendo satisfecho de la temperatura alcanzada. La chica retrocedió lentamente con los ojos abiertos de miedo, pero Simón sabía, por el sonido de sus pasos, que se había parado en la puerta de la cocina. Estaba directamente detrás de él, y si sacaba el cuchillo de su funda lo vería.

Los azules ojos del Santo se detuvieron, con helada inmovilidad, mientras observaban a Palermo dirigirse hacia él. Las oscuras facciones del otro seguían inmovibles, como si fuese un dentista preparado para efectuar una dolorosa intervención que debía llevarse a cabo por el bien del propio paciente.

—Es una buena muchacha —dijo con su convencional estilo—. Un poco torpe, pero no se puede conseguir algo mejor aquí. Pero también es sentimental.

—Todo el mundo parece tener ese defecto, excepto tú —observó el Santo, haciendo un esfuerzo para que su voz sonase natural.

Palermo llegó a su lado izquierdo y el Santo sintió la caliente irradiación de la cuchara en su mejilla.

—Es tu última oportunidad —dijo Palermo.

El Santo tensó sus piernas, echando las puntas de los pies hacia atrás e intentando abarcar todo lo que podía de la parte inferior de la silla, como si estuviese aferrándose a un caballo. Dobló sus codos y curvó hacia atrás la espalda, de modo que el círculo formado por sus brazos dejase todo el hueco posible alrededor del respaldo.

—Te puedes ir al infierno —dijo el Santo, y se levantó.

Mientras lo hacía, el calor en su mejilla llegó a ser abrasador, alcanzando un instante de ardiente agonía cuando estuvo totalmente de pie. Sus muñecas se engancharon en el respaldo, pero consiguió liberarse. Y con un ligero escorzo de su cuerpo lanzó su pierna derecha como un látigo, describiendo un movimiento circular, contra las corvas de Palermo.

Al mismo tiempo, su pierna izquierda saltaba para colocarse delante de los pies de Palermo y, cuando llegaba al suelo, la derecha encontró su objetivo. Palermo soltó un juramento mientras tropezaba y caía hacia delante. Su mano derecha estaba ya hundiéndose en el bolsillo en busca de la pistola, pero tuvo que desistir de ello para proteger su cara en la caída. Golpeó el suelo secamente y, como un relámpago, el Santo rodó sobre él, manteniendo las piernas en la misma posición relativa.

Palermo boqueó. Estaba tendido sobre su estómago, con su pierna izquierda aprisionada por una dolorosa llave que casi le paralizaba. El tobillo derecho del Santo estaba apoyado firmemente detrás de la rodilla de Palermo, mientras que el tacón del pie izquierdo de Simón presionaba, sin piedad, sobre la parte interna del pie de su adversario, doblándole la pierna hacia el muslo.

La chica gritó. Palermo trató otra vez de sacar la pistola, pero el Santo incrementó la presión. Palermo gritó también. Por un momento sintió como si la rótula se hubiese salido de su alojamiento, mientras los tendones de la pierna parecían ponerse al rojo por la tensión a que estaban sometidos.

—Deja eso —dijo el Santo con dureza—, o te partiré la pierna por la mitad. Giró su cuerpo para intentar alcanzar el cuchillo de su antebrazo, pero,

en la posición en que se encontraba, todo su peso descansaba sobre los brazos. No podía aflojar lo suficiente para coger el cuchillo sin que eso supusiera dar a Palermo una oportunidad para librarse de la llave. Por otra parte, con esa llave podía partirle la pierna al otro, lo que le parecía muy bien, pero no era suficiente. La boca del Santo se crispó en su intento de alcanzar el cuchillo.

Palermo apretó los puños sobre sus ojos y gruñó.

—María —dijo entrecortadamente—. *¡So loca!*^[61] ¡Haz algo!

—Quizás, después de todo, no es tan sentimental —dijo el Santo—. Y, para animar a Palermo, apretó algo más la pierna.

Había hablado un poco pronto. El segundo aullido de sufrimiento de Palermo pareció romper el hechizo que había mantenido a la chica mirándoles perpleja. Se lanzó hacia delante y levantó del suelo la silla en que había estado sentado el Santo. Simón la vio bajar hacia su cabeza y rodó desesperadamente a un costado. Cualquier movimiento habría hecho que la llave dejase de tener efecto, por lo que el Santo decidió romperla voluntariamente. Soltó su pie derecho y lanzó una salvaje patada contra la parte posterior del cuello de Palermo, mientras frenéticamente intentaba apartarse de la trayectoria de la silla. Ésta se estrelló contra el suelo, junto a su oreja, y la mayor parte de su fuerza se había ya perdido cuando alguno de sus ángulos chocó duramente contra la parte lateral de la cabeza de Simón. Si le hubiera alcanzado de lleno le habría abierto el cráneo, pues era una sólida silla burguesa, de pesada madera.

Un planetario completo de brillantes constelaciones danzó frente a la visión del Santo, pero a la vez sintió como la punta de su zapato se acomodaba exactamente en el occipucio de su enemigo. El doloroso y alarmante *¡glug!*^[62] de Palermo preludió otro duro golpe que se oyó una fracción de segundo después.

Simón se incorporó sobre sus rodillas y se las apañó para levantarse, sacudiendo la cabeza para intentar apagar los destelleantes cometas y barrer las oscuras neblinas de su visión. Los puños de la chica golpearon su cara y sus hombros. La empujó contra la pared y la mantuvo allí, aprisionada por el peso de su cuerpo. Ella siguió golpeándole de manera salvaje, pero Simón no le prestó atención. Volvió la cabeza para mirar a Palermo y comprobar que yacía inerte en el suelo, la cara hacia abajo. Al momento comprendió el significado del definido segundo golpe que había seguido, tan de inmediato, al impacto de la puntera de su zapato. Palermo debía estar levantando la cabeza cuando el golpe lo alcanzó, y eso habría hecho que su mejilla entrase en violenta colisión con el enlosado suelo. Estaba totalmente fuera de

combate, y parecía como si tuviera la intención de permanecer en la misma situación por algún tiempo más.

La muchacha empezó de nuevo a gritar histéricamente.

—¡Calla!^[63] —gritó el Santo.

Vio que tomaba aire para iniciar otro alarido y bajó rápidamente la cabeza hacia la cara de ella. Le dolió a la chica más que a él y el grito no llegó a nacer.

—Puedes ganarte quinientas pesetas si te callas —dijo el Santo—, y ella lo miró de una forma que casi parecía inteligente.

Se separó un poco de la mujer cuando vio que la calma se había restablecido y se dio la vuelta.

—Corta estas cuerdas.

Ella miró temerosa hacia Palermo.

—Me matará.

—¿Te parece que está como para matar a alguien? —dijo el Santo—. Puedes decirle que te desmayaste y las corté yo mismo.

La muchacha tomó un cuchillo de la mesa y empezó a cortar las cuerdas. Simón sintió que cedían, liberó una de sus muñecas y acabó el trabajo por sí mismo. Ella permaneció mirándole ansiosamente, y el Santo hundió la mano en uno de sus bolsillos y separó cinco billetes del fajo que llevaba. La ansiedad desapareció de la cara de la chica, que volvió a adoptar su normal expresión de bovino desinterés.

—¿Vive alguien en el piso de abajo? —preguntó el Santo.

Ella movió la cabeza.

—Nadie.

—No deja de ser un alivio —dijo el Santo.

Estuvo frotándose suavemente las muñecas durante unos momentos. Mr. Palermo continuaba sin dar señales de vida. Era una pena, pensó el Santo apesadumbrado; su artístico trabajo en el escenario facial de Mr. Palermo había quedado ahora totalmente descabalado, y probablemente costaría un trabajo de todos los demonios volver a recomponerlo. Claro que uno no podía tener todo y era interesante recordar lo que ya se había hecho. El Santo se movió dirigiéndose hacia la puerta de comunicación con el dormitorio. La chica se dio cuenta de su intención y trató de interponerse en su camino, pero Simón la apartó sin contemplaciones. Abrió la puerta y los saltones ojos de Mr. Uniatz le miraron por encima de la mordaza que cubría la mitad de su cara.

3

Simón cogió un cuchillo y volvió a la cama. María le sujetó del brazo.
—¡No puede hacer eso!

—No le voy a cortar el cuello —explicó el Santo pacientemente.

—No puede hacer eso. Tienen que quedarse aquí. Arturo me dijo que me mataría si se escapaban.

El Santo se estiró, aburrido.

—Arturo ha hecho demasiadas promesas —señaló—. Y míralo como está. Además, ¿cómo me lo ibas a impedir si te habías desmayado, que es lo que creí que ibas a hacer? Pórtate como una chica sensible y cállate. ¿Tienes teléfono en la casa?

—No.

—Bueno, ve a la calle y búscame un taxi. Tráelo aquí. —Sacó otro par de billetes y los cortó por la mitad—. Toma; cuando traigas el taxi te daré la otra parte.

Ella se levantó la falda y guardó el dinero en la parte superior de una de sus medias.

—¿Necesita un taxi grande o pequeño?

—Por mí como si traes un camión —dijo el Santo—. Pero muévete y consigue algo.

Se dirigió a la cama y rápidamente cortó las cuerdas que mantenían a Hoppy como a un gusano en su capullo. Dejó que se quitara la mordaza por sí mismo y empezó a ocuparse de Joris Vanlinden, que yacía en el otro lado del lecho. Mr. Uniatz desenrolló la toalla que envolvía la mayor parte de su cabeza y procedió a extraer de su boca casi dos metros de lo que parecía ser como un paño de cocina. Lo arrojó al suelo y una vez en pie empezó a mover las piernas.

—¡Jesús^[64], jefe! —graznó—. Otra hora de esto y hubiera muerto. ¿Puedo tomar un trago?

—Solías tomarlo —dijo el Santo—. ¿Has perdido la costumbre?

Mr. Uniatz se pasó la lengua por los resecos labios.

—¡Jesús! —repitió piadosamente. Y Simón lo oyó moverse, aún algo entumecido, y salir del cuarto.

Joris Vanlinden permanecía inerte en la cama incluso después de que le hubiera cortado las ligaduras. Simón le quitó la mordaza y el trapo con que, de manera similar a como habían hecho con Hoppy, le habían llenado la boca.

Joris miró al Santo con ojos cansados y extrañamente indiferentes. Simón echó una ojeada al cuarto y vio una jarra de agua; llenó un vaso y lo llevó a la cama, sujetando la cabeza del anciano para que bebiera.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

Vanlinden separó los labios del vaso y volvió a echarse. Su boca se abrió una o dos veces antes de que pudiera hablar.

—¿Dónde está Christine? —consiguió decir por fin.

—Está bien.

—¿La han cogido?

—No; no la encontraron. La llevé al piso de un amigo y está completamente a salvo.

Vanlinden volvió a guardar silencio. Hacía unos momentos se habían oído algunos débiles ruidos de roturas que provenían de la pequeña cocina, por lo que el Santo fue hacia allí y encontró a Mr. Uniatz culminando una búsqueda triunfante, con una botella de whisky firmemente agarrada en la mano. Su boca, que nunca se había asemejado a un capullito de rosa, se había ensanchado aún más bajo la influencia del gran relámpago de alegría que iluminaba su cara.

—Mire lo que tenemos, jefe —dijo hospitalariamente, incluyendo al Santo en el gran momento. Simón asintió mirándole con simpatía.

—Déjame que la abra.

Tomó la botella de las amorosas garras de Hoppy con la destreza adquirida en muchos rescates similares, y le quitó el precinto. Sirvió un poco de whisky en un vaso antes de devolverle la botella.

—Estás en tu casa, Hoppy —dijo innecesariamente, y regresó al dormitorio.

Joris Vanlinden seguía tranquilamente acostado, tal como el Santo lo había dejado. Sus ojos estaban cerrados, pero se abrieron cuando Simón se acercó a la cama.

—¿Quiere también un trago? —le preguntó el Santo con una sonrisa.

Los labios del viejo se movieron de forma casi imperceptible, pero no contestó. Simón le ayudó de nuevo a incorporarse y le ofreció la bebida. Sorbió un poco y luego movió la cabeza.

Simón le volvió a recostar y puso el vaso en la mesa. El anciano seguía sin hablar. Parecía totalmente feliz, yaciendo allí, inmóvil y mudo, mientras sus ojos se posaban, vacíos, en el rostro del Santo. Una vez sonrió débilmente, como si con ese gesto expresara todo lo que quería decir.

El Santo le observó por unos momentos y luego, dándose la vuelta, volvió al cuarto de estar.

Mr. Uniatz estaba sentado a la mesa, con la botella apoyada en sus labios, ya medio vacía, pero tendiendo rápidamente a seguir perdiendo líquido. La apartó el tiempo suficiente para decir: «Hola, jefe» y, sin perder un segundo, la volvió de nuevo a su lugar. Simón llevó a cabo uno de sus expertos juegos malabares y colocó la botella en el otro extremo de la mesa, mientras Mr. Uniatz se secaba la boca con el dorso de la mano.

—Este tipo —dijo, señalando con el pulgar hacia atrás al inconsciente Mr. Palermo—, ¿de dónde ha salido?

—Es uno de los muchachos que os trajeron aquí.

—No está muerto —dijo Hoppy, como si encontrara el hecho no sólo digno de ser destacado, sino también lamentable.

El Santo sonrió y buscó un cigarrillo.

—No, no está muerto. Solamente se ha golpeado la nuca con mi zapato y luego la cara contra el suelo, y, entre una cosa y otra, decidió que no estaba para ir a ninguna parte, de modo que se dio por vencido y se durmió.

Mr. Uniatz reflexionó sobre lo que acababa de oír. Era difícil creer que el Santo pudiera haber sufrido un fallo de memoria, como le ocurre a los demás mortales, pero no le encontraba otra explicación. Porque, de los ruidos que había oído antes, Mr. Uniatz era capaz de deducir que el Santo había tenido algún problema, y presumía que la tensión ocasionada por otras preocupaciones era la causante de ese olvido. La cortesía natural y la bondad de corazón de Mr. Uniatz le impidieron hacer cualquier comentario, especialmente cuando la omisión podía ser tan fácilmente rectificada. Casi vergonzosamente extrajo una pistola de su bolsillo.

—¿Lo trabajo un poco, jefe? —sugirió como excusándose por haber mencionado el tema.

—De momento, no —dijo el Santo tajantemente—. ¿Y de dónde sacaste eso?

—Es mi Betsy —dijo Mr. Uniatz con orgullo—. Me la tuvo que quitar cuando yo estaba en las nubes, porque la he encontrado en su bolsillo. También tenía una «piedra» en un dedo.

Exhibió un anillo con un diamante, que casi había conseguido introducir del todo en uno de sus meñiques.

—El tipo de piedra que tú te mereces es una que tuviera grabadas las letras R I P —dijo el Santo—. ¿Cómo te dejaste cazar?

Mr. Uniatz se puso de pie y se movió garbosamente alrededor de la mesa, recobrando con astucia la posesión de la botella de whisky.

—Verá, jefe, fue así. Me desperté por la mañana y el viejo seguía dormido, de modo que después de un rato pensé que podría conseguir algo para desayunar. Llamo a la camarera y le digo: «Desayuno». Me mira como lo hacen los loros, como si yo estuviera chiflado, de forma que repito: «Desayuno». Entonces ella me dice: «*Does I you know?*»^[65]. Empiezo a pensar que está como una cabra. «*Does I you know?*» repite. Y yo le digo: «¿Qué clase de fonda es esta? ¿Tiene usted que conocerme antes de traerme algo para desayunar?». Y todo lo que ella hace es seguir diciendo: «*Does I you know?*». Toda esta gente habla enrevesadamente, ¿no cree, jefe?

—Todos, sin duda —dijo el Santo—. Pero ella sólo estaba diciendo «*desayuno*»^[66]. Te estaba preguntando si querías desayunar.

Mr. Uniatz lo miró admirativamente.

—Bueno, ¿hay alguien que pueda entender esto? —preguntó a un mundo silencioso—. Ya dije que hablan enrevesadamente, ¿no? ¿Qué pasará cuando quieran decir? «¿le conozco?».

—Eso es algo completamente distinto —dijo el Santo apresurándose por cambiar de tema—. De algún modo supongo que conseguiste tu desayuno, porque vi una bandeja en tu cuarto.

—Naturalmente. Al final la camarera pareció despertar, se fue y una media hora después alguien llamó a la puerta...

—¿No te dije que no le abrieras a nadie?

—Ya sé que eso fue lo que me dijo, jefe, ¿pero como podía suponer que el camarero entraría con esos atracadores?

—¡No era un camarero, idiota! Dejando aparte otras consideraciones, siempre puedes identificar a un canario porque no hay otras gentes en el mundo que puedan aparecer tan malcaradas y sucias y, a la vez, tan felices por ello. El tipo que te llevó el desayuno era uno de los que tú llamas atracadores.

Una alegre mirada de comprensión suavizó el fruncimiento de concentración de las cejas de Mr. Uniatz.

—¡Ah! —dijo—. Esa puede ser la razón por la que me golpeó la cabeza.

—Probablemente eso también tuvo algo que ver —aceptó el Santo, haciendo un poderoso esfuerzo para contenerse—. ¿Qué sucedió después?

—No lo sé, jefe. No sé con que me golpeó, pero cuando me desperté me encontré atado en la cama.

—¿No oíste nada?

—No; no oí nada, ni vi a nadie, sólo a la que nos vigilaba. Entró al dormitorio, nos echó una ojeada y se fue otra vez. Luego le oí hablar a usted cuando llegó, y eso es todo.

Simón se subió un poco la manga para mirar el reloj. Parecía que la chica tardaba mucho en encontrar el taxi... Hoppy Uniatz se empinó la botella de nuevo y permitió que el refrescante líquido descendiera libremente por su seca garganta. Cuando se detuvo para respirar hizo un movimiento con la cabeza hacia el dormitorio.

—¿Y el viejo? —preguntó—. ¿Cómo vá?

El Santo se encogió de hombros.

—Se pondrá bien —dijo secamente.

Sabía que el tratar de explicar su diagnóstico sobre Joris Vanlinden sería únicamente una pérdida de tiempo, dada la condición de la audiencia a su disposición. Pero al recordarlo, dos finas líneas de preocupación aparecieron entre sus cejas.

Joris Vanlinden se estaba yendo, ese era el resumen. No era la consecuencia de una importante herida física, aunque la paliza recibida la noche anterior y el golpe que, sin duda, le propinarían en la cabeza, tras el recibido con muchos menos efectos por el cráneo de Hoppy, habrían contribuido a que se llegara a la situación actual. La herida fundamental era la que afectaba a la mente de Vanlinden. Era un anciano, ya bien erosionado por lo que le había sucedido en los últimos años, y ahora ocurría que, simplemente, estaba dejando de luchar. El bagaje de esperanza y deseo que cualquier persona debe poseer para sobrevivir al desastre, y que el instinto de autoprotección presta a casi todos los hombres, se había agotado en él. Simón podía comprender la situación, aunque, en realidad, nunca se había encontrado con un caso parecido. Vanlinden se estaba hundiendo en el estado de inerte desesperanza en que se dice que caían los hombres primitivos cuando giraban sus rostros hacia una pared y se dejaban morir, sin más razón que la derivada de que el deseo de vivir se había agostado en su interior. Y Simón sabía que ésta era otra razón añadida para no perder el tiempo.

La muchacha estaba tomándose un plazo exageradamente largo para encontrar un taxi...

Simón cogió un trozo de papel y garabateó en él la dirección del piso en el que había dejado a Christine. Se la dio a Hoppy, quien acababa de vaciar las últimas gotas de la botella y se estaba dirigiendo hacia la cocina para buscar un poco más.

—Estas son las señas del piso donde se encuentra Christine —dijo—. Tan pronto como salgamos de aquí, quiero que vayas con ella y la cuides. Tus amigos me cogieron cuando volvía en taxi de allí y tienen el número del vehículo. Uno de ellos ha ido a localizarlo y ver lo que puede enterarse. Les costará trabajo llevarse a Christine, pero no quiero correr riesgos. Te vas a situar allí, y si ves a alguien husmeando, lo «trabajas» un poco.

—¿Con mi Betsy? —dijo Mr. Uniatz animándose.

—Con su parte redondeada —contestó el Santo—. Si pegas un tiro en esta ciudad, se te echará encima hasta el Ejército, pues la policía está muy nerviosa por lo que leí en la prensa esta mañana.

Mr. Uniatz suspiró.

—De acuerdo, jefe —dijo obedientemente.

—Y quizás, por esta vez, ya has aprendido unas cuantas lecciones sobre a quién debes abrir la puerta. ¿O te lo tengo que repetir?

—Jefe —dijo Mr. Uniatz gravemente—. Fallé la primera vez. He sido un idiota una vez, pero no me volverán a coger. Al primer tipo que intente entrar en la casa lo voy a freír...

—No lo harás.

—Quiero decir que lo tiraré al suelo con tanta fuerza que pensará que ha sido un terremoto.

—No lo olvides —dijo el Santo agriamente—. Porque si no lo haces así, la señora Uniatz va a sentir pena por su hijo.

Hoppy movió la cabeza.

—No existe ninguna señora Uniatz —dijo como acordándose de algo—. Mi padre nunca supo quien fue mi madre.

Simón pensó unos momentos sobre esta última frase y decidió que sería más prudente no indagar más sobre el tema. Volvió a consultar su reloj y dio una rápida vuelta por el cuarto. ¿Qué diablos podía estar haciendo la chica?... Animado por una repentina decisión, volvió al dormitorio.

Vanlinden no se había movido. Levantó la vista hacia el Santo con idénticos ojos, vacíos y pacíficos.

—¿Cree usted que podría andar un poquito? —le preguntó el Santo amablemente.

El viejo permaneció inmóvil, sin ningún cambio en su expresión.

—Christine quiere verle —añadió el Santo.

La sombra de una débil sonrisa bailó unos momentos en sus labios. Finalmente, levantó la cabeza y luego el cuerpo. Simón le ayudó a ponerse en pie. Joris se aferraba a su brazo.

—¿Dónde está?

—Le llevaremos al hotel y le traeremos a ella para que la vea.

Simón lo condujo al cuarto de estar y Hoppy le saludó con un fraternal movimiento de su mano.

—¡Hola, compañero! —dijo Mr. Uniatz alegremente—. ¿Cómo se encuentra?

Vanlinden le sonrió con infantil serenidad.

—Vamos —dijo el Santo—. Bajaremos las escaleras y esperaremos ese maldito taxi. Quiero cazar a tu otro amigo.

—¿Y qué hacemos con este tío? —inquirió Mr. Uniatz dubitativamente—. ¿Le doy un...?

—No. Lo haré yo mismo cualquier otro día. Vamos.

Ayudaron al viejo a bajar las escaleras, aunque necesitó menor asistencia de la que se temía el Santo. Físicamente, Vanlinden parecía tener más vida que la noche anterior y su capacidad de movimiento era parecida a la de un sonámbulo. Era su mente la que se había quedado vacía de fuerza, por lo que únicamente deseaba permanecer intemporalmente en una absoluta pasividad.

Cuando llegaron al portal, Simón oyó el sonido de un coche deteniéndose en el exterior. Dejó a Hoppy al cuidado del viejo y se dirigió a la puerta que daba a la calle. Había una pequeña mirilla, que se encontraba parcialmente abierta, en una de sus hojas. Algo hizo que el Santo mirase a su través cuando puso la mano en la cerradura para abrir la puerta, y aquella simple ojeada fue suficiente para que la retirase del pomo como si éste mordiera. Porque el coche que había en la calle no era un taxi... sino el Buick de Graner.

CAPÍTULO VII

De cómo Mr. Palermo continuó en su estado de infelicidad y Hoppy Uniatz cumplió las órdenes recibidas.

1

Simón no esperó a ver nada más. Giró en redondo al oír que Hoppy se acercaba a sus espaldas y sus ojos relampaguearon, enviándole un aviso que hasta Mr. Uniatz tenía que entender. Hoppy se detuvo mientras se le abría la boca.

La mirada del Santo recorrió el portal, estudiando todas las posibilidades en ese rápido reconocimiento. Allí no se podía esconder ni un ratón. Hacia arriba las escaleras no tenían salida. En la calle estaban los recién llegados. A su alrededor... no había nada, excepto la puerta del piso bajo. Simón probó el tirador, pero, como suponía, estaba cerrada. Se apartó a una distancia similar a la longitud de sus brazos y lanzó todo su peso contra ella, con lo que el cerrojo dejó de cumplir su función...

El Santo cogió a Hoppy por un codo con una mano y a Joris Vanlinden con la otra. Casi los levantó en volandas y los introdujo en la habitación.

—Hoppy le llevará al hotel para esperar a Christine —dijo a Vanlinden. Luego miró a Hoppy—. Espera hasta que no haya moros en la costa. Llévalo al Orotava y alójalo en el cuarto contiguo al mío, el de Christine. Luego vete y cuida de ella en la dirección que te di. No te preocupes por mí, me desharé de esos tipos y me encontraré con vosotros.

La boca de Hoppy se abrió aún más cuando aquellas órdenes de abandonar el campo penetraron en sus oídos y fueron totalmente comprendidas.

—Jefe...

—¡No discutas! —le dijo el Santo, y lo empujó hacia el interior de la habitación.

Cerró la puerta en su cara y se deslizó sigilosamente hasta el pie de las escaleras, mientras los de la calle trasteaban el cerrojo de la puerta del portal. Era consciente del desesperado riesgo que estaba asumiendo desde todas las direcciones, pero no había otro camino. No podía enviar a Vanlinden con Hoppy al piso de Keena, porque Aliston estaría ahora buscando el escondite, y quizás podía haberlo encontrado, en cuyo caso Hoppy ya tenía demasiados problemas, sin necesidad de cargas adicionales. El hotel era un lugar bastante peligroso, con el chófer de Graner vigilándolo desde el otro lado de la calle, pero por lo menos no podría impedirles que entraran, con lo que Vanlinden estaría seguro allí por algún tiempo... al menos mientras la banda no supiese lo de la habitación de Christine. Y el Santo tenía que permanecer en aquella casa, porque, aparte de la dificultad de una salida en fuerza, estaba el asunto del golpe que había provocado la rotura del cerrojo del piso bajo, golpe que se habría oído fuera y necesitaría ser explicado.

Todas estas cosas pasaron por su mente como una ráfaga de balas trazadoras, mientras se tiraba al suelo al pie de las escaleras, de modo que al abrirse la puerta él empezaba ostentadamente a levantarse. Oyó unos pasos que se le acercaban rápidamente y levantó los ojos hacia las figuras que se silueteaban contra el hueco de la puerta abierta.

—¡Levanta las manos!

Era la voz de Graner.

Simón completó el trabajo de incorporarse y comenzó a sacudirse el polvo de la ropa.

—Oh, eres tú —dijo tranquilamente, como si nunca se le hubiera ocurrido que la orden pudiera haber sido motivada por algo más que por un error de identificación debido a la escasa iluminación—. ¿Por qué diablos no habrán puesto una luz en estas malditas escaleras? Casi me rompo el cuello. ¿Habíais oído alguna vez un golpe como éste al caerse alguien?

El otro hombre que había entrado era Lauber. Se colocó junto a Graner y ambos mantuvieron sus pistolas apuntadas al Santo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Graner.

—¿No te lo dijo la chica? —contestó inocentemente.

Ya había formado su propia teoría sobre el motivo por el que ella había tardado tanto tiempo en encontrar un taxi, y la respuesta a la pregunta que acababa de formular le confirmó instantáneamente sus sospechas.

—Nos contó que habías estado peleando con Palermo.

—Efectivamente —dijo el Santo con frialdad—. Y también que le pegué una paliza. Subamos arriba y lo veréis.

Se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras, tan confiadamente que oyó como los otros dos le seguían sin rechistar.

Mr. Palermo aún dormía. El Santo le dio la vuelta y lo levantó por el cuello de la chaqueta para examinarlo. La cabeza de Palermo cayó flácidamente hacia atrás. La nueva herida de su mejilla empezaba a resaltar bellamente. Murmuró algo en sus sueños, como si preguntara si ya era hora de despertarse. Simón lo dejó caer, de manera que la parte posterior de la cabeza se estrelló pesadamente contra las losas, y confió en que eso le haría olvidar la idea por otro rato.

Graner y Lauber mantenían las pistolas empuñadas mientras contemplaban como dormía Palermo. Graner fue el primero que se volvió hacia el Santo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con su peculiar estilo despreciativo.

—Le dije a la chica que te diera un mensaje.

—Quería hablar con Aliston y, como no estaba, nos dejó un mensaje para él.

—¡Con tanto inútil alrededor, cualquier día me da algo! Le encargué que te dijera que Aliston estaba haciendo cosas raras, por si tú sabías donde se encontraba.

—¿Se lo dijiste en español?

Simón movió afirmativamente la cabeza y se prometió interiormente darse una patada en el culo cuando tuviera la primera oportunidad. Con esta eran dos las veces que casi había tropezado en la misma piedra, aunque en su descargo había que tener en cuenta que pocos engaños son tan difíciles de llevar a buen fin como el de pretender que se ignora un idioma que nos es familiar.

—Puede que ahí esté el problema —respondió—. Pero ella me dijo que me entendía. ¿Qué más comprendió equivocadamente?

—Dijo que habías acabado con Palermo y que te ibas a marchar con los dos hombres que estaban aquí.

Simón asintió.

—Eso es casi correcto, aunque también le dije que me hacía falta que vinieras para llevármelos.

—¿De quién hablaba la chica?

—De Vanlinden y su compinche.

—¿Estaban aquí?

—¡Claro! ¡Aquí fue dónde Aliston y Palermo los trajeron esta mañana después de cogerlos en el hotel!

Fue como si alguien hubiese colocado unos lazos invisibles alrededor de sus cuellos y repentinamente los hubiera tensado. Los ojos parecieron salirse de sus órbitas y las bocas se abrieron como si, inesperadamente, no les llegara aire a los pulmones. Las pesadas y sombrías facciones de Lauber se oscurecieron y las cejas de Graner se juntaron en un fruncimiento increíble. Simón pudo ver que la sorpresa que les acababa de proporcionar golpeaba en las bocas de sus estómagos como si se tratara de un impacto físico, tan violento que incluso les quitaba la capacidad de resollar.

De nuevo fue Graner el más rápido en recuperarse, aunque Simón reflexionó que ello podía deberse, en parte, al hecho de que la noticia tenía que haberle dado a Lauber algunas cosas nuevas en que pensar.

—¿Cómo lo supiste?

—Primero me lo dijo Christine —dijo el Santo—, y luego Palermo y Aliston lo admitieron. Desde un principio me pareció que había algo raro en esa historia de que Joris y el otro individuo se habían largado, cuando sabían que dejaban atrás a Christine, pero no quise comentarlo entonces.

—¿Cómo sabía Christine dónde estaban?

—No lo sabía. Fueron Aliston y Palermo los que me trajeron aquí.

—¿Por qué?

El Santo se sentó en el borde de la mesa. Sabía que tenía a sus oyentes pendientes de sus palabras. Con independencia de lo que pudieran estar pensando, beberían hasta la última gota que tuviera que decir sobre el tema, aunque luego obtuvieran sus propias conclusiones. Y no encontraba un motivo por el que no debiera sacar el mayor partido de ese interés, mientras Hoppy y Joris se alejaban lo más posible de los alrededores.

—Será mejor que empiece por el principio —dijo—. En primer lugar, hablé con Christine tan pronto como se despertó y le conté el cuento que habíamos acordado. Cayó en la trampa exactamente igual a como yo he caído por esas malditas escaleras: de golpe. Le hice creer que hablaba en serio cuando le había hecho aquella propuesta, antes de que se durmiera, y cerramos el acuerdo. Entonces me lo contó todo.

Se interrumpió para encender un cigarrillo, mientras los otros dos aguardaban impacientes. Sus pistolas habían ido bajando lentamente, hasta el punto de que ahora sus bocas miraban al suelo, e incluso parecía que ambos hombres se habían olvidado de que las seguían empuñando.

—Por lo que se refiere al asunto de Joris —continuó—, Christine me dijo que ella ocupaba una habitación en el piso inferior. Acababa de salir del cuarto de baño cuando oyó la voz de Aliston y se escondió de nuevo en él. No se atrevió a salir durante casi una hora. Permaneció con la puerta ligeramente entreabierta, encogida de miedo y preguntándose qué iba a suceder. Mientras estaba allí bajaron unos pesados baúles por las escaleras, y podemos adivinar lo que llevaban dentro. Luego descendieron Palermo y Aliston, pues pudo oírlos hablar. Siguieron a los baúles, y la chica, tan pronto como pudo recuperarse, corrió al cuarto de Joris. Se había ido, así como su socio, y, otra vez, podemos adivinar por qué, adonde y como. Pero ella no pudo. Casi le dio un ataque. Después oyó a alguien subiendo las escaleras, y temió que pudieran ser Palermo y Aliston regresando. Se metió a toda prisa en la siguiente habitación, que resultó ser la mía. Me imagino que pensaría refugiarse en los brazos de quien estuviera en ella, buscando protección. Pero, dado que no había nadie, quedó inmóvil, sintiendo como se le iban y venían los primeros síntomas de histeria. No se atrevió a volver a su propio cuarto, porque pensó que Palermo y Aliston aún la estarían buscando; de hecho, no se movió ni un centímetro. Y así es como la encontramos nosotros.

Era una buena historia para haber sido inventada en la tensión del momento, pensó el Santo, preguntándose si no habría equivocado su verdadera vocación en la vida. De una u otra forma, las complicaciones de este fantástico juego de «como engañar a mi vecino» en que se había involucrado, le estaban convirtiendo en un maestro en el arte de la «ficción aplicada», a cuyo lado Ananías hubiera parecido un charlatán ubicado en el exterior de un circo de ínfima categoría.

—Pero ¿por qué te trajeron aquí Aliston y Palermo? —inquirió tenso Graner.

—Ahora llegamos a eso. Lo primero que hice fue llevarme a Christine. Después de lo que me había contado, y al pensar que Aliston y Palermo, ante el temor de que yo descubriera que te habían estado engañando, podían estar volando hacia el hotel apenas hubieran oído lo que tú les dijeras, la saqué del Orotava.

—Le dije a Manuel que te siguiera si salías.

—Ya lo sé —dijo el Santo plácidamente—. Le vi esperando al otro lado de la plaza después de que te fuiste. Era espantosamente llamativo. Pero yo ya te había expuesto mis condiciones de participación en el asunto y no iba a cambiarlas. Salimos por una puerta trasera.

—Aliston y Palermo estaban encargados de vigilar otra posible salida.

—Estaban allí vigilando... cuando regresé. Así es como me cazaron. Me pusieron una pistola en las costillas y me trajeron aquí. Me dijeron que estaban siguiendo un doble juego contigo y me ofrecieron una participación de un tercio en el cobro del billete si me unía a ellos y les entregaba a Christine.

Graner miró momentáneamente, y de nuevo, a Palermo, y en la pausa subsiguiente el Santo pudo oír la estertórea respiración de Lauber.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Graner.

—Les dije que podían coger su tercera parte del botín y utilizarla como un enema —respondió el Santo dignamente—. Luego decidieron obligarme a contarles donde estaba Christine utilizando una cuchara puesta al rojo vivo; bueno, fue Palermo quién lo intentó. Aliston no parecía tener estómago para presenciarlo, de modo que se largó.

Simón giró su cabeza y les mostró la quemadura en la mejilla; y luego señaló al suelo para que vieran la cuchara que Palermo había dejado caer. Graner dio unos pasos y la empujó con el pie. La porción de alfombra donde había caído estaba chamuscada.

Por la cara de Graner, el Santo pudo ver que estas pruebas de evidencia circunstancial causaban efecto.

—¿No se lo dijiste?

—No llegó demasiado lejos en su aplicación del tratamiento. No se habían acordado de atarme los pies y me las arreglé para patearlo un poco. —Simón movió significativamente su cigarrillo para señalar la evidencia que confirmaba la exactitud de esa afirmación—. Luego le prometí a la muchacha, que, dicho sea de paso, estuvo todo el tiempo aquí, lo que me hace presumir que es en este sitio donde Palermo la corteja, que si me soltaba, que fue lo que hizo, le daría algún dinero. Luego la envié a telefonearte y busqué a Joris.

—¿Está aquí?

El Santo movió lentamente su cabeza de izquierda a derecha, y luego en sentido contrario.

—Estuvo.

Simón se bajó de la mesa, mientras la pistola de Lauber se elevaba otra vez para apuntarle. El Santo continuó ignorándolo deliberadamente. Abrió por completo la puerta del dormitorio y movió su mano señalando el interior. Graner y Lauber le siguieron. Permanecieron unos momentos mirando la arrugada colcha y los trozos de tela y de cuerda cortada esparcidos, como mudos testigos, por la cama y el suelo.

Los brillantes ojos de Graner abandonaron la escena y volvieron a posarse en el Santo.

—¿Qué pasó con ellos?

—Les dejé que se fueran —dijo el Santo tranquilamente.

2

El cronista, cuya devoción por su propio Arte es sólo equiparable a su poca inclinación al trabajo, sentiría un gran placer si pudiera hablar con alguna extensión del sobrecogedor silencio que invadió la habitación y las visibles reacciones que en ella se produjeron, además de acercarse varias páginas a la conclusión de esta decimoséptima entrega de las aventuras del Santo. La ráfaga de palabras, que un crítico literario de una revista ha calificado, tan lúcidamente, como «una exhibición de imaginario tiroteo, en el que todos los impactos están precisamente agrupados en el blanco, apenas a dos centímetros de su centro», pugna por brotar de su dedo, convertido en gatillo. La simultánea dilatación de los ojos de Lauber y Graner, el preciso grado de curvatura que adoptaron los gruesos labios de aquel, el endurecimiento de la fina y rectilínea boca y la involuntaria ascensión de la pistola de éste, todas estas y muchas otras importantes manifestaciones de emoción, podrían ser el motivo de un ensayo en prosa descriptiva, en el que el historiador podría emplear, al menos, mil palabras. Solamente su ansiosa preocupación por los cansados cerebros de sus críticos le obliga a reprimir el impulso y privar a la literatura de esta inestimable contribución.

No obstante, el silencio era impresionante y el Santo le sacó el máximo provecho. Durante todo el tiempo que estuvo hablando había sabido que, inevitablemente, tendría que responder a la última pregunta de Graner; había sido tan ineludiblemente prevista como el ruido del trueno tras el resplandor del relámpago, con la única diferencia de que él había podido medir la duración del intervalo y tenido tiempo para elegir su respuesta. Nunca habían existido más de tres posibilidades, y el Santo había valorado y calculado sus posibles consecuencias futuras, tan lejanas en el tiempo como su imaginación podía alcanzar, en una concentración de tal intensidad que completó un día de trabajo en cuestión de minutos.

Se permitió relajarse por unos instantes, mientras el resultado de la explosión enviaba a los otros dos a girar a través de su propia vorágine

mental. Vio el instinto asesino en los ojos de Graner, pero sabía que la curiosidad derrotaría, por una corta cabeza, a ese impulso.

—¿Dejaste que se marcharan? —preguntó Graner cuando recuperó la voz.

—Naturalmente —contestó el Santo, con un deje de inmutable ecuanimidad.

—¿Por qué?

Simón levantó las cejas.

—Se supone que estoy trabajando con el grupo de ellos, ¿o comprendí mal cuando hablamos del tema?

—Pero esos dos...

—Ellos no tienen el billete. Les he registrado hasta las arrugas. Además, Christine me dijo...

—¡Eres un maldito embustero!

Era Lauber quién le había interrumpido con voz ronca y ahogada. Su pistola se acercó hasta el pecho del Santo y una llamarada de desesperada furia se encendió en su rostro, proporcionándole a Simón todos los datos que necesitaba para confirmar su hipótesis.

Templar lo había previsto; era uno de los factores que había contrastado con otros durante su febril análisis de la situación. Si la historia que Graner llevó de regreso a la casa había conmocionado los cimientos del mundo de Palermo y Aliston, la suya debía haber destruido los fundamentos del de Lauber. Simón había esperado su reacción más que la de Graner y sabía que, por el momento, podía incluso temer más de Lauber que del propio Graner, pero no dejó que ninguno de esos pensamientos alterara ni un músculo de su cara.

Miró hacia los ojos de Lauber y le dijo con toda intención lo que esperaba que sólo el mismo Lauber comprendiera: —Antes de llamarme mentiroso, no te hará daño esperar a oír lo que tengo que decir.

La duda se extendió por el rostro de Lauber. Había perdido su equilibrio mental y no sabía como seguir, lo mismo que le sucede a un caballo al que se tira bruscamente de las riendas justamente delante del obstáculo que iba a saltar. El Santo le había hecho detenerse a pensar, y la pausa fue fatal. Lauber le miró, manteniéndose inmóvil por el miedo y la perplejidad, pero esperó a escuchar sus palabras.

—¿Qué te contó Christine? —preguntó Graner.

—Me dijo que ni ella, ni Joris, ni el otro tipo tenían el billete. Si no hubiera sido así, es obvio que Palermo y Aliston ya lo habrían conseguido. Lo deben haber escondido en alguna parte.

El Santo miró de nuevo a Lauber, con una intención tan precisa que no podría haber dado la menor indicación a cualquier otra persona. Pareció sólo un gesto natural en un hombre que quería mantener una conversación con dos personas a la vez. Pero para el receptor tenía tanto contenido como una librería repleta de volúmenes. Le decía a Lauber que el Santo estaba mintiendo; le decía a Lauber que el Santo quería que él lo supiese; le decía a Lauber que el Santo también podría revelar la verdad, si así lo decidiera; y, en definitiva, invitaba a Lauber a participar en el juego o a atenerse a las consecuencias. Y Simón leyó que el mensaje se había recibido completo por la forma en que la pistola de Lauber volvió a perder la horizontalidad.

Graner no percibió, en absoluto, aquellos significados. Continuó mirando al Santo con las ominosas líneas profundizándose a ambos lados de su boca.

—¿Dónde lo tendrán escondido?

Simón se encogió de hombros.

—Que me aspen si lo sé, Reuben. Pero tampoco importa mucho, porque han ido a buscarlo.

—Y tú los has dejado...

El Santo se apoyó en el marco de la puerta y lo miró con miseratadamente.

—Mi querido borrico —dijo—. ¿Cuántas veces más voy a tener que decirte que estás muy necesitado de mi cerebro? Tengo a Christine, ¿verdad? Y ellos no saben donde está la chica, ni tienen la menor probabilidad de encontrarla. Les dije lo mismo que a ti: que ella es mi baza para llegar a un justo acuerdo. ¿Crees que Joris va a permitir que alguien comience a jugar sucio mientras su hija está en mis manos?

El primer golpe del Santo había llegado al estómago de Graner y lo había dejado sin aire, fuera de combate. Este otro le había tocado en el mentón. Lo encajó con un involuntario salto hacia atrás de su cabeza, que resaltó las expresivas líneas de su rostro. La comprensión se llevó una parte de la maligna expresión de sus ojos.

—¿Qué más les dijiste?

—Que tenían hasta medianoche para enseñarme el billete, o Christine lo pasaría bastante mal. Cuando aparezcan con el billete seguiremos hablando de negocios. Se me ocurrió todo eso de repente, después de haber mandado a la muchacha a que te telefonara.

—¿Oyeron lo que le dijiste a la muchacha?

—Sí, pero eso hace que mis palabras sean más eficaces. Es como si les hubiera salvado la vida. Les dije que encontraría una forma de arreglarlo contigo y los dejé marchar. Fue un impulso que me llegó al cerebro. ¿Por qué

les íbamos a impedir que trabajasen para nosotros? Ellos aún tienen más cartas; pues dejémosles que en esta mano utilicen nuestro turno. Todavía podemos ganar la partida. Les conté el acuerdo al que había llegado con Christine y les hice ver que debían aceptarlo. Tienen que seguir la línea que les he marcado y no pueden salirse de ella. No tienen más elección y así lo comprendieron. O el billete, o Christine.

Graner fue introduciendo en su sistema mental las palabras de Simón y las guardó allí. La clara e incontrovertible lógica de la exposición del Santo destrozó todas sus dudas.

Simón le miró afablemente, animándole. Estaba empezando a tomarle la medida a Graner. El Santo trataba a sus adversarios como un boxeador estudia a su antagonista en el ring, buscando sin piedad el punto débil que le abra el camino para propinar un golpe ganador. La debilidad de Graner consistía en el elevado concepto que tenía de sí mismo como estratega, y el incitarlo a una cuestión de generalato era un cebo que, en todas las ocasiones, le hacía morder el anzuelo. Y de nuevo, como en la ocasión anterior, Simón vio como la asesina sospecha que había aparecido en la mirada de Graner era eclipsada por un brillo de reluctante respeto.

Los burlones ojos azules del Santo se dirigieron hacia Lauber, y la expresión en la cara del grandullón acabó de completar el cuadro.

—Creo que te debo una excusa —dijo lentamente—. Sabías muchas cosas y me llevabas mucha ventaja.

—Normalmente te la llevo —dijo el Santo modestamente—. Pero, en cuanto pase un poco de tiempo, te acostumbrarás.

Graner pareció darse cuenta de que aún mantenía su pistola apuntada hacia el Santo. La miró con aire ausente y la guardó en un bolsillo.

—Si sigues así —dijo—, no tendrás ninguna razón para arrepentirte de trabajar con nosotros. Puedo utilizar a alguien como tú, especialmente...

Se dio la vuelta lentamente porque un apagado gruñido le había interrumpido. Lauber también se volvió. Todos miraron a Palermo, que se estaba sentando con una mano sujetándose la mandíbula y con la otra acariciándose la nuca.

—... especialmente, si se producen algunas vacantes en la organización —terminó Graner amenazadoramente.

Palermo, con la cara de un color gris desvaído, los miraba desde abajo, mientras empezaba a diseñarse en su mente la situación en que se encontraba y hacía un esfuerzo desesperado para poder extraer alguna explicación de su nebuloso y dolorido cerebro. Lauber respiró profundamente y su labio inferior

se adelantó de una manera salvaje. Dio tres pasos atravesando la habitación y agarró las solapas de la chaqueta de Palermo con una de sus enormes manos, arrastrándolo casi hasta sus pies y sacudiéndolo como si fuese un muñeco de trapo.

—Asquerosa rata traidora —gritó colérico.

Palermo se debatió débilmente para librarse del salvaje abrazo del gigante.

—Pero ¿qué he hecho? —inquirió con un agudo grito—. No me puedes decir eso. *Él*, Tombs, es quien nos está traicionando. ¿Por qué no te enfrentas a él?

Lauber echó hacia atrás su puño libre y golpeó brutalmente a Palermo en la boca.

—Dilo otra vez, maldito —dijo con irritación—. Anoche me acusaste de traicionarnos. Ahora le toca a Tombs. Graner será el próximo.

Simón se metió las manos en los bolsillos y se acomodó contra la puerta, dispuesto a no perderse ni una de las elaboradas perlas del estallido de virtuosa indignación de Lauber. El espectáculo de un rufián enfrentado a otro podía haberle hecho pasar un rato divertido, pero Reuben Graner intervino.

—Es suficiente, Lauber —dijo con su suave y diabólica voz—. Por tu parte, ¿tienes algo que decir, Palermo?

—Es una patraña —jadeó el italiano—. Tombs apareció aquí y me atacó...

—¿Teníais a Joris y a otro hombre aquí?

—¡Yo nunca los vi!

—Tombs y María sí los vieron.

—¡Están mintiendo!

—Entonces, ¿cómo explicas las cuerdas en la cama? ¿Y por qué trajisteis a Tombs aquí? ¿Y por qué ibas a torturarlo?

Palermo tragó saliva, pero durante medio minuto no salió ni una sílaba de su boca.

—Lo puedo explicar —comenzó—. Y luego sus palabras se congelaron ante la concentrada maldad de la mirada de Graner.

—Has tardado mucho en pensar tu explicación —dijo Graner fríamente—. Veremos si puedes decir algo mejor en la casa. Si no... me temo que no te echaremos mucho de menos.

Se dirigió a Lauber.

—Bájalo al coche.

Palermo contuvo el aliento, dudó y saltó repentinamente hacia la puerta. Pero aquella duda le hizo perder cualquier oportunidad que pudiera haber

tenido de escapar. Lauber lo cogió por la chaqueta y lo abrazó con la fuerza de un oso, mientras Palermo se debatía y pateaba tan inútilmente como si fuese un niño. Aún así, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta donde una vez tuvo una pistola, pero al encontrarlo vacío dejó escapar un corto grito de terror, como un conejo atrapado.

Simón tomó la cuerda que había sido cortada de sus propias muñecas y eligió el trozo más conveniente para atar las manos de Palermo detrás de su espalda, mientras Lauber lo seguía sujetando.

—Puede que Aliston esté regresando —observó Simón dirigiéndose al dormitorio y cogiendo una de las mordazas que allí habían sido abandonadas.

—Había pensado en eso —dijo Graner, manteniendo el puño de su fino bastón entre el pulgar y el índice, balanceándolo como si fuese un péndulo—. Tomaron el otro coche cuando salieron.

—Me trajeron aquí en un coche... ¿No estaba fuera cuando llegásteis?

—No.

—Entonces lo debe haber cogido Aliston.

—¿Adónde iba?

—Me imagino que a buscar a Christine. Al menos, esa fue la excusa.

—¿Sabía por dónde empezar a buscar?

Simón se entretuvo introduciendo los últimos centímetros cuadrados del trapo en la boca de Palermo. Podía imaginarse las muchas posibilidades que tenía Aliston, pues en Santa Cruz la parada habitual de un taxi puede identificarse por la placa del vehículo, y las carreras no son tan numerosas como para que un taxista las olvide fácilmente. Dando el número del vehículo, que sabía que Aliston conocía, sólo sería cuestión de tiempo el localizar al chófer y, a partir de ahí, seguir la pista era tan fácil como si estuviera marcada con pintura luminosa. El Santo no se atrevía a pensar en el tiempo transcurrido desde que Aliston se había marchado, pero de todas formas, antes de que transcurrieran muchos minutos más, tenía que encontrar la manera de deshacerse de Graner y Lauber y quedarse libre para enfrentarse al problema. Así y todo, Lauber era el único hombre en Santa Cruz con quien el Santo quería cruzar unas palabras... pero en privado.

—Creo que está perdiendo el tiempo —respondió Simón en plan confidencial—. Regresé al hotel en taxi, sólo momentos antes de que Aliston y Palermo me cogieran, y Aliston apuntó el número del coche. Pero había cambiado de taxi un par de veces, con un paseo a pie entre ambos viajes, de forma que tiene una larga búsqueda en perspectiva. Cuando descubra que el

rastro no llega a ninguna parte, posiblemente volverá. Si te parece bien, le esperaré aquí.

Graner se mantuvo pensativo unos instantes y finalmente asintió.

—Sí. Será mejor que tú te encargues de eso. Lauber puede quedarse contigo por si Aliston te causa problemas.

Lauber se detuvo en su camino hacia la puerta.

—Yo no puedo quedarme —dijo en voz alta—. Y Graner lo miró.

—¿Por qué no?

—Porque... bueno, ¿qué ibas a hacer tú solo con Palermo?

—Llevarlo a la casa.

—Tendrás que conducir el coche.

—Palermo está atado y amordazado. No habrá ningún problema, y si trata de crearlos lo sentirá.

—Si quieres le puedo sacudir otra vez en la cabeza —sugirió, esperanzado, el Santo.

—Eso es absolutamente innecesario. Manuel estará todavía esperando en la plaza y puedo recogerlo. Dado que has sacado a Christine del hotel, no es necesario que permanezca allí por más tiempo.

Lauber adelantó su pesada mandíbula.

—Bueno, pues sigo pensando que eso es un error...

—¿Estás discutiendo mis órdenes? —preguntó Graner ronroneando.

De nuevo tenía la mano derecha en el bolsillo y su voz tenía el suave roce del satén. Lauber le miró inexpresivo durante unos segundos, con los puños apretados y la boca abierta, pero su mirada se apartó ante la amenaza que brillaba en los ojos de Graner.

La imaginación de Simón volvió a galopar... Con el ascendiente que había conseguido sobre Graner, aún podía ser capaz de conseguir un cambio de planes. Pero, desde luego, quería a Palermo fuera de la circulación y no le preocupaba mucho lo que le pudiera contar a Graner cuando estuvieran solos. De cualquier forma, más tarde o más pronto, no cabía duda de que Manuel tendría que informar sobre su vigilancia... y no le importaría mucho que fuese cuanto antes. Simón estaba convencido de que ellos no intentarían nada con respecto a Joris mientras estuvieran ocupados con Palermo entre sus manos; además, un secuestro necesitaba un tiempo de organización, y aún tenían que localizar la habitación de Joris. Y lo urgente era que él quería hablar con Lauber. Era una cuestión de tiempo, de breves segundos, y de posturas equilibradas, sin que ninguna de ellas pesase una brizna de ceniza

más que la otra, pero Simón se había pasado la vida apostando en decisiones instantáneas.

—No seas loco, Lauber —dijo animándole—. No es necesario que dos de nosotros estemos de baja, cuidando a Palermo, mientras aún hay que ocuparse de Aliston.

Pareció que Lauber iba a elevar otra protesta. Graner dejó el bastón en la mesa y sacó del bolsillo delantero el perfumado pañuelo para moverlo delicadamente bajo su nariz, pero sus brillantes ojillos no se desviaron ni un momento de la cara del otro.

—¡De acuerdo! —gritó Lauber con rabia. Su sombría mirada se detuvo un momento en el Santo—. Pero si algo sale mal, no me echéis a mí la culpa.

Hizo que Palermo diera la vuelta y lo sacó con rudeza por la puerta, a la vez que Graner guardaba su pañuelo y volvía a tomar su bastón. Simón le siguió fuera de la habitación.

—Si Aliston regresa, utiliza su coche para llevarlo a la casa —dijo Graner cuando bajaban las escaleras—. Si pasa un tiempo razonable sin tener noticias tuyas, te mandaré nuevas instrucciones.

Aún llovía. Permanecieron en la entrada del portal observando como Lauber introducía a Palermo en el asiento trasero del coche. No causó el menor revuelo. Los vecinos de la calle dormían la siesta y cualquier detalle que hubiese podido llamar la atención de ocasionales peatones fue suficientemente ocultado por la torrencial tormenta. Tan pronto como Lauber hubo acomodado la carga y regresado, Graner cruzó los treinta centímetros de acera y se situó en el asiento del conductor. El coche se deslizó entre los riachuelos que burbujaban sobre los adoquines.

Lauber permaneció mirando sombríamente el vehículo hasta que dobló la siguiente esquina y desapareció. Simón le tocó en el hombro.

—Ahora —dijo—, vamos arriba, que tenemos que hablar.

Lauber transfirió la mirada al Santo y, después de volver a apretar sus delgados labios, dio la vuelta bruscamente, pasó sin decir palabra y empezó a subir, pesadamente, las escaleras.

Simón entró tras él en la habitación y se volvió a encaramar en su lugar favorito en el borde de la mesa. Abrió su cajetilla de cigarrillos y ofreció uno a Lauber, a lo que éste hizo caso omiso. Parecía estar soportando la presión de una intensa emoción.

—Ahora podrás sacarle mejor partido a la situación —dijo el Santo amigablemente—. Al fin y al cabo te he echado una buena mano.

—¿Tú? —preguntó Lauber, volviendo a la realidad.

—Claro. Confío en que ahora no intentes engañarme de nuevo, cariño, porque sólo conseguirás malgastar saliva. Christine me dijo que tú cogiste el billete... y, por separado, Joris me dijo lo mismo Y tú en persona casi lo admitiste cuando me interrumpiste hace un rato llamándome mentiroso. Sé que lo tienes, de modo que puedes empezar a jugar limpio. Compórtate como un gran hombre de negocios y tómatelo con filosofía, como lo hago yo. Empecé como uno más entre la multitud, con una participación de la octava parte del premio del billete. Más tarde Christine me ofreció la quinta parte, de manera que acepté su oferta. Palermo y Aliston llegaron a un tercio, que podía incluso haber sido más fácil de aceptar si ellos se hubieran comportado correctamente. Ahora tú me vas a ofrecer la mitad, lo que superará todas las ofertas anteriores. Deberías estar felicitándote.

—Debería autofelicitarme, ¿verdad?

El Santo asintió plácidamente.

—No sé mucho sobre tu currículum, pero al menos tienes buenas ideas. ¿Qué hiciste con el billete, Lauber?

La cara del otro comenzó a ponerse de color púrpura. Las venas se le salían de la frente y los ojos tomaron el aspecto de haber sido hervidos recientemente.

—¿Qué hice con el billete? —casi gritó.

—Eso es todo lo que quiero que me digas —dijo el Santo tranquilamente—, así que es mejor que te vayas haciendo a la idea. Tienes que permitir que me asocie contigo, Lauber, porque yo tengo a Christine, y tengo a Joris y tengo al otro individuo; y si los dejara en libertad, podrían armar tal escándalo sobre un billete de lotería que ha sido robado, que te encontrarías en un calabozo un minuto después de que intentaras hacerlo efectivo. No tienes ninguna otra elección, muchacho, de modo que harías bien hablando, y pronto. Si no lo haces, te hundiré.

Las últimas palabras no causaron una impresión perceptible sobre Lauber. Pareció estar tratando de evitar escuchar lo que, tan claramente, estaba oyendo.

—No tengo el billete —gruñó—. Los ojos del Santo se estrecharon.

—Tendrás que pensar algo más creíble que eso...

—No lo tengo, te lo aseguro —la voz de Lauber explotó en un ronco rugido que surgió a través de la obstrucción que sentía en su garganta—. ¡Idiota!... ¡Está en el coche!

El Santo se deslizó de la mesa como si lo hubieran barrido de ella. No le llevó una fracción de segundo el convencerse de que Lauber no podía estar

mintiendo. Todo conducía a esa conclusión. Los despiertos ojos del Santo resplandecieron como trocitos de hielo.

—¿Qué?

—Lo escondí anoche en el coche —dijo Lauber atropelladamente—. Era lo único que podía hacer. He estado tratando de recuperarlo durante todo el día... ¡Y tú has dejado que Graner se lo lleve!

3

Simón recuperó el control con un esfuerzo.

—¿Lo dejaste en el coche?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Uno de aquellos cerdos me dejó anoche sin sentido golpeándome en la cabeza. Me desperté en el coche cuando volvíamos a la casa y fue lo primero que se me vino a la mente. Sabía que podía tener problemas y tenía que hacer algo.

—¿Cómo sabes que aún está allí?

—Tiene que estar. Nadie lo buscaría donde lo puse.

—¿Qué me dices del chófer?

—Solo limpia el coche una vez a la semana, los lunes. Aún así sólo lo lava por fuera. Es el clásico tipo local. No se le ocurriría darle un repaso al interior hasta que estuviera demasiado sucio para poder sentarse.

—Pero supón que lo ha encontrado.

—Hubiera dicho algo. Durante todo el día he estado temiendo eso, pero no pude inventar ninguna excusa para ir al garaje o sacar el coche. Graner observa todo lo que uno hace. Cuando esa chica telefoneó traté de convencerlo para que me permitiera venir aquí solo, pero él se empeñó en bajar también. Podía haber recuperado el billete si me hubiese enviado a la casa con Palermo, pero tú no me ayudaste y no pude seguir discutiendo.

El Santo se acordó de su cigarrillo e inhaló con tranquila concentración, lo que consiguió no sin dificultad. No compartía, en absoluto, la convicción de Lauber acerca de que si alguno hubiese encontrado el billete lo hubiera dicho; aquella competición en el doble juego, y en el traicionar el doble juego, era tan intensa por parte de todos los bandos que era difícil dar por sentada cualquier cosa.

—Palermo y Aliston estaban utilizando un coche viejo cuando me cogieron. ¿Con qué coche bajaron esta mañana a buscar a Joris?

—No lo sé.

Simón tampoco lo recordaba. Trataba de acordarse de cualquier cosa que hubiese sucedido y que pudiera proporcionarle una pista. Pero, sea cual fuere el coche utilizado, Palermo y Aliston habían estado en el garaje y se les podía haber ocurrido hacer una rápida búsqueda.

—¿Qué coche se llevó el chófer cuando bajó anoche?

—Creo que fue el Buick.

En ninguna dirección había nada lo suficientemente definido como para poder formar una hipótesis. Hasta el propio Graner...

—¿Dónde escondiste el billete?

Lauber estaba recuperando su control. Incluso podía estar arrepintiéndose de haber hablado demasiado. Un resplandor de astucia cruzó por sus ojos.

—Eso es asunto mío. Encuentra un modo de conseguir el coche y yo recuperaré el billete.

—¿No podías haberlo cogido hace un rato, mientras metías a Palermo dentro?

—¿Crees que lo hubiese dejado allí si hubiera podido cogerlo?

Simón estudió el asunto desapasionadamente. Parecía poco probable, pero no quería dejar nada al azar.

—Bueno. Para estar bien seguro, primero te voy a registrar.

—Será mejor que ni lo intentes —replicó Lauber, desafiante.

Su mano fue al bolsillo donde había guardado su arma y una cómica expresión de incredulidad y desmayo deformó su cara cuando lo encontró vacío. Su mirada se dirigió furiosa al Santo; Simón estaba jugando indolentemente con el arma, que tenía cogida por el guardamonte, y sonreía.

—Se me olvidó decirte que, en un tiempo, fui carterista —se disculpó con solemnidad—. Levanta las manos y pórtate como un buen chico mientras te registro.

Lauber no tuvo ningún argumento que oponer. Permaneció amenazante y grosero mientras las expertas manos del Santo le recorrían con tal eficacia que no hubieran dejado sin descubrir ni un sello de correos. Si Lauber hubiera tenido el billete encima, Simón lo habría encontrado: pero no estaba allí. Cuando una vez terminado el registro el Santo dio un paso atrás estaba seguro de ello.

—¿Quieres recuperar tu juguete? —preguntó descuidadamente, cuando hubo terminado, y le ofreció la pistola.

Lauber la cogió con cautela, como si casi esperase que le mordiera. La desvergonzada osadía del gesto del Santo le dejó confundido, como ya había

sucedido con Graner.

Pero Simón ni siquiera había estado prestando la menor atención al modo como Lauber recogía su arma. Toda su energía mental estaba enfocada sobre este nuevo aspecto del problema del billete. Pero era un punto que no podía aclararse mediante un proceso en el que se utilizara la lógica, o si se podía hacer, él era incapaz de desarrollarlo. El único hecho cierto era que Lauber no tenía el billete consigo. Ninguna de las demás posibilidades podía descartarse. Lo podía tener Palermo, o Aliston, o Manuel. O incluso podía tenerlo Graner, o encontrarlo en cualquier momento, si tenía suficientes sospechas como para ponerse a buscarlo y decidía unirse a aquel movimiento popular y remar con su propia canoa en aquella regata de piratas. O podía estar aún en el coche, lo que hacía que a Simón se le erizaran los cabellos al pensar en la solución definitiva y catastrófica al problema si Graner tenía un accidente en su regreso a la casa y el coche se incendiaba.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora?

El Santo se encogió de hombros.

—De todas formas, Graner y Palermo han vuelto ya a la casa. Lo mismo que el coche. Tenemos que conseguir que Aliston y el chófer también regresen. Entonces, cuando todos estén juntos...

Repentinamente guardó silencio, escuchando. No habían cerrado del todo la puerta cuando volvieron a entrar al piso y los finos oídos del Santo percibieron el primer sonido que produjo alguien al penetrar en el portal. Lauber también escuchó, en el silencio que se había producido, y ambos oyeron unas pisadas en las escaleras.

El Santo volvió a sonreír y se movió silenciosamente alrededor de la mesa. Tomó con fuerza por el brazo a Lauber y lo empujó para colocarlo en el centro de la habitación, donde sería lo primero que vería cualquiera que cruzase la puerta de la misma.

—Quédate aquí —susurró—. Yo me colocaré a sus espaldas.

Antes de que Lauber pudiera protestar por la concesión de tan dudoso honor, ya era demasiado tarde para que se moviera. El Santo se había retirado con la misma silenciosa prontitud, y cuando la puerta se abrió ya estaba situado tras de ella.

Un momento después reapareció detrás del hombre que entraba, que era el chófer de Graner. Simón lo reconoció, incluso desde su perspectiva trasera, con ayuda del olor a ajo y sudor que le llegaba de él.

—Don Reuben me envía —explicó.

—¿Para qué? —gruñó Lauber con la voz algo atiplada por causa de la tensión nerviosa.

—He estado vigilando el Hotel Orotava. Hace un rato llegaron el señor Vanlinden y otro hombre. El señor Vanlinden se ha quedado dentro, pero el otro hombre salió enseguida. Tomó un taxi para ir al número ochenta de la calle San Francisco. Oí como el conductor repetía la dirección.

—¿Qué más?

—Don Reuben dijo que uno de ustedes debe ir allí y vigilarlo. Yo debo permanecer aquí y ayudar al otro.

Lauber miró al Santo y Simón se movió silenciosamente hacia delante, sujetando con fuerza los brazos del hombre detrás de su espalda. El chófer dejó escapar un respingo de sorpresa y volvió su cabeza hasta ver al Santo. Simón le sonrió y apartó la nariz.

—Date prisa y regístralo —dijo—. Me está gaseando.

Lauber hizo el registro, mientras el hombre se debatía inútilmente contra la experta llave del Santo. El registro fue más largo y torpe de lo que el Santo hubiese deseado, pero cuando terminó se sintió seguro de que al menos el chófer no tenía el billete encima.

—¿Qué te estaba diciendo? —recordó preguntar Simón, mientras soltaba a su farfullante cautivo.

Lauber le tradujo el mensaje. Aún miraba con sospechas al chófer.

—Puede haber escondido el billete en otra parte —concluyó, volviendo a su principal preocupación.

Simón pensó con rapidez. Personalmente opinaba que la posibilidad era remota. Si realmente el chófer hubiese encontrado el billete, era poco probable que lo llevara encima. Pero, dado que era isleño, no tenía mucha credibilidad el que actuase con tanta inteligencia e imaginación como para protegerse a sí mismo continuando ostensiblemente su vida normal o demorando lo suficiente el intento de cobro del billete ante el temor de que Joris lo hubiese denunciado a la policía... Simón estaba casi dispuesto a tachar al chófer de la lista de sospechosos, pero tampoco encontró nada malo en permitir que Lauber mantuviese sus sospechas.

—Entra dentro de lo posible —admitió—. Será mejor que veas si le puedes hacer hablar mientras yo voy a seguir al otro tipo.

El recelo volvió lentamente a la cara de Lauber.

—Veremos si le podemos hacer hablar —replicó con sequedad—. Y, después, *yo iré* a seguir el rastro del otro tipo.

Simón se le encaró airadamente.

—¡Intenta no ser más idiota de lo que Dios te hizo! ¿Por qué crees que Graner quiere que uno de nosotros vigile a ese individuo?

—Ni lo sé, ni me importa...

—Entonces ya es hora de que lo sepas. Ya oíste lo que le dije a Graner. El cree que ese tipo sabe donde está el billete... pero nosotros sabemos que no es así. Graner sólo trata de evitar que me engañen... y yo sé que no pueden hacerlo. No se preocuparán si me ven a mí, pero se asustarán si te ven a ti. Y, además, este es el lugar importante, el punto al que Aliston regresará...

—Pero tú dijiste que tenías en tu poder a Joris y su amigo.

El Santo casi se cayó de espaldas. Así le pareció que iba a suceder, pero por algún milagro de su voluntad, se mantuvo de pie y mirando a los ojos de Lauber, sin que se estremeciera ni un solo músculo de su cuerpo.

—Claro que son míos —aseguró firmemente—. Pero ellos creen que estoy a su lado. No tengo que encerrarles. ¿No te das cuenta de que, permitiéndoles pensar que aún tienen posibilidades, no irán a contarle a la policía el asunto del billete robado?

—Da igual —dijo Lauber tozudamente no vas a ir sólo a ninguna parte.

La mano de Lauber estaba bajando lentamente hacia su bolsillo. Ese movimiento insinuaba un problema inmediato, no quedaba la menor duda. El Santo lamentó haberle devuelto el arma, más, a lo hecho, pecho. Las lamentaciones no conseguirían que recuperara la pistola. Pero el Santo también pensaba en otros aspectos del problema global. Había dejado solos por mucho tiempo a Christine y a Hoppy, y el provecho que se podía obtener de Lauber se había agotado.

Lauber estaba a menos de un metro de distancia cuando el Santo se le encaró, y, dado que no tenía el mismo nivel intelectual de Graner, sólo un determinado argumento podía causarle una verdadera impresión.

Simón estudió la situación y al otro hombre en uno de los más rápidos cálculos que había tenido que hacer en su vida. Ya había golpeado una vez la mandíbula de Lauber y había descubierto de qué material estaba fabricada. Pero el cuerpo de aquel hombre tenía esa sólida gordura a la que son propensos los hombres de su constitución cuando empiezan a vivir una vida de inactividad. Simón eligió su objetivo para el segundo experimento con mayor cuidado que la primera vez.

—Dímelo otra vez, hermano —susurró—, y su puño se disparó como impulsado por un resorte.

En él se contenía la potencia del pistón de una locomotora, nacida de la aplicación del peso del Santo y el científico movimiento de su cuerpo y de la

fortaleza de los músculos de sus hombros y espalda. Cada gramo de su peso, y su fuerza, desde la punta de los pies hasta su puño, se dedicaron a impregnar el golpe con el poder de la dinamita. Simón no necesitaba más dilaciones; sabía cuanto había que aplicar para afectar a la constitución de Lauber y, generosamente, puso todo lo que tenía. El golpe estalló exactamente debajo del punto donde las costillas empiezan a separarse, con tal fuerza que la carne se hundió diez centímetros antes de que los nudillos del Santo terminaran su recorrido.

Lauber fue acometido por un extraño y duro golpe de tos y sus rodillas se aflojaron. Simón colocó su puño derecho bajo la mandíbula de Graner, por suerte cuando su cabeza caía hacia delante, y ya no esperó a ver los resultados.

El chófer, que no podía haber sabido de que lado estaba durante todo el tiempo, hizo un ligero intento de sujetarle cuando se dirigía a la puerta. Simón le endosó un directo a la nariz y le zancadilleó con celeridad cuando retrocedía. Un segundo después bajaba de un salto el primer tramo de las escaleras.

Anduvo con rapidez un par de manzanas hasta encontrar una parada de taxis. Lanzó una moneda al aire en el interior de su mente y abrió de un tirón la puerta del coche más cercano.

—*San Francisco, ochenta*^[67] —ordenó mientras el conductor ponía el vehículo en marcha.

Encendió un cigarrillo y se recostó en el asiento estudiando con calma lo que acababa de suceder en los últimos minutos. Había peleado con Lauber y Manuel: ¿qué consecuencias podía tener eso? A menos que izara la bandera de la calavera y las tibias cruzadas y declarase abiertamente la guerra a toda la banda, ese intermedio de diversión influiría en algún sentido. Pero no había tenido elección porque el cráneo de Lauber era demasiado duro como para que otros medios hubiesen resultado eficaces...; la nariz del chófer era un detalle de menor importancia. De todas formas, y al menos de momento, había evitado que Lauber fuera al escondite de Christine, puesto que el otro ya conocía la dirección. Simón se preguntó si debería haber cogido la pistola y acabado definitivamente el trabajo, pero la oportunidad ya había pasado y no se conseguía nada preocupándose por ello... En aquellos momentos, el cerebro del Santo estaba totalmente ocupado con los problemas del futuro.

El edificio donde David Keena tenía su piso parecía igual de tranquilo que cuando lo dejó. No había coches de aspecto sospechoso aparcados en sus inmediaciones, o a la puerta, ni tampoco se percibía ningún síntoma de

conmoción reciente, cosa que el Santo casi esperaba que existiera. Simón se preguntó si podría permitirse el lujo de volver a respirar.

Dejó al taxi aguardando y corrió escaleras arriba. La puerta del piso estaba cerrada, bien. Llamó con impaciencia y a los pocos momentos la puerta se abrió unos centímetros; Simón contempló, a través de la rendija, y por encima del cañón de la Betsy de Mr. Uniatz, la obsesionante cara del propio Hoppy.

—Oh, es usted, jefe —dijo innecesariamente, pero con una clara satisfacción, Mr. Uniatz—. Sabía que vendría.

Se separó de la puerta para permitir que el Santo entrara. Simón dio un par de pasos dentro de la habitación y se detuvo petrificado, mirando la figura que yacía, brazos y piernas totalmente abiertos, en el centro de la alfombra.

—¿Qué le pasó? —preguntó agitadamente.

—Bueno, no está muy herido —dijo Hoppy confidencialmente—. Apenas llegué aquí, trató de entrar, de modo que le dejé pasar la puerta y le sacudí en lo alto de la cúpula, como me ordenó que hiciera. ¿Conoce al tipo, jefe?

—¿Que si lo conozco?

El Santo tragó saliva, sin poder hablar. Después de un momento pudo recuperar el movimiento, levantó a David Keena y lo acostó en el sofá.

—¿Dónde está Christine? —preguntó—. ¿No te dijo ella quien era?

—La chica no ha llegado aún —empezó a decir despreocupadamente Mr. Uniatz. Y el Santo se quedó inmóvil.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Entonces Aliston localizó el taxi!

CAPÍTULO VIII

De cómo Mr. Uniatz no se aclaraba con respecto a quien debía o no golpear y Simón Templar fue cortés con una dama.

1

Decir que aquello era griego para Mr. Uniatz llevaría a confusión. Hoppy no hubiera estado completamente seguro de si un griego era un tipo que tenía una tienda de embutidos, algo que te había salido en el cuello, una especie de arroyo o el ruido que hace una puerta cuando sus goznes no están bien aceitados. Ello hubiera acarreado muchos otros problemas adicionales, todos los cuales hubieran sido lamentables. Siguiendo la línea de mínima resistencia, Mr. Uniatz, sencillamente, se quedó en blanco.

—No lo sé, jefe —dijo, esforzándose concienzudamente por seguir el rápido desarrollo de los acontecimientos—. ¿Qué taxi era ese?

—¡El taxi en que la traje aquí, idiota!

—¿Quiere decir que usted la trajo aquí, jefe?

—Sí.

—¿A Christine?

—Sí.

—¿En un taxi? —aventuró Mr. Uniatz, que se encontraba dispuesto a llegar al fondo de la cuestión.

Simón recurrió a todas sus reservas de autocontrol.

—Sí, Hoppy —dijo—. Yo mismo traje aquí a Christine en un taxi antes de que Palermo y Aliston me cogieran, es decir, antes de que fuera al piso donde te encontré. La dejé aquí y le dije que no saliera. Estaba previsto que te estaría esperando cuando tú vinieras.

—Puede que este tipo se la llevara —sugirió esperanzado Mr. Uniatz, señalando con el pulgar en dirección al cuerpo que reposaba en el sofá—. ¿Su nombre es «Paloimo» o Aliston?

—Ninguno de ellos —dijo el Santo—. Se llama Keena, y este piso es suyo.

—Entonces, ¿cómo...?

—Me lo dejó prestado como escondrijo para Christine. Es amigo mío. Se fue de aquí para que Christine pudiera quedarse. ¡Y tú le has sacudido en la cúpula!

Mr. Uniatz miró desconcertado a su víctima. Parecía pensar que la vida no le daba un tratamiento justo. Si sucedían cosas así, ¿cómo iba uno a saber a quién se podía golpear y a quién no? Los asuntos más triviales de su vida diaria se estaban llenando de complicaciones antinaturales.

—Jesús, jefe —dijo Mr. Uniatz de forma patética—. Sabe que no le daría a nadie un golpe en todo lo alto si usted me hubiera dicho que era de los nuestros. Pero ¿cómo voy yo a saberlo? La última vez que me dijo que le sacudiera a un tipo, no lo hice, y esta vez...

—Lo sé —dijo el Santo—. No es culpa tuya.

Se volvió hacia el sofá donde David Keena empezaba a emitir sonidos indicativos de un próximo retorno a la consciencia. Con ayuda del Santo pronto estuvo sentado, acariciándose cariñosamente la cabeza, mientras sus turbios ojos se afanaban en identificar lo que le rodeaba. Luego reconoció a Hoppy y recordó toda la historia. Trató de levantarse, pero el Santo lo mantuvo sentado.

—Escucha, David; todo fue un error. Hoppy es amigo mío. No quería hacerte daño.

—Bien; entonces ¿por qué me sacudió?

—Lo envié a que cuidara de Christine. Trataste de entrar y, como él no te conocía, lógicamente pensó que eras uno de los malos. Te dije que permanecieras alejado del piso, ¿lo recuerdas?

—Eso es verdad, amigo —dijo anhelante Mr. Uniatz—. Yo no sabía que usted era compinche del jefe. ¿Por qué no me lo dijo?

—Tráele un trago —ordenó el Santo...

Mr. Uniatz experimentó un cierto sentimiento de culpabilidad.

—Había una botella que encontré aquí...

—Vuelve a encontrarla —dijo el Santo secamente—. Y si no la encuentras, te estrujaré hasta extraértela.

Hoppy se escabulló y volvió con una botella. Quedaba poco más de un dedo de líquido. El Santo continuó mirándole con frialdad y Hoppy reaccionó saliendo de nuevo de la habitación y volviendo con un vaso. Siempre olvidaba la curiosa costumbre que tenían algunas personas de verter el whisky en un vaso antes de transferirlo a la boca, un superfluo gasto de tiempo y energía que Mr. Uniatz nunca había sido capaz de comprender. Pero estaba deseoso de hacerse perdonar, por lo que incluso dio el paso, sin precedentes, de servir él mismo el resto del whisky.

Mientras David se lo bebía, Simón trató de encajar lo que había sucedido. Aliston debía haber sido lo suficientemente afortunado como para encontrar el taxi, de vuelta en su parada, apenas empezó la búsqueda. No obstante, Simón se preguntó como se las habría arreglado para llevarse a Christine, pero lo cierto es que lo había conseguido. Ella había desaparecido cuando Hoppy llegó al piso. Por lo tanto, Aliston la tenía en su poder ya durante un tiempo demasiado largo, y se preguntaba qué podía haber hecho con ella. El Santo hubiese esperado que la llevara directamente a la misma casa a la que él había sido conducido, y Aliston podía haberlo hecho en el coche que conducía. Y, sin embargo, cuando el Santo había salido de aquella casa, un buen rato después de que se produjera el hecho, Aliston no había aparecido. La explicación se le presentó como un relámpago: durante cuarenta y cinco minutos, o una hora, o quizás más tiempo, el Buick de Graner había estado aparcado en el exterior de la casa a la que Aliston pensaba ir. Debió verlo y sospecharía que había surgido algún problema, por lo que no se detuvo.

O eso, o que también ya había decidido traicionar a Palermo.

Pero, en cualquier caso, ¿dónde podían haber ido?

Simón se dio cuenta enseguida de que esa era una pregunta que no encontraba respuestas en las teorías. Tenía que salir y hacer algo para contestarla, aunque sólo Dios sabía como podría conseguirlo. La situación implicaba que al menos Aliston no regresaría al piso para caer en las manos de Lauber... si las manos de éste habían recuperado ya la capacidad de funcionar. Por alguna parte de la isla de Tenerife, Aliston andaba libre, y él tenía que localizarlo y atraparlo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó a David.

—Si tomara un poco más de esto creo que podría seguir viviendo —dijo Keena dubitativamente mientras dejaba su vaso.

Simón le dio un cigarrillo.

—Dentro de unos momentos te enviaremos a la calle a buscar un poco más —dijo—. Pero hay un par de cosas que podrías contarme antes. ¿Qué

venías a hacer aquí cuando Hoppy te sacudió?

—Sólo venía a ver como le iba a Christine.

—¿Recuerdas lo que te dije?

—Sí, pero no lo tomé muy en serio. No sabía que ibas a llenar el lugar de «leñadores».

—Tuviste suerte de tropezarte con el buenazo de Hoppy —dijo insensible el Santo—. Si hubiera sido uno de los otros, probablemente nos estaríamos ahora preguntando qué hacer con tu cuerpo. Esta no es la «hora de los niños» y cualquiera que participe en este juego es un firme candidato a salir con los pies por delante. Te lo advertí.

David había estado examinando la habitación con dudosa perplejidad.

—¿Dónde está Christine?

—Los otros, o al menos uno de ellos, la han cogido —dijo el Santo lisamente—. Ya no estaba aquí cuando Hoppy llegó.

—Pero ¿cómo pudieron hacerlo?

—Si supiera la respuesta, te lo diría. Soy incapaz de localizar ni una pista.

Simón recorrió rápidamente el piso y le llevó sólo un par de minutos verificar su respuesta. Todo estaba en su sitio, exactamente igual que cuando él se fue..., únicamente faltaba Christine.

—¿Estaba esto así cuando llegaste, Hoppy?

—Sí, jefe.

—¿No estaba cerrada la puerta?

—No, jefe. Tomé el pomo, empujé y entré.

—¿No parecía que hubiese habido una pelea?

—No, jefe. —Mr. Uniatz se rascó una oreja, y luego sugirió brillantemente—: Quizás es que no hubo pelea.

—Puede que no la hubiera —admitió el Santo.

Fue hacia la puerta y examinó la cerradura, pero no mostraba ningún signo de violencia o de haber intentado ser abierta mediante cualquier hábil procedimiento, lo cual hubiera sido detectado enseguida por su experiencia personal.

Se dirigió de nuevo a David.

—¿No notaste nada raro cuando entraste?

—No tuve oportunidad de ver nada... excepto a él.

—Pero ¿no observaste si algo no estaba colocado en su sitio, cualquier cosa, por pequeña que fuera, que se saliera de lo normal? ¿Ni en la calle, un grupo de gente o alguna persona mirando... u otra cosa rara?

—No me di cuenta de nada.

Simón fumó en silencio durante unos momentos y tomó una decisión.

—No hacemos nada útil quedándonos aquí —dijo—. Y, además, puede no ser muy saludable. Por lo menos, un miembro del grupo importante de los malos y un repugnante representante del otro grupo conocen esta dirección. Les sacudí bastante fuerte a los dos, pero no sé lo que harán cuando se recuperen. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Es una buena idea —asintió Keena—. No me gustan tus amigos. Además, podemos comprar más medicina.

—Tendrás que hacerlo tú solo, amigo mío. Yo la pagaré, pero Hoppy y yo vamos a estar muy ocupados. Por otra parte, será mejor que no te involucres en esta fiesta más de lo que ya lo estás.

Keena estuvo de acuerdo.

—No quiero volver a entrometerme jamás —remachó con absoluta sinceridad—. Pero ¿cuándo podré utilizar mi piso otra vez?

—Cuando yo haya quitado de enmedio a la oposición. Te tendré informado. Hasta entonces, si nos ves por cualquier parte, será mejor que simules que no nos conocemos. Algún día te enviaré una parte de los beneficios que consigamos, lo que te hará pensar que todo mereció la pena... *Conque andando*^[68]. Sal tú primero y te daremos cinco minutos para que te alejes.

David se dio la vuelta cuando llegaba a la puerta y señaló a Hoppy.

—Sólo deseo que el siguiente golpe se lo lleve él.

Mr. Uniatz, con una apenada expresión en su feo rostro, miró como se cerraba la puerta. A él, un alma cándida, una persona de corazón abierto, ansiosa por obtener la amistad de todos los seres humanos, le dolía ser rechazado.

—Jefe —dijo Mr. Uniatz simplemente—, no parezco caerle bien a ese tipo.

—¿Esperabas que te adorara después de golpearle en la azotea? —dijo el Santo.

Mr. Uniatz volvió a refugiarse en su dolido silencio. Para él era absolutamente incomprensible. Uno tenía que sobreponerse a lo malo. Supongamos un tipo al que le han sacudido en todo lo alto; si todo eso se había hecho por otro tipo animado por un amistoso espíritu, ¿por qué aquel tenía que sentirse resentido contra éste? Sacó un ajado puro de un bolsillo y lo masticó mientras seguía rumiando el problema.

El Santo lo dejó meditar. Por su parte estaba totalmente ocupado con el problema de las reacciones de Lauber y del chófer tras el incidente similar

que había tenido con ellos, aunque era incapaz de contemplar a ambos bajo la misma ingenua luz con que, para su completa satisfacción, los hubiese iluminado Hoppy Uniatz. En estos momentos era presumible que ambos estarían de nuevo en pie y recuperando su habitual forma de ser; y el Santo no esperaba que le perdonaran lo que les había hecho.

La forma en que podría llevarse a cabo esa venganza era otra preocupación añadida. Si intentaban ir a quejarse a Graner, estaba claro que Lauber no tenía autoridad para darle órdenes al Santo, pero tampoco el Santo tenía la obligación particular de golpear al otro en el estómago; no obstante, un hombre con imaginación podría inventarse una historia que justificara lo primero y diera lugar a una mala interpretación de lo segundo. Pero aún quedaba el chófer, que podría relatar ciertos inexplicables sucesos que habían precedido al citado masaje de estómago. Antes que nada, Lauber tendría que ponerse de acuerdo con él. Pero si Manuel se hubiera recuperado el primero, podría haber decidido hacer algún negocio por su cuenta... y no habría nada que impidiera que le contase a Graner la verdad completa, al menos tal y como él la habría entendido. Todo esto sólo hacía añadir unos cuantos factores más, de incalculables consecuencias, a aquel revoltillo... y todos esos factores habría que aclararlos antes de resolver la ecuación final.

El Santo miró su reloj.

—Movámonos —dijo.

Cerró la puerta del piso y bajó con Hoppy pegado a sus talones.

La calle seguía tranquila. Por lo menos, había dejado de llover y los mojados adoquines brillaban a la grisácea luz del atardecer. Unos cuantos niños, harapientos y sucios, chapoteaban en los ríos que corrían por las cunetas y salpicaban las aceras. Dos o tres jóvenes, de desaseado aspecto, se encontraban en una entrada cercana y se ocupaban enérgicamente en la tradicional labor local: no hacer nada. Una mujeruca, sin dientes y arrugada, envuelta en una toquilla negra, se apoyaba contra una pared y se arrascaba filosóficamente. La sórdida e inútil vida de Santa Cruz continuaba su insignificante discurrir, como lo había hecho durante los últimos cuatrocientos años y, probablemente, continuaría haciendo los siguientes cuatrocientos^[69].

Entraron al taxi que había traído al Santo. Cuando arrancó, Simón miró hacia atrás, a la escena callejera. Nada había cambiado. Estaba seguro de que no habían sido observados ni seguidos.

—Hotel Orotava —dijo.

No tuvo nada más que decir durante el viaje, y Mr. Uniatz, que seguía aún discurrendo sobre los misterios de la psicología humana, tampoco hizo esfuerzos para iniciar una conversación. Además, sabía por experiencia que la conversación con el Santo traía usualmente consigo una intensa concentración mental, una preocupación que él nunca solía buscar. Y hoy ya había tenido, entre unas cosas y otras, suficientes problemas.

Cuando llegaron a su destino, Simón exploró la plaza con la misma penetrante y alerta atención con que lo había hecho en la calle San Francisco (que oficialmente se denomina del Doctor Comenge, aunque, con la excepción de los dibujantes de planos de la ciudad, nadie lo sabe en Tenerife) [70]. Pero también allí todo seguía igual. El habitual grupo de desocupados seguía sosteniendo la estatua de la Virgen de la Candelaria; los autobuses estaban recibiendo a los usuales y aburridos pasajeros; los mozuelos de siempre pregonaban el periódico de la tarde; los habituales taxis estaban haciendo sonar, sin necesidad alguna, sus inusuales y desagradables bocinas; la única circunstancia inhabitual, si se aceptaba la divina inspiración de las guías turísticas, era el río de agua barrosa y amarillenta que bajaba por la calle, como un Yangtze-Kiang en miniatura, desde las partes altas de la ciudad. Pero no había nadie a la vista a quien el Santo pudiera reconocer.

Sin embargo, llevaba el corazón en la boca mientras el anticuado ascensor, de manera vacilante, le transportaba hasta el piso superior del hotel. Cuando atravesó la puerta de comunicación entre los dormitorios y encontró a Joris Vanlinden en la cama, durmiendo beatíficamente, sintió que por lo menos aquello era demasiado bueno para ser verdad.

Simón lo observó durante unos pocos segundos, y una parte de su trabajado plan cristalizó en su mente. Volvió de puntillas a su habitación y descolgó el teléfono.

2

La voz de Graner le contestó enseguida...; no era posible confundir sus delicadamente venenosas inflexiones, que se detectaban incluso a través de los metálicos ecos del aparato.

—Aquí Tombs —dijo el Santo.

—¿Sí? —La respuesta de Graner llegó sin vacilaciones.

—Tu chófer apareció con el mensaje. Fui a la dirección. Es un edificio con un par de pisos, pero no he visto ni a mi hombre ni a nadie más. Naturalmente, puede haber regresado... lo que no puedo descubrir sin llamar a las puertas. Creo que es mejor, si puedo evitarlo, no armar mucho lío, por miedo a que se asuste.

—¿Sabías algo de Aliston cuando dejaste a Lauber?

—Ni una palabra. ¿Y tú?

—No se ha puesto en contacto con la casa.

—Bien. ¿Qué hacemos? —preguntó el Santo—. Por cierto, ¿por qué querías que alguien cazara a ese tipo?

—Pensé que no sería malo echarle un ojo. ¿Desde dónde llamas?

—Estoy en una tienda cercana.

—¿Cuál es el número de ese teléfono?

—Tres, nueve, ocho, seis —dijo el Santo, con la esperanza de que Graner no conociese a nadie cuyo teléfono tuviese ese número.

—Será mejor que esperes un rato... digamos como media hora. Si aparece, síguelo. Pasado ese tiempo, si no ha llegado, intenta entrar en el piso y a ver lo que puedes averiguar. Si no hay rastro de él, vuelve con Lauber. En el caso de que tenga nuevas instrucciones, te llamaré. Di en la tienda que esperas una llamada.

—De acuerdo.

Simón colgó el teléfono con un ligero encogimiento de hombros. No había avanzado mucho. Si la participación de Graner en el diálogo podía considerarse fiable, ni Lauber ni el chófer se habían aún puesto en contacto con él. Era una base bastante endeble sobre la que construir decisiones vitales, pero era todo lo que tenía. E incluso, si momentáneamente se aceptaba lo anterior como cierto, aún había que predecir el siguiente movimiento de Lauber.

Mecánicamente el Santo sacó su cajetilla buscando el indispensable auxilio de un cigarrillo para pensar. Estaba vacía.

—Maldita sea —masculló, y se levantó de la cama—. ¿Tienes un cigarrillo, Hoppy?

—Tengo un purito^[71] —dijo Mr. Uniatz con generosidad.

Simón miró el puro y, prudentemente, denegó con la cabeza.

—Voy a salir a comprar tabaco —dijo, y recordó que, a la vez, podía hacer algo más.

—A lo mejor podemos tomar un trago en el lugar donde lo compre —asintió con entusiasmo Mr. Uniatz.

Un firme veto a tal idea de esparcimiento social estaba en la punta de la lengua del Santo cuando examinó el asunto desde otro ángulo. Echó una ojeada a través de la puerta de comunicación. Joris seguía durmiendo el relajado y absolutamente despreocupado sueño de un niño.

Simón cerró la puerta con cuidado.

—Puedes tomarte una copa —dijo—. Pero no podemos ser vistos bebiendo juntos. Dame un par de minutos y luego sal tú. Será preferible que vayas al Bar Alemán, que está exactamente al otro lado de la plaza, el que tiene un toldo. Yo estaré allí en... veamos... una hora y media como mucho. Si no te presto atención, no te acerques, ni me hables. Y si no he aparecido a las seis y media, vuelve aquí y cuida del fuerte. ¿Lo has entendido, o te lo repito?



—Lo he cogido, jefe —dijo Mr. Uniatz inteligentemente—. Pero ¿debo, o no, sacudirle a cualquier tipo que entre?

—Creo que le debes sacudir —dijo, fatalista, el Santo.

Mientras bajaba las escaleras se sintió más convencido de la bondad de su plan. Bien pronto, sin importar como se desarrollara el resto de la situación, alguien estaría investigando el informe de que Joris había vuelto al hotel; y todo lo que le pudiera confundir e incrementar sus dificultades supondría una ventaja para los que militaban en el campo de los buenos y los Santos.

Lamentaba que era una forma de utilizar a Hoppy como cebo viviente, pero, a la vez, probablemente añadía muy poco peligro al que ya estaba corriendo.

Cuando el Santo se acercó al mostrador de recepción, el chico del pelo ondulado le miró con una satisfecha y optimista sonrisa. Estaba empezando a considerar aquellas aproximaciones como un milagro continuo.

Simón miró a su alrededor antes de hablar, pero no había nadie en el vestíbulo.

—¿Te acuerdas del viejo que vino con mi amigo hace un rato?

—Sí, señor^[72].

—¿Ha preguntado alguien por él?

—No, señor. *Nadie me ha preguntado*^[73].

—Estupendo. Ahora, escucha: Dentro de unos momentos mi amigo va a salir otra vez, pero en esta ocasión sólo. Si alguien te pregunta por el viejo, le dirás que salieron los dos. Si quieren saber cuál es el número de su habitación, les das el número de cualquiera de los cuartos vacíos del segundo piso. Pero debes asegurarles que ha salido del hotel. Y también les dirás que yo no he vuelto. ¿Comprendido?

—Sí, señor^[74] —dijo expectante el joven.

No quedó defraudado. Otro billete de cien pesetas se desplegó bajo sus ojos. Pensó que, si esto seguía así durante unos cuantos días, podría renunciar a su trabajo como *conserje*^[75] y comprarse una platanera, lo que para todo buen canario representa su sueño de independencia laboral y prosperidad económica.

—Y cuando termines tu turno asegúrate de que el portero de noche tenga las mismas órdenes —fueron las instrucciones que impartió el Santo antes de marcharse.

Estaba ya saliendo cuando el chico recordó algo y corrió tras él.

—*Ha llegado una carta para usted*^[76].

Simón tomó la carta y la examinó intrigado, pues no creía que nadie en Inglaterra supiera donde estaba exactamente ahora. Y en el matasellos encontró la explicación. Era una carta que había sido enviada por correo aéreo cuando efectuó una breve visita a Tenerife hacía algo más de dos meses y que las impenetrables entrañas del sistema postal español habían decidido por fin vomitar, una vez demostrada su capacidad para unirse al carro de los esfuerzos del Progreso para conseguir una mayor rapidez en las comunicaciones.

—Gracias —dijo el Santo cuando se pudo recuperar ligeramente de la emoción—. A la vez me enviaron un paquete, pero por correo ordinario.

Deberá llegar cualquier semana de estas. ¿Querrás estar atento cuando se reciba?

Metió la carta en un bolsillo mientras cruzaba la plaza y se dirigía a «Camacho's Excursions». No siendo el turismo un gran negocio, la agencia también se dedicaba a la venta de cigarrillos y revistas.

—*Hola*^[77] (sic), Jorge —murmuró al entrar. La redonda cara del obeso dependiente portugués se ensanchó, radiante, al reconocer al Santo.

—*Holá, senhor! Como 'sta 'ste? 'te ha vuelt'a Tenerife?*^[78].

—Sí, Jorge, he vuelto. Y me quiero marchar otra vez. Dame unos cigarrillos y cuéntame luego el programa de salidas de barcos.

—*'te quiere march'se ahora?* —dijo Jorge incrédulo—, *'te tiene que lev'much'más tiemp'aquí!*

El Santo movió sonriente la cabeza.

—Ya he estado demasiado tiempo —dijo.

Jorge le entregó un paquete de cigarrillos y repasó un grupo de prospectos de compañías navieras. Con la perspectiva de innumerables *mañanas* bailando en su mente anunció, tras unos minutos, en su execrable mezcla de español y portugués:

—*Hay un barc'que sal'de aquí el día quins...*

—¿Cómo? ¿El quince? ¿Del próximo mes? ¡Yo necesito uno que zarpe inmediatamente!

—*'te quiere salir ahora mismo?*

—Cuanto antes mejor.

—*Hay un barc'que sal'pasdo mañan'...*

—¿No hay ninguno para esta noche?

—*Ay, ay, ay, 'te ten demasiado pris'!*

Jorge volvió a sus folletos con un profundo suspiro y, mientras seguía en ello, Simón tomó un ejemplar de «La Tarde»^[79] que estaba sobre el mostrador.

LA TARDE
DIARIO DE INFORMACION GENERAL

MIRAFLORES
Edición de mañana, 100 Ptas.
Presencia, 100 Ptas.
Estracción, por un mes
España, 1.000 Ptas.
FRANCO GONZALEZ
Teléfono, 27 de Octubre de 1936

OPORTUNO
Edición de mañana, 100 Ptas.
Presencia, 100 Ptas.
Estracción, por un mes
España, 1.000 Ptas.
FRANCO GONZALEZ
Teléfono, 27 de Octubre de 1936

NOVATA 1.000 Ptas.
Edición de mañana, 100 Ptas.
Presencia, 100 Ptas.
Estracción, por un mes
España, 1.000 Ptas.
FRANCO GONZALEZ
Teléfono, 27 de Octubre de 1936

Don Fernando de los Ríos, al dejar la isla, habla nuevamente a "LA TARDE"

El maravilloso panorama de la Cruz de Afur

Apreciaciones sobre arquitectura: balcones y patios; la iglesia de la Concepción de La Laguna.- Un coche atascado.- El valle de la Orotava y Las Cañadas

Los que habrán observado la gran... (text continues)

Asuntos insulares

Trasladan al Gobernador civil cuando se disponía a afrontar problema del orden público

En Tenerife han quedado impunes muchos crímenes, a los que se quiere poner remedio a este problema



Política europea

El resbalón y la caída de Samuel Hoare

Hoare es uno de los grandes... (text continues)



El gobernador civil, don José Nolas, a bordo del "Villa de Madrid"...

Aparte de sus propios estallidos de indignación ante la aparición del gangsterismo en Tenerife, y la amplificación del incidente original mediante entrevistas con todos los habitantes de la ciudad que vivían en un radio de tres kilómetros del lugar del tiroteo, el periódico proporcionaba más datos sobre el desarrollo de los acontecimientos que, por premura de tiempo, no se habían podido incluir en las ediciones matutinas. Según parecía, en las primeras horas de la mañana, y al extenderse la alarma, un vigilante armado de servicio en la Refinería había empezado a disparar contra algo por razones, hasta el momento, desconocidas para todo el mundo. El resto de los vigilantes había acudido apresuradamente a unirse a la fiesta, permitiéndose darle gusto al gatillo en cuanto pudieron; no se conocían los daños que se habrían podido ocasionar a la ignota amenaza contra la que disparaban, pero las balas habían alcanzado de lleno a un taxi que circulaba por una calle cercana, matando al conductor e hiriendo a dos pasajeros que regresaban de pasar una feliz noche en un cabaret. La otra baja conocida fue la de la mitad de una pareja de *guardias* que se acercó al lugar atraída por el tiroteo; parece ser que uno de ellos estaba tan impaciente por entrar en acción, que no había esperado a sacar el arma de su funda para comenzar a disparar, lo que trajo como resultado que se hiriera a sí mismo con un disparo que le atravesó limpiamente una nalga.

Justificadamente alarmado por las deplorables fisuras que se estaban produciendo en la paz ciudadana, el Gobernador Civil había publicado un importante Bando en la misma edición del periódico, en el que proclamaba su firme intención de acabar con el brote de gangsterismo. A tal objeto, declaraba el Estado de Emergencia y ordenaba: Primero, que todos los cafés, bares, cabarets, cines y otros lugares de diversión deberían cerrar a medianoche hasta nueva orden; Segundo, que todos los ciudadanos deberían encontrarse en sus domicilios a las 12,30 de cada noche y que cualquiera que a partir de esa hora estuviese en la calle, podía ser disparado sin necesidad de previo aviso; Tercero, que, en ningún caso, la Autoridad se haría responsable de la vida de las personas que estuvieran en la calle después de anochecer; Cuarto, que debido al riesgo existente, la policía no patrullaría en *parejas*, como hasta el presente, sino que lo haría en escuadras de seis elementos; y Quinto, que cualquier conductor podría ser acusado de delito criminal si su coche petardeara.

Era un inspirado manifiesto que haría que el corazón de cada tinerfeño se hinchase de orgullo al reflexionar sobre las manos tan decididas y capaces a que había encomendado su gobierno. Para Simón Templar, un intruso procedente del tenebroso exterior del mundo civilizado, el curso del pensamiento de aquella Autoridad le parecía algo oscuro, pero podía formarse una idea de las consecuencias e implicaciones que traería el Bando. El amistoso picnic de ladronzuelos en el que se había involucrado se estaba convirtiendo, con toda claridad, en un festival público, satélite del anterior y desarrollado a partir del original. En el momento actual, sus órbitas eran paralelas, pero en cualquier instante podrían empezar a converger y, cuando eso sucediera, la diversión era posible que se convirtiera en un intenso alboroto. Era un nuevo factor que hacía que incluso pareciera más importante la necesidad de un rápido final, por lo que el Santo lo estudió seriamente durante varios minutos.

—*Hay un barc'que sal'esta noch'a las diez* —le informó finalmente Jorge, con una voz algo atiplada, como si la idea de un buque zarpando tan pronto como a las diez de esa misma noche le hubiera puesto nervioso. El Santo lo miró admirado.

—Deberías marcharte a América, Jorge —dijo—. Eres demasiado activo para trabajar aquí. Resérvame dos camarotes individuales para ese barco y otros dos para el de pasado mañana.

Escribió los nombres; los pasajes para esa noche, para Joris y Christine Vanlinden y los otros dos, los del lunes, los dejó abiertos. Y esperó a que

Jorge telefonara a los agentes consignatarios e hiciera las reservas.

Llevó algún tiempo el vencer la resistencia nativa ante una acción tan precipitada, y más tiempo todavía conseguir que la misma acción se realizara. Los billetes tuvieron que ser enviados desde las oficinas de la compañía naviera, mientras Jorge preparaba recibos y facturas. Simón pagó al contado, lo que añadió nuevos retrasos. El precio total de los pasajes no suponía un número exacto de cientos de pesetas, y encontrar cambio en Tenerife es algo más difícil que tropezarse con un judío vistiendo una camisa marrón en Munich^[80], porque cualquiera que llegase a reunir veinte pesetas corría rápidamente a depositarlas en el Banco antes de que se desvanecieran. Hubo que buscar cambio en todas las tiendas cercanas, y cuando llegó el momento en que todo había quedado arreglado, y Simón tenía los pasajes en el bolsillo, casi había pasado una hora.

Ello significaba que, si quería obedecer las órdenes de Graner, hacía ya mucho rato que debería haber vuelto al piso donde había dejado a Lauber, aunque eso podía justificarse con alguna historia relativa a haber seguido al hombre que se suponía debía estar vigilando. La misma excusa podía servir para explicar su ausencia, si Graner había intentado telefonearle al número que le había dado. Por alguna razón, no se le había ocurrido antes al Santo regresar al piso de María, pero había decidido que ese era un riesgo que había que asumir si quería saber algo sobre lo que Lauber habría hecho. También cabía la posibilidad de que Aliston hubiera dejado a Christine en cualquier otra parte y regresado allí antes de que Lauber se fuera.

Con esos dos pensamientos en su mente, pero sin adoptar conscientemente ninguna decisión, el Santo se encontró andando por calles que sólo había visto anteriormente dos veces y, por tanto, sin estudiar en detalle la ruta. Tras unos minutos temió haberse extraviado, porque la luz del breve ocaso tropical se estaba desvaneciendo como si estuvieran corriendo unas cortinas, en rápida sucesión, sobre el cielo. Y con el cambio de iluminación las oscuras callejas se estaban desdibujando como lo hacen las caras de las viejas junto al fuego.

Ahora había un poco más de vida en la calle: unos cuantos peatones deambulando; unas pocas caras asomadas a las ventanas de los pisos bajos, ocupadas en el viejo pasatiempo español de observar como pasa la vida; algunas ventanas iluminadas en los pisos altos... pero no se veía luz a través de la ventana del piso de María, y Simón tampoco detectó a nadie haraganeando cerca de la puerta del portal cuando llegó a ella.

Tentativamente la empujó y la encontró abierta. El fantasmal portal estaba ahora en casi completa oscuridad, por lo que el Santo sacó una fina linterna de

lápiz para poder subir las escaleras. Lo hizo con la silenciosa agilidad de un gato, y apagó la linterna al llegar al descansillo superior.

Durante unos minutos permaneció inmóvil junto a la puerta del piso, todos los nervios de su cuerpo empeñados en una intensa concentración de escucha del más ligero ruido que pudiera derivarse de algún movimiento en el interior de la habitación, lo que le alertaría del peligro de una trampa. Estaba convencido de que podría escuchar hasta el roce de una manga, si un hombre, esperándole dentro, hubiese movido con toda lentitud un brazo que se le comenzara a dormir; pero la más absoluta tranquilidad permaneció inalterable hasta que pensó que ya había escuchado lo suficiente. Cualquier otra investigación debería hacerse abriendo la puerta.

La mano de Simón se movió instintivamente hacia su bolsillo antes de acordarse de que no tenía pistola, y sus labios se crisparon en una momentánea mueca de disgusto. Tendría que arreglárselas sin esa ayuda... Sacó su cuchillo de la funda y lo mantuvo cogido por la hoja, en la mano derecha, y preparado para utilizarlo. Su mano izquierda hizo girar lentamente el pomo de la puerta, y tan pronto como el pestillo salió de su alojamiento, la abrió totalmente.

No pasó nada. Nada se movió en la penumbra grisácea de la habitación. No hubo más ruido que el que hizo la puerta al tropezar con la pared.

En el suelo, entre él y la mesa, vio una figura que le pareció humana, pero que ni se movió, ni habló. La actitud en que yacía no prometía tampoco ninguna de esas cosas. Simón entró en el cuarto y le enfocó la linterna a la cara. Era Manuel, el chófer; y no cabía la menor duda de que estaba totalmente muerto.

3

La bala le había hecho un limpio orificio de entrada en la mitad de frente, aunque la parte posterior de la cabeza presentaba bastante peor aspecto. Simón tocó la cara del hombre: todavía mantenía algún calor; y la linterna le mostró que la sangre que había en el suelo estaba aún fresca.

Antes de hacer algo más se dirigió al dormitorio y lo registró, pero allí no había nadie.

Regresó al cuarto de estar y encendió las luces. Con su ayuda hizo otro registro que cubrió cada centímetro cuadrado de la habitación, pero no

encontró nada que le indicara quien había estado allí. La mesa se encontraba exactamente como la había dejado, con los restos de comida secándose en los platos. La silla en la que había estado atado seguía volcada en el suelo. La acumulación de colillas en los ceniceros y en el suelo no le descubrió nada nuevo, aunque Simón las cogió, una a una, y las examinó. Reconoció las de su propia marca y las de otra también muy común... eso era todo. Si hubiese habido una tercera marca podía haber servido de algo, porque Palermo solo había fumado el puro y creía que Lauber y Aliston no fumaban. Casi con toda seguridad, uno de ellos había hecho el disparo que confirmaba que el chófer no conduciría más, aunque Simón ya tenía su propia y firme convicción sobre quien había sido, pero le hubiese gustado eliminar un remanente y débil elemento de incertidumbre.

La única forma de hacerlo sería comprobando las huellas dactilares, pero no tenía medios para ello. Pero aquello le sirvió para recordar que sus propias huellas estaban entre las demás, por lo que volvió al dormitorio a por uno de los trapos utilizados como mordazas y, cuidadosamente, limpió todo lo que había tocado, incluyendo la botella de whisky y el vaso en el que había dado de beber a Joris, y todo lo que Hoppy podía haber manoseado en la cocina durante su búsqueda del licor. Si el cuerpo de detectives de Santa Cruz había oído hablar de huellas dactilares, seguramente pasarían bastante tiempo entretenidos en las que allí encontrarían, mientras la banda de Graner podría seguir trabajando en lo suyo.

No todo estaba tan tranquilo ahora...

Simón se percató de ese hecho casi de forma inconsciente, y repentinamente se puso en alerta. Permaneció inmóvil por un segundo, sin respirar, mientras intentaba definir exactamente el sonido que se había infiltrado en su cerebro mientras estaba pensando en otras cosas. Un momento después supo lo que había sido.

Algo había sucedido en la calle. Sus síntomas le habían llegado, casi imperceptibles, a través de las cerradas ventanas, pero un sexto sentido, propio de un «fuera de la ley», los había discriminado con certero instinto. Cuando rememoró lo oído, se dio cuenta de que un coche se había detenido en la calle, con el motor en marcha, pero los otros ruidos de fondo variaron: un débil aumento en el volumen del sonido procedente del exterior, una sutil alteración en el «tempo» y el diapasón de los demás ruidos callejeros. Nada que un hombre normal pudiera haber detectado antes de que fuese demasiado tarde, pero tan inconfundibles para el Santo como si unas trompetas hubiesen lanzado al aire el toque de alarma.

En dos zancadas se acercó a la ventana y miró a través de una esquina de los sucios y amarillentos cristales.

El coche que se había detenido a la entrada del edificio tenía sus puertas abiertas, y el último componente de un grupo de *guardias*^[81] estaba saliendo de él. Simón pudo ver a otros tres, y pensó que seguramente habría algunos más, tan próximos a la pared que eran invisibles desde la ventana. Una mujer permanecía sentada en la trasera del vehículo; vio la cobriza llama de su cabello y dedujo enseguida que se trataba de la elegante dama de Palermo.

Luego oyó la primera pisada en el portal.

La desafiante sonrisa del Santo bailó en sus labios y se reflejó en los azules abismos de sus ojos. Cuando algo menos amenazador que esto le había sucedido no hacía aún mucho tiempo, había pensado rápidamente que la casa no tenía salida por arriba, y ahora estaba en la situación que antes trató de evitar. Pero entonces había tenido que cuidar de Joris.

Entró rápidamente en el dormitorio, cerró tras de sí la puerta y abrió la ventana. Poniéndose de pie en su exterior, de puntillas sobre el antepecho, pudo alcanzar el borde superior del bajo murete de la azotea. Se izó con la fácil elegancia de un gimnasta y pasó fácilmente sobre él.

En aquellos momentos, los últimos restos del crepúsculo se habían desvanecido y únicamente un descorazonador trocito de luna lucía entre las nubes, pero proporcionándole suficiente luz para elegir su camino. A derecha e izquierda las azoteas de las casas contiguas se extendían en una llanura, rota de vez en cuando por los bajos muros de separación entre ellas. Corrió silenciosamente, parándose después de unos cuantos pasos para comprobar si oía alguna señal de persecución. Una cabra, que se encontraba atada en un pequeño cobertizo en un tejado, se asustó y emitió a su paso un débil balido que le hizo dar un salto; y, en otra azotea, en un desvencijado gallinero, unas gallinas cloquearon y cacarearon temerosas cuando pasó cerca de ellas. Simón se preguntó, en un pensamiento de incorregible irrelevancia, lo que un esnob neoyorquino pensaría del modo en que los españoles cuidan sus residencias y jardines en los tejados, o, al revés, lo que un español pensaría de la utilidad que jardines y residencias tienen en Nueva York.

Al poco, un edificio más alto que los otros le cerró el camino, por lo que hubo de cambiar de dirección hacia el centro del bloque. A menor altura había una casa de sólido aspecto, y la única ventana de ella que alcanzaba a ver se encontraba a oscuras. Se colgó del muro, con sus brazos extendidos al máximo y saltó el último metro, rezando para que el techo en el que iba a caer fuera lo suficientemente resistente. Lo fue. Cayó de puntillas, casi sin ruido.

Bajo él había una especie de patio, que lindaba también con la espalda de otra casa en el otro lado del bloque. Después de un nuevo salto alcanzó el nivel del suelo. Probó la puerta trasera de aquella casa. Estaba abierta, por lo que pudo entrar en una cocina que se encontraba también con la luz apagada. La puerta del lado más lejano de la cocina se abría a un estrecho recibidor totalmente iluminado. Apenas había abierto esta puerta un centímetro, cuando una chica bajó las escaleras y entró en un cuarto que se encontraba junto a ellas. No llevaba ninguna ropa encima. Simón respiró profundamente y, de puntillas, salió de la cocina. La chica casi había cerrado la puerta de la habitación en la que había entrado; podía oír a otras mujeres dentro, hablando y riendo. De los retazos de conversación que le llegaron, mientras se movía por el vestíbulo, dedujo que había entrado en una clase de casa en la que el Santo no debería estar. Decidió escapar rápidamente y, cuando estaba a la altura de la puerta, ésta se abrió y la muchacha volvió a salir de la otra habitación.

Un par de segundos se convirtieron en una eternidad mientras se miraban mutuamente.

Ella movió la cabeza de forma agradable.

—*Buenas noches*^[82] —dijo cortésmente.

—*Buenas noches*^[83] —respondió el Santo, con la misma cortesía tan común del viejo mundo, y tomó su camino hacia la calle, mientras ella se iba escaleras arriba.

Tras andar varios minutos se encontró en escenarios que le parecieron familiares, y se dio cuenta de que estaba en la calle a la que daba la puerta trasera del Hotel Orotava. Entró por ella y se deslizó por el laberinto de pasillos hasta llegar a la parte frontal del hotel, soportando las inquisitivas miradas de un jefe de cocina, un camarero y un repostero, con el impermeable aplomo de un hombre a quien el Destino tendría que tratar muy duramente para hacerle pasar por pruebas que ya no hubiera soportado.

Joris Vanlinden abrió los ojos cuando el Santo entró en la habitación, pero no se movió. Simón se acercó a la cama y el anciano lo miró inexpresivamente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó con suavidad.

Los labios de Vanlinden se movieron un poco, de forma que, sin necesidad de palabras, su cara contestó que estaba feliz, que agradecía que alguien fuera amable con él y que no tenía nada en su mente.

—Va usted a ver a Christine —dijo el Santo.

Una suave sonrisa apareció en los labios del anciano y un poco de vida brilló en sus ojos.

—¿Cuándo? —susurró.

—Muy pronto. —Simón observó que la comprensión empezaba a desvanecerse de nuevo y continuó rápidamente—. Se va a ir usted de aquí. En un barco. Con Christine. Esta noche. Usted y Christine se van a marchar juntos.

—¿Ahora?

—Sí.

Vanlinden asintió y trató de levantarse. El Santo le ayudó y mantuvo un brazo sujetándole mientras bajaban las escaleras. Era como dirigir a un hombre en estado de hipnosis. Vanlinden hubiera ido adonde él le hubiera llevado, una vez que el estímulo del nombre de Christine le había puesto en movimiento; pero si Simón se detenía, él se pararía también, esperando, con la paciencia de un hombre para quien el tiempo y la iniciativa han perdido todo su significado.

Una vez en el vestíbulo, Simón llamó al conserje, que estaba detrás del mostrador de recepción.

—Este caballero embarca esta noche en el «Alicante Star»^[84]. Tienes que llevarlo al barco.



—Pero, *señor*^[85] —protestó el muchacho—, no puedo abandonar el hotel...

Simón hizo otra contribución al fondo para la platanera.

—Lo llevarás y lo dejarás en su camarote —dijo—. No está muy bien, por lo que debes cuidarlo. Si te da algún problema, recuérdale que va a ver a la *señorita Cristina*^[86]. Aquí están los pasajes. Tienes que empezar a moverte tan pronto como yo salga del hotel.

—*Bueno*^[87] —dijo el chico obedientemente. Y el Santo se volvió hacia Vanlinden.

—Este chico le llevará al barco —dijo—. Debe quedarse con él y hacer sólo lo que él le diga. Una vez a bordo, espere a Christine... que no tardará mucho.

El anciano volvió a sonreír con idéntica tranquila fe, y Simón se dio la vuelta con rapidez, antes de que su cara lo traicionara. Si no pudiera corresponder a esa infantil confianza, la mente de Vanlinden nunca volvería a funcionar. Se hundiría cada vez más profundamente en aquel olvido protector, mientras sus fuerzas vitales se irían gradualmente debilitando, de forma similar a como decrece la marea, hasta que un día cruzara fácilmente el límite entre el anochecer y la eterna oscuridad. Ningún conocimiento médico podía hacer algo por él. Sólo una cosa haría que retornara la luz; y el Santo sabía la fantástica tarea que se había encomendado y que debía terminar antes del plazo que él mismo se había fijado.

Miró su reloj cuando bajaba las escalinatas de entrada al hotel y comprobó que sólo le quedaban tres horas y media.

Durante unos momentos se detuvo en la acera, encendiendo despreocupadamente un cigarrillo. Luego cruzó la plaza en diagonal. Si alguien estaba vigilando el hotel, se daría un paseo tras él, dejando libre la salida para Joris.

Deambuló alrededor de la manzana del Casino, se paró a mirar las fotografías de las vulgares y rollizas artistas que se exponían en el exterior del *Café Zanzíbar*^[88], se detuvo otra vez para examinar cada uno de los artículos que se ofertaban en el escaparate de una tabaquería sita en la siguiente esquina, y únicamente entró en el Bar Alemán cuando calculó que Joris y el chico del pelo ondulado habrían tenido tiempo suficiente para perderse de vista.

Lo primero que le llamó la atención fue que Hoppy Uniatz no estaba en el bar.

Simón frunció el entrecejo mientras se sentaba. Le había dado a Hoppy instrucciones que deberían haber sido suficientemente explícitas, aunque era difícil poner límites a la capacidad de Mr. Uniatz para confundir las órdenes.

A menos que una ligera diferencia entre sus relojes hubiese hecho que Hoppy volviese al hotel mientras él daba la vuelta a la manzana, o a no ser que Hoppy hubiese consumido todas las existencias de whisky y se hubiera marchado a cualquier otra parte a buscar más, o quizás porque motivos más naturales hubiesen dictado una ausencia temporal de la que Hoppy podía regresar en cualquier momento.

El Santo pidió una bebida y decidió esperar unos minutos. Tenía varias cosas en las que pensar, para lo que sería conveniente un poco de soledad.

La creciente temperatura de la excitación policial que había recordado por la prensa en «Camacho's Excursions» no hacía mucho, habría subido algo más. Simón se preguntó si la muchacha, María, habría sido empujada a acudir a la policía por alguno de los de Graner, pero finalmente rechazó la idea. Obviamente, hubiera sido mucho más inteligente por parte del sindicato de Graner haberse llevado el cuerpo sin ninguna publicidad. Una explicación más simple era que María habría regresado más tarde para enterarse de lo sucedido, y habría visto lo mismo que vio el Santo. Aún así, el panorama no se aclaraba. Ella podía dar la descripción del Santo y, probablemente, esa sería una de las primeras cosas que haría. Los periódicos tendrían que inventarse un montón de nuevas palabras para expresar su horror; el Gobernador Civil publicaría Bandos más inspirados y la policía se movería de aquí para allá, en un perfecto frenesí que, probablemente, duraría dos días completos.

Mientras tanto, en la casa de Graner la situación se estaría alterando minuto a minuto. Tanto si Lauber le había ofrecido una participación al chófer que hubiera sido rechazada, como si ni siquiera eso le había preocupado, Simón no tenía dudas de que era él quien había matado a Manuel para cerrar su boca. Con la misma certeza, tampoco dudaba que Lauber habría vuelto a Graner con una historia totalmente distinta, y no era mucho más difícil pensar que Lauber habría acusado a Simón del asesinato...

—¡Muy buenas!^[89]

El Santo levantó la vista sobresaltado. Un limpiabotas, que se apoyaba en una muleta en el lado de su cuerpo donde el pantalón terminaba a la altura de la rodilla, estaba junto a la mesa sonriendo con incrédulo deleite. Y también la cara de Simón, a pesar de sus preocupaciones, se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Hola, Julián!^[90] —Le extendió la mano—. ¿Qué tal?^[91]

—Muy bien. ¿Y usted?^[92]

—Como siempre^[93].

El joven siguió sonriéndole, sin hablar.

—¿Y el niño? —preguntó el Santo.

—*Estupendo*^[94]. Cada día más grande y más fuerte.

Los extraños amigos del Santo siempre habían constituido legión. Raramente había un rincón del mundo donde no pudiera uno encontrárselos, en los más extraños lugares, contando historias del Santo que Scotland Yard se hubiera sorprendido al escuchar. Durante el primer día de otra visita a Tenerife, más tranquila que la actual, la atención del Santo había recaído sobre un harapiento y lisiado joven que le limpió los zapatos y le dedicó una de las sonrisas más sinceras y felices que jamás había visto. Se enteró de que Julián estaba casado y de que su esposa esperaba un bebé. Un día visitó su casa, una sola habitación en la que casi no había sitio para moverse, y había visto tanta pobreza que se había sentido mezquino. Simón nunca había hablado de lo que había hecho por ellos, pero al menos había dos personas en Santa Cruz que pensaban que él era algo parecido a Dios, y, para ser testigo del milagro, existía un hermoso niño que había recibido el nombre de Simón cuando lo bautizaron.

El Santo se vio obligado a olvidar otras cosas mientras hablaba, pues, incluso con todo lo que debía enfrentarse, no podía desairar aquella bienvenida. Tuvo que hacer una docena de triviales preguntas y escuchar una docena de respuestas, consciente durante todo el rato de que el tiempo seguía pasando.

—¿Se va a quedar más tiempo esta vez? —preguntó, minutos después, Julián.

Simón se encogió de hombros.

—No lo sé. Depende de un montón de cosas.

—¿Vendrá a ver a Simonito? —preguntó el joven alegremente—. Le diré a mi mujer que está usted aquí. ¡Se pondrá tan contenta que no me va a creer!

—Sí, iré muy pronto...

La frase murió en los labios del Santo y el amistoso calor desapareció de sus ojos, porque Reuben Graner había entrado al bar y se dirigía hacia su mesa.

CAPÍTULO IX

De cómo Simón Templar disfrutó una broma y Mr. Lauber no lo pasó muy bien.

1

En momentos de crisis el pensamiento humano toma de repente diferentes derroteros. Hubo un terrorífico instante en el que Simón se preguntó si Graner podía haberle oído hablando en español, mientras que las últimas palabras que había pronunciado se repetían, como truenos, en sus propios oídos; pero pronto se dio cuenta de que los demás clientes del bar estaban haciendo un ruido más que suficiente para ahogar lo que él había dicho. Únicamente discutían sobre las perspectivas de la nueva cosecha de plátanos, pero su herencia biológica y su educación hacían imposible que sus voces bajaran del nivel del grito; y dado que todos sabían que nadie más tenía que decir algo que valiese la pena escuchar, todos gritaban a la vez. Una fracción de segundo después, otro de aquellos anárquicos giros del pensamiento le trajo a la memoria algo que Simón había olvidado durante todo el día: los mensajes que había escrito y envuelto en billetes de veinticinco pesetas en el ático de la casa de Graner aquella mañana.

Sin ninguna vacilación perceptible, el Santo sacó de un bolsillo uno de los billetes. Difícilmente podría explicar porqué lo hacía, pero no tuvo la menor duda al hacerlo. Era la única salida que le quedaba. La delgada y amarillenta cara de Graner no mostraba ninguna expresión peligrosa que pudiera ser detectada a cierta distancia; su afectado contoneo era exactamente el de siempre; sus ojos de hechicero, como inmóviles abalorios detrás de los cristales de las gafas, eran los mismos; pero, a pesar de todo, el Santo lo supo. Supo por el estremecimiento reflejo de sus nervios, con mayor seguridad que

la que la lógica le hubiese podido proporcionar, que estaba sonando la campana que indicaba el inicio del último asalto. Cualquiera que fuese la actitud de Graner, fuesen cualesquiera las palabras que se iban a decir, el telón se iba a levantar por última vez; y en un momento como ese, sabiendo que todas las probabilidades estaban en su contra, la única opción que el Santo descartó fue la de abandonar.

Entregó el billete a Julián. El joven trató de rechazarlo.

—*¡Toma!*^[95] —dijo el Santo imperiosamente. Era lo último que pudo decir en español antes de que Graner entrase en el radio de audición de sus palabras. Y añadió en inglés—: Consígueme cambio.

—*El señor quiere cambio*^[96] —tradujo Graner, con su deje de despreciativa distinción, mientras el limpiabotas sonreía tímidamente.

El joven asintió, sonrió de nuevo y se alejó apoyado en su única pierna y en la muleta. El Santo movió su mano hospitalariamente indicando una silla.

—Siéntate, Reuben —murmuró—. ¿Qué quieres tomar?

—Un jerez —pidió Graner a un camarero, y encajó un puro en su boquilla de ámbar—. Te he visto por suerte, cuando pasaba con el coche. ¿Dónde has estado?

Simón le ofreció fuego para el puro, y la acción le proporcionó un momento de respiro para estudiar su respuesta. Subconscientemente había estado pensando en media docena de diferentes formas en las que Graner podría enfocar la situación, pero ésta no formaba parte de ellas. Le dio la extraña y ridícula impresión de que Graner estaba tanteando el terreno tan cuidadosamente como él lo estaba haciendo, y se preguntó si su instinto no le estaría empezando a jugar malas pasadas.

—Me quedé por la calle San Francisco durante un rato —dijo vagamente—. Luego nuestro amigo salió y lo seguí. Debe gustarle andar, porque me llevó tras él por toda la ciudad. Visitó tres o cuatro tiendas y compró algunas cosas. Luego entró en el Casino y permanecí fuera durante un rato, hasta que empecé a preguntarme si tendría una puerta trasera. Hice algunas averiguaciones y resultó que sí. Estuve dando varias vueltas por la plaza, pero se había ido.

—¿Volviste luego a la casa donde está Lauber?

—Sí.

—¿Qué ha sucedido allí?

El Santo se permitió otro respiro mientras encendía un cigarrillo. Empezaba a sentir como si todas sus ataduras a la realidad se estuvieran soltando, como si estuviera desplazándose, vacilante, en un grotesco y lento

movimiento, a través de un mar de espesa y gelatinosa sopa, como un hombre drogado con marihuana. Pero se había convencido mentalmente de que lo más seguro era conseguir que Graner le dejara la iniciativa y, mientras tanto, no veía por qué no podía jugar el mismo juego que creía había desarrollado Lauber.

Contestó con una brusquedad cuidadosamente medida:

—Pudo haber sido el último trabajo que realizaba para ti. Si no hubiese tenido suerte, tendrías que empezar a buscarte un nuevo cortador de diamantes.

—¿Por qué?

—Porque, al fin y al cabo, tendrás que contratar un nuevo chófer. Era la única persona que encontré en aquel piso, y estaba muerto.

—¿Manuel?

El Santo asintió.

—De un tiro. Exactamente entre los ojos. Aún estaba caliente cuando lo encontré. El piso estaba totalmente a oscuras; lo registré, pero allí no había nadie. No pude hacer nada más, porque en aquel momento apareció la policía. Los oí llegar y miré por la ventana: la chica de Palermo estaba con ellos, de manera que supongo que ella encontró el cadáver y los avisó. Salté por una ventana trasera cuando llegaban a la puerta del piso y me escapé por los tejados.

La cara de Graner no registró ninguna emoción. Apretó la boquilla entre los dientes y aspiró hasta que la punta del puro se puso uniformemente roja. A través del humo, sus duros y pérfidos ojos escudriñaron con intensidad al Santo.

—¿Te sorprendería oír que Lauber me dijo que tú lo habías matado?

—*Su cambio, señor*^[97].

El limpiabotas había vuelto. Dejó cinco *duros* sobre la mesa de mármol, enfrente del Santo. Simón le dio una peseta y le miró mientras lo hacía. La sonrisa de Julián era insegura y sus ojos mostraban preocupación; era suficiente para indicarle al Santo que el joven había encontrado el mensaje y lo había leído. Aún temía que Julián intentara decirle algo sobre el tema, por lo que le dio rápidamente la espalda, antes de que el desastre pudiera producirse.

—No —contestó con suavidad a Graner—. No me sorprendería mucho. Pero reforzaría mi idea de que ha sido el propio Lauber quien lo ha hecho.

—No te gusta Lauber, ¿verdad?

El Santo se encogió de hombros.

—Confío en que ya te habrás formado tu propia opinión sobre quien lo hizo. Sólo te estoy diciendo lo que pienso. ¿Cuál fue la historia de Lauber?

—Me dijo que cuando llegó Manuel con el recado insististe tanto en ir solo a la calle San Francisco que le hiciste sospechar. Cuando trató de evitar que lo hicieras, le golpeaste y perdió el sentido. Entonces es cuando cree que Manuel intentó detenerte y le disparaste.

—Es una buena historia —dijo el Santo despreocupadamente—, aunque sea una condenada mentira. Lauber fue quien insistió en que quería quedarse allí a esperar a Aliston. Pero, si le crees, ¿por qué no llamas a la policía?

—Habla de eso dentro de un momento —dijo Graner. Estudió su puro durante unos segundos y levantó la vista para añadir—: Ya he visto a Aliston.

Una bola de plomo se formó en el estómago del Santo y sintió como si su diafragma hubiera sido estirado violentamente hacia abajo. Tuvo que detenerse un momento antes de hablar para asegurarse de que su voz estaba bajo control.

—Vaya, por lo menos eso ya es algo —concedió fríamente—. ¿Se encuentra bien?

—Tenía a Christine con él.

Simón supo como debió sentirse Lauber cuando recibió aquel demoledor golpe en el plexo solar, habiéndolo visto llegar y teniendo tiempo solamente para darse cuenta de que no se podía mover con suficiente rapidez para esquivarlo. También él había recibido un claro aviso, pero no por ello el golpe había sido menos letal. Sabía que estaba oyendo la verdad, pues una invención que hubiese encajado tan perfectamente en sus propias conclusiones hubiera supuesto una coincidencia casi imposible. La sorpresa abotargó todos sus sentidos físicos, pero, por alguna circunstancia, su cerebro permaneció frío e inalterado, a pesar del caos de sus nervios.

—Mejor que mejor —dijo, y se quedó asombrado de la naturalidad de su propia voz—. ¿Dónde fue eso?

—En la casa.

La sorpresa cayó en el vacío, porque ya no le quedaban reacciones.

—¿Cuándo?

—Aliston estaba allí cuando regresé con Palermo.

—¿Y a quién te contó él que yo había matado?

—Te diré exactamente lo que me contó: Que había reconstituido el viaje de tu taxi a la calle de San Francisco y que encontró allí a Christine, en la dirección donde el amigo de Joris fue después de que tú le permitieras irse.

—Eso es imposible —dijo el Santo con imperturbable seguridad—, a no ser que ella abandonara el lugar donde la dejé. Además, eso fue antes de que el compinche de Joris apareciera por allí, ¿verdad? Porque si este tipo había ido a aquel piso esperando ver a Christine y se encontrara con que ella había desaparecido, ¿se hubiera marchado tranquilamente de tiendas, como ha hecho cuando lo he seguido?

—Eso es lo que hizo él, de acuerdo con tu historia —le recordó Graner.

—Y de acuerdo con la historia de Aliston resulta que soy, otra vez, un mentiroso. ¿Sabes? Le estoy cogiendo una simpatía muy grande a tu grupo, Reuben. Es un descanso saber que estás entre amigos.

Graner asintió.

—Te dije que te iba a contar exactamente lo que él me dijo.

—Y supongo que expuso la brillante teoría de que yo rapté a Joris y a su compinche y los llevé adonde la tipeja de Palermo.

—Oh, no. Aliston no negó que él y Palermo los habían cogido. Le afectó mucho oír que los habías dejado escapar.

—Y tanto —dijo el Santo ceñudo—. ¿Y cómo se las apañó para hacer que pareciera normal el tema de traicionarnos a los demás?

—Seguiré diciéndote lo que me contó. Me dijo que lo habían hecho porque, tanto Palermo como él, sospechaban de ti. Tenían miedo de discutir conmigo, porque conocían de sobra que me gusta que mis órdenes se obedezcan sin rechistar, pero estaban convencidos de que, por una vez, me equivocaba. No les gustó la forma en que te recibí y acepté tus condiciones esta mañana. Estaban seguros de que sería peligroso llevar a Joris y al otro hombre a la casa mientras tú estuvieras allí, y decidieron asegurarse antes de tratar de discutir la sabiduría de mis instrucciones; mientras tanto pensaron que Joris y el otro estarían totalmente seguros en la casa adónde los llevaron. Luego te capturaron para ver si podían sacarte más información. Aliston destacó que era absurdo pensar que estaban tratando de traicionarme cuando, tan pronto como la localizó, había traído a Christine directamente a la casa. Dijo que una vez que la tuvo en su poder, y creyendo que Joris y el otro, y tú mismo, estabais bajo seguro, no consideró necesario mantener el secreto por más tiempo, y por eso fue a la casa de inmediato para contarme toda la historia, trayendo a Christine como prueba de su buena fe.

—¿Qué me dices de Palermo?

—Más o menos corroboró la misma historia, o por lo menos lo que conocía de ella.

—¿Y por qué no te lo había contado antes?

—Me dijo que había perdido los nervios, que estaba aturdido por la paliza que le habías dado y que no sabía con exactitud lo que hacía.

El Santo dejó escapar un anillo de humo y lo deshizo con un movimiento de su mano.

—No me importa resaltar que esa es la historia que probablemente hubiera contado cualquiera que se encontrara en la misma situación —dijo—. De modo que tampoco sería una casualidad que Palermo incidiera en ella. Confío en que habrás pensado sobre todo ello y, por tanto, ya sabes a quien vas a creer.

—Sin embargo, me gustaría escuchar tu opinión.

Simón tuvo que contener el impulso de sobresaltarse. ¿Adónde diablos quería llegar Graner? Simón lo había estado observando continuamente, en busca de una primera señal de hostilidad, haciendo trabajar su cerebro para intentar predecir la forma que tomaría y el modo de contrarrestarla; y había quedado absolutamente desconcertado. El sentimiento de irrealidad empezó a regresar, con tanta fuerza que todo el diálogo le parecía una pesadilla. Cualquiera de las cosas que había esperado que sucedieran eran menos preocupantes que este extraño duelo en la oscuridad. Pero, mientras pudiera, tenía que sacar el mayor partido de la situación.

—Si de verdad quieres saberlo —dijo lentamente—, te diría que Lauber es el primer traidor. Los otros parecían pensar anoche que él tenía el billete, ¿verdad? Bueno, pues podría tenerlo. Mi primer pensamiento con respecto a la muerte de Manuel sería que, por una u otra razón, estuvo tratando de llegar a un acuerdo con el chófer a fin de que éste se pusiera de su parte; pero Manuel no aceptaría y le amenazaría con contártelo, de modo que Lauber le disparó para mantener su boca cerrada.

—¿Y la historia de Aliston?

—Esa es todavía más fácil. La veo tan clara que me deja sin respiración. Desde luego creo que Aliston localizó a Christine, y que pensó llevarla al piso de María. Pero tú estabas allí, y él vio tu coche en la calle. Eso fue suficiente para decirle que, por algún lado, se había producido una filtración. Continuaría sin detenerse y apostaría que, durante una media hora, tuvo constantes fallos de corazón, hasta que su mente le dijera lo que había de hacer. Estaba en una situación muy peligrosa. Tenía que pensar alguna forma de salir de ella, y pronto, antes de que lo pescáramos. Siendo un tipo un poco débil de carácter, y sintiendo miedo por lo que le podría ocurrir, sólo pensó en echar marcha atrás, volver al aprisco y tratar de convencernos de que todo había sido una broma. Creo que su historia es el cuento más insostenible e

increíble que he oído en mi vida. Si te tragaras eso, creo que te tragarías lo que fuera. Pero este es tu funeral. Yo no puedo evitarlo si el cerebro se te está reblandeciendo.

—Mi cerebro no se está reblandeciendo —dijo Graner con suavidad—. Yo había llegado a la misma conclusión.

Simón no sabía si dar crédito a lo que oía. La tierra pareció moverse bajo sus pies.

—¿Quieres decir —dijo cuidadosamente—, que estás empezando a comprender que esa maravillosa banda tuya es la más importante colección de ratas traidoras que se haya reunido nunca bajo un mismo techo?

Graner asintió.

—Eso es lo que quiero decir. Y esa es la razón por la que espero que me ayudes a acabar con ellos.

2

Algo empezó a bullir muy dentro del Santo, hasta el punto de que tuvo que apretar los dientes para mantenerlo oculto. El plomizo peso en su estómago se transformó súbitamente en un globo de aire que empezó a hincharse hasta casi ahogarle. Las costillas le dolieron por el esfuerzo realizado para suprimir aquel inicio de homérica carcajada. Las lágrimas pugnaron por acudir a sus ojos.

Era estupendo, sublime, marcaría una época, colosal...; ningún diccionario podía reunir suficientes palabras para describirlo. Era soberbio, prodigioso, trascendental, suntuoso y merecedor de admiración. Era el último toque que necesitaba para transformar el hilarante picnic de los ladrones en la comedia más importante de la historia universal.

Y, después de todo... ¿por qué no? Todos habían hecho comedia. Lauber la había hecho. Y Aliston y Palermo la habían hecho. Y él mismo, durante todo el tiempo, la había estado haciendo. Todo el elenco había estado deslizándose, avanzando y retrocediendo, a través de un entramado de intrigas, alianzas temporales, propuestas y traiciones que hacían que la política internacional de Europa pareciese un sencillo juego de parvulario, en el que cada uno se subía limpiamente sobre los demás, pisando a alguno en la cara, para encaramarse a su propio cochecito. ¿Por qué no podía ser posible

que, al final, Graner se percatara de lo que pasaba a su alrededor y decidiera cuidarse de sí mismo?

Y estaba plenamente justificado que él lo hiciera también. Desde su punto de vista, Graner debía pensar que el único participante en la fiesta cuyas historias habían sido creíbles durante todo el tiempo, que había dado la impresión de ser el único pilar de honestidad y honradez en medio de aquel lodazal, y todas cuyas acciones parecían haber sido transparentes, diáfanas y por encima de toda sospecha era el Santo. Ello se debía simplemente a su superior estrategia y a su agudeza de ingenio, y su explicación de lo sucedido era un hecho al que Graner no necesitaba darle más vueltas. La única convicción que habría quedado en la mente de Graner era que, a menos que tomase unas medidas urgentes, corría el peligro de quedarse sólo y al descubierto por la desertión de sus subordinados; y ese instinto de auto-protección habría hecho el resto. A sus ojos, el Santo aparecería como una torre de fortaleza alrededor de la cual podría empezar a reconstruir su reino... un reino que la probada lealtad y las condiciones de mando del Santo podían incluso hacer mayor que el anterior.

A riesgo de que un vaso sanguíneo le estallara, el Santo mantuvo imperturbable su rostro.

—Te gustaría que les diésemos una dosis de su propia medicina, ¿verdad? —dijo.

—Eso es lo que me propongo hacer —contestó Graner—. Creo que no queda otro remedio. Han perdido totalmente la cabeza por culpa de ese billete de lotería, y, cuando eso sucede, una organización como la mía está totalmente acabada. Te propongo empezar de nuevo, pues me parece obvio que has estado malgastando tu tiempo mientras trabajabas como cortador de diamantes. Quizás nunca te has percatado de tus propias virtudes. Unidos seríamos invencibles.

La actitud de Graner era deferente, casi obsequiosa, aunque el cambio modales no contribuía a mejorarlo mucho. A Simón le parecía sentir que cuando se comportaba de aquella manera tan repulsiva y ordinaria era menos inaceptable que cuando cedía, con torpeza, al desacostumbrado ejercicio de hacerse agradable. Pero eso enriquecía aún más la heroica y majestuosa importancia de aquella broma.

—En otras palabras, que obtengamos lo que podamos de esos pájaros y luego nos deshagamos de ellos, ¿no?

Graner inclinó su cabeza esperanzado.

—Creo que estarás de acuerdo en que eso es lo que se merecen.

—A mí me parece perfecto, pero ¿qué les has dicho a ellos?

—He simulado creer a Aliston y Palermo. Encerré a Christine y me fui a mi habitación a pensar. Pasó un buen rato antes de que pudiera llegar a una conclusión.

—¿Eso fue cuando te llamé?

—No. Tú llamaste un momento antes de que terminara de hablar con ellos. Todavía no había decidido que era lo mejor que podía hacer, aunque tenía la seguridad de que me estaban mintiendo. Luego llegó Lauber con su historia.

—Y pareciste creerle.

—Pensé que esa era la línea de acción más inteligente. Tan pronto como ellos creyeran que habían conseguido engañarme, yo tendría una ligera ventaja. Los dejé allí reunidos y les dije que bajaría a ver si podía llevarte de vuelta, justificándolo con la excusa de que tendrías menos sospechas de mí que de cualquiera de ellos.

—De todas maneras, si estás tratando de engañarme, esa es también una jugada inteligente —dijo el Santo con astucia.

Graner asintió francamente.

—Acepto tu punto de vista. Pero no estoy tratando de obligarte a hacer nada. Si aceptas mi propuesta tendrás las manos libres para tomar la vía que consideres más idónea.

El Santo fumó durante unos momentos en pensativo silencio. No quería dejar pasar nada por alto.

—¿Cómo cogió Aliston a Christine? —preguntó.

—Le dijo, y sólo estoy citando sus propias palabras, que Joris, el otro hombre y tú habíais sido capturados. Añadió que su visita probaba que sabíamos donde se escondía y que estábamos en camino para capturarla. Además le contó que se había peleado con nosotros y que también lo buscábamos a él. Fue capaz de convencerla de que no quedaba nadie más que la pudiera ayudar, que él mismo temía nuestra venganza y que la única esperanza que les quedaba pasaba por aunar sus fuerzas... Te podría mencionar que Aliston trabajaba como actor antes de que una equivocación hiciera que se juntara a mi equipo. Quizás no hayas pensado en ello, pero cuando se lo propone es un excelente actor.

—Pero, cuando quisiera llevarla a la casa...

—Le dijo que la iba a llevar a otra parte. Se dirigió con el coche hacia la carretera de San Andrés, un lugar bastante solitario, y allí fue capaz de vencer su resistencia sin mucha dificultad.

Simón podía creer que Aliston habría actuado muy bien. Se sentía inclinado a modificar su propia teoría original sobre el secuestro. Ahora le parecía más plausible que, después de que Aliston localizara el piso de Keena, habría vuelto a decírselo a Palermo y que fue entonces cuando vio el coche de Graner y comprendió que todo se había ido al garete. Con toda probabilidad, su oferta a Christine habría tenido la persuasiva ventaja de su obvia sinceridad: había sido entonces cuando Aliston se había percatado de que no tenía ningún sitio adonde ir, y convencido de que no tenía la capacidad suficiente como para luchar en solitario en una pelea de aquella clase, se asustó e hizo lo que hizo... Pero tampoco importaba ya mucho ese detalle.

—¿Y Joris? —preguntó el Santo.

—Dejé a los otros discutiendo la mejor manera de volver a cogerlo. Podemos ocuparnos de ese tema cuando hayamos aclarado las cosas con ellos. Creo que tú eres quién está en mejor situación para solucionarlo.

—¿Y el otro hombre?

—No sé mucho sobre él. Pero, sin duda, entrará en contacto contigo cuando arregles lo de Joris.

Con un sentimiento de profunda y alocada alegría, Simón llenó de aire sus pulmones. Al fin todo el lío se había resuelto, las diversas piezas del rompecabezas habían encajado de manera perfecta y definitiva, todas las permutaciones y combinaciones habían sido estudiadas, todas las explicaciones dadas y todos los movimientos justificados. Ahora, por fin, el Santo sentía que tenía todos los hilos en la mano y que sólo faltaba juntarlos y anudarlos para siempre. Joris estaba en el barco. Hoppy, con toda seguridad, en aquellos momentos estaría de vuelta en el hotel. Sólo quedaban Christine... y el billete...

Graner lo observaba con una ansiedad contra la que su habitual pose de inexcrutable dominio de la situación podía hacer muy poco.

Y el Santo le sonrió beatíficamente.

—Me parece estupendo —dijo—. Vamos.

—¿Ya sabes lo que intentas hacer?

Simón llamó al camarero y contó unas cuantas monedas para pagar las consumiciones.

—Creo que debemos ir a la casa —dijo—. Allí es donde se refugian los buitres, ¿verdad? Al fin y al cabo, están esperando que me lleves de vuelta y odiaría disgustarles.

—Estarán deseando tenerte encerrado.

—Bueno. Dejémoslos. Pero no intentarán todavía nada contra ti porque seguirán divididos. Y ninguna de las partes está lo suficientemente segura de la otra como para atacarte conjuntamente, de manera que pretenderán hacerte creer que están de tu lado. Todo lo que quiero que hagas es encontrar la oportunidad de que yo pueda coger tu pistola en el momento adecuado y no lo estropees si, por guardar las apariencias, te apunto con ella. Sólo apáñatelas para que yo tenga el arma en mi poder cuando la necesite, y puedes dejarme a mí el resto. Ahora vamos a movernos antes de que tengan la oportunidad de organizar cualquier cosa entre ellos.

Guardó el cambio en el bolsillo y se levantó decididamente. Graner le siguió sin preguntas. De nuevo había cambiado la situación, incluso con mayor claridad que cuando el Santo le había acompañado escaleras abajo en el hotel aquella misma mañana. Si hubiera tenido tiempo de pensar sobre todo ello, el Santo hubiera sufrido, en el supremo momento del sometimiento de Graner, la agonía de otra explosión interna de gas.

Simón salió el primero del bar, con paso elástico y un desvergonzado contoneo de sus hombros. Estaba camino de su gran momento, el instante para el que había estado viviendo desde hacía casi veinticuatro horas, en el que barrería de la borda todas las meticulosas triquiñuelas y los complejos engaños, y navegaría hacia la batalla como debía hacerlo un bucanero, con la Jolly Roger^[98] clavada en el mástil y las trompetas de la ilegalidad resonando en sus oídos. Para cosas como estas había vivido el Santo toda su vida.

Y cuando cruzaron la calle hacia donde el coche de Graner estaba aparcado vio que era el Buick.

Era lo que le faltaba para completar su éxtasis. La única duda latente desde hacía un rato había surgido al pensar lo que podría estar haciendo Lauber en la casa mientras Graner se encontraba ausente. Si por alguna razón Graner hubiese utilizado el otro coche... Pero no había sido así. Y Lauber estaría rabiando y sudando, recorriendo la casa como un león enjaulado con un ataque de impotente ira. Mientras tanto, muchos habitantes de Santa Cruz habrían pasado despreocupadamente junto al coche más valioso, casi con toda seguridad, de la ingeniería automovilística, ajenos al pensamiento de que, con sólo alargar sus manos, podían conseguir una riqueza que iba mucho más allá de sus más disparatados sueños.

Otra idea ocupó todo el horizonte de la mente del Santo mientras Graner ponía en marcha el coche y recorrían, adquiriendo más velocidad, la plaza. ¿Estaría aún el billete en el mismo sitio?

¿Dónde habrían puesto a Lauber cuando lo recogieron inconsciente la pasada noche? Si lo hubieran sentado delante, donde el Santo se encontraba ahora, hubiera podido hacer algo para recuperar el billete cuando Graner lo bajó a la ciudad esta tarde. ¿O habría estado demasiado inseguro sobre su propia situación, demasiado temeroso de que Graner lo cazara si se arriesgaba?

Las manos del Santo exploraron todos los escondites al alcance de un hombre que ocupase aquel asiento. Comprobó en la guantera, bajo la alfombrilla del suelo y en el propio asiento. No encontró nada.

Por tanto, el billete debía estar en alguna parte del asiento trasero, y Lauber tuvo que dejar que siguiera allí cuando metió a Palermo, por miedo a que éste pudiera ver como lo cogía.

El Santo estiró sus piernas y se relajó confortablemente mientras el coche subía por la carretera de La Laguna. Era agradable pensar que viajaba en compañía de dos millones de dólares que podría transferir a su propio bolsillo cuando le apeteciera. Podía poner una mano alrededor del flaco cuello de Graner, parar el motor y apartarlo, con suavidad, pero con firmeza, del volante; luego podía tirarlo a cualquier zanja y llevarse el coche para diseccionarlo a placer. Pero antes tenía que sacar a Christine de la casa. Tuvo que contenerse y convertir en virtud el hecho de dejar a un lado la deliciosa anticipación.

Siempre asumiendo que el billete estuviera aún allí...

Trató de no pensar mucho sobre ello, y estaba todavía diligentemente ocupado en apartar de su mente complicaciones no deseadas, cuando el vehículo se detuvo a la puerta de la casa. Graner le dio una llave.

—¿Quieres abrir la puerta?

—¿Qué pasará con los perros? —dijo el Santo dubitativo.

—Los dejé encadenados. Si te mantienes lejos de su alcance estarás a salvo.

Simón se acercó, a la luz de los faros del coche, a las grandes puertas, giró la llave y las empujó hacia adentro. El coche se puso en movimiento y pasó junto a él. Cerró de nuevo las puertas y corrió los cerrojos con una serie de golpes que Graner podría oír. Lo que Graner no percibiría era que cada ruido de cerrojo entrando en su alojamiento, ocultaba el que hacía otro abriéndose de nuevo.

El coche había dado la vuelta a la casa cuando Simón terminó y empezó a andar hacia ella. Detrás suya podía oír la siniestra respiración de los perros,

tensando las cadenas que les mantenían sujetos a aquel poste de amarre que se operaba eléctricamente.

Las luces estaban encendidas en el cuarto de estar que se abría al vestíbulo y su puerta estaba abierta, pero cualquier conversación que pudiera estar sosteniéndose se acalló al sonido de pasos aproximándose. Simón entró delante de Graner y envolvió con su alegre y cordial mirada a los tres hombres que ya estaban allí.

—Buenas tardes, chicos —murmuró amigablemente—. Da gusto ver juntas de nuevo vuestras sonrientes caras.

Sus caras no sonreían. Había algo en su silenciosa y amenazadora inmovilidad que le recordó la primera vez que los había visto, y la impresión se reforzaba por el hecho de que estaban agrupados alrededor de la mesa como lo estuvieron entonces. Estaban sentados mirando a la puerta, con las caras dirigidas hacia él, observándole como bestias agazapadas preparando el salto. Uno de los malolientes puros de Palermo contaminaba el ambiente, y su único ojo abierto estaba fijo en el Santo, con una inconfundible mirada de venenoso odio. Los efectos especiales de su cara habían aumentado debido a una marca negruzca que se extendía por su mejilla, por debajo del borde de una tira de esparadrapo, y a unos labios dolorosamente hinchados, de los que el Santo no se hacía responsable. Aliston, frente a él, estaba inclinado hacia delante, con la palidez de la ansiedad convirtiendo sus aristocráticas facciones en una máscara lechosa. Entre ambos se sentaba Lauber, con sus grandes cejas fruncidas en un perverso y amenazador gesto. Fue el único que se movió cuando el Santo entró. Metió una mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una pistola, con la que le apuntó desde el otro lado de la mesa.

—Las manos en alto —dijo con brusquedad.

Simón las levantó. Aliston se puso de pie y rodeó la mesa para colocarse tras él. Sus manos recorrieron los bolsillos del Santo.

El Santo sonrió a Graner con un júbilo conspiratorio.

—¿Siempre recibes así a tus invitados, Reuben?

Los ojos de Graner no le devolvieron la menor señal de simpatía.

—No estoy recibiendo a un invitado, Mr. Tombs —dijo. Y hubo algo en la forma de decirlo que paralizó el corazón del Santo.

Graner pareció que iba a seguir diciendo algo más, pero fuese lo que tuviera en la punta de la lengua, se detuvo ante la repentina exclamación de Aliston.

El Santo miró hacia atrás y su corazón se puso en marcha de nuevo, pero tan violentamente que sus pulsos se dispararon.

Aliston se estaba alejando de él con un sobre en la mano. Simón lo reconoció a la primera mirada. Era la carta atrasada que le habían dado en el hotel y que había guardado despreocupadamente en su bolsillo, y olvidado por completo, ante la presión de las demás cosas que tenía en la mente. Aliston le estaba mirando con ojos desorbitados y su cara se había puesto aún más blanca. Con un brusco movimiento la colocó en la mesa frente a los otros.

—¡Tombs! —dijo roncamente—. ¡Su nombre no es Tombs! Mirad esto. Su nombre es Simón Templar. Sabéis lo que eso significa, ¿verdad? ¡Es el Santo!

3

El Santo pudo percibir la sacudida eléctrica que vibró a través de la habitación y fue lo suficientemente filosófico como para reconocer que poseer una reputación como la suya acarrea ventajas e inconvenientes. Palermo y Aliston parecían haberse quedado pegados a las sillas, como si la revelación les hubiera proporcionado un sentimiento de aprensión más que de triunfo. Aliston temblaba ostensiblemente.

Graner se adelantó y miró de cerca al Santo a la cara.

—¡Tú! —ladró.

Incluso él había acusado el golpe que había sumergido a los otros en el silencio.

El Santo asintió imperturbable.

—De acuerdo —sabía que sería una pérdida de tiempo el intentar negarlo—. No me importa compartir el secreto con vosotros... De todas maneras ya me estaba cansando de que me llamarais Tombs.

Graner tardó aún un poco en recuperarse.

—En ese caso —dijo con un tono de voz que había vuelto a ser suave y desdeñoso—, esa circunstancia contribuye a que nuestro éxito sea aún más satisfactorio.

—Oh, sí —dijo el Santo—. Nadie va a impedir que te cuelgues las medallas. Fue un elegante trabajo, Reuben... muy elegante.

No necesitaba posteriores confirmaciones. La intuitiva comprensión de la astucia de Graner, que hacía unos instantes le había estrujado los intestinos,

ya se había asentado en su inteligencia como uno de los hechos inmutables de la vida.

Sí, había sido cazado... de una forma muy elegante. Graner había abierto la puerta de su salón y la mosca se había colado, consciente de lo que hacía. Se dio cuenta de que había subestimado el talento de estrategia de Graner. Si hubiese estado menos seguro de sí mismo podía haberse detenido a admitir que un hombre que, con sus astutos planes, había conseguido la colección de joyas que había visto en la caja fuerte del piso superior, no podía ser el bobo absoluto que algunas veces aparentaba.

Todo se reducía a que Graner había seguido una pista equivocada. Cuando se movía en la dirección correcta, tenía un gran estilo, admitió el Santo. Solo un táctico consumado, un maestro en las artes de la psicología y del engaño, podía haber ideado la historia que le había llevado a él tan directamente a la trampa... la única historia en el campo de la ficción no escrita que podía, posiblemente, hacer morder el anzuelo a un viejo pez como el Santo. Había sido tan bien urdida que ni siquiera Graner había sugerido el ir a la casa. Si hubiese mostrado la menor señal de interés en ese sentido, el Santo podría haberse puesto en guardia. Pero no lo había necesitado. El propio Simón había propuesto la visita, lo que era exactamente lo que un consumado psicólogo y táctico habría sabido que él haría; y Graner incluso había opuesto unas frías objeciones a la idea... Oh, sí. Graner se merecía la medalla. Simón lo reconocía sin rencor. Había sido una gran historia que, pese a todo, le gustaba.

Tras haberse quitado el sombrero mentalmente, pasó rápidamente a considerar su siguiente movimiento. Y nada era más obvio que tenía que realizarlo de inmediato.

La recuperación de Graner estaba causando un efecto restaurador en los demás. Simón podía sentir su relajación en la bajada de tensión en la atmósfera. Aliston estaba haciéndose de nuevo con el control de sus alterados nervios. Palermo había vuelto a su insalubre puro y las luces rojas en su único ojo sano volvían a encenderse. Únicamente Lauber seguía aún tercamente aferrado a su pistola, como si no pudiera convencerse del todo de que la alarmante situación estaba bien controlada.

—Quizás quisiera sentarse, Mr. Templar —dijo suavemente Graner.

—Es una buena idea, Reuben, ya que estamos convocados a una reunión. Esa postura era un poco cansada...

—Ya puedes dejar de hablar así, ¿sabes?

Palermo había saltado de su silla con un puño levantado. Graner lo miró.

—Aguarda un momento.

—Voy a borrarle esa sonrisa de su cara...

—He dicho que esperes un momento. Tendremos mucho tiempo para eso.

—Perfecto, Art —dijo el Santo amablemente—. Siéntate y cuida de que no se te estropee lo que te queda sano en tu desagradable carita. Es lo único que has conseguido y, si me golpeas, ten la seguridad de que te sacudiré otra vez.

—Si tratas de atacar a alguien —se irritó Lauber—, yo...

—Tú debes guardar la pistola y esperar a que llegue lo interesante. Si puedes evitarlo no vas a dispararme, porque todavía tenéis que hacerme muchas preguntas.

Graner se acercó una silla.

—Te advertiría que no confíes demasiado en eso —señaló melosamente—. Si intentas atacarnos a alguno, ten la seguridad de que haremos fuego.

Palermo volvió a sentarse lentamente. Todavía temblaba por la tensión nerviosa. El Santo abrió su cajetilla de tabaco, la dejó en la mesa y continuó sonriéndole.

—Debes mirar con confianza el porvenir, Art, y créeme, se me alegra el corazón al verte otra vez tan lleno de valor y de *esprit de corps*^[99]. —Volvió a mirar a Graner—. Me has defraudado algo, Reuben. Te dije que creía que serías un bobo si te tragabas todas las historias que estos pájaros te han estado contando, y lo sigo creyendo.

—A mí me parece que la situación prueba que actuamos correctamente —le contradijo Aliston con agresividad.

Graner rió por lo bajo... produciendo un sonido extrañamente incongruente que, en absoluto, era divertido escuchar.

—Creo que sigues malgastando tu tiempo, Templar —dijo.

El Santo movió su cabeza en plan de reproche, aunque en su interior asentía. Mirando el asunto a la luz de la revelación de su identidad, parecían haberse debilitado las oportunidades de abrir brechas en la historia de Aliston. De hecho, casi parecía darle a éste la oportunidad de colgarse también una medalla; pero el Santo no estaba dispuesto a concedérsela.

—Has llegado a demasiadas conclusiones, hermano. Desde luego, os he estado estorbando a todos, pero yo no empecé el asunto. Todos estábais tan ocupados engañando a los demás, que parecía normal juntarse al juego. Sólo porque hayas descubierto que yo no era el único tonto inocente de la fiesta, no os convierte a los demás en un grupo de encantadoras madrecitas. Suponed

ahora que cada uno de vosotros mira a otro... si puede mantener la presión durante unos pocos momentos...

—Supón que permites que sea yo quien hable —intervino agriamente Graner.

Simón abrió sus manos.

—Pero, alma bendita, si ya sé muy bien lo que vas a decir. Lo he escuchado tantas veces que he perdido la cuenta. Vas a decir que quieres hacerme unas cuantas preguntas.

—¿Y qué me vas a responder?

—Que no las voy a contestar si no me apetece. Luego me lanzarás una mirada maligna y dirás: «Ja, ja, mi guapo orgulloso. ¡Yo siempre tengo recursos para hacer que a la gente le apetezca!». El auditorio sentirá un temblor frío y esperará a que traigas las cobras domesticadas.

—Creo que encontrarás nuestros métodos bastante eficaces.

—Lo dudo, Reuben. Soporto una enorme cantidad de persuasión. Además, ¿por qué dices «nuestros» métodos? ¿Estás hablando como la realeza, o explícame quiénes forman el «nosotros»?

—Puedes vernos aquí —espetó Aliston.

El Santo asintió sin abandonar su benigna y paciente sonrisa. Estaba jugando sus últimas cartas y quería sacar el máximo partido de ellas. Con todos unidos contra él no tenía ninguna oportunidad, pero conocía lo frágiles que eran los cimientos de aquella unidad recién reconstruida. Debía disgregarlos de nuevo, rápida y definitivamente, confiando en que, al final, la ratonera se abriría para él.

—Lo sé, querido —dijo agradablemente—. Puedo veros a todos y lo guapos que sois. Pero cuatro personas deben tener una poderosa razón para llamarse a sí mismos «nosotros». Y la pregunta es: ¿La tenéis? ¿Sois cuatro mentes sintonizadas en el mismo pensamiento? ¿Cuatro corazones latiendo al unísono? ¿Sois, valga la expresión, las cuatro patas del mismo burro?... Ya hemos hablado de ti, Cecil. Supongamos que hablamos por unos momentos, con veneración, del camarada Palermo. Aquí lo tenemos, con su bella cara de mestizo.

Palermo saltó de nuevo.

—Hijo de...

—Obispo, esa es la palabra que buscas —le dijo el Santo cooperativamente—. Pero debías haber conocido a mi abuela. ¡Fue una mujer archidiacono, y pudo alcanzar el diaconato!

—Cuando te tenga —dijo Palermo, lívido—, vas a desear no haber sido tan gracioso.

—Siéntate, Art —la voz de Simón era fría y tranquila—. El tío Reuben te va a dar una nalgada si no te portas bien. Te dejaremos para luego, ya que estás tan sensible... aunque, de todas formas, estás en la misma categoría que Aliston. En tu lugar, hablaremos del camarada Lauber.

—Yo no lo haría —le advirtió Lauber amenazadoramente.

El Santo suspiró.

—¿Veis? —dijo—. Si no tenéis secretos los unos para los otros, si sólo sois una feliz pandilla de hermanos, no tenéis que estar tan asustados. Hasta el tío Reuben me hizo una oferta...

—Sólo por una razón —dijo Graner, impávido.

—Lo sé. Pero era una oferta. Y la presentaste tan sinceramente que no puedo desechar la idea de que te gustaba, aunque se supusiera que sólo era una treta para traerme aquí. Si las cosas se hubieran desarrollado de diferente manera...

Graner golpeó la mesa con los nudillos.

—Creo que ya has hablado demasiado —dijo—. Escuchad ahora lo que tengo que decir.

Había en su garganta una perceptible tirantez que no se encontraba allí antes... era algo bastante difícil de definir, pero que le decía al Santo que su último disparo había dado muy cerca del blanco. Y, al mismo tiempo, otras señales le estaban llegando de la atmósfera que lo rodeaba, como vibraciones eléctricas que impactaran contra un instrumento muy sensible. La tensión, que había comenzado a decrecer, estaba en alza de nuevo. Los otros tres, Palermo, Aliston y Lauber, rígidamente sentados por la tirantez de sus músculos, se habían inclinado inconscientemente hacia él, observándole como si miraran una mecha encendida que podía hacer explosionar, en cualquier momento, una carga de dinamita.

El Santo se encogió de hombros, complaciente.

—Pero, por todos los diablos, Reuben —dijo conciliadoramente—, ¿quién va a escucharte?

—Todos escucharemos —gruñó Lauber.

—¿Y estáis completamente seguros de que lo que vais a oír no representa ningún peligro para vosotros? No prometo nada, pero yo sería capaz de proporcionaros una valiosa información que cada uno podría luego utilizar en su propio beneficio.

Graner juntó las puntas de sus dedos, en un gesto de vieja solterona.

—Lo que voy a decir no te concierne —dijo irónicamente.

—Pues yo creo que nos concierne a todos —dijo el Santo—. Recapacitad un momento y mirad así las cosas. Todos hemos estado trabajando en direcciones distintas, tratando de cortarnos mutuamente las gargantas. Ahora parece que estamos juntos otra vez. Empecemos por ahí. Vosotros tenéis a Christine, y yo aún tengo a los otros dos. Pongamos nuestras cartas sobre la mesa y veamos como podemos terminar el juego.

Una nota de falsete en la aguda risa de Aliston se expandió por la habitación.

—Debes creerte que somos un grupo de locos —dijo despreciativamente.

—¿Estarás más loco confiando en mí, o confiando en una piltrafa como Palermo? ¿Estará Graner más loco confiando en mí, que haciéndolo en un cabezón charlatán como Lauber? Tú mismo, Art... después de la forma en que Aliston quiso engañarte cuando pensó que las cosas se estaban poniendo demasiado calientes... ¿todavía lo consideras tu alma gemela? ¿Has olvidado el puñetazo que te dio Lauber en el aparato de besar? Y tú, Lauber, ¿recuerdas como Palermo y Aliston querían besarte y llevarte a la cama la primera noche que entré aquí? Y Graner, ¿qué ha hecho él...?

—¡Ya es suficiente!

El tono agudo en la voz de Graner se había elevado una o dos notas. Se puso en pie, como si en esa postura creyera que sería más fácil recuperar el dominio de una situación que sentía que se le escapaba.

—¡De acuerdo! —La voz del Santo también se elevó, intencionadamente, mientras participaba en la creciente tensión del momento—. Entonces, habla. Y carga con las consecuencias. No me importa nada que os hayáis traicionado mutuamente, y a muerte. ¡Te ayudaré!

—¿Vas a contestar a mis preguntas?

—Como quieras. Pero no me echas la culpa si las respuestas no gustan a todo el mundo.

—¿Dónde está Joris?

—Cuando lo vi por última vez estaba en el hotel.

—¿Y el otro hombre?

—Te dije que lo perdí en el Casino.

—¿Y era eso verdad?

—No, Reuben, no lo era.

—¿Dónde está?

—No tengo ni la más ligera idea. Podía estar deambulando por cualquier parte. Incluso podía estar también en el hotel.

—¿Cuándo habías quedado en encontrarte con ellos?

—No había quedado. Ya he hecho todas las reuniones que tenía que hacer.

—¿Qué sabes acerca del billete?

—Casi todo —dijo el Santo tranquilamente.

La silla de Lauber arañó el suelo al empujarla su ocupante hacia atrás. Se levantó como una ballena saliendo a la superficie.

—Deja que le hable yo —dijo. Y el Santo se rió de él.

—¡Seguro que te gustaría! Pero os advertí que mis respuestas podían no complacer a todos. Vosotros lo quisisteis y ahí lo tenéis.

—Tú...

Graner se volvió hacia él.

—Tranquilo Lauber. Soy yo quien hace las preguntas. —Miró de nuevo al Santo, con aquellos ojos duros y brillantes escondidos tras las gafas—. Sigue contestándome, Templar. ¿Dónde está el billete?

—Por lo que sé, donde Lauber lo escondió.

—¡Maldito mentiroso! —rugió salvajemente Lauber.

Los fríos ojos azules del Santo se posaron en él sin inmutarse, y toda su mente se apaciguó ante la previsión del triunfo. Podía sentir la presión volcánica en el aire, el choque de mentes enfrentadas, envueltas en silenciosas luchas con ellas mismas y con las de los demás.

—Naturalmente tenías que decir eso —murmuró—. Creo que anoche dijiste aproximadamente lo mismo a Aliston y Palermo, pero eso no pareció convencerlos. No pensaban entonces que era una idea muy descabellada.

—¡Graner! —Lauber se le encaró enfurecido, mirándole por encima de la mesa—. ¿Vas a permitir que éste...?

—No creo que haya ningún problema en escuchar su respuesta —la voz de Graner se había vuelto fría de nuevo, pero la tirantez nerviosa seguía agudizando su sarcástico acento nasal—. Quizás puedas justificar tu acusación, Templar. Además, sería fácil de verificar. ¿Dónde crees que escondió Lauber el billete?

—En el coche.

—¿En cual?

—En el Buick. Ese es el coche en el que salieron anoche a capturar a Joris, ¿verdad?

—Si está en el coche, es porque él lo puso —dijo Lauber furiosamente—. Toda la historia es una patraña. —Se volvió a los otros—. ¿No os dais cuenta de lo que trata de hacer? Está intentado que nos enfrentemos entre nosotros...

—No tengo que molestarme en hacerlo —dijo el Santo plácidamente—. Lo hicisteis vosotros mismos. Pero ¿por qué discutir este tema? El coche está fuera. ¿Por qué no va uno de vosotros a echarle una ojeada?... si es que hay alguno en el que los demás puedan confiar hasta ese punto. Encontraréis el billete donde Lauber lo escondió, después de que se lo quitara a Joris, cuando recuperó el conocimiento mientras volvíais a casa...

—¿Quieres decir donde tú lo escondiste!

Simón lo miró directamente a los ojos.

—Quiero decir donde tú lo escondiste —dijo con dureza y giró la vista hacia Aliston—. Cecil, ¿en qué asiento viajó Lauber la pasada noche?

Aliston tragó saliva.

—En el asiento trasero —contestó con aire dubitativo.

—Y ahí es donde Lauber escondió el billete cuando se le ocurrió traicionaros a todos los demás. En alguna parte del asiento trasero... no sé dónde. Bajo el sillón, o bajo la alfombrilla del suelo, o en el bolsillo de la puerta. Pero no se tardará demasiado en encontrarlo.

—¡Dejad que lo encuentre él! —gritó Lauber—. Templar sabe donde lo escondió.

Simón levantó las cejas.

—¿En el asiento trasero? —repitió suavemente. Su mirada recorrió el semicírculo—. Díselo Reuben. Al fin y al cabo estabas conmigo. ¿Pude llegar hasta el asiento trasero para esconder algo allí cuando vinimos hacia la casa? ¿Estuve sólo en el coche en algún momento? Todo el tiempo estuve junto a ti. Tú seguiste al volante mientras yo abría las puertas de la casa. Entramos juntos en ella. ¿Tuve alguna oportunidad de esconder el billete donde lo vais a encontrar?

Los ojos de Aliston y Palermo se dirigieron hacia Graner. Ambos parecieron resbalar hasta el borde de sus asientos, mientras esperaban, sin respirar, la respuesta.

Graner miró al Santo durante un largo rato, y Simón creyó que podía leer la mente de Graner como si se presentara su contenido frente a él, igual que pasa una película en una pantalla de televisión. A no ser que el Santo hubiera perdido totalmente el don que tenía de adivinar los pensamientos de sus adversarios, Graner deseaba en aquellos momentos haber mantenido el acuerdo al que habían llegado en el Bar Alemán.

Por fin, los labios de Graner dibujaron su respuesta.

—No.

El monosílabo resonó en el estremecedor silencio como el golpe que produce una piedra arrojada al fondo de un pozo. Y tras él, como un eco, llegó la detención refleja de la respiración de Aliston y Palermo... La manga de Palermo produjo un débil ruido de rozamiento al arrastrarse por la mesa, mientras su mano se dirigía al bolsillo.

Lauber fue más rápido, aunque le llevaba ventaja, porque su pistola había estado fuera desde el principio.

—¡Quieto! —gritó.

Se movió rápidamente alrededor de la mesa y pasó junto a Aliston; Palermo se quedó inmóvil. La automática de Lauber ya no permaneció apuntada únicamente al Santo, sino que empezó a describir un arco que comprendía a todos los que se encontraban en la habitación.

De todo el grupo, el Santo era el único que permanecía tranquilo. Dado que había organizado cuidadosamente el desarrollo de lo que acontecía, era presumible que lo disfrutara; y se dispuso a ello, indolente, con un codo apoyado en la mesa y el otro brazo colocado en el respaldo de su silla, y observando con amable interés como Lauber retrocedía lentamente hacia la puerta, cubriéndolos a todos con su arma.

No le quedaba otra solución a Lauber y había sido lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de ello. Si hubiera seguido negando cualquier conocimiento sobre el paradero del billete, los otros habrían buscado donde el Santo les había dicho, y Lauber conocía de sobra lo que hubiera valido su vida si aquello probaba que Simón estaba diciendo la verdad. E incluso si hubiera podido salvar el pellejo, todo por lo que había apostado se habría perdido. Sucediera lo que sucediera, Lauber tenía que impedir que los otros registraran el coche. Desde luego, la nueva situación hacía que las próximas líneas de acción se desarrollaran en un plano distinto, pero si el proceso de romper la recién restablecida unidad pudiera continuar...

—¡De acuerdo, malditos seáis! —Los talones de Lauber habían alcanzado la puerta del vestíbulo y su oscura cara ardía con fiero desafío—. Escondí el billete en el coche. Sólo soy un elegante traidor, como todos vosotros... pero yo he conseguido más de lo que tendréis los demás. ¡Y voy a conservar lo que tengo! El primero que asome la cara fuera de la casa recibirá lo que le voy a dar al Santo...

Simón voló hacia un lado a la vez que la pistola de Lauber detonaba, y oyó el impacto de la bala incrustándose en la pulida mesa mientras caía arrastrando la silla con él. Inmediatamente escuchó el golpe de la puerta al cerrarse.

Aliston dio dos pasos hacia delante, antes de que la prudencia lo detuviera, pero Graner llegó a la puerta. Tiró del picaporte, mas aquella permaneció cerrada. Sacó su pistola y una bala destrozó la cerradura.

El estrépito de la puerta delantera al cerrarse se confundió con la serie de disparos con que Graner cubrió su arrolladora salida hacia el vestíbulo.

—¡No lo hagas! —gritó Aliston—. ¡Él sabe por donde vas a salir y nosotros no sabemos donde está!

Graner le sonrió en respuesta, y su seca y amarillenta cara pareció una mascarilla tomada de la faz de un muerto.

—No te enteras —dijo.

Cuando Santo pudo estirar las piernas vio a Graner correr como un rayo a través del vestíbulo, en línea con la puerta abierta. Su dedo índice, cuidadosamente arreglado por el manicura, pulsó el interruptor de la pared opuesta, y Graner se quedó allí, con la diabólica sonrisa helada en su rostro...

Del exterior llegó el apagado sonido de un disparo, y luego un sordo rugido, que se convirtió en un paralizante aullido de terror, y después nada. No hubo más ruidos y el Santo recordó que los perros cazaban en silencio...

Era lo último que pudo recordar. Aliston estaba a un par de metros, de espaldas a él y con la pistola colgando de su indecisa mano. Y cuando el Santo afirmaba la punta de sus pies en la alfombra, para saltar, algo se estrelló contra la parte posterior de su cabeza... Hubo un instante de vívida agonía mientras el cerebro le estallaba, una lluvia de ondas luminosas atravesando sus ojos, y luego la oscuridad.

CAPÍTULO X

De cómo Simón Templar pagó su deuda y Christine Vanlinden recordó la suya.

1

—¿**E**stás herido? —preguntó Christine.

—Lo único que me duele es mi vanidad —contestó el Santo amargamente—. Cuando meto la pata dos veces en una hora me estremezco de rabia. Tuve la culpa de que me golpearan... estaba tan concentrado en Aliston que perdí de vista a Palermo por unos instantes.

Yacía en el suelo del cuarto de trabajo, en el ático, lo que no suponía estar en el lecho más adecuado para que un hombre dolorido pudiera encontrarse cómodo. Pero de momento no podía hacer nada por mejorar su situación, puesto que estaba atado fuertemente de pies y manos. A Christine Vanlinden la habían amarrado de igual manera, aunque tenía la ligera ventaja de estar atada a una silla.

En realidad, el daño físico que había sufrido Simón no era importante. De hecho, su mente había empezado a emerger a la superficie de la opaca niebla que se la había tragado mientras lo llevaban a esa habitación, y el golpe con que lo arrojaron al suelo había terminado de retornarlo a la consciencia, a tiempo de oír cerrarse de nuevo la puerta del cuarto. Calculaba que habría estado sin sentido sólo unos pocos minutos.

—Yo también fui una idiota —dijo Christine amargamente. El Santo le sonrió animándola.

—Todos hacemos tonterías de vez en cuando. Pero yo tengo menos excusa que tú.

—¿Dónde te han tenido todo este tiempo?

—Lo de que me habían cogido fue un cuento para engañarte. No es que ahora importe mucho, pero esta es la segunda vez que me pescan.

Luego le contó la verdad de lo sucedido.

Y mientras hablaba estaba empezando a considerar si podría alcanzar su cuchillo. En esta ocasión no estaba siendo observado como la vez anterior. Rodó sobre sí mismo y dobló las muñecas hacia atrás, forzándolas a la vez hacia arriba, por encima del nudo de la cuerda, en una especie de giro de sacacorchos que había practicado muchas veces. Notó como la punta de sus dedos rozaban el mango del cuchillo y empezó a desplazarlo hacia abajo. Comenzó a moverse lentamente al principio, y más fácilmente después, conforme fue cogiéndolo mejor.

—Te dije que Graner era muy listo —siguió Christine—. Tú fuiste lo suficientemente inteligente para engañarlo durante algún tiempo, pero en cuanto se dio cuenta de lo que pasaba, ya no hubo nada que hacer.

—No te desanimes —gruñó el Santo.

Ya tenía totalmente cogido el mango del cuchillo entre sus dedos y la hoja fuera de la funda. Los músculos de los antebrazos empezaron a doler y a agarrotarse, pero su moral estaba recibiendo una nueva dosis de optimismo que hacía que el dolor pareciera insignificante.

Otra cosa le preocupaba mucho más, algo que le roía, de forma irritante, en la tercera parte del cerebro que no estaba ocupada en lo que estaba diciendo, ni en lo que estaba haciendo. Mientras seguía hablando de forma casi mecánica, el miedo que se había empezado a formar tomó una forma más definida e hizo que su voz sonase menos firme. Pero continuó la historia hasta llegar a lo que había sucedido en el piso inferior de aquella casa.

—... y entonces, Reuben pulsó el interruptor y soltó las perros. Me imagino que Lauber, por la excitación nerviosa, lo había olvidado. También existe otra excusa; si yo hubiese estado en su lugar, no sé si hubiera encontrado otra forma de salvar el pellejo. Me inclino por —pensar que habría hecho lo que él, aunque no me habría olvidado de los perros. Me acordé cuando vine con Reuben, y sólo esperaba que tampoco Lauber lo hubiera olvidado. Era la última parte de mi obra, pero no salió de acuerdo con el plan.

—¿Lo cogieron los perros?

—Lo último que oí sonaba a como si se lo estuvieran comiendo. Y me imagino que Graner no los interrumpió.

El esfuerzo de alcanzar las cuerdas que rodeaban sus muñecas, teniendo en cuenta la difícil postura con que sostenía el cuchillo, le estaba haciendo

retorcerse de una forma que para cualquier persona que lo observara resultaría extraña y alarmante, por lo que no fue raro que la muchacha lo mirara con preocupación.

—¿Estás seguro de que no estás herido?

—Ni un poquito.

El Santo sonreía. Sintió como se rompía otro hilo de la cuerda y sus movimientos se hicieron más fáciles. Descansó un instante y luego siguió cortando con mayor rapidez.

El tercer pensamiento que tenía en la mente regresó. ¿Por qué, al final, estaba en el ático con Christine? Sin duda, los perros habrían continuado cenando con Lauber, y Reuben no habría intervenido hasta que tuviera la seguridad de que Lauber había dejado de ser peligroso. Tampoco quedaba duda de que Palermo tendría rencores que satisfacer, por lo que el golpe en la cabeza del Santo podría interpretarse como un pequeño anticipo de lo que vendría después; indudablemente, atar al Santo habría parecido una preocupación elemental hasta que Lauber hubiera dejado de estorbar y el billete hubiera sido recuperado. Pero igual de indudable hubiera sido que el paso siguiente consistiera en preguntarle al Santo algunas cosas sobre Joris y el otro hombre... Así que, ¿por qué no lo habrían dejado en el cuarto de estar, preparado ya para un posterior tratamiento?

—¿Qué le sucedió a Joris? —preguntó Christine.

Simón sabía que esa pregunta tenía que llegar. Dijo: —Lo dejé en el Orotava.

Le guiñó un ojo mientras decía eso, a la vez que sentía que las muñecas se liberaban. Soltó sus manos y se puso un dedo en los labios, advirtiéndola antes de que ella pudiera hablar.

—Pensé que nunca lo volverían a buscar allí otra vez, puesto que ya antes lo habían cogido en el mismo sitio.

Un par de rápidos cortes liberaron sus piernas. Christine lo miraba conteniendo la respiración, incrédula, pero con una salvaje luz de entusiasmada esperanza apareciendo en su rostro. Simón sacó un trozo de papel y un lápiz y garabateó rápidamente.

No digas nada que pueda echar todo a perder. Este cuarto está lleno de artilugios electrónicos. Creo que alguien podría estar escuchándonos.

Ella asintió comprendiendo. Casi se reía en su aturrido alivio.

—Hay un avión de Las Palmas a Sevilla el lunes —continuó hablando el Santo—. Le he reservado una plaza en ese vuelo. Saldrá de aquí hacia Las Palmas mañana por la noche, en el barco que hace la travesía entre las islas.

Mientras hablaba escribió en el trozo de papel:

Ambos tenéis pasajes para el «Alicante Star». Zarpa esta noche, a las diez. Joris ya está a bordo.

Cortó sus ligaduras mientras ella lo leía. La chica lo miró de nuevo, sus labios entreabiertos, a medias entre la risa y el llanto. Cuando se levantó, sus brazos rodearon el cuello de Simón. Su cálida suavidad juvenil se apretó contra él. Estaba temblando.

—Has hecho demasiado —susurró.

Simón denegó con la cabeza.

—Aún no estamos fuera de la jaula —dijo.

Se soltó suavemente del abrazo y fue hacia la ventana. Eran las ocho menos cuarto y el mensaje que había pasado a Julián decía que podía marcharse a las siete y media si no había sucedido nada. Pero sabía que Julián no tenía reloj, y pidió al cielo que las características vagas ideas que tienen los españoles acerca del tiempo jugaran por esta vez a su favor... Estuvo a punto de soltar un grito triunfal cuando vio al limpiabotas, apoyado pacientemente en su muleta, entre las sombras que rodeaban la pared.

Simón tomó otro trozo de papel en blanco y escribió en español:

“ *Toma un taxi y lleva esto al Sr. Uniatz, en el Hotel Orotava. Haz que se lo suban a la habitación cincuenta. Espéralo y tráelo aquí.*

Debajo escribió en inglés:

Estoy en la casa de Graner, y en un aprieto. Coge un taxi y vuela para acá. El portador de la nota es de confianza y te guiará. Trae tu Betsy. Entra y arma la de todos los demonios. Si ves algunos perros, liquídalos. Son asesinos.

Firmó el mensaje con el irreverente esqueleto coronado por un elíptico halo que era la única firma que no produciría dudas a Hoppy: la marca del Santo. Dejó que Christine lo leyera mientras buscaba una moneda en sus bolsillos. Afortunadamente le habían dejado el dinero. Encontró un *duro*^[100] y lo envolvió en el papel mientras regresaba a la ventana. Silbó suavemente a través de los barrotes y vio a Julián levantar la vista.

El revoloteante paquetito blanco cayó a los pies del joven. Simón le vio recogerlo, desenvolverlo y leerlo. Julián miró de nuevo hacia arriba, se tocó la visera de su vieja gorra y se alejó corriendo por la carretera, apoyándose en la

muleta y con tanta rapidez como otro hombre pudiera hacer sobre dos piernas sanas.

Los ojos del Santo volvieron a encontrar los de Christine y ambos leyeron mutuamente un mensaje que no necesitaba palabras para expresarse. Si la nota llegaba pronto a manos de Hoppy y Mr. Uniatz actuaba con igual celeridad, la aventura podría tener un buen final; si nada de eso sucedía, podría terminar de forma totalmente distinta. Todo estaba en manos de los dioses.

Simón Templar sonrió. Ya no estaba atado de pies y manos, pero tenía a Christine con él, y en el piso bajo había tres hombres que ahora poseían el billete por el que ambos habían arriesgado varias veces sus vidas. En el exterior, con toda seguridad, estarían los perros, y, por toda la casa, en todo lo que los rodeaba, incluso en el jardín a través del cual tenían aún que escapar antes de recobrar la libertad, estaban todos los aparatos eléctricos con que Reuben Graner protegía su fortaleza. Tampoco en aquel mismo cuarto podían considerarse fuera de la red de artilugios defensivos de que estaba dotada la casa, desde el tejado hasta el sótano. Y, quizás, no transcurriría mucho tiempo antes de que Graner, Aliston y Palermo se cansaran de escuchar en busca de pistas y volvieran a la acción directa.

Pero, curiosamente, nada de eso preocupaba al Santo. Jamás en toda su vida había diseñado algún plan en función de las posibilidades de una derrota. Siempre se preparaba para la victoria.

Y estaba encerrado en aquel cuarto con una cosa que le interesaba profundamente.

Su mirada pasó de Christine a la caja de seguridad, situada en un rincón. De nuevo se encontraba sólo con ese incalculable tesoro que tanto le había impresionado aquella mañana, separado de él por sólo unos pocos centímetros de un acero especial y una cerradura con combinación. Para cualquier otro bandido eso hubiera resultado descorazonador, pero para el Santo significaba un interesante rompecabezas para cuya resolución se necesitarían entre veinte y treinta minutos. Claro que con sólo tocar la caja se dispararía otra de las alarmas, aquella amortiguada sirena que escuchó cuando Graner empezó a abrirla.

De hecho, todo lo que era de importancia en la casa parecía estar electrificado. Lo cual era muy moderno, científico y eficiente, pero que también acarreaba la evidente vulnerabilidad de la centralización, que podría unirse a la ineficacia española con que se habría edificado la vivienda. Por ejemplo, era altamente improbable que un constructor de Tenerife hubiese

instalado un sistema de fusibles independientes por cada habitación. Si por casualidad lo hubiera puesto en una sola, estaría exultante de orgullo por la utilización de técnicas modernas.

Simón se acercó a una lámpara baja que iluminaba el banco de trabajo y la contempló unos instantes con un brillo de descarado desafío en los ojos. Cuanto más jugaba con la idea, más le atraían sus posibles consecuencias.

Manteniendo la atrevida media sonrisa en los labios, sacó del bolsillo una *perra chica*^[101] y desenroscó la bombilla. Inmediatamente colocó la moneda en el interior del casquillo y comenzó a enroscarla otra vez. Hubo un sibilante chasquido y la luz del techo se apagó.

2

En la oscuridad, la mano de Christine tocó su manga y cogió su brazo.
—¿Lo has hecho tú? —susurró incrédula.

Simón dejó escapar una risa ahogada en la penumbra.

—Sí. Eso venía en «*El joven Edison*»: «Como cargarse los fusibles». Confiemos en que éste sea el único que haya en la casa. Aguarda un momento.

Volvió a dejarla y se acercó de puntillas a la puerta. A corta distancia de ella, apoyó una rodilla en el piso y bajó la cabeza hasta rozar el suelo con la mejilla. Ni un rayo de luz se filtraba del exterior por debajo de la puerta, y consideraba que debían de haber encendido la luz de la escalera cuando lo trajeron, a menos que el equipo de transporte hubiera hecho el recorrido totalmente a oscuras. Y aunque estuviese apagada se debía de percibir algún débil resplandor procedente del piso inferior... Pero no vio nada.

Se levantó y acercó una oreja a los paneles de la puerta. En alguna lejana parte del piso inferior podía oír un confuso rumor de voces y movimientos que le sonaron a música celestial. Aunque tuvo que hacer esfuerzos para percibir algo, aquello era suficiente para decirle lo que quería saber.

Las luces de abajo también se habían apagado y era fácil asumir que cualquier otra luz de la casa tampoco podría encenderse. Y, como consecuencia, y al mismo tiempo, todo el elaborado sistema de alarma de Graner habría perdido su eficacia.

Había una forma de comprobar la absoluta certeza de su teoría, y no era otra que llevar a cabo un experimento que, de todas maneras, en algún

momento tendría que realizar.

Simón se movió directamente hacia la caja fuerte.

Sus ojos tenían las cualidades de los de los gatos para adaptarse instantáneamente a la oscuridad, y, como uno de ellos, se desplazó sin dificultades, con silenciosos y felinos movimientos. Cruzó el cuarto hasta que pudo sentir la presencia de la caja frente a él. Alargó sus manos y, conteniendo la respiración, la tocó suavemente con la punta de los dedos. El silencio siguió intacto. Sus dedos corrieron por la pulida superficie hasta que encontraron la manija y con la misma suavidad que antes la rodearon. Resueltamente, tensó los dedos y la agarró con fuerza.

La sirena permaneció muda.

—¿Dónde estás?

La pregunta de Christine le llegó en un aterrorizado suspiro, mientras se agachaba frente a la caja fuerte. Simón contestó suavemente, pero con su tono natural de voz.

—Aquí.

Extendió la mano, tomó la de ella, que lo buscaba en la oscuridad, y la guió a su lado. Su mano derecha ya estaba trabajando sobre el mando de control del dial de la combinación.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de la chica era aún insegura.

—Abriendo la caja fuerte —contestó sencillamente.

—¿Tanta prisa corre eso?

—Señorita —dijo el Santo con seguridad—, la última vez que vi esta lata estaba repleta de una colección de joyas tan impresionante que, de sólo verlas, me entró vértigo. No digo que valgan tanto como tu billete de lotería, pero tampoco habrá mucha diferencia. A uno siempre le entran ganas de agarrar un botín como éste.

—Pero Graner vendrá...

—Todavía no... espero. Después de todo me dejaron atado y no saben que tenía un cuchillo. Lo primero que habrán pensado es que el fusible ha saltado por causas naturales. Tratarán de repararlo, lo que los mantendrá entretenidos por un rato. Pero no lo conseguirán, pues cada vez que coloquen un nuevo fusible, volverá a saltar. Entonces puede que empiecen a olerse algo raro y se pregunten como nos vá. Pero hasta entonces... Ahora pórtate como una buena chica y estáte tranquila un ratito, mientras yo interpreto mi aplaudida imitación de un «revientacajas».

Su oreja estaba presionada contra el frío acero, escuchando el golpeteo seco de los dientes de la combinación; sus sensibles dedos movían el dial hacia delante y hacia atrás, paso a paso, intentando descubrir los secretos del cierre, como un fisiólogo se abre camino a través de una adecuada disección. Para Christine debía ser enloquecedor ser testigo de su tranquila e inalterable paciencia, sin que las manipulaciones parecieran tener posibilidades de éxito. Simón era consciente de que ella estaba temblando del esfuerzo que realizaba para aplacar los naturales y salvajes instintos del pánico. Sus propios nervios estaban muy cerca del punto crítico, y el latente miedo de que el problema del fusible no mantuviera a Graner y Compañía ocupados durante tanto tiempo como era deseable no se le iba de la mente; pero seguía manteniendo férreamente su autocontrol.

La respiración de Christine se iba acelerando, mientras el irregular y débil golpeteo de los dientes del cierre picoteaba suavemente en las raíces de sus nervios, en una refinada versión de la conocida tortura china. No había ningún otro sonido que alterase el amenazador silencio de la habitación, sólo el desazonador y sincopado *tick... tick-tick* del cierre, el ritmo de su propia respiración y el golpeteo de su corazón... y el roce de las ropas del Santo cuando cambiaba de postura. Los minutos pasaban y pasaban, en un inacabable rosario de implacable lentitud...

Después de un rato, el dolor de la tensión nerviosa hundió a la chica en una especie de estupor, del que se recuperó de nuevo con un sentimiento, aún más intenso, de insoportable tortura.

Se aferró al brazo de Simón.

—*¡Por favor!* —imploró incoherentemente—. Por favor... por favor...

Simón se rió.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, cariño. Dame una oportunidad.

—Ya debes llevar media hora.

—Por mi reloj, dieciséis minutos —contestó alegremente—. Aguanta un poquito más y todo terminará. Debías de estar disfrutando. Esto es una demostración de apertura sin dolor de una caja fuerte realizada por el mayor experto del mundo, y conozco a docenas de personas que darían sus muelas por estar sentadas donde estás tú.

Su voz sonaba alegre y tranquila, y había tal confianza magnética en ella que, de alguna forma, conseguía que lo que estaba realizando pareciera trivial. Y Christine creyó que podía ver otra vez, pese a la oscuridad, la cara del Santo; aquel rostro que era distinto a todos los que había contemplado en su vida y que jamás podría olvidar, aunque nunca volviera a verlo, desde la

primera vez, cuando se quitó el sombrero en la Plaza de la República para permitir que ella lo mirara. La visión era ahora tan clara que parecía que lo estaba realmente contemplando. Podía ver sus alegres y nobles líneas adecuadamente distribuidas dentro de los límites exteriores de seriedad, sus profundos ojos azules, sus finos labios jugando distraídamente con una sonrisa; y de nuevo sintió el extraño hechizo que parecía emanar de él.

—Lo siento —dijo.

—No te preocupes. Piensa sólo en lo divertidos que estarán Reuben y el resto buscando velas.

—¿Crees que habrán cogido el billete?

—A menos que los perros se lo comieran junto a Lauber, creo que sí. Estáte tranquila, cariño. Creo que pronto lo voy a conseguir.

Pudieron pasar otros cinco minutos. Podían haber sido cinco horas, porque el tiempo parecía haber perdido sentido en su vida.

Y entonces el Santo suspiró con profundo deleite y Christine escuchó un ruido más fuerte y sólido, que procedía de donde él estaba trabajando, a su lado.

—¡Lo conseguí! —dijo, y su voz estallaba de entusiasmo—. ¡Deje libre las puertas, señora... estamos abriendo la olla de la fortuna!

La pesada puerta de acero tropezó ligeramente contra ella mientras retrocedía hacia la pared.

Simón rebuscó en sus bolsillos y encontró la linterna de lápiz. Su brillante y fino rayo barrió la abierta caja, pasando sobre las atestadas bandejas, encendiendo delicados reflejos de coloreadas luces desde las alfombras de brillantes gemas, en sus terrazas escalonadas, como si el pincel de luz fuese una varita mágica despertando las joyas a la vida.

—¿Valía la pena esperar? —le preguntó, extasiado, el Santo.

La muchacha estaba boquiabierta.

—No lo sabía... Joris decía que estaba llena de joyas, pero no me lo podía imaginar.

El Santo volvió a mirar su reloj.

—Veintitrés minutos exactamente. No voy a intentar averiguar cuál es la media de ganancia por minuto, porque eso podría traerte malas ideas a la cabeza. Pero vamos a aprovecharnos. Sostén la linterna, ¿quieres?

Ella se encontró con la linterna en la mano, observando como Simón cogía las joyas a puñados y las metía en sus bolsillos. Parecía una pantomima hecha realidad, como observar a alguien vaciando la cueva de Aladino y sabiendo que la fabulosa colección de joyas se componía únicamente de unos

pocos pedazos de cristal coloreado. Simón siguió su labor hasta que todas las bandejas estuvieron vacías y sus bolsillos bien cargados y rebosando. Finalmente cogió una solitaria esmeralda del tamaño de un huevo de gallina enana de Bantam^[102].

—Toma esto como recuerdo. Yo me quedaré con el resto, porque tú podrás comprarte lo que quieras con el dinero del Gobierno español...

Dejó bruscamente de hablar y Christine vio como la mirada de acero endurecido volvía a sus vigilantes ojos. Un momento después le había quitado la linterna de la mano y la había apagado. Lo último que pudo ver es que Simón sonreía de nuevo.

Volvió la oscuridad, que parecía mucho mayor después de la temporal iluminación; y, en esa oscuridad, Christine oyó lo que el Santo había percibido unos segundos antes: el sonido de unos suaves pasos en el exterior, en las escaleras.

El instinto le hizo alargar otra vez la mano, buscando el confortador contacto humano del cuerpo del Santo, pero él ya no estaba donde ella lo había visto por última vez. Su mano sólo encontró el vacío.

Por entonces el Santo ya estaba en el centro del cuarto.

Sin apenas interrupción en su rápido y silencioso movimiento, se agachó un momento para ver como era la luz que entraba por debajo de la puerta. Por su brillantez, y la estabilidad con que se movía, dedujo que no era una vela... y siguió hacia delante, con sólo ese pequeño elemento de información para enfrentarse a lo que viniera. Parecía que el momento crucial se iba a producir, puesto que alguno de aquellos malditos habría sido encargado de ir a investigar como iban las cosas por el ático. Los hombres de abajo habían tenido tiempo suficiente para deducir que el permanente fallo del sistema eléctrico podría deberse a algo más que a causas naturales; y el Santo sabía que había sido una gran suerte que lo hubiesen dejado sólo durante tanto rato. La única pregunta que tenía en la mente se refería a qué margen de tiempo necesitaría aún para que Hoppy Uniatz recibiera su mensaje y actuara en consecuencia.

Los pasos se habían detenido al otro lado de la puerta, aunque no podía estar seguro de si pertenecían a uno o más hombres. Pero allí fuera había alguien escuchando.

—Me gustaría que se dieran prisa e hicieran algo con la luz —dijo el Santo de forma natural y clara. Y, como si el sonido de la voz le hubiera dado confianza al hombre que había fuera, el picaporte chirrió y la puerta se abrió.

El rayo de luz de una potente linterna iluminó la habitación, recorriendo la abierta, y vacía, caja fuerte, antes de saltar ligeramente a un lado para enfocar de lleno a Christine Vanlinden. El Santo estaba cerca de la puerta, casi en ángulo recto con la dirección del haz de luz, y en las paredes y techos se producía un reflejo suficiente para descubrirle la silueta del hombre de la linterna. Era Palermo. Simón vio también la forma de una pistola levantándose en su mano.

La gutural exclamación de Palermo coincidió prácticamente con el salto del Santo. Como había unos dos metros entre ellos, Simón lanzó su cuchillo por delante.

El cuchillo estaba apuntado a la muñeca, detrás de la pistola de Palermo, y voló hacia su blanco tan directo como una flecha. Pero, desafortunadamente, el objetivo se movió. Palermo había empezado a girar, su linterna describiendo un círculo, probablemente con la idea de localizar al Santo, pero en lo referente a las reacciones mentales de Palermo en esos momentos, el cronista debe permanecer conscientemente agnóstico. La única persona que podría hablar de ello con autoridad sería el propio Mr. Palermo, pero esto no es una sesión de espiritismo. De lo único que podemos estar seguros es de que Palermo empezó a moverse cuando el cuchillo salió de la mano del Santo. Se escuchó una extraña tosecilla mientras Simón, lanzándose en plancha, lo cogía de los muslos y lo derribaba con un golpe seco. La pistola de Palermo cayó simultáneamente, con el sonido de un trueno, y en un abrir y cerrar de ojos el Santo se lanzó a por ella. Ya la había cogido por el cañón cuando se dio cuenta de que el otro no estaba luchando, sino que permanecía inerte y no ofrecía ninguna resistencia. Simón se guardó la pistola y sujetó a Palermo con una rodilla mientras recogía la linterna. La enfocó hacia abajo y comprendió...

Levantó la vista y vio a Christine mirando la misma cosa y llegando a idéntica conclusión.

—¿Está... está muerto?

—Digamos que se ha ido de entre nosotros —contestó el Santo piadosamente. Recuperó su cuchillo y lo limpió rápida y cuidadosamente en la camisa del difunto Mr. Palermo antes de devolverlo a su funda—. Vamos a movernos porque se va a armar un buen jaleo.

La cogió de la mano y corrió con ella hacia las escaleras. Tras bajar el primer tramo, la detuvo de nuevo antes de doblar la esquina de la galería. Más allá alguien se movía, y vio un débil resplandor luminoso.

Dejó a Christine sola y dobló la esquina.

A un metro de distancia se encontró con la asombrada cara de ojos saltones del criado que había visto a la hora del desayuno, transformada aún en más fantasmal como consecuencia de la iluminación que recibía desde abajo por la vela que el hombre llevaba en la mano. Simón le sonrió de la más amistosa forma posible.

—*Buenas noches*^[103] —dijo, recordando el ejemplo de digna cortesía del que había sido testigo en otro lugar no hacía mucho.

El criado no estaba tan dispuesto a corresponder al saludo. Dejó escapar un jadeo bronquial, dio la vuelta y echó a correr. El pie del Santo se disparó golpeando los dos tobillos del hombre y enviándolo al suelo con las extremidades abiertas. La vela se cayó y se apagó. Simón encendió la linterna y golpeó al hombre con la pistola de Palermo, por dos veces y muy duramente, en la parte posterior de la cabeza.

Agarrando al individuo por debajo de los brazos lo volvió a levantar, manteniéndolo como un escudo que protegiera su propio cuerpo. Cuando, como consecuencia del movimiento, el haz de la linterna apuntó hacia arriba, iluminó la figura de Aliston, cuya cabeza y hombros descollaban sobre el otro tramo de escaleras, al final de la galería.

—No dispaes —le avisó consideradamente el Santo—, o mañana tendrás que prepararte tú mismo el desayuno.

Es posible que Aliston estuviera demasiado alterado como para captar la indirecta, o, quizás, es que la luz de la linterna dirigida a su cara le deslumbraba y no podía apreciar la situación. Durante un par de segundos se quedó helado, con la boca abierta de asombro, mientras el Santo avanzaba rápidamente hacia él, con el sirviente pegado delante suya y firmemente sujeto con un brazo que lo rodeaba. Entonces Aliston gritó y empezó a disparar. Una, dos... cuatro veces apretó el gatillo, y Simón pudo oír las balas zumbando a su alrededor como avispas furiosas. Siguió avanzando. Al quinto disparo sintió como si el hombre que estaba sujetando hubiese chocado contra un muro de ladrillos. Simón lo elevó un poco y siguió empujándolo. El sexto y el séptimo disparo se perdieron porque la puntería de Aliston se había vuelto loca. La pistola ya estaba vacía. Aliston la miró de forma estúpida durante un instante y luego la arrojó histéricamente a la firme luz que seguía avanzando en la mano del Santo. El arma rebotó en el suelo de la galería y Aliston giró en redondo para huir escaleras abajo. Simón sintió una caliente humedad en su mano izquierda, en el lugar por donde sujetaba la cintura del criado.

—¡Oye! —gritó—. Mira lo que has hecho, Cecil. Te lo advertí.

Aliston no se detuvo a mirar y Simón apretó, por primera vez, el gatillo de su arma.

El percutor golpeó contra un cartucho defectuoso.

La sonrisa del Santo brilló indiferente. Tiró la pistola y agarró el cuerpo del criado con ambas manos. Estaba ahora en la parte superior de las escaleras, mientras en su mitad, Aliston que bajaba, había chocado con Graner que subía. Estaban sujetándose mutuamente en un frenético esfuerzo para recuperar el equilibrio. El Santo levantó su carga todo lo que pudo del suelo.

—Al fin y al cabo, es vuestro desayuno, muchachos —dijo, y les lanzó el proyectil humano.

Luego, utilizando la barandilla, se deslizó en busca del revuelto amasijo de brazos, piernas y cuerpos. Le pareció oír otro disparo, más lejano que si proviniera de la pistola de Graner, pero, por la excitación del momento, apenas le hizo caso. Alcanzó el nivel del piso bajo inmediatamente después que la volante mezcla de humanidad chocase contra el suelo con un golpe conjunto, y tomó por el pescuezo a Graner, separándole del revoltijo como si fuera un conejo. La sonrisa del Santo resplandeció como la luz del sol ante los llameantes ojos de Graner.

—Una vez me abofeteaste —dijo el Santo, entregado a sus recuerdos.

Abofeteó a Graner en la mejilla izquierda y después en la derecha; y luego echó atrás su puño y le golpeó en la nariz. Le pareció oír el crujido del hueso, y la vibración del golpe recorrió deliciosamente su brazo.

Graner retrocedió como si hubiera sido lanzado por una catapulta hasta que chocó contra la pared opuesta, y se deslizó hasta el suelo. El Santo, lleno de alegría, saltó sobre él y fue entonces cuando la mano de Aliston lo agarró del tobillo.

Los brazos de Simón se movieron desesperadamente, como las aspas de un molino, pero el impulso de su propio salto era demasiado fuerte. Cayó encogido, golpeándose un hombro de forma agoníaca, y pateó con fuerza para soltarse. Pero la mano de Aliston mantenía su presa con la fuerza con que un hombre ahogándose se aferra a cualquier cosa. Simón rodó, y con su otro talón golpeó salvajemente los nudillos de Aliston, pero, apoyado contra la pared más alejada, vio a Graner levantar de nuevo su pistola.

La sangre de la aplastada nariz de Graner caía sobre la parte superior de su alargada boca y pintaba de rojo los delgados labios, que se retraían descubriendo los dientes. Simón Templar vio a la muerte buscándole y la

sonrió con su vieja y sardónica mueca. Aquella última pelea había sido grande.

¡Crack! ¡Crack!

No sintió nada, nada en absoluto; ni dolor, ni siquiera los impactos de las balas. Era consciente de que en él no se había producido ningún cambio y sus pensamientos no se habían interrumpido. La única diferencia consistía en que la garra que había sujetado su tobillo había desaparecido de allí, pero eso probablemente se debía a que su alma no podía sentir cosas materiales como esa. Se le ocurrió pensar que, si la muerte era así, se trataba de un proceso muy simple.

Y luego vio que la mano de Graner, que aún empuñaba la pistola, había bajado hasta apoyarse en el suelo. La barbilla se le había hundido hasta el pecho y sus ojos estaban abiertos, pero la oscura llama había desaparecido de ellos. Mientras Simón lo observaba, la cabeza de Graner se deslizó hacia un lado... Su cuerpo la siguió, de un forma grotescamente lenta, cayendo de lado al suelo.

El Santo levantó la vista.

Encuadrada en la puerta principal se dibujaba una figura sólida, con cuello de toro, resplandeciente como una gárgola, con la Betsy sujeta por una garra que parecía la de un oso. Cuando Santo lo miró con muda gratitud, la feliz sonrisa desapareció gradualmente para convertirse en una mirada de triste preocupación.

—¿Le he sacudido otra vez a los tipos que no eran, jefe? —preguntó ansiosamente Mr. Uniatz.

3

La sirena del *Alicante Star* lanzó su último aviso. Un camarero recorría la cubierta, golpeando un pequeño gong y avisando que «¡Todos a tierra!». Los últimos turistas rezagados subían tropezando por la pasarela del barco, cargados con las últimas compras de cosas inútiles y pareciendo, ni más ni menos, tan ridículos y repulsivos como siempre parecen los turistas. Los últimos vendedores hindúes ofrecían sus manteles de encaje y sus chales en el muelle, y voceaban las excelencias de sus caras ofertas del último minuto. El último *guardia*^[104] en lo alto de la pasarela se ajustó el cinturón y miró arrogante a su alrededor, y la última rica combinación de una ruidosa

aspiración nasal, un extraño ronquido en la garganta y un escupitajo, con los que ahorra gastos en el lavado de pañuelos, resonó con fuerza sobre la mezcla de sonidos.



El Santo se bajó de mala gana de la barandilla que limitaba la borda.
—Tendré que marcharme —dijo.
—¿No te vas a quedar? —balbuceó Christine.

Simón sonrió.

—No tendría tiempo para embarcar el coche. Y, además, Hoppy y yo tenemos reservas para un barco que zarpa el próximo lunes. Mañana he prometido ir a ver a un joven ahijado.

—No estarás seguro... la policía te andará buscando...

—Querida, me están buscando durante años. He sido perseguido por más y mejores policías de los que habrá en esta isla, y nunca me importó mucho.

Ella le creía. Simón era invencible. Le había visto luchar durante veinticuatro horas y eso hacía fácil de comprender toda la leyenda que lo rodeaba.

—Pero ¿qué va a ser de nosotros... de Joris y de mí?

—Esta noche enviaré un telegrama a un amigo que tengo en Londres para que coja un avión y se encuentre con vosotros en Lisboa, con un par de nuevos pasaportes preparados para estampar en ellos los nombres que queráis. Abandonad el barco en Lisboa, cuando todo el mundo desembarque para hacer alguna excursión, y olvidaros de regresar. Luego viajar por tierra hasta la Riviera, o donde penséis estableceros y, mientras no os metáis en un lío, nadie os molestará. La búsqueda de Joris ya estará casi olvidada en estos momentos y cualquier Banco cobrará el billete de lotería por vosotros. No lleva ningún nombre y no queda nadie que quiera armar revuelo. Por cierto, casi se me olvida darte el billete.

Lo sacó de entre las joyas que llevaba en uno de sus bolsillos. Estaba ligeramente roto en una esquina y aún se podían observar los restos de una mancha, porque estaba en un bolsillo interior de Reuben Graner cuando Mr. Uniatz utilizó su Betsy. Las manos de la chica temblaron ligeramente cuando lo cogió.

—Una parte te pertenece —dijo.

Simón denegó con la cabeza.

—Mi parte la tomé de la caja fuerte.

—Pero yo te prometí...

—Lo sé. Pero quiero ser sincero contigo. Cuando todo empezó no estaba seguro de no estar buscando el billete sólo para mí. De modo que estamos empatados.

Un camarero asomó su nariz entre ellos.

—Perdone, señor —dijo—. ¿Viaja usted con nosotros?

—Me gustaría —dijo el Santo.

—Pues entonces será mejor que se dé prisa, señor. Van a quitar la pasarela.

—Vaya y sujétela un momento —dijo el Santo pacientemente.

El indefinible bullicio que había en cubierta se estaba incrementando de forma irregular.

—Podrías quedarte —dijo Christine.

—No puedo, cariño.

Ella todavía se aferraba a él.

—Te prometí mucho.

La sonrisa del Santo era la misma de siempre, pero la habitual burla había desaparecido de sus ojos.

—Yo tengo la culpa por no quedarme a reclamarlo.

—¡Pero, es que te necesito! Amor mío, ¿no te das cuenta? He esperado... he esperado toda mi vida... Tú me sacaste de aquello. Ha sido como un milagro. Tú puedes ser lo que seas... yo no soy mejor. Nunca habrá nadie más.

—Eres joven —le dijo el Santo suavemente—. Lo habrá.

—¡Ultimo aviso para desembarcar! —bramó un camarero de metálicos pulmones.

—Nunca —susurró Christine.

Las manos de Simón la sujetaron por los hombros tan suavemente como era su voz. Le sonrió a los ojos.

—Esta es mi vida —dijo tranquilamente—. Para mí no hay otra mejor. Pero tú ya has compartido demasiado de ella. Encontrarás cosas mejores. Un día tropezarás con otra persona y te alegrarás de que yo no te permitiera que mantuvieras tu promesa. Debes dejar que otro buen bucanero disfrute de un gran momento.

La atrajo hacia sí y la besó; ella cerró los ojos y se apretó contra él.

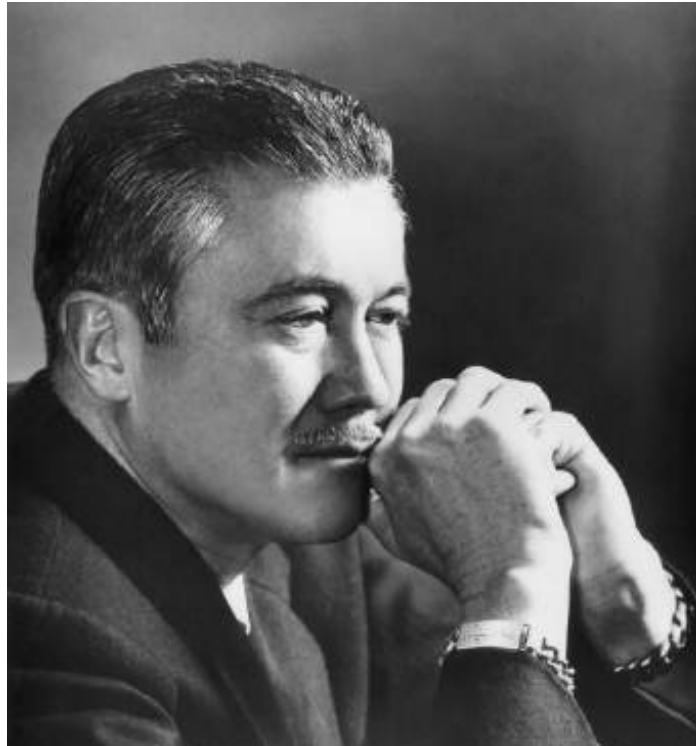
Al cabo de unos instantes Simón apartó los labios.

—Adiós, Christine.

Se deshizo del abrazo de la chica y se alejó rápidamente. Ella vio sus hombros entre la gente, cómo saltaba la barandilla y cómo corría por la pasarela, que ya estaba siendo retirada, para saltar un par de metros hasta el muelle. Lo vio andando, con su fácil zancada, hacia el brillante Hirondele, donde lo esperaba Hoppy. Allí se detuvo y se volvió para saludarla, alto, sonriente y alegre, con una mano apoyada en la cadera, en un gesto de feliz y perezosa fanfarronada, y la otra mano levantada, diciendo adiós. Siempre lo recordaría así. Y también el Santo pensó que siempre recordaría a Christine. Se quedó inmóvil un buen rato contemplando como el barco se alejaba del muelle.

Mr. Uniatz se quitó el puro de la boca.
—Estas mujeres son todas iguales, jefe —dijo amablemente.
—Lo mismo que algunos tipos —contestó el Santo.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] Cuando en la década de los 60 del siglo XX los productores de la famosa serie televisiva sobre el Santo quisieron encontrar un Hirondele, se llevaron la sorpresa de que era un coche ficticio, existente solo en la imaginación de Leslie Charteris. Decidieron entonces elegir un coche contemporáneo y se encontraron con dos modelos adecuados, el Volvo P1.800 y el Jaguar XK-E; se inclinaron por el primero de ellos, aunque en los años 70, en la serie denominada «El retorno del Santo», el coche empleado fue un Jaguar XJ-S.

<<

[2] Simón Templar utiliza aquí una expresión ininteligible al traducirla al castellano: «This was the real McCoy», es decir, «Éste era el verdadero McCoy». En el «slang» o lenguaje vulgar, McCoy se emplea para designar una persona o cosa que es real, no un sustituto o sucedáneo. Dado que el Santo se refiere en ese momento a las bondades de su método de mantenerse en forma, comparándolo con el que emplean «almas menos aventureras», creemos que la traducción que figura arriba puede resultar adecuada. <<

[3] Betsy, o Isabelita, es el nombre cariñoso que Hoppy da a su pistola. <<

[4] El «espacio abierto» a que hace mención el autor es la actual Plaza de España. En la época en que se ambienta la novela (finales de Diciembre de 1.935) hacía menos de una década que había desaparecido el Castillo de San Cristóbal. <<

[5] Nacida al pie del Castillo de San Cristóbal, en un principio se la conoció como Plaza del Castillo pero sucesivamente se la fue denominando como Plaza de la Pila (siglo XVII), Plaza Principal, Plaza de la Constitución (1813), Plaza Real (1814), otra vez de la Constitución (1820) y de nuevo Real (1824), Plaza de la República (1931) y por tercera vez de la Constitución (1936). Como escribe D. Juan Arencibia («Calles y Plazas de Santa Cruz. Su historia y sus nombres», página 31), «ninguno de los nombres políticos ha podido con el de la Plaza de la Candelaria, que es como la conocen todos los canarios sin necesidad de haber sido acordado oficialmente, aunque una lápida así lo reconoce». <<

[6] El Hotel Orotava estaba situado en la Plaza de la República núm. 1, es decir, donde hoy se encuentra el Edificio Olimpo. Al principio del siglo XX existía ya allí un establecimiento hotelero, «La fonda de Panasco», llamada así por el apellido de su propietario. Alcanzó renombre por su buena cocina y excelente situación, y tras importantes reformas se convirtió, ya con el nombre de Hotel Orotava, en un alojamiento muy estimado por los visitantes.

<<

[7] En español en el original. <<

[8] Maiden Lane es una calle del londinense distrito West Central. Se encuentra en la trasera del conocidísimo Covent Garden y forma parte de una zona famosa por sus teatros, joyerías y restaurantes de lujo. <<

[9] Anverso y el reverso de un billete real de aquel sorteo de la Navidad de 1935 adquirido por el traductor en la Plaza Mayor de Madrid en el verano del año 2000. Como podrá comprobar, el premio «gordo» era de quince millones de pesetas, equivalentes a unos cuatrocientos treinta millones de hoy en día.
<<

[10] Como el lector conoce, en la actualidad no son sólo tres los sorteos mensuales de la Lotería Nacional, pero recordemos que la acción de la novela se desarrolla en 1935. <<

[11] En español en el original. <<

[12] Aunque en otros sorteos los billetes se dividían en *décimos*, en aquel en concreto, el celebrado el 21 de Diciembre de 1935, lo hacían en *vigésimos*. <<

[13] Obviamente, los tipos de cambio no eran los mismos de ahora. <<

[14] A lo largo de toda la novela, Hoppy Uniatz utiliza continuamente una extraña forma de hablar, en la que se mezclan algunas dificultades de pronunciación con el empleo del «slang» o lenguaje de los bajos fondos. Únicamente en aquellas ocasiones en que sea necesaria alguna aclaración haremos una llamada al lector; el resto las traduciremos al español de la manera más fiel posible. <<

[15] En español en el original. <<

[16] En español en el original. <<

[17] En español en el original. <<

[18] En español en el original. <<

[19] Hoppy recuerda a Simón que «*De last time you cut me in two bits on de buck*», es decir, que en el último botín le correspondieron dos *bits* por *buck*, o lo que es lo mismo en «slang», veinticinco centavos (ya que un *bit* representa doce centavos y medio) por dólar. Por eso piensa llevarse una cuarta parte de las hipotéticas ganancias. <<

[20] Cuando el Santo la recorre en su Hirondele, la calle del Castillo no era, como ahora, peatonal. Incluso, como es sabido, por ella circulaba el tranvía que unía Santa Cruz con La Laguna. <<

[21] Todas las palabras en cursiva de esta tercera parte del capítulo aparecen en español en el original. <<

[22] Los Guardias de Asalto fueron los componentes de un Cuerpo de Seguridad estatal antecesor de la Policía Armada y de la Policía Nacional, y encargados de mantener el orden y la ley en las capitales de provincia y otras grandes ciudades. <<

[23] Tombs significa tumbas o sepulturas. <<

[24] Sin duda el lector sabe que la frenología es una doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con *relieves* del cráneo. Lauber debía tener un buen chichón, es decir, un *relieve* digno de ser estudiado por un especialista de esa doctrina. <<

[25] En español en el original. <<

[26] En español en el original. <<

[27] En español en el original. <<

[28] En español en el original. <<

[29] En español en el original. <<

[30] Es la actual Calle del Comandante Sánchez Pinto. <<

[31] Posiblemente se refería el autor a la Calle Sol y Ortega, que estaba situada entre la Alameda y el inicio de la Calle de la Marina. <<

[32] Los tres hoteles más importantes de Santa Cruz en 1935 eran el Orotava, el Quisisana y el Pino del Oro. <<

[33] En español en el original. <<

[34] En español en el original. <<

[35] En español en el original. <<

[36] En español en el original. <<

[37] En español en el original. <<

[38] La Agencia a la que se refiere Templar estaba situada en el edificio del Casino, sobre el Bar Oasis o British, como se puede ver en la foto de la página siguiente. Se ha preferido dejar el nombre de la Agencia en inglés, puesto que así figuraba en el rótulo que indicaba su existencia. <<

[39] Las piedras para la construcción del muelle se traían en tren de la cantera de La Jurada. En la página siguiente se puede ver una foto de la locomotora a la que se refiere el autor. <<

[40] En francés en el original. <<

[41] En español en el original. <<

[42] En español en el original. <<

[43] En español en el original. <<

[44] En español en el original. <<

[45] En español en el original. <<

[46] En español en el original. <<

[47] En el momento de la aventura del Santo en Santa Cruz, el nuevo edificio del Casino de Tenerife, cuyo arquitecto fue D. Miguel Martín Fernández de la Torre, sólo tenía unos meses de vida, pues había sido inaugurado en Mayo de aquel mismo año. <<

[48] En español en el original. <<

[49] En español en el original. <<

[50] En español en el original. <<

[51] En español en el original. <<

[52] En español en el original. <<

[53] En español en el original. <<

[54] En español en el original. <<

[55] Aun hoy día hay muchos santacruceros que la siguen conociendo por el nombre antiguo y no por el oficial. La calle se dedicó a un Cónsul General de Bélgica en Santa Cruz que desempeñó un importante papel en la instalación del tranvía que unía la capital con La Laguna. <<

[56] Posible «barrio de mala nota» en la parte baja de la ciudad, limitado por la Calle del Barranquillo, o de Imeldo Serís, y el Barranco de Santos, y que podría relacionarse con las calles Miraflores y de la Curva. No he encontrado quien conociera que ese nombre fuese aplicado a la zona. ¿Pudo ser un error del autor debido a la existencia de un Bazar Francés en la Plaza de la Candelaria desde finales del siglo XIX? <<

[57] En español en el original. <<

[58] El Hotel Quisisana fue construido en 1904 por el comerciante ruso, nacionalizado inglés, D. Enrique Wolfson, bajo dirección del arquitecto D. Mariano Estanga. Bastantes años después se instalaron en el edificio las Escuelas Pías de los Padres Escolapios, luego pasó a ser un colegio privado y hoy de nuevo lo dirigen los Escolapios. Se dice que su nombre proviene de la expresión «*aquí se sana*». <<

[59] En español en el original. <<

[60] En español en el original. <<

[61] En español en el original. <<

[62] En español en el original. <<

[63] En español en el original. <<

[64] En boca de Hoppy (recordemos lo ya expresado sobre su forma de hablar), pone el autor la exclamación *¡Chees!*, deformación de la fonética correspondiente a la correcta pronunciación inglesa de la palabra *Jesús* (Jesús en español). Quizás pudiéramos equiparar el «chees» al «ozú» que se escucha en Andalucía. <<

[65] Para poder entender la nota de humor que Leslie Charteris incluye aquí, se ha preferido dejar en inglés lo que Hoppy cree que le está preguntando la camarera. Gramaticalmente la frase es absolutamente incorrecta, pero ya sabemos que las entendederas de Mr. Uniatz no dan para más, por lo que piensa que la mujer no sabe inglés y le quiere preguntar «Do I know you?», es decir, «¿Le conozco?». De ahí su indignación. Para comprender mejor el error, y la broma del autor, el lector tendrá que pronunciar en voz alta la frase que cree oír Hoppy (*Does I you know?*), cuya fonética aproximada es *Des - ay-yu- no*, es decir, algo parecido a la palabra española «desayuno» que es lo que la buena mujer está diciendo. <<

[66] En español en el original. <<

[67] En español en el original. <<

[68] En español en el original. <<

[69] Dejando pasar el poco acierto profético del autor, hay que reconocer que conocía algo sobre el nacimiento de Santa Cruz, que se acercaba en aquellos momentos a los 450 años de existencia. <<

[70] La calle se conocía con el nombre de San Francisco desde muy antiguo y ya aparece bien definida en el plano del ingeniero militar Antonio Riviese, que data de 1740. En 1907 el Ayuntamiento lo cambió por el de Calle del Dr. Comenge, personaje que desarrolló una gran labor como médico cuando aquel mismo año vino enviado por el Gobierno para luchar contra una epidemia de peste bubónica. En 1936 recuperó su nombre tradicional. (Arencibia, op. cit. pág. 37). <<

[71] En el original Hoppy ofrece al Santo un «zeep», que en «slang» significa «puro pequeño», quizás por la similitud entre las siluetas de los famosos zepelines de aquella época y los cigarros puros. <<

[72] En español en el original. <<

[73] En español en el original. <<

[74] En español en el original. <<

[75] En español en el original. <<

[76] En español en el original. <<

[77] En español en el original. <<

[78] En el libro «Santa Cruz anecdótico» de Marcos Pérez, que forma parte de la colección Biblioteca Canaria, recientemente reeditada por «El Día», se recoge en el capítulo titulado «La calle de San José» que «D. Luis Camacho, propietario del Hotel del mismo nombre y de la agencia que aparece en la novela, no pudo hablar con corrección el español, ni esto le preocupó gran cosa; la mala pronunciación, unida a algunas palabras portuguesas que por su similitud añadió a las españolas, daban por resultado un potaje hispano-lusitano que no tenía desperdicio». ¿Quiso aquí Leslie Charteris dedicar un recuerdo especial a D. Luis Camacho? <<

[79] Primera página de un ejemplar de «La Tarde», de uno de los días en que se desarrolla la aventura del Santo en Tenerife. <<

[80] En 1920 se fundó en Munich el Partido Obrero Nacionalsocialista alemán, y desde entonces esa ciudad se convirtió en centro del movimiento nazi. El Partido creó sus «Fuerzas de Asalto» (S.A.) llamadas también *camisas pardas* por el color marrón de las que utilizaban en su uniforme. Dada la ideología antisemítica de los nacionalsocialistas alemanes, sería muy difícil, como irónicamente señala el autor, ver a un judío en Munich, a mediados de los años 30 -cuando el nazismo se encontraba en pleno apogeo- utilizando una prenda de vestir que identificaba totalmente a sus principales enemigos. <<

[81] En español en el original. <<

[82] En español en el original. <<

[83] En español en el original. <<

[84] En la época en que se supone que S. Templar vivía su aventura tinerfeña, varios buques de la Naviera «Blue Star Une» hacían escala en el puerto de Santa Cruz. Los nombres de algunos de ellos comenzaban por «A» y llevaban el «apellido» *Star* (*Almeda Star*, *Andalucía Star*, *Arandora Star*, *Argentina Star*, *Avelona Star* y *Ávila Star*). (Datos obtenidos del libro de D. Juan Carlos Díaz Lorenzo, *El Puerto de Tenerife y los correos marítimos americanos*). Quizás el autor se inspiró en el nombre de esos barcos para denominar a este *Alicante Star*. Ver foto en la siguiente página. <<

[85] En español en el original. <<

[86] En español en el original. <<

[87] En español en el original. <<

[88] El Café Zanzíbar estaba situado en la esquina del Callejón de los Peligros con la calle San José, en el edificio del Casino. <<

[89] En español en el original. <<

[90] En español en el original. <<

[91] En español en el original. <<

[92] En español en el original. <<

[93] En español en el original. <<

[94] En español en el original. <<

[95] En español en el original. <<

[96] En español en el original. <<

[97] En español en el original. <<

[98] La clásica «bandera pirata», con la calavera y las tibias cruzadas sobre fondo negro. <<

[99] En francés en el original. <<

[100] En español en el original. <<

[101] En español en el original. Se recuerda a los lectores más jóvenes que con la denominación de «perra chica» se conocía popularmente a la moneda de 5 céntimos de peseta. <<

[102] Afamada raza de gallináceas oriunda de esa ciudad de Indonesia sita en el extremo occidental de la isla de Java. <<

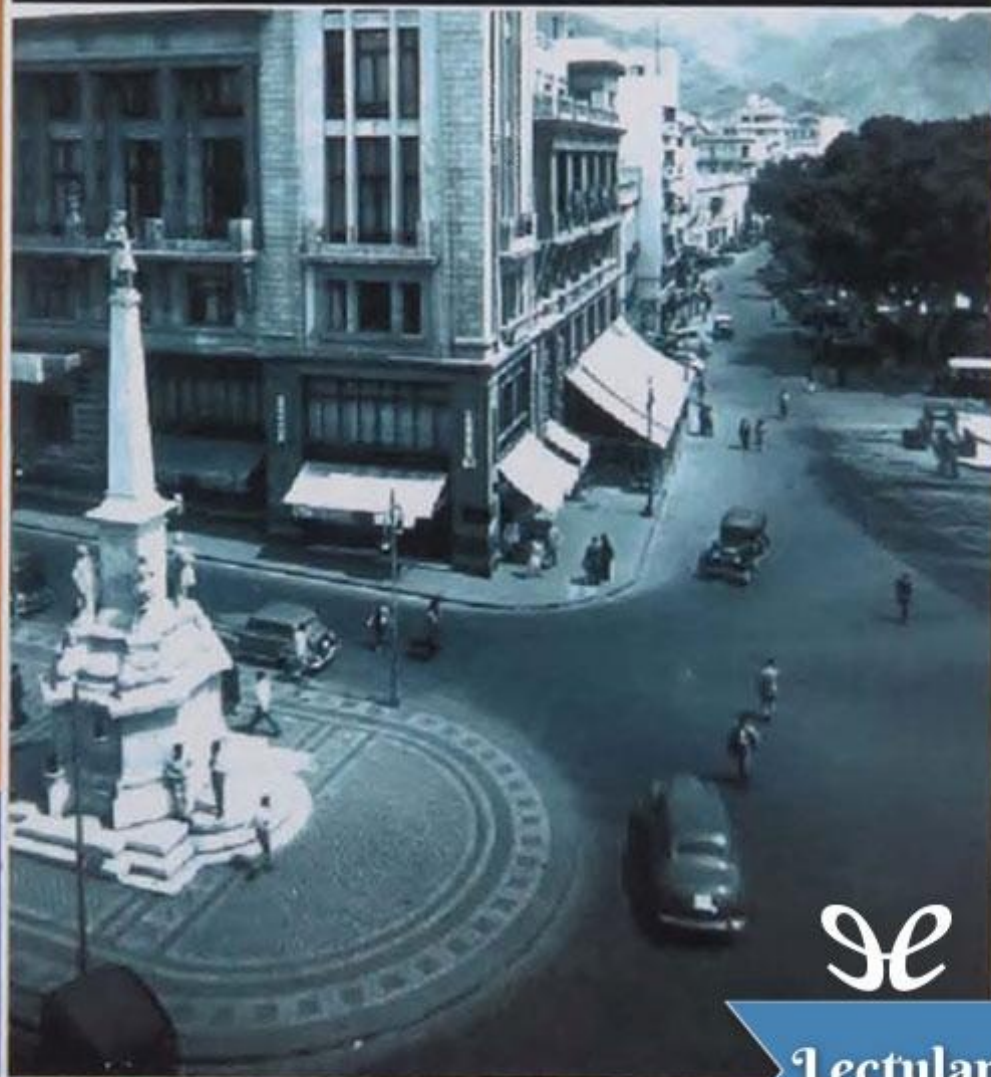
[103] En español en el original. <<

[104] En español en el original. <<

Leslie Charteris

El Santo en Tenerife

(El picnic de los ladrones)



Lectulandia